MANUEL GARCÍA BLANCO

AMÉRICA Y UNAMUNO

EDITORIAL GREDOS

AMÉRICA Y UNAMUNO

BIBLIOTECA ROMÁNICA HISPÁNICA

DIRIGIDA POR DÁMASO ALONSO

II. ESTUDIOS Y ENSAYOS

MANUEL GARCÍA BLANCO

AMÉRICA Y UNAMUNO

BIBLIOTECA ROMÁNICA HISPÁNICA
EDITORIAL GREDOS
MADRID

© Editorial Gredos, Madrid, 1964.

N.º de Registro: 1001-64. — Depósito Legal: M. 1007-1964

Gráficas Cóndor, S. A. — Aviador Lindbergh, 5. — Madrid-2. 2180-64

ENSAYO PRELIMINAR

Este libro, en el que se reúnen ensayos que estaban dispersos, constituye tan sólo la aportación a un tema más vasto, cuyo interés creemos reside ya en su título. No hace mucho tiempo que el escritor paraguayo Julio César Chaves presentó al Instituto de Cultura Hispánica, de Madrid, el original de un libro suyo titulado *Unamuno y América,* que se dispone a editar dicho Centro. Hablando de su contenido, conveníamos ambos en que tales páginas constituyen también una aportación: la de las relaciones personales y epistolares que don Miguel mantuvo con numerosos escritores americanos. Y es el Centenario del nacimiento de éste el que da actualidad a nuestras respectivas tareas.

Para abordar el tema en toda su integridad, he concebido un esquema que aspira a ser una especie de orientación. Antes de exponerlo, no estaría de más consignar un hecho. Y es éste: Unamuno no llegó a conocer aquellas latitudes americanas, aunque no faltaran, y de ello se hablará más adelante, ocasiones para visitarlas. A diferencia de otros escritores de su generación, como Ramiro de Maeztu, que vivió en Cuba durante algún tiempo; o de Valle Inclán, que, tras una breve estancia en Méjico, asimiló fabulosamente modos de vida, trazos humanos y expresiones lingüísticas de la

48928

América que habla español. Y, sin embargo, no es menos original y profundo el conocimiento que Unamuno llegó a adquirir de la historia y de los hombres de aquel continente.

Porque fue, respecto de aquél, todo esto:

1. Un lector incansable de libros y revistas americanos. No sólo en lengua española, porque también las letras de los Estados Unidos, y hasta las del papiamento de Curaçao, merecieron su atención.

2. Un amigo de no pocos escritores de allá, algunos de los cuales conoció personalmente en España o durante los años de su expatriación en Francia.

3. Un asiduo cultivador de correspondencia epistolar con ésos y con otros muchos.

4. Colaborador durante más de treinta años en diarios y revistas de América, en la que tuvo, entre otras, dos tribunas principales: el diario *La Nación*, y el semanario *Caras y Caretas*, ambos de Buenos Aires.

5. Crítico de libros hispanoamericanos, menester que cumplió sistemáticamente durante algunos años en las páginas de la revista madrileña *La Lectura*, y habitualmente en otras muchas publicaciones. Varios de sus libros nacieron ordenando muchas de estas colaboraciones.

6. Viajero frustrado, que en más de una ocasión estuvo a punto de visitar alguno de aquellos países, más concretamente, la República Argentina.

7. Su padre, don Félix de Unamuno, fue lo que en España se llama un «indiano», puesto que residió algunos años en Tepic (Méjico), de donde trajo algún dinero y no pocos libros, que el joven Miguel leyó en su juventud.

Comencemos por esto último.

1. «Mi visión primera de Méjico»

Así se tituló uno de sus escritos públicos, aparecido en 1907, y que hoy figura incorporado al conjunto de los de carácter autobiográfico reunidos en el tomo X de sus *Obras Completas*. Si renuncio a aducir pasajes de aquél es porque los reiteró en otro escrito muy posterior, e inédito. Me refiero al que envió a requerimiento de la Biblioteca Nacional de Méjico, en 1935, cuya Dirección me ha facilitado una copia fotográfica. He aquí su texto:

> Apenas me acuerdo de mi padre, que murió teniendo yo seis años, pero sus recuerdos de familia van unidos a Méjico. Porque mi padre, Félix de nombre, salió muy joven de su pueblo natal, Vergara, para irse a Méjico, a Tepic, a hacer fortuna. Volvió, ya muy maduro, casó con una sobrina carnal, mi madre, y dejó a ésta, para educarnos, caudal de tradición mejicana y de un espíritu formado en noble liberalismo. En el álbum de familia de mi casa materna, entre los retratos familiares vi siempre, desde niño, dos de ciudadanos universales y eran los de Abraham Lincoln y Benito Juárez. Y de los libros de la modesta librería de mi padre, muchos eran de ediciones mejicanas. En una traducción de la Historia de Méjico del P. Clavijero me ensayé en ir aprendiendo ciertos términos aztecas y en ir contemplando su calendario. Tradiciones mejicanas encendieron mi imaginación infantil.
>
> A lo que se añadía los relatos mejicanos que mi madre retenía de lo que a mi padre había oído. Y aún se guarda en mi casa un precioso zarape, que

hacía de sobremesa, y cuyos vivos colores son como símbolo de los vivos colores —como de flores— que revisten el tejido de aquellos mis recuerdos infantiles de la tradición mejicana paternal.

No sé si en Méjico, en Tepic, quedará, en algún anciano, recuerdo de aquel Félix de Unamuno y Larraza, pero en mí, anciano ya, en la niñez del cimiento de mi alma, queda el resplandor remoto de aquel Méjico que fue el educador de mi madre y por ella de mí, su hijo. Al liberalismo de Vergara, la de los Amigos del País, se unió en mi hogar paterno el liberalismo del *indiano* que fue mi padre. Y es lo mejor que a Méjico debo.

Miguel de Unamuno

En Salamanca, a mis setenta y un años.

Éstos son los datos de la que pudiéramos llamar la prehistoria americana de don Miguel.

2. Viajes proyectados

Fueron varios. El primero remonta a 1910. Celebraba entonces la República Argentina el centenario de la Revolución de Mayo y el de su independencia, y Unamuno fue invitado a tomar parte en ellos. Pero, gran intuitivo siempre, creyó necesario consultar con alguno de sus amigos de aquel país, y así lo hizo con Ricardo Rojas, a quien había conocido dos años antes en Salamanca, y que, como él, unía a su condición de universitario la de escritor. Los detalles de esta correspondencia los hallará el lector en el capítulo de este libro, en el que se refiere la amistad del español y el argentino.

Quede ahora constancia de que éste le desanimó, y que a don Miguel no le agradaba esa teoría de festejos oficiales. Por eso declinó la invitación, renunciando al viaje.

El segundo proyecto es de 1916. Entonces conmemoraba España y todo el mundo de su habla el III centenario de la muerte de Cervantes. La Institución Cultural Española, de Buenos Aires, invita a Unamuno a ocupar su tribuna. Desde Madrid le animan a la empresa Ramón y Cajal, presidente de la Junta para Ampliación de Estudios, y Menéndez Pidal, director del Centro de Estudios Históricos. Pero don Miguel desiste por una razón personal y política. Efectivamente, dos años antes había sido destituido del rectorado de la Universidad de Salamanca, y no está dispuesto a solicitar permiso de su superior jerárquico, el Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes. El tiempo transcurrido desde aquella arbitraria destitución no ha cicatrizado la herida, y tampoco abandona esta vez su ciudad.

En 1922 está a punto de realizarse el tercero de estos proyectos. Quien lleva ahora la gestión es el embajador de la Argentina en Madrid, Roberto Levillier, poco antes de la visita oficial que hizo a España el entonces Presidente de aquella República, Marcelo T. de Alvear. Pero entonces es la Corte y es el Gobierno español los que sienten recelo y desconfianza ante la posibilidad de que el ex rector salmantino pueda mostrar públicamente sus sentimientos adversos al régimen en las tierras del Río de la Plata. El propio Levillier, cumpliendo, sin duda, instrucciones superiores, se lo insinúa. Su carta de contestación, exponiendo sus proyectos de conferencias y lecturas y ofreciendo ciertas seguridades, figura en el ensayo dedicado más adelante a sus relaciones con el escritor argentino Ricardo Rojas. A esas páginas remitimos al lector.

Parece ser que hacia 1920 hubo la posibilidad de un viaje, anterior a éste, pero carezco de datos para determinarlo. Tan sólo hay unos ecos, los que parecen resonar en un escrito suyo, amargo y patético, del que proceden estos párrafos que reproducimos:

> Yo, mi querido amigo, me voy al que llamamos el otro mundo, o el Nuevo Mundo, aunque resulte luego tan viejo como el Antiguo, pues que de éste ha heredado la vejez; pero no al de ultratumba, no a los gamonales de allende el Aqueronte, y al partir hacia allá, hacia el ocaso, no diré como Bruto, que la virtud no es más que un nombre, pero sí que la honradez de propósito es un mediano negocio aquí.
>
> Me voy antes de hacerme viejo, o mejor, antes de hacerme más viejo, pues que viejos nacimos aquí, y me voy sin grandes esperanzas de rejuvenecer por allá. Me voy a olvidar. A olvidar, ¡y eso que apenas si puedo empezar a recordar!
>
> Me voy, me voy. Y me voy a aprender a querer a esta mi Patria, que abandono tal vez para siempre, y acaso a conocerla. No sé por qué pasa nada de lo que pasa.

Pertenecen estos pasajes a un escrito titulado «Al zarpar. (Fragmento de una carta)», que se publicó el 20 de marzo de 1920, en el semanario madrileño *Nuevo Mundo*, cuyo texto íntegro figura en el tomo X de las *Obras Completas*. Claro que toda conjetura es arriesgada. Pues si Unamuno fue siempre un escritor autobiográfico, nada autoriza a suponer que el escrito en cuestión responda a una realidad. Puede tratarse de un movimiento del ánimo brotado de los procesos que

se le seguían por ataques a la Monarquía, alguno de los cuales ya se había sustanciado por la Audiencia de Valencia.

En cambio, sí es auténtico, aunque no rebasase del marco íntimo de una carta privada, el que nos brindan estos pasajes de la que escribió, en junio de 1936, a Enrique Díez-Canedo, embajador de la República, en Buenos Aires. En ella declina una invitación del P. E. N. Club para que tomase parte en su Congreso, que por entonces se reunía en aquella ciudad. He aquí cómo se expresa un don Miguel dolorido y acongojado:

> Desde hace algún tiempo salgo lo menos posible de aquí, de mi Salamanca. Y me niego a dar conferencias en España y fuera de ella. Sólo derogué cuando se me invitó a darlas en Londres y de paso a recibir el grado de doctor *honoris causa* en Oxford. Fui, haciéndome acompañar de mi hijo mayor —ya me cuesta viajar solo— a París, Londres, Oxford y Cambridge, y en estos tres últimos sitios hablé aunque con dificultad íntima.
>
> ¿Y ahora? Mi salud no es la que era aunque no me impide hacer vida ordinaria y trabajar. Me siento ya ¡al cabo! envejecer y el cuidado de dejar en regla mis cosas antes de tener que irme de este mundo. Pero lo que sobre todo me retiene ahora es el estado de la cosa pública *(res publica)* en esta nuestra España, sobre la que veo cernerse una catástrofe si la Providencia o el Hado o lo que sea no lo remedia.
>
> Con estas indicaciones le bastará para informar a los de la Comisión del P. E. N. club Internacional mi resolución. Es mejor que no el que yo, directamente, les informe. Pues usted podrá *traducirles* cosas

que dejo en mi dialecto político. Parece que está de Dios que yo no logre «ultramarinearme».

3. La crítica literaria

Aunque Unamuno leyó y comentó en muchas ocasiones libros de autores hispanoamericanos, hubo unos años de su vida en que esa actividad fue cultivada de un modo regular y sistemático. Desde 1901 hasta la primavera de 1906, tuvo a su cargo, en la revista madrileña *La Lectura*, una sección fija, titulada «De literatura hispanoamericana». De este quehacer, el más remoto antecedente data de 1894, cuando ya llevaba tres años de catedrático en Salamanca. Merece que nos detengamos en ello.

Uno de los pocos escritores españoles que por entonces seguía con atención el desarrollo de las letras de América fue don Juan Valera, cuyas *Cartas americanas* brindaban una lectura provechosa, y en esa tarea iba a secundarle don Miguel. Efectivamente, en el mes de marzo de 1894, en una llamada *Revista Española*, que vio la luz en Madrid y cuya vida fue efímera, apareció un estudio suyo sobre el poema gauchesco *Martín Fierro*, muestra de la poesía popular hispánica en aquellas latitudes, de la que dio cuenta ampliamente a sus lectores, antes que ningún otro, y dos años apenas después de la muerte de su autor, José Hernández. Por cierto, y eso pregona lo consciente de su gesto, que aparece dedicado su estudio al propio Valera.

Más detalles sobre este escrito y acerca del entusiasmo unamuniano por el poema argentino los encontrará el lector en el capítulo dedicado en este volumen a la poesía gauchesca, vista por Unamuno. Creo que fue la primera muestra pública de su interés por las letras americanas, a la que,

claro es, seguirían otras muchas. La más importante, la de sus cinco años de reseñante de libros en *La Lectura*, a la que ahora vamos a referirnos.

Dirigía esta revista Francisco Acebal, e hizo su primera singladura en 1901, inaugurando una sección dedicada a informar a sus lectores de las novedades de las prensas americanas en lengua española, sección que le fue confiada a Unamuno. Fruto de esta labor es la treintena larga de crónicas y reseñas que hoy han sido salvadas del olvido, incorporándolas al tomo VIII de sus *Obras Completas*.

En el «Preámbulo» con que la inició se contienen varias afirmaciones, que creo deben ser recordadas. Una de ellas se refería a la lengua común, el español, en que dicha literatura se produce: «Como la lengua es la sangre del espíritu del pueblo —se lee allí—, base de toda disposición orgánica la sangre, hay entre nuestra literatura y la de las naciones americanas de lengua castellana una hondísima comunidad, mucho más honda de lo que por allá se sospecha y cree». Lo cual no excluye ciertas diferencias, que don Miguel subraya, escribiendo:

> Pero hay no poco también de diferencial, debido a lo que el cambio de clima y de íntimas condiciones de vida y la mezcla de diversas sangres materiales modifica, o la composición misma de aquella sangre espiritual que decía, o el ritmo, por lo menos, de su circulación, así como su manera de renovar los tejidos.

Y abandonando esta imagen biológica, expone a continuación los que pudiéramos llamar los móviles de su empresa: El primero de ellos, el de superar el angosto casticismo del

literato español, que cifra su empeño, sus ansias de gloria, «en el estrecho recinto de su patria y sin llegar a gallito del cotarro nacional», y a quien el epíteto de castizo «es el que en el fondo más le halaga».

El segundo, simultáneo y complementario, es el de convencer a los escritores hispanoamericanos de que la sugestión que el nombre de París ejerce sobre ellos, su ansia de proyectar desde la capital francesa una fama que sin ella consideran como no conseguida, es puramente ilusoria, y, a la larga, nefasta para su obra. Ni *snobismo* ni ramplonería, es la advertencia unamunesca, pues si los americanos, «por querer tocar a lo sublime pásanse a lo ridículo no sin frecuencia», los españoles, «en exceso temerosos de caer en ridiculez, con dificultad alcanzaremos la sublimidad».

Como antídoto, y éste es el tercero de sus propósitos, aconseja a los escritores de ultramar que cultiven los temas de su propio huerto, superando viejos prejuicios miméticos de lo francés, y al mismo tiempo va a demostrarles que la pretendida originalidad de sus medios de expresión, lo que creen exclusividad o localismo de su lenguaje, no es más que esa magnífica veta del arcaísmo de la lengua española en América.

> Equivócanse, en efecto, muy comúnmente —les dice— al creer que son propios y privativos de ellos fonismos, giros, tendencias lingüísticas y hasta voces que corren ahí de boca en boca, y no sospechan siquiera que la lengua hablada de ciertas regiones españolas se parece a la que ellos hablan mucho más de lo que pudieran creer. Con facilidad tomamos por andaluz a un americano.

Hay también en este preámbulo un oportuno y preciso señalamiento de tres corrientes literarias principales en las letras americanas: 1) La de tradición española. 2) La de importación francesa. 3) La indígena, diversa, según los países. La segunda de ellas merece sus más acres censuras por lo que tiene de desviación de una personalidad:

> Yo encuentro una razón poderosa —escribe— para que la literatura francesa ejerza grande influjo sobre los pueblos que empiezan a hacerse una tradición de cultura, y es que la literatura francesa es la que menos esfuerzo de comprensión exige, la más clara y diáfana, la más brillante, la que nos da en papilla el pensamiento universal, aunque sea debilitándolo. Se imponen de tal modo las resonantes metáforas de Hugo, el gran retórico, verbigracia, que encubren la vacuidad radical de su pensamiento y lo vulgar de éste; es más fácil imitar a Verlaine que a Wordsworth, pongo por caso, y se penetra antes en el espíritu de un Renan que en el de un Kierkegaard, por ejemplo. De mí sé decir que fueron franceses los que me introdujeron en el pensamiento europeo, sacándome de este camaranchón de España; pero hace ya tiempo que los tengo casi olvidados, si se exceptúa a los verdaderamente grandes, que en ninguna parte son muchos.

A los dos años de entregarse Unamuno a esta tarea de reseñante, creyó necesario hacer un alto en ella. Y en la primavera de 1903, la sección que habitualmente venía cultivando publicó un «Entremés justificativo» que merece una consideración.

Confiesa en él que no sirve para crítico, «ya que el serlo —añade— exige no sólo dotes de inteligencia, cultura y gusto, sino, además, prendas de carácter de que carezco. Ante todo, cierta imperturbabilidad y hasta dureza de corazón, si se ha de ser sincero siempre». Descubrimos, además, en estas líneas algo que debió abrumarle: el aluvión de libros que para reseñar le enviaban sus autores, y la reacción, generalmente adversa, de unos y otros, los reseñados y los silenciados. «Y si es terrible decirles la verdad —añade—, no lo es menos el callarse. Recibo un libro con expresiva dedicatoria, y a las veces una carta con él, carta en que se me ruega que diga "franca y sinceramente", sin esguinces ni rodeos, mi opinión sobre él. Y ¡ay de mí para con el pedigüeño si uso con él de sinceridad y de franqueza!» «Y esto se agrava —concluye— cuando de jóvenes literatos americanos se trata, porque allí el bombo mutuo ha hecho estragos y la vanidad literaria tiene aún más poderío —si es que esto es posible— que aquí, en España».

A pesar de todo, don Miguel reanudó su tarea habitual de crítico literario en *La Lectura,* de la que no dimitió hasta 1906.

4. Colaboraciones americanas

Esta actividad unamuniana se inicia en 1899 y acaba en 1935, un año antes de su muerte, salvo un período —entre 1928 y 1931— en que escasea. Su principal tribuna, y también la primera, fue el diario porteño *La Nación,* y quien le dio acceso a sus columnas fue el propio Rubén Darío, representante de aquél en Europa. La segunda, por el número de colaboraciones, fue el semanario bonaerense *Caras y Caretas.* En el primero publica sus correspondencias, general-

mente extensas, acerca de temas españoles y americanos. En el segundo, ensayos breves, que él mismo llamó «erráticos o a lo que salga», que raramente rebasan una página de dicha publicación. Durante los años que don Miguel residió en el sur de Francia, envió a *Caras y Caretas* una serie impresionante de escritos breves, a la que puso por título «Desde Hendaya», muy expresiva de sus preocupaciones de todo género y reflejo de sus lecturas de aquellos años. Por cierto que esta serie no se publicó completa, tal vez porque sus temas eran literarios y lo que el público pedía entonces eran ataques al Rey o a Primo de Rivera. No deja de ser chocante la lentitud con que aparecieron en las columnas del semanario argentino las publicadas, y el que entre los papeles unamunianos hayan aparecido varias, de la misma serie, inéditas. Y es que la distraída Europa ha descubierto ahora, hacia 1925, a los sesenta años de su edad, a Unamuno. Pero como noticia. Y ya ha escrito Julián Marías que para un intelectual resulta peligroso eso de convertirse en noticia.

Pero aún hay más. Algunos libros unamunianos son fruto, en todo o en parte, de tales colaboraciones en la prensa americana, y eso explica lo diverso de su contenido. Baste citar los titulados *Contra esto y aquello, Soliloquios y conversaciones* y *Mi religión y otros ensayos*. Esta tarea suya hemos procurado continuarla después de su muerte, salvando del olvido numerosas correspondencias, en *La Nación* y en otros diarios y revistas de aquel continente, que, agrupadas por temas, figuran hoy en los volúmenes de sus *Obras Completas*, incluyendo la serie antes citada «Desde Hendaya», enriquecida con los ensayos inéditos a que antes aludimos. En el tomo X de aquéllas la encontrará el lector.

Así quedó representada América en la bibliografía unamuniana. Y un término, hace años muy en boga, el de «His-

panidad», que don Miguel acuñó en 1907, cobra nueva vigencia veinte años más tarde, cuando da a conocer un artículo así titulado, en una revista argentina, *Síntesis*. He aquí algunos pasajes:

> Digo Hispanidad y no Españolidad para atenerme al viejo concepto histórico-geográfico de Hispania, que abarca a toda la Península Ibérica.
>
> Digo Hispanidad y no Españolidad para incluir a todos los linajes, a todas las razas espirituales, a las que ha hecho el alma terrena y a la vez celeste de Hispania, de Hesperia, de la Península del Sol Poniente.
>
> Y quiero decir con Hispanidad una categoría histórica, por lo tanto espiritual, que ha hecho, en unidad, el alma de un territorio, con sus contrastes y contradicciones interiores. Porque no hay unidad viva si no encierra contraposiciones íntimas, luchas intestinas.
>
> La Hispanidad, ansiosa de justicia absoluta, se vertió allende el Océano, en busca de su destino, buscándose a sí misma, y dio con otra alma de tierra, con otro cuerpo que era alma, con la Americanidad. Que busca también su propio destino.

5. Las correspondencias epistolares

Conocida es la justa fama que Unamuno gozó en vida de incansable escritor de cartas. Su «epistolomanía» —manuscrita toda ella y sin amanuense— se volcó en no escasa porción sobre sus amigos americanos. Algunos de esos epistolarios vieron la luz en vida de don Miguel, como el mante-

nido con Rubén Darío, y otros van reunidos ahora en este volumen que el lector tiene a su alcance, relación que, Dios mediante, nos disponemos a ampliar con algunos nombres nuevos. Y si no han aparecido más es por lo difícil que resulta el conseguir copias de las cartas de don Miguel, ya que las de sus amigos americanos se conservan, primorosamente ordenadas en su archivo, gracias a la solicitud de su hija Felisa. De él proceden las numerosas muestras que mi amigo el doctor Julio César Chaves ha incluido en el libro que mencionamos al principio de este ensayo.

6. Las amistades personales

Este aspecto del americanismo de Unamuno guarda estrecha relación con el anterior, al que, lejos de excluir, complementa. Creo que una de las primeras debió ser la de Rubén Darío. Sabido es que la primera visita de éste a España tuvo lugar en 1892, con ocasión del IV centenario del descubrimiento de América, al que concurrió con la representación oficial de su país. Pero tanto Unamuno como la mayoría de los escritores españoles de su tiempo debieron conocer al nicaragüense en 1899, y concretamente en Madrid. Aunque Darío no llegó a conocer Salamanca, hubo un momento en que la visita parecía que iba a realizarse. He oído referir que éste le hizo a don Miguel esta proposición: «Si usted se compromete a enseñarme griego en dos meses, me voy a vivir junto a usted para aprenderlo». Si es así, debió de ser hacia 1904, porque de entonces es una carta en la que Unamuno le anima a cumplir su promesa de visitar la ciudad, aunque nada menciona del acelerado método de aprendizaje de la lengua griega:

«Véngase por acá —le dice—, véngase a ver y sentir este "soto de altas torres"», expresión que aparece en el verso inicial de un poema del que le habla a continuación en estos términos: «He corregido ayer una poesía —creo que la mejor que he hecho— titulada "Salamanca", y que aparecerá en *La Ilustración Española y Americana*. Los versos son sáficos clásicos, como cuadra a esta ciudad». Esta ciudad de la que no quiso salir y la que, según le dice a Darío en la misma carta, es «el viejo castillo roquero espiritual de mi dorada Salamanca, lejos de la feria de las vanidades».

En uno de los ensayos que siguen nos referimos a la amistad de los dos poetas, incorporando, por cierto, algún elemento nuevo, como una carta de don Miguel en la que contesta a una queja de Rubén, carta que no figuraba en el epistolario publicado.

Otras amistades y encuentros personales tuvo aquél con varios escritores americanos, para los que la visita al «morabito de Salamanca», como le llamó Ortega y Gasset, constituía estación obligada en sus peregrinaciones por España. Tal es el caso del argentino Ricardo Rojas, que le visitó en 1908, y a cuya amistad nos referimos en otro de los capítulos de este libro, o el del chileno Luis Ross Mujica, que por las mismas fechas selló una relación personal con Unamuno, amistad que la muerte prematura de éste truncó patéticamente y de la que es un eco el prólogo que puso a los escritos de su amigo americano, piadosamente reunidos por él y dados a conocer bajo el título de *Más allá del Atlántico*. A esta teoría de visitantes de Salamanca a los que acompañó don Miguel, a quien le gustaba actuar como guía de sus amigos en estos trances, hay que incorporar los nombres de Alfonso Reyes, de cuya amistad con Unamuno nos ocupamos

más adelante, cuya visita tuvo lugar en 1922, y en la que le acompañaron otros escritores americanos.

7. Las lecturas

Ésta es la última de las facetas del americanismo unamuniano que nos propusimos trazar. Quienes deseen comprobar lo intenso, plural y efectivo de esta tarea, pueden visitar la biblioteca de don Miguel, bien nutrida de libros de aquel continente, regalados algunos, con dedicatoria la mayoría, y adquiridos por él bastantes. Y todos leídos y cuidadosamente anotados. Consultarlos hoy constituye una curiosa fuente de información, cuyo examen, por somero que fuese, rebasaría los cauces de este ensayo.

Una anécdota nos revela la personal satisfacción que don Miguel sentía por este caudal bibliográfico. Cuando Ricardo Rojas se dispone a dar una conferencia en el Ateneo de Madrid, con ocasión de su visita a España, en 1908, sobre un tema de literatura hispanoamericana, concretamente, argentina, no encuentra los libros que necesita en la biblioteca de la llamada docta casa, y acude a Unamuno, quien desde Salamanca le envía los de la suya, y al hacerlo, luce ante su amigo una relación apresurada de los que ha logrado ir reuniendo.

Ese caudal bibliográfico le permitió hacer suyas a figuras tan destacadas de la historia americana como Domingo Faustino Sarmiento o José Martí. Del primero admira y celebra la calidad del español en que escribe, aunque lo emplee para recriminar a la madre España como un hijo más de ella, y del segundo, comenta y utiliza sus cartas, no pocas veces escritas sobre el arzón del caballo, y sus versos libres, que tan presentes estuvieron cuando compuso su gran poema *El Cristo de Velázquez*.

También la América anglosajona

Los últimos ensayos reunidos en este tomo, aunque no con la intensidad que el tema requiere, están dedicados a algunos aspectos de él. Este interés de don Miguel por las letras en inglés del otro lado del Atlántico nos descubre ciertas preferencias enteramente personales, cualidad que aminora el carácter cuestionable de algunas de ellas. Conocida es la atracción que sobre él ejercieron algunos escritores humoristas norteamericanos como Mark Twain y, sobre todo, Oliver Wendell Holmes, cuyo *Autócrata de la mesa redonda* pidió muchas veces que fuese traducido al español, y del que procede su famosa teoría de los tres Juanes: el Juan que se cree ser, el que los demás se forjan y el que es en realidad, y que Unamuno incorporó a su obra, multiplicándolos por dos.

Recientemente han sido estudiadas sus coincidencias y discrepancias con filósofos y ensayistas de los Estados Unidos como William James y Ralph Waldo Emerson, de cuyo pragmatismo tuvo noticias muy tempranas y claras don Miguel, acomodándolo a su propio sentir. No se ha hecho, en cambio, y aspiro a realizarlo un día, el estudio de su lectura apasionada e indeficiente del novelista Herman Melville, cuyo *Moby Dick,* especialmente, figura ampliamente anotado en el ejemplar que fue suyo.

En cuanto a los poetas, más adelante nos referimos puntualmente a la admiración que sintió por Walt Whitman, del que proceden algunas expresiones unamunianas, hoy casi tópicas, como la de preferir a los hombres que hablan como libros los libros que se expresan como hombres. E igualmente hemos abordado el análisis de sus lecturas de otros

representantes de la poesía de los Estados Unidos, como Sidney Lanier, muerto en 1881; William Vaughn Moody, que falleció en 1910, o Carl Sandburg, el poeta de Chicago y del medio Oeste de la Unión, de cuyas obras hay huellas en el *Cancionero,* coetáneas de sus lecturas de ellos durante los años de la expatriación en Hendaya.

Y no son las únicas.

La lengua española en América

Esta última faceta del americanismo de Unamuno es quizá la mejor conocida y, desde luego, insoslayable. Tanto por lo tempranamente que se interesó por el porvenir del español en aquel continente como por la densidad y el número de los escritos que al tema dedicó. Aquél remonta a 1899, a raíz del desastre que puso fin a la dominación española en aquel continente, y el punto de vista que expone contrasta, por la justa apreciación de los hechos, con el pesimismo que había invadido la titánica labor del gramático colombiano Rufino José Cuervo, que casi por los mismos años daba por segura e inevitable una fragmentación de nuestra lengua pareja a la que experimentó el latín vulgar para dar nacimiento y cauce a las lenguas románicas.

He aquí algunos pasajes en los que con notable modernidad se ocupa de este tema:

> Y aquí estamos el pueblo que habla español. Recluidos de nuevo en nuestra Península. Y ahora nos acordamos de nuestra raza. Nuestra unidad es o será la lengua, el viejo romance castellano convertido en la gran lengua española. (1899).

Dándose cuenta del problema, le escribe a Rubén Darío un poco más tarde:

> Tienen, ante todo, en América que hacerse su propia lengua, y tenemos todos que trabajar para que sobre el núcleo del viejo castellano se forme el idioma español, que aún no está hecho, ni mucho menos.
>
> Todo aquello del idioma argentino —escribe a Corominas en 1901—, los infundios del doctor Abeille... es pura filfa y ganas de hablar. Lo que saldrá de la comunicación literaria entre las repúblicas americanas y España es el español, del que es base el castellano. No debe olvidarse que de Méjico a Chile hay más diferencia que de cualquiera de ellos a España.

Y saliendo al paso de los temores de una fragmentación disgregatoria del español americano, esto que sigue:

> Lo afirmado basta para que se me entienda bien si afirmo que por mucho que se cumpla la diferenciación lingüística o dialectal, de hoy en adelante, la integración irá a la par. No están hoy los pueblos de lengua española tan apartados unos de otros que quepa en alguno de ellos diferenciación lingüística que no refluya inmediatamente en los demás. Por fuerte que pueda llegar a ser la tendencia a la diferenciación, la tendencia a la integración será mayor. Siempre predominará el interés supremo: el de que nos entendamos todos. (1903).

Pero esa anhelada unidad de la lengua española tiene que ser empresa de cuantos la hablan, sin exclusión de grupo o comunidad hablante alguna:

> que los argentinos y todos los demás pueblos de habla española reivindiquen su derecho a influir en el progreso de la común lengua española tanto como los castellanos mismos; que no reconozcan en esto patronato alguno sobre la lengua común, como si se les debiera por fuero de heredad; que afirmen su manera de entender y sentir el idioma de Cervantes. Aquí está la raíz de la cuestión. (1903).

Estos y muchos otros textos más pueden ser hoy espigados no solamente en ensayos suyos, bien accesibles y conocidos, sino en los que bajo el epígrafe de «La lengua española en América», incorporé, salvándolos de la dispersión en que se hallaban, al tomo VI de sus *Obras Completas*, dedicado por entero al tema de «La raza y la lengua».

Vayan como final de este ensayo algunas manifestaciones de su encumbrado nacionalismo lingüístico, para expresar el cual brindó a los americanos un término por él acuñado, el de «sobrecastellano», que es un concepto vivo, en formación siempre, y fruto de una tarea de la que todos sus hablantes participen.

Proceden de uno de sus escritos públicos, del que extraemos lo que sigue:

> Por mi parte declaro que siento cada vez mayor fanatismo por la lengua en que hablo, escribo, pienso y siento. Soy español, locamente español. Y español quiere decir la lengua hispánica, hoy patrimonio de una veintena de naciones, y a cuya vida contribuyen todas sin monopolio de ninguna de ellas. Es la lengua que compartirá un día con la inglesa el predominio mundial...

Una lengua común en la que caben los sendos patriotismos de las naciones que la hablan.

O como dejó escrito por estos años en un soneto imperecedero, en el que considera a la lengua como la sangre del espíritu, y que no por ser muy conocido y citado debemos rehuir para dar fin a este ensayo:

Y esta mi lengua flota como el arca
de cien pueblos contrarios y distantes,
que las flores en ella hallaron brote
de Juárez y Rizal, pues ella abarca
legión de razas, lengua en que a Cervantes
Dios le dio el Evangelio del Quijote.

* * *

Salvo este ensayo, que permanecía inédito, los que siguen fueron publicados, en los años comprendidos entre 1954 y 1959, en las siguientes revistas: *Cuadernos Hispanoamericanos*, de Madrid, el primero y el tercero; en *Cultura Universitaria*, de Caracas, el segundo y el noveno; en *Revista Nacional*, de Montevideo, el sexto; en la *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, el séptimo; en las Actas de las *Primeras Jornadas de Lengua y Literatura Hispanoamericana*, de Salamanca, el dedicado a la «Poesía gauchesca», y en *Asomante*, de Puerto Rico, el último. El que se refiere a la amistad de Unamuno con Alfonso Reyes, apareció también en la primera de las publicaciones citadas, pero lo reproduzco de la edición suelta que hizo de él, con adiciones y notas, el escritor mejicano. Alguno de ellos, como el de los escritores venezolanos amigos de don Miguel, ha sido ahora retocado con adiciones. Alguna contiene también el titulado «Rubén Darío y Unamuno».

I. CORRESPONDENCIAS EPISTOLARES

EL NOVELISTA ARGENTINO MANUEL GÁLVEZ

Cuando el poeta y novelista argentino Manuel Gálvez visitó Salamanca —creo que en 1912—, traía un buen acervo de libros propios y era ventajosamente conocido y estimado en los círculos literarios porteños. «Atraído por la voz de la sangre que escuchaba en su interior —ha dicho recientemente un escritor salmantino— como la llamada de la estirpe castellana de sus antepasados, recorre Segovia, Toledo, Sigüenza, Santillana del Mar, Ávila y Salamanca, de lo que llama la España castiza; Barcelona, Andalucía y el País Vasco-Navarro» [1]. Este conjunto de sus impresiones viajeras, «teñidas de un acento poético», pasó al libro titulado *El solar de la Raza*, que vio la luz en Buenos Aires, amplia y generosamente dedicado por el autor «a la España que es, para nosotros, argentinos, la casa solariega y blasonada que debemos amar».

Un ejemplar de esta obra lo hizo llegar el autor a manos de don Miguel de Unamuno, quien da cuenta de ella en una de sus correspondencias para el diario *La Nación*, de Buenos Aires, firmada en Salamanca, en enero de 1914, en estos tér-

---

[1] RUFINO AGUIRRE IBÁÑEZ, *Salamanca vista por los extranjeros*. Publicaciones de la Diputación Provincial, Salamanca, 1953, pág. 93. «El argentino Manuel Gálvez. Salamanca.»

minos: «Cuando acababa de ver el artículo de M. Louis Bertrand me llegó de ese Buenos Aires un libro generoso y justiciero —no hay más difícil generosidad que la justicia— sobre España. Es la segunda edición de *El solar de la Raza,* de Manuel Gálvez. De él, relacionándolo en ciertas cosas con el de M. Richard Bagot, *Los italianos de hoy,* que acaba de traducirse al español, quiero hablaros. Mas antes, gracias a Gálvez, muchas gracias. ¡Es tan raro saber ser justo con los que nos hicieron!»

Se titulaba esta correspondencia «España en moda», y la motivaba un artículo de Louis Bertrand en la *Revue des Deux Mondes,* que lleva por título «Mes Espagnes». Y en cuanto al libro de Bagot, fue el propio Unamuno quien prologó la versión española a la que se refiere. Queda por ver lo que dijo del que le había enviado el escritor argentino, cumpliendo así su promesa [2].

Que se convirtió en realidad por aquellos días y en las mismas columnas del diario bonaerense, en las que vio la luz una nueva correspondencia unamuniana titulada «Culto al porvenir». (Que aunque apareció antes que la anterior, cronológicamente la sucede, ya que es la realización y logro de la promesa hecha a Gálvez de ocuparse de su libro.)

La primera parte de esta correspondencia —y de ahí su título— está dedicada al poeta italiano Marinetti, por quien fue escasa la devoción que don Miguel sintiera, aunque en

---

[2] «España en moda», en *La Nación,* Buenos Aires, 15-II-1914. Incluido en mi edición *De esto y de aquello,* Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1953, tomo III, págs. 246-254, y en *Obras Completas,* tomo VIII, pp. 921-930. El libro de RICHARD BAGOT: *Los italianos de hoy,* versión española de Juan L. Taltavull, apareció en Barcelona, Feliu y Susanna, 1913. El prólogo de Unamuno ocupa las páginas 5-17, y está firmado en Salamanca en diciembre de 1912, y hoy puede leerse en el tomo VII de sus *Obras Completas,* págs. 265-274.

uno de los primeros números de su revista *Poesía* se insertase la versión italiana de uno de sus poemas. Allí también están las observaciones motivadas por el libro de Bagot sobre los italianos, y allí también la demorada reseña de *El solar de la Raza,* centrada, es natural, en lo que de Salamanca dice su autor. Había recordado éste en el relato de sus impresiones una estrofa de la conocida oda de Unamuno, y de esta cita parte su comentario del libro argentino. «Algo de verdad contendrá esta estrofa de esa mi oda —escribe— cuando Manuel Gálvez la ha reproducido en las páginas que a esta ciudad de Salamanca dedica en su libro, del que os dije que es generoso, con la más difícil generosidad, la de la justicia, *El solar de la Raza.* Dios se lo pague.» Son varios los pasajes de la obra de Gálvez que Unamuno reproduce y comenta, y como haciendo resaltar su coincidencia con las apreciaciones de aquél, inserta otra estrofa de una poesía suya —«Atardecer de estío en Salamanca»—, que sólo bastantes años más tarde incluiría entre las «visiones rítmicas» de su libro *Andanzas y visiones españolas,* Madrid, 1922 [3].

[3] «Culto al porvenir», en *La Nación,* Buenos Aires, 22-I-1914. Incluido en el volumen citado *De esto y de aquello,* págs. 54-61, y en el VIII de *Obras Completas,* págs. 670-678. La poesía de Unamuno, que traducida por Gilberto Beccari se publicó en la revista *Poesía,* de Marinetti (año V, núms. 1-2, febrero-marzo de 1909), es la titulada «Nubes de ocaso», que muchos años más tarde incluyó el autor en su libro *Rimas de dentro,* Valladolid, 1923. La estrofa de la oda a Salamanca que Gálvez reproduce en su libro es ésta:

Sueño de no morir es el que infundes
a los que beben de tu dulce calma;
sueño de no morir, ese que dicen
culto a la muerte.

Los versos del poema *Atardecer de estío en Salamanca,* que don Miguel inserta en este escrito, son los siguientes:

Como poso del cielo en la tierra
resplende tu pompa,

Y al final de esa correspondencia pueden leerse estas palabras: «Esto escribió quien no hizo sino pasar por la ciudad; ¿qué diré yo, que en ella vivo casi desde que constituí familia propia, y que en ella pienso morir? El alma de piedra de esta ciudad me habla, como le habló a Gálvez, de la eterna España, de la España que no es de ayer, ni de hoy, ni de mañana, sino de siempre. Y mi culto al porvenir no es, como mi culto al pasado, sino culto a la eternidad.»

He aquí cómo el tema de Salamanca, que Gálvez acertó a ver y sentir y que Unamuno tenía legítimamente como suyo, unió a los dos escritores en un primer contacto indirecto, que luego fructificaría en nuevas comunicaciones. A ellas seguiremos refiriéndonos.

Poco más de dos años después de este primer episodio en la amistad de ambos escritores, Unamuno dirige a Manuel Gálvez, desde Salamanca, la siguiente carta:

> Estoy terminando de leer, mi estimado señor, su dolorosa y terrible novela *La maestra normal*, que tuvo la bondad de hacer llegar a mis manos. (Gracias por ello.) ¿Pero es realmente así la vida provinciana en esa Rioja? Eso pone espanto. Hay algo en ella que me interesa mucho y me da motivo para una de mis correspondencias a *La Nación* y para algo que he de escribir aquí, en España, y es lo que en varios lugares, y sobre todo en las páginas 40, 53-56, 273, etc., dice usted del normalismo. Aquí es igual: igual

---

Salamanca,
del cielo platónico
que en la tarde del Renacimiento,
cabe el Tormes, Fray Luis meditando
soñara.

Nótese que el autor no la incluyó en las versiones rítmicas de su libro *Andanzas y visiones españolas* hasta 1922, en que éste apareció.

plaga de pedantería. No quieren entender que lo que importa es lo que se enseña y no el cómo. La pedagogía esa no es sino una colección de moldes para quesos, de todas formas y tamaños; mas como no tienen leche ni cuajo, no hacen queso. ¡La superstición del método! Y muy bien lo que dice usted en la última línea de la página 344 y primeras de la 345. Y se lo dice un incorregible e impenitente hereje, pero cristiano. Temiéndome, por no pocos indicios, que si el cientificismo hace aquí estragos —sobre todo en los que menos saben de ciencia—, ahí los hace mayores. Pero esa pobre Raselda está de mano maestra. Las Raseldas que por ahí y aquí sucumben significan tanto o más que los que mueren en una guerra, como esta de ahora. Si no en número, por lo menos en cantidad y calidad de tormento. Y donde la familia no tiene raíces hondas, ni el espíritu abismos en que refugiarse, eso ha de ser fatal. Acaso el mejor remedio es despertar la inquietud religiosa.

Con toda simpatía le saluda

Miguel de Unamuno.

Salamanca, 6-IV-15.

Una vez más, y ahora con libros del mismo autor, acredita Unamuno su egregia condición de lector atento. Y su gran deseo de informarse. Porque el tema pedagógico fue siempre uno de los que más le interesaron, aunque en ocasiones fuese objeto de sus críticas más acerbas o de sus sarcasmos. Su propia novela *Amor y pedagogía* no deja de ser una aportación a él desde un ángulo muy personal. Que se corrobora y acendra con el tratado sobre la cocotología o arte de hacer

pajaritas de papel, que le sirve de complemento en el mismo volumen. Porque su exposición teórica es todo un burlón alarde metodológico.

Y huelga decir que el prometido artículo sobre la novela de Gálvez fue pocos meses después publicado. Pero antes debemos dar a conocer la carta que éste dirigió a su amigo. Porque con ella contestaba a lo que se le pedía, e iba a ser utilizada en el escrito que ya estaba en el telar. Dice así:

> Eminente maestro: Después de aquel artículo suyo en que hablaba de mi libro *El solar de la Raza*, yo debí escribirle a usted. Pero la cantidad de cosas que tenía que tratar, me hizo dejar la carta de un día para otro. Luego vino la guerra, y todos aquellos temas de mi libro quedaron tan envejecidos, que parecía inútil ocuparse de ellos. Ahora me anuncia usted un artículo sobre *La maestra normal*, y no quiero demorar un día más en expresarle mi agradecimiento.
>
> Me pregunta usted si la vida en La Rioja es realmente como yo la pinto. Aparte de que el libro mismo evidencia que es todo él un producto de la observación directa —y no un libro que procede de otros—, puedo asegurarle a usted que no he inventado casi nada. Si no todos en La Rioja precisamente, los tipos existen, y muchas de las escenas descritas son rigurosamente verdaderas. Cierto que tanta chatura mental, tanta envidia, tanta maledicencia, tanta sensualidad, causan miedo. Lo que me extraña es que usted se asombre. ¿No ocurre lo propio en los pueblos españoles?
>
> Todo aquello de la escuela normal es de una verdad fotográfica. Me refiero a lo exterior, pues tam-

bién tienen —creo— verdad humana. Este conocimiento del normalismo —quería decirle a usted— lo he adquirido ejerciendo mi puesto de inspector de enseñanza secundaria. Hace ocho años que vivo entre maestros. Me he mezclado mucho a ellos, he levantado sumarios; el libro es un resultado de mi larga experiencia.

Su artículo en *La Nación* lo espero con impaciencia. Será la mejor defensa de mi libro, pues sabrá usted que, con una hipocresía singular, muchos diarios me trataron mal por haber combatido «al maestro», «ese verdadero sacerdote de la ciencia, columna de la república, etc., etcétera, etc.».

Se despide de usted, afectuosamente, su viejo y entusiasta admirador

Manuel Gálvez, hijo [4].

No tiene fecha esta carta; pero es fácil asignarle una muy próxima, por ser contestación a la que el autor recibió de Unamuno, fechada ésta el 6 de abril de 1915. Pocas semanas más tarde aparecía en *La Nación*, de Buenos Aires, la anunciada correspondencia de éste sobre la novela de Gálvez. Lleva por título «La plaga del normalismo», y se publicó el 8 de junio de 1915. En ella aparecen, ampliamente desarrolladas, algunas de las ideas contenidas en la carta del autor al novelista argentino. Una de ellas, la de la supremacía del qué y no del cómo en la enseñanza. «Y yo estoy convencido —añade ahora— que del «qué» saca cualquier hombre me-

[4] Sobre la firma de esta carta me comunica su autor lo que sigue: «Literariamente, yo fui siempre Manuel Gálvez, a secas. Sólo agregaba lo del "hijo" en la correspondencia privada. En este caso lo hice, sin duda, por distracción.»

dianamente listo el «cómo», y, en cambio, no hay manera de sacar del «cómo» el «qué». Eso de que hay quienes saben bien una doctrina, pero no enseñarla, es casi siempre una falsedad. La experiencia me ha enseñado que la mayor parte de las veces en que se dice de uno que sabe algo, pero no sabe enseñarlo, o es que en realidad no lo sabe bien o no quiere enseñarlo.» Y esa propia experiencia unamuniana, de la que justamente blasona, la forman sus catorce años de rectorado entonces y sus veintitrés años de profesor universitario.

También reaparece en esta correspondencia la teoría de los quesos aplicada a los quehaceres pedagógicos, que ahora se proyecta en estos términos: «Acostumbro decir a los maestros, cuando les hablo de pedagogía, que ésta es como una colección de moldes de quesos de todas formas y tamaños, pero con los cuales no pueden hacer el queso porque les falta la leche y el cuajo para hacerlo, mientras que con estas primeras materias puede, en rigor, hacerse el queso en cualquier recipiente, y si nos apuran, hasta a mano.»

La plaga del normalismo, como su autor la llama, le conduce a tratar de la plaga del pedagogismo, utilizando el libro de un gran pensador uruguayo, a quien admiró mucho Unamuno, don Carlos Vaz Ferreira, cuyo libro *Ideas y observaciones*, otras veces por él comentado, vuelve a esta correspondencia. Como vuelve también la mención de *Amor y pedagogía* y la manía de su héroe de catalogar el universo; y el problema del clasificacionismo con la funesta secuela comtiana y spenceriana, llegando a calificar a Spencer de «hombre profundamente afilosófico».

Pero el impulso inicial de estas densas páginas unamunianas arranca de la novela de Manuel Gálvez, cuya lectura despertó en nuestro autor viejas preocupaciones de índole

pedagógica, y cuyo conocimiento, unido a los que la carta de aquél pudo suministrarle, utiliza en todo su alcance. Reproduzcamos tan sólo estos pasajes iniciales: «Acabo de leer la novela de Manuel Gálvez *La maestra normal (Vida de provincia)*. La impresión general ha sido muy penosa. No en el aspecto estético, ¡no! No quiero decir que me haya disgustado como obra de arte y de ficción. Todo lo contrario. Y buena prueba de ello es que he leído sus cuatrocientas páginas con creciente interés, y eso que desde hace algunos años difícilmente resisto la lectura completa de una novela. La penosa impresión que me ha dejado es de orden moral. Porque la novela de Gálvez es un documento muy doloroso» [5].

Este artículo de Unamuno provocó una carta del novelista argentino, en la que le informa de las polémicas que su obra y aquél han causado en su país. He aquí su texto íntegro, avalorado con una nota que su propio autor ha tenido la bondad de suministrarme:

> Estimado maestro: Gracias por su artículo «La plaga del normalismo», que es muy interesante y ha gustado muchísimo.
>
> Pero lo que a usted más le interesará es saber que esa correspondencia ha originado toda una revolución. Lugones publicó un artículo en *La Nación* atacando a mi libro, y yo contesté ayer en el mismo diario. Un señor Pariente, que no sé quién será, pretendió refutarle a usted en *La Argentina*, y ayer el viejo maestro J. B. Zubiaur, rabioso anticlerical, la emprende contra usted y contra mí en un artículo abominable publicado en *El Diario*. En la ciudad de

[5] Este escrito de Unamuno, «La plaga del normalismo», se reproduce en el tomo VIII de sus *Obras Completas*, págs. 496-505.

Santa Fe han aparecido dos artículos muy buenos contra Lugones, uno de ellos escrito por J. Martínez Zuviría, joven novelista de valer, autor de *Flor de durazno* y *Fuente sellada*. Y en Paraná ha estallado en los diarios una polémica formidable sobre el normalismo, con críticas a la Escuela local y un mitin en perspectiva.

Desgraciadamente por mi condición de Inspector de Enseñanza Secundaria, mi artículo no es lo que debió ser. Pero ha resultado de una gran eficacia. El molesto señor Lugones, hombre antipático, malo y *pésimo* escritor, ha recibido un buen floretazo.

Le mandaré a usted todos los artículos a que me he referido.

Nuevamente, mil gracias. Y reciba usted el afecto y la admiración de

Manuel Gálvez, hijo.

Junio 17, 1915, Buenos Aires.

NOTA EN 1953. «Leopoldo Lugones era un escritor de mucho talento y muy vigoroso, de léxico riquísimo y gran creador de imágenes e inventor de palabras. Pero era también su prosa artificiosa, hinchada y de mal gusto. Por estos defectos, y exagerando su importancia, le consideré como *pésimo escritor*. Mas el motivo verdadero de que yo le juzgase injustamente debió de ser un resentimiento que tenía con él. Además, Lugones, por esos años de 1914 a 1915, era anarquista y muy anticlerical. Decía contra la Iglesia y el Cristianismo cosas increíbles, de las que se rectificó diez años más tarde. Yo sabía que Una-

> muno estaba harto lejos de admirar la prosa lugoniana, y sin duda hubo en el tremendo calificativo, además de un poco de rabia, el deseo de halagar a don Miguel. Yo tenía por entonces treinta y dos años y era vehemente y agresivo.—*M. G.*»

De toda esta polémica tan enconada poco quedará ya en el recuerdo, y la misma generosa nota del propio Gálvez nos indica hasta qué punto las aguas volvieron a su cauce. Pero de él emergerá siempre su propia novela *La maestra normal*, algunas veces reeditada, con los matices estéticos que en ella señaló Unamuno, y el valor documental de época que le servía de base.

* * *

El tercer instante de esta amistad entre ambos escritores es de 1920, cinco años después de la carta últimamente transcrita. Es Unamuno el que rompe tan largo silencio, y al escribir de nuevo a Gálvez recuerda el episodio anterior. Y da ocasión a esta carta el haber recibido una nueva obra de éste. Efectivamente, el día 7 de abril de ese año le escribe desde Salamanca en estos términos:

> Creo, amigo mío, que ni le acusé recibo de su *Nacha Regules*. ¡Mal hecho! Ayer leí en *El Imparcial* las líneas que Alomar le dedica, y saqué su libro del montón —más de medio metro de alto— de los recién recibidos de esa América y me dispongo a leerlo. Yo no quiero esperar a concluirle para escribirle a usted. Porque si, como deseo, espero y presumo, me sugiriera —como *La maestra normal* me sugirió— reflexiones o juicios, aunque de otra índole, no

dejaré de formularlos, pero no a usted privadamente, sino al público de ésta y de ésa que me lee.

Hace poco hablé en ésta de usted con un argentino, el doctor Simón Scheimberg. Y ahora voy a ir con usted en espíritu a esa tierra que me es tan conocida de lejos.

Le saluda con toda simpatía

Miguel de Unamuno.

Salamanca, 7-IV-20.

No le fue posible a dón Miguel cumplir esta promesa; pero, efectivamente, leyó la novela de Gálvez, que había aparecido el año antes, en la Editorial Pax, de Buenos Aires. El ejemplar que su autor le envió, con dedicatoria autógrafa, forma parte de la biblioteca de aquél que se guarda en la Universidad de Salamanca, y hay en él numerosas anotaciones autógrafas. Unas se refieren a los modos expresivos del novelista argentino, agrupadas bajo el epígrafe general «Lengua», en las guardas de este volumen, y otras, sobre los pasajes que le llamaron la atención en el relato. En la página 25 subraya lo que el autor dice de Monsalvat: «Sabía despertar la compasión; y como nadie ignora, es el deseo de compadecer lo que más pierde a las mujeres.» En la página 43, una observación sobre la capital porteña: «... y de cómo Buenos Aires era un vasto mercado de carne humana.» En la página 82, lo referente al carácter de Ercasty, el médico: «Muy inteligente, solía manejar ciertas armas poco comunes en la sociedad argentina, como la paradoja, la ironía, el sarcasmo. Pero siempre que no le tocasen a él.» En la página 123, este pasaje: «El médico se sintió molesto al oir estas palabras y abandonó su actitud pasiva. En su venera-

ción a la sociedad, no admitía que el individuo fuese otra cosa que aquello como lo consideraba la sociedad. Eso es una estupidez —dogmatizó agresivamente—. El juicio público es lo que vale, la sanción general.» De nuevo le atrae algo referente a Monsalvat, en la página 167, cuando éste «iba insensible al maravilloso espectáculo que es la calle en la cosmopolita, complicada, exuberante, estruendosa, enérgica, inquieta, dinámica Buenos Aires. Iba insensible a todo. El no veía sino a Nacha». Y nuevas observaciones sobre el modo de vivir, sobre las posibilidades de la Argentina, frente a la vieja Europa, de que blasona otro de los personajes.

De todas estas anotaciones, hay una que, por ser más pormenorizada, merece citarse aparte. Ocurre en la página 84, con ocasión de este pasaje: «Para Monsalvat no había en aquellas vidas sino mentira. Esos hombres y esas mujeres no tenían una existencia propia: vivían para los demás, pensando en los demás, con la moral, el criterio, la estética, todas las ideas de los demás.» A lo que don Miguel objeta: «No; para sí mismos. El que vive para los demás, les contradice.»

Creo que es suficiente para dejar constancia, una vez más, de la meticulosidad y de la atención con que Unamuno leyó al novelista argentino.

* * *

En el mes de febrero de 1924, el Gobierno del general Primo de Rivera destierra a Unamuno a la isla atlántica de Fuerteventura. Esta medida es ampliamente comentada en la América de lengua española, y son muchas y autorizadas las voces que en ella se levantan en favor del ex rector de Salamanca. Una de ellas, la de Manuel Gálvez, que en el diario bonaerense *La Nación* publica por aquellos días una car-

ta de adhesión al escritor español, en la que, elevándose serenamente por encima del mar de pasiones encrespadas, proclama que el mejor modo de honrar a Unamuno era el de trabajar para que sus obras fuesen leídas y difundidas más aún de lo que lo estaban en los medios americanos.

No he logrado ver el texto íntegro de esta carta; pero sí sabemos la reacción que tal gesto provocó en el ánimo de don Miguel, que se dirige al escritor argentino en estos términos:

> De mano de Raimundo Echevarría recibirá usted, mi mejor amigo, esta carta de gratitud. ¡Gracias, gracias, gracias! En nombre de España, no en el mío. Y al trabajar así por la libertad civil y laica de esta cansada matrona, trabajan ustedes por la unidad fecunda de nuestra raza espiritual.
>
> Gracias por lo que ha dicho de mí y de mi obra en *La Nación*. ¡Si supiera usted qué doloroso fue mi parto de *Abel Sánchez!* Allí está el misterio de iniquidad. Y algo le diría del final de mi *Niebla*.
>
> Hoy mismo escribo a Ricardo Rojas por su maravilloso sermón. Le escribo a él, pero la carta es para todos ustedes. Para usted entre los primeros.
>
> ¿Nos veremos pronto? Tal vez... Pero ahora debo estar cerca de mi España para acudir a ella cuando sea menester. Y tengo que vivir mi *Vida de Don Quijote*.
>
> Un abrazo de hermandad de
>
> *Miguel de Unamuno.*
>
> Puerto Cabras de Fuerteventura, 14-IV-24.

No es de este lugar insistir en la significación de *Abel Sánchez* en la novelística unamuniana, clara y profundamente estudiada por Carlos Clavería en su trabajo «Sobre el tema de Caín en la obra de Unamuno», del que procede este pasaje acotado del propio autor: «En mi novela *Abel Sánchez* intenté escarbar en ciertos sótanos y escondrijos del corazón, en ciertas catacumbas del alma, a donde no gustan descender los más de los mortales... Es la herencia de Caín» [6]. Lo que justifica plenamente la confesión que le hace a Gálvez en su carta sobre el parto doloroso de esta novela.

Y el misterio de iniquidad a que en la misma se refiere es el título exacto de uno de los cuentos que forman el volumen titulado *El espejo de la muerte,* aparecido en 1913, cuatro años antes que *Abel Sánchez,* cuyas últimas palabras son éstas: «¡Miserable y corrompida carne de Adán! ¿Quién nos librará de este cuerpo de muerte?»

Y en cuanto al recordado final de *Niebla,* es, sin duda, la que su autor llamó «Oración fúnebre, por modo de epílogo». que en aquélla figura.

Todos estos recuerdos de la obra propia, y hasta la mención de su tratado quijotesco de 1905, respondían muy bien al estado de ánimo de aquellos días de Fuerteventura.

* * *

Y llegamos al último instante de la historia de la amistad entre los dos escritores. En los primeros meses de 1928, la revista argentina *Síntesis* publica un extenso ensayo de Manuel Gálvez, titulado «La filosofía de Unamuno», que hoy puede leerse en su libro *España y algunos españoles,* Buenos

[6] CARLOS CLAVERÍA, *Temas de Unamuno,* Madrid, Gredos, 1953, pág. 101. Sobre la misma novela, véase el prólogo que Unamuno hizo para la segunda edición, firmado en Hendaya el 14 de julio de 1928.

Aires, 1945. Y el 16 de marzo de ese año le anuncia el envío de varios ejemplares de dicho número en la siguiente carta, última de que tengo noticia, entre las dirigidas por el novelista argentino a don Miguel:

Buenos Aires, marzo 16, de 1928.

Estimado maestro y amigo: Ya habrá recibido usted ejemplares del número de *Síntesis*, donde dedico un extenso ensayo a su filosofía. Hace tiempo que lo tenía escrito. Hubo de ser publicado en *La Nación*, pero en aquellos días usted se enemistó con el gran diario; me lo devolvieron.

Desearía que quedase usted satisfecho. He estudiado su obra con cariño y largamente. Cualquier observación que quiera hacerme, se la agradeceré.

Le estrecha la mano con afecto, su admirador y colega

Manuel Gálvez.

Esta carta motivó otra de Unamuno, un mes más tarde, fechada en Hendaya, donde vivía entonces, y que es la más extensa de este epistolario. He aquí su texto íntegro:

¡El tiempo que hacía que apenas sabía de usted, amigo mío! Aquellos tiempos de *El solar de la Raza*, *La maestra normal*, etc. Y lo que ha llovido en nosotros desde entonces. Yo pasé del rejuvenecimiento; estoy en el reaniñamiento. Y vamos al caso.

He recibido el número 10 de *Síntesis* que me envió usted, y no otro. De tal revista no conozco sino dos números: el primero, que me envió Bóveda, y el décimo. Ni siquiera he visto aquel en que se publicó mi artículo «Hispanidad». Dígaselo al señor

Noel, así como que recibí el pago de ese artículo. Y en cuanto a continuar escribiendo en la revista, dígale usted también, y de mi parte, que quiero saber qué se hizo de otro artículo, el primero, que mandé allá a pedido de Bóveda —y que se cruzó en la mar con éste—, y que si no les conviene publicarlo, por lo que sea, yo podría colocarlo en otra parte, y no guardo copia de él. Y no creo que rece conmigo lo de «no se devuelven los originales». Y basta de esto, que me es poco agradable.

De lo que usted dice de mi *filosofía*, ¿qué quiere que le diga? Algún día escribiré —si las cosas de mi pobre España me dejan lugar— unos comentarios a los comentarios —sobre todo a los ingleses— que se han hecho de mi obra. En general, una actitud que yo llamaría antes que racional —no racionalista— escolástica, se resiste a ver doctrina, si usted quiere dogma, en la negación de ella. Hay mucha gente preocupada del orden, cuando el orden es el que hay, sea el que fuere, aunque parezca desorden. Cuando yo estudiaba filosofía tomista —nuestro texto de clase, ¡detestable!, lo era de un P. F. Zeferino González, O. P., que llegó a Arzobispo y Cardenal—, me hacía mucha gracia aquel consabido párrafo de: «funestas consecuencias de esta doctrina». Y yo me decía: las funestas consecuencias de una doctrina podrán probar que la doctrina es funesta, pero no que es falsa. Es como eso de los que están siempre disculpándose de que los tengan por pesimistas. Y ¿qué? ¡Si viera usted qué carta tan divertida me escribió Maritain —le conocí en el banquete del P. E. N. Club— cuando salió a luz mi librito de *L'agonie du*

christianisme! Y ¡qué daño no sólo a la verdad, sino al cristianismo están haciéndole estos convertidos franceses! Y viniendo a lo que usted dice, yo no estoy seguro de no ser un super-racionalista. En todo caso, creo que, como me escribía hace poco el profesor (muy poco), Warner Fite, traductor al inglés de mi *Niebla,* no pierdo jamás el contacto con la tierra, o, si se quiere, con el tablado. Sé que piso tablado; sé que represento y lo que represento. En el orden del pensamiento, algo de lo que es en el orden de la sensualidad Don Juan, personaje profunda y esencialmente teatral, que sabe que pisa tablado, que se hace en el escenario y que ésta es la última realidad. Y Don Juan, como sabe representarse, como es sólo representación y todo representación, convence a los espectadores —mejor oyentes—, pues no es de cine; una voz más que una figura, y no por la razón. Porque, créame, amigo, que no sólo por medio de la razón somos capaces de convencimiento. Hay más: la razón es la que no convence en el orden moral.

Otra cosa: ¿cree usted de veras que en casi todos los paganos faltaba congoja dolorosa? ¡Si hubiera usted pasado más de treinta años leyendo, haciendo traducir y comentando en clase a los clásicos griegos —y mi clase era acaso aquella en que más se traducía, y variando (para mi ventaja) de textos casi todos los años—, acaso no pensaría usted así! Cuando alguna vez me han dicho si he tomado ciertos temas de Nietzsche —a quien todavía conozco muy mal y fragmentariamente—, respondo que él y yo —era también profesor de griego— lo hemos tomado de la misma fuente, de la sofística helénica. Y él, además,

del nutridísimo libro *Psyche*, de su amigo y maestro Erwin Rhode. Pero los que han leído a los griegos traducidos y a Nietzsche también traducido..., y hay cosas, en griego y en alemán, más que en otras lenguas, intraducibles. No; no me gusta lo que hay de literatura en los sistemas filosóficos. Lo que no me gusta es su retórica —oratoria— política. La cosmogonía misma de Spencer es una cosmogonía política, de progresista. Como hay cosmogonía de conservador y de retrógrado. Y ahora ¡cuánto, pero cuánto le diría respecto a los sistemas que produjo el siglo XIX, y a lo que después de la guerra y el cansancio que ha traído...! Pero esto me vuelve a mi *sistema* actual, a mi lucha con la abyecta tiranía pretoriana y policíaca que está saqueando, envileciendo y entonteciendo a nuestra España.

Y basta por hoy. No sin darle gracias por su trabajo, que ha de ayudar a la difusión de mi obra; y ¿para qué escribe uno sino para *difundirse?* Además, usted ha hecho su obra con entendimiento y con amor —que es lo mismo—, y me ha dado con ello la mayor y mejor prueba de amistad que pueda dárseme. Gracias, gracias, gracias.

Volveremos a correspondernos, ¿no?

Salude a los compañeros, en especial a Borges.

Muy su amigo

Miguel de Unamuno.

Al principio la Palabra —antes del principio el Fin; no acortará la Palabra— y así el Fin no tendrá fin.

Hendaya, 15-IV-28.

Creo que la sola lectura de esta última carta debe descubrir su importancia. No obstante, nos permitiremos puntualizar alguno de sus extremos. Se inicia con un tono nostálgico de los días ya lejanos en que Unamuno escribió sobre dos novelas de Manuel Gálvez, punto de partida, como ya sabemos, de esta amistad. Viene luego la pequeña actualidad de lo ocurrido con la revista *Síntesis*. Los dos números que Unamuno dice haber recibido, el primero es el inicial de esta publicación, y corresponde al mes de junio de 1927; el décimo, de marzo del año siguiente, es el que contiene el estudio de Gálvez «La filosofía de Unamuno». Y el que se queja de no haber visto es el sexto, del mes de noviembre de 1927, precisamente en el que apareció su artículo titulado «Hispanidad» [7]. Entonces no llegaría a sus manos; pero tal vez por intervención de su corresponsal argentino, lo que no sabemos a ciencia cierta, el caso es que hoy figura entre los libros de la biblioteca de don Miguel. Y en ese mismo número aparecía una elogiosa nota de esta publicación sobre su autor, concebida en estos términos:

> *Síntesis* enriquece hoy sus columnas con la firma gloriosa de don Miguel de Unamuno. La colaboración que ofrecemos a nuestros lectores entraña —queremos señalarlo— el ansia más viva de don Miguel. Podríamos situar su «Hispanidad» —por el destino racial que encierra— entre *El sentido* (sic) *trágico de la vida* y *La vida de Don Quijote y Sancho*. ¡Magno modo, en verdad —ya que el maestro entra en propia casa— de iniciar su contacto con nuestro público!

[7] Figura hoy en el tomo VIII de la nueva edición de sus *Obras Completas*, págs. 649-694.

> *Síntesis* saluda en don Miguel de Unamuno no sólo al más enhiesto y arriesgado animador de los problemas trascendentales de nuestro tiempo, sino al más profundo —y trágico— inquisidor de las angustias metafísicas de la raza hispana.
>
> ¡Voz de profeta la suya! ¡Sea bien venido el Maestro!

Dos años más tarde —en junio de 1930—, la revista dedicaba un número extraordinario —el 37— como homenaje a Unamuno, en el que se publicaron tres estudios que tenían por tema su figura y su obra: uno del argentino Battistessa y dos de los españoles Casalduero y Romero Flores. Y el mismo año 1928, en el número 17, se había publicado el estudio de Luis Echavarri: «Unamuno, poeta». Bien podemos creer que la normalidad en las relaciones del escritor español con la revista argentina debió de establecerse muy pronto. La dirigió en una primera y breve etapa Xavier Bóveda, y más tarde Martín S. Noel, citados ambos en la carta a Gálvez.

El núcleo de ella lo constituyen los comentarios que, tomando por base el estudio de aquél sobre la filosofía unamuniana, nos permiten considerar reunidas unas apreciaciones personales del mayor interés sobre su propia actividad en este campo del pensamiento. Y una vez más, como en otras varias ocasiones, proclama su disparidad y subraya su incompleto conocimiento de la doctrina nietzscheana. Sería curioso, y lo juzgo aleccionador, comparar esta carta, en que Unamuno habla de su propia filosofía, con la que en los comienzos de siglo dirigió a Federico Urales, contestando a unas preguntas sobre la génesis de su pensamiento, en que nos brinda una trayectoria de su formación y un índice de sus lecturas. Tres nombres destacan en éste: Hegel, para el

pensamiento; Spencer, aunque insistiendo en la tosquedad de su metafísica, y Carlyle, más que por las ideas, por el estilo. Y junto a esta corriente, la veta de los poetas que impresionaron su ánimo: Leopardi, de un lado, y los líricos ingleses, del otro [8]. Claro que no en balde han transcurrido casi treinta años de una carta a otra, y, en ellos, nuevas lecturas asaltaron su ánimo. Por eso adquiere un sentido impar esta nueva confesión que le hace a Gálvez a estas alturas de su vida. Sus juicios sobre Maritain y su interpretación de Don Juan, en años muy próximos a la obra dramática que a su figura dedicó, bien merecen ser tenidos en cuenta.

Y, por último, dos palabras sobre la poesía con que cierra la carta. Corresponde a esa modalidad gnómica, tan abundantemente representada en su *Cancionero,* cuya redacción había iniciado el autor pocas semanas antes en Hendaya. Esta que le anticipa a Gálvez al final de su carta está fechada el mismo día —15 de abril de 1928— y lleva el número 117.

No sabemos si esta amistad rebasó en su comunicación escrita esta fecha. Los testimonios que la corroboran y sustentan creo que son suficientes para descubrirnos cómo aparece integrada —noble amistad, al fin— por una mutua aportación. Unamuno se ocupó públicamente en sus escritos de dos novelas de Manuel Gálvez, y éste dedicó un amplio estudio a la filosofía unamuniana, que, por lo que la última carta transcrita nos revela, debió de satisfacer a su autor. No sólo por lo que de agradecimiento hay en sus frases, sino, sobre todo, por haber suscitado el amplio comentario que es entraña de dicha carta.

---

[8] La carta de Unamuno a Federico Urales figura en el libro de éste *La evolución de la filosofía en España,* publicado en Barcelona en 1934. No contiene indicación de la fecha en que fue escrita; pero por una alusión que hace a una crisis íntima sufrida en 1897, a la que se refiere diciendo «hace cuatro años...», creo que data de 1901.

RUBÉN DARÍO Y UNAMUNO

La celebración en la Universidad de Salamanca de un acto conmemorativo del aniversario de la muerte de Rubén Darío, en el que hube de intervenir, da ocasión a estas consideraciones sobre el tema que encabeza estas líneas. Que es el de la amistad que existió entre ambos poetas, para cuyo trazado voy a utilizar exclusivamente los propios testimonios que ellos nos dejaron. Creo que son, sin duda, los más autorizados y expresivos.

Debieron de conocerse en el segundo viaje de Darío a España, en 1899. Siete años antes, como es sabido, había representado a su país en el Centenario del Descubrimiento de América, en misión oficial, y ahora iba a entrar en relación con el mundo literario español de entonces, al que brindó el regalo de su presencia y de sus versos. Su trato con Unamuno no fue muy intenso, según éste proclamó a la muerte de Rubén, en 1916. «Aunque nos vimos y conversamos y paseamos juntos media docena de veces, había algo que nos mantenía apartados, aun estando juntos —escribió entonces—. Yo debía parecerle a él duro y hosco; él me parecía a mí sobrado comprensivo»[1]. Tales encuentros tuvie-

[1] «De la correspondencia de Rubén Darío», en *La Nación*, Buenos

ron lugar en Madrid, ya que sabemos que si es verdad que ambos prometieron verse detenidamente, viniendo Rubén a Salamanca, no pasaron de propósitos sus mutuas manifestaciones.

Por eso sigue siendo el mejor testimonio de esta amistad la correspondencia que ambos cruzaron. La publicó Alberto Ghiraldo diez años después de la muerte del poeta de Nicaragua [2], horra de notas que hubieran sido muy útiles, omisión en parte subsanada en otra publicación suya posterior titulada *El archivo de Rubén Darío*, Buenos Aires, Losada, 1943. Y a esta correspondencia hemos de acudir, añadiendo una carta más de Rubén que creo no ha sido publicada. Porque, como escribió Unamuno, «se fue Rubén de este mundo sin que llegásemos una vez a hablarnos cara a cara desnudas, pero las del alma. Siempre entre los dos, entre él y yo, hubo como una cristalina muralla de hielo. Nos veíamos, nos hablábamos, nos apreciábamos mutuamente, pero ni uno ni otro se decidía a romper esa muralla. Acaso fue mejor. Acaso así nos respetamos. Y eso que había entre ambos profunda unanimidad en ciertas entrañadas y eternas inquietudes» [3]. Tratemos ahora de traspasar esa muralla cristalina puntualizando afinidades y diferencias.

La más intensa etapa de esa amistad epistolar se extiende desde la primavera de 1899 hasta los primeros meses de 1902. Y es Unamuno quien la inicia. Por aquellos días había publicado en el diario madrileño *La Época* un artículo en el que reseña la novela de Francisco Grandmontagne *La Mal-*

Aires, 10-V-1916. Incluido en el tomo VIII de la nueva edición de sus *Obras Completas*, Barcelona, Vergara, S. A., 1961, págs. 531-545.

[2] RUBÉN DARÍO, *Obras Completas*, vol. XIII, *Epistolario, I*, Madrid, Biblioteca Rubén Darío, 1926, págs. 23 38, «Cartas a Miguel de Unamuno»; págs. 161-180, «Cartas de Miguel de Unamuno».

[3] «De la correspondencia de Rubén Darío», citado en la nota 1.

donada, que provocó otro de Rubén en *Vida Nueva*. Él mismo lo refirió en una de sus correspondencias a *La Nación*[4]. Para agradecer el artículo de Rubén, señalando disparidades, tomó la pluma Unamuno; respeta las razones de aquél y proclama las propias. «Siendo cada cual como es, todos diferentes —le dice—, y pensando según seamos, nos entenderemos mejor.» Ya por entonces, y posiblemente por haber conocido a Darío, le interesaba al vasco el movimiento literario americano, a cuyo análisis promete entregarse, como efectivamente lo hizo, desde las páginas de la revista madrileña *La Lectura*, y desde las del gran diario bonaerense *La Nación*, al que le dio acceso el propio Rubén, su representante en España[5]. Y en esta primera carta hay esta observación sobre el amigo: «Lo que yo veo precisamente en usted, a través de lo mejor de lo que de sus obras conozco, es un escritor que quiere decir en castellano cosas que ni en castellano se han pensado nunca, ni pueden *hoy* en él pensarse. Tiene usted que hacerse su lengua.» (Carta de 16-IV-1899.)

Al contestar Rubén a Unamuno, le confiesa que ni se cree un escritor americano ni está hecho a pensar en castellano, sino, ideográficamente, en francés. Aunque sus libros anteriores a *Azul* proceden de una cepa española innegable, al menos en la forma. (Carta de 21-IV-1899.) Aquellos que reflejan sus lecturas juveniles de poetas españoles medievales y clásicos, como luego se ha puntualizado. Y recogiendo la invi-

---

[4] RUBÉN DARÍO, «La Pardo Bazán en París. Un artículo de Unamuno», firmado en Madrid el 10-IV-1899, el mismo día que apareció éste en el diario madrileño *La Época*, e incluido, el de Darío, en su libro *España contemporánea*.

[5] «Sobre la Literatura hispanoamericana», primera correspondencia de Unamuno en *La Nación*, de Buenos Aires, publicada el 19-V-1899, y dedicada a Rubén. No la incorporó su autor a la colección de *Ensayos*, Madrid, Residencia de Estudiantes, 1916-1918, y hoy figura en la nueva edición de sus *Obras Completas*, tomo VIII, págs. 76-82.

tación unamuniana de visitar Salamanca, «este viejo ciudadón dormido en un repliegue del austero páramo, vaso de recogimiento y fuente de reposo», según le dice, le promete visitarle en esta ciudad secular «que me atrae —escribe Darío— como una abuela centenaria que tiene muchos cuentos que contarme».

Un mes más tarde, en mayo de 1899, vuelven a cruzarse cartas sinceras y generosas, pero motivadas por un distingo verbal que es casi un resquemor. En un periódico argentino —*El Sol del Domingo*, de Buenos Aires (23-IV-99)— se había publicado una carta abierta de Unamuno a Casimiro Muñoz, precedida de una breve semblanza de aquél, sin firma, pero que sabemos fue redactada por Grandmontagne. En ella trataba don Miguel de aquel singular encuentro entre don Quijote y Robinson que fue la guerra de España con los Estados Unidos, y allí se estampaba esta frase: «Hace poco, leyendo unas quejas de Rubén Darío, porque París no hace caso a los literatos hispanoamericanos confundiéndolos con los *rastaquoeurs*, me dije que tienen razón en París.» Rubén se duele por dos razones. Porque la frase no es suya, sino del venezolano Pedro Emilio Coll, y porque él, personalmente, sólo encontró atenciones en la capital francesa, lo que acredita con la teoría de los amigos que allí le atendieron entre las gentes de letras. «Yo no me quejo —le escribía a Unamuno—, sino que celebro el desdén de París con nuestros mediocres y amojamados de América, hijos legítimos de una España que no es la que vale, la grande, intelectualmente.» (Carta de 16-V-1899.) Y porque estima que la frase de Unamuno puede resultar dañosa si la malinterpretan criterios americanos, le pide que la rectifique.

Así lo hizo don Miguel, enviando antes a su amigo la nueva carta abierta que dirige a la Argentina. «Aunque vizcaíno

neto —le dice— no tengo nada de terco, rectificaré y aclararé tal atribución, con su artículo de usted a la vista (pues lo guardo), y esto me dará ocasión para decir algo de lo que creo su labor de usted. Y, según mi costumbre, recibirá usted mi artículo dirigido a *El Sol del Domingo* antes que este semanario.» (Carta de 19-V-1899.) Así fue, y con el título de «Rubén Darío juzgado por Unamuno. Una aclaración», este escrito vio la luz en las columnas de dicha publicación el 8 de julio siguiente. Pero en la carta sigue diciendo Unamuno que no entiende esa atracción que los americanos sienten por París, «ese anhelo de que sea precisamente París, y no Londres, o Berlín, o Viena, o Bruselas, o Estocolmo, o... Heidelberg, donde los descubran. Que fuera Madrid, lo comprendería, porque hoy por hoy es el centro de los pueblos de lengua española, y por mucho que exageremos (yo el primero) nuestra incultura, al fin y al cabo en español escribimos, y los que piensan en español son los que, ante todo, han de nutrirse de la savia espiritual de nuestros escritores». Esta actitud debe enlazarse con el *misogalismo* unamuniano que fue muy intenso y de él hizo gala siempre que para ello tuvo ocasión.

La correspondencia sigue un curso entrañable. Rubén le envía los periódicos americanos que se ocupan de Unamuno, y éste le informa, como es usual en sus cartas, acerca de sus tareas y proyectos literarios. Y reaparecen las protestas de visitar Salamanca, decidido a «estudiar» —es el verbo que Darío emplea— a Unamuno. Cuando aparece *¡Adentro!* (1900), libro que ya en el título ostenta la divisa unamuniana de estos años, más expresiva que cualquier «¡arriba!» o «¡abajo!», se apresura Rubén a felicitarle; y al recibir aquél *España contemporánea,* urdido con las crónicas rubenianas a *La Nación,* en una de las cuales se ocupa de Unamuno, le

felicita éste por una tarea a la que juzga, para la fraternidad de la casta, muy superior a la de los congresos hispano-americanos, prometiéndole escribir sobre este libro.

Por aquellos días —enero de 1902, no 1904, como figura en la carta publicada— Rubén vive en París, y desde la casa de la calle de Odessa, 9, pide noticias a su amigo, quien desde su fecunda soledad salmantina le había dicho: «No se duerma en esa Cosmópolis no sea que se le torne en pesadilla el sueño de la vida.» (Carta de 1-IV-1901). Desde allí sigue enviando a Salamanca cuantas noticias pueden interesar a don Miguel, o le informa de lo que se dice en tierras americanas sobre su obra. En *La Prensa*, el conde François de Nion la ha dedicado algunos floretazos, y Rubén espera que Unamuno le replique con su espada española. Los Valbuena españoles hacen lo propio, pero el vasco sigue imperturbable en su tarea, que ahora tiene por lema el que se encierra en este verso: «Deja decir y sigue tu camino.» (Carta de 12-I-1902.) Y mientras lee autores americanos, espera el libro de Rubén *Prosas profanas*, bucea en la literatura francesa, que no le sigue siendo simpática, y proclama que no tiene alma latina, sintiéndose más atraído por el norte europeo.

Y antes de dar fin a esta primera etapa de la amistad epistolar de ambos poetas, debo referirme a un hecho que considero de interés. Lo descubrimos en una carta de Unamuno fechada en Salamanca el 8 de febrero de 1900. Se trata de un soneto suyo titulado «Memnón», cuyas primicias le brinda a Darío, relatándole la génesis de su composición y anunciándole su propósito de publicar un tomo de poesías. Hasta siete años después no apareció éste, con el título genérico de *Poesías* (1907), pero muchas de las albergadas en él, incluido este soneto, datan de 1899 y 1900, y su autor las iba

dando a conocer en publicaciones literarias, en especial en la *Revista Nueva*. «No creo que estos poemitas pequen —le dice a Rubén— de *demasiado sólidos*, como otras cosas mías.» Y como años más tarde iba aquél a referirse al Unamuno poeta, que comienza a hacer pública su obra casi cuando Rubén llega a España, creo debe ser anotada esta faceta de la amistad de nuestros dos poetas, la de ir anticipando Unamuno a su amigo americano, ya famoso en estos menesteres, esta actividad suya, de la que siempre se sintió muy ufano. No es ésta la única ocasión, como veremos, en que confía a su corresponsal las primicias de su lira. Es de imaginar que con notorio interés, el que correspondía a la fama internacional de que Darío gozaba.

* * *

Se abre ahora un paréntesis de dos años, que rompe Darío, desde París, en el otoño de 1904, interesándose por los quehaceres del vasco. Y utilizando el membrete del Consulado de su país en la capital francesa, le escribe felicitándole por uno de sus recientes discursos, uno de los que su autor llamaba sermones laicos y que iba difundiendo en su peregrinar por las tierras de España. Le confiesa no haber perdido la esperanza de visitarle en Salamanca, y a ello le anima Unamuno en su respuesta, a vuelta de correo: «Véngase por acá —le dice—, véngase a ver y sentir este soto de altas torres», expresión que es parte del primer verso de una composición poética de que le habla a continuación: «He corregido ayer —añade— una poesía —creo que la mejor que he hecho—, titulada "Salamanca", y que aparecerá en *La Ilustración Española y Americana*. Los versos son sáficos clásicos, cual cuadra a esta ciudad.» No sabemos si con la

carta remitió a su amigo una copia de esta poesía como hizo con otros amigos suyos españoles a los que escribió por estas fechas, pero es la segunda vez que Unamuno se refiere a su propio quehacer de poeta. También en esta carta (3-IX-1904) le asegura su satisfacción por haberse quedado a vivir en Salamanca, que ya no es el ciudadón dormido en el páramo, sino «el viejo castillo roquero espiritual de mi dorada Salamanca, lejos de la feria de las vanidades».

Y así llegamos al momento de mayor interés en esta relación epistolar discontinua pero efectiva. Y es de nuevo Rubén —en el otoño de 1907— quien, desde París, se dirige al rector salmanticense, en una carta excepcional en la que vibra la dimensión humana del nicaragüense. Hay en sus frases de ahora un dolorido sentir, una queja —ahora sí que es suya— que todavía nos conmueve al escucharla. Y como creo que debe ser recordada, sepamos antes sus íntimos motivos. Fue el propio Unamuno quien nos lo reveló. «Con esta lengua que el Demonio nos ha dado a los hombres de letras —escribía en 1916—, dije una vez delante de un compañero de pluma que a Rubén se le veían las plumas —las del indio— debajo del sombrero; y el que me lo oyó, ni corto ni perezoso, esparció la especie, que llegó a oídos de Darío»[6]. Quien, al saberlo, le dirigió a Unamuno esta carta extraordinaria:

París, 5 septiembre 1907.
3, rue Corneille.

Mi querido amigo:

Ante todo, para una alusión. Es con una pluma que me quito debajo del sombrero con la que le es-

[6] «¡Hay que ser justo y bueno, Rubén!», en la revista madrileña *Summa*, 15-III-1916. Incorporado hoy a sus *Obras Completas*, tomo VIII, págs. 518-523.

cribo. Y lo primero que hago es quejarme de no haber recibido su último libro. [Se refiere a «Poesías».] Podrá haber diferencias mentales entre usted y yo, pero jamás se dirá que no reconozco en usted —sobre todo, después de haberle leído en estos últimos tiempos— a una de las fuerzas mentales que existen hoy, no en España, sino en el mundo.

Mas yo quisiera también de su parte alguna palabra de benevolencia para mis esfuerzos de cultura. Yo nunca diría que usted había sido *tomado en serio* en ningún momento de su carrera humana, porque los que nacen para dirigentes en las naciones son siempre, por su desgracia, víctimas de lo que hay de más serio: la influencia de la vida ambiente. Y luego, yo soy uno de los pocos que han visto en usted al poeta. Qué le ofrezcan a usted del sabio y del profesor, no me extraña. Su función universitaria le hace acreedor a ello, y nunca es de desdeñar una mayor cantidad de ciencia. Mas ¿quién ha de ver en un hombre tal el don de poesía sino los poetas? Y en cuanto a lo que a mí respecta, una consagración de vida como la mía merece alguna estimación.

La independencia y la severidad de su modo de ser le anuncian para la justicia. Sobrio y aislado en su felicidad familiar, debe comprender a los que no tienen tales ventajas.

Usted es un espíritu director. Sus preocupaciones sobre los asuntos eternos y definitivos le obligan a la justicia y a la bondad. Sea, pues, justo y bueno.

Ex toto corde.

Rubén Darío.

Pocos días más tarde le escribió Unamuno la siguiente carta, que reproducimos en su integridad por no figurar en el *Epistolario* publicado por Alberto Ghiraldo y que sólo recientemente ha sido dada a conocer:

> Lo de siempre, mi querido amigo; ya le han ido a usted con el cuento de lo que yo haya podido decir de desagradable para usted y en cambio no le habrán contado lo demás. Si yo fuese otro me pondría a explicar eso de las plumas y a justificarlo como relativo elogio recordando algo muy exacto que de usted escribió el amigo Rodó. Sí, le diré que en usted prefiero lo nativo, lo de abolengo, lo que de un modo o de otro puede ahijarse con viejos orígenes indígenas a lo que haya podido tomar de esa Francia que me es tan poco simpática y aun de esta mi querida España. Pero basta de esto.
>
> Su carta la tomo como lección y la acepto. Y le añado que tiene usted razón. Ahora que empiezo a ver que seré viejo —y una larga vejez pido a Dios— doy en zahondar de vez en cuando en los frutos espirituales que me ha dado mi natural, no ya severo, sino duro y desdeñoso. Con los años se va encorvando dentro de mí el inquisidor calvinista, descontentadizo y áspero, que siempre he llevado en lo más íntimo.
>
> De usted —como de mí— se habla mucho y casi siempre, creo, al buen tun tun y dentro del terrible dilema de: o bombo, o palo. O se le exalta o se le deprime sin medida ni juicio. Pero esto no es malo. En la dedicatoria de un libro me puso usted: «con admiración sincera pero restringida», y yo comenté:

toda admiración si es sincera es restringida, y si no es restringida o es insincera o es ininteligente.

Yo quisiera escribir con sosiego sobre usted y su obra, y muy en especial sobre su influencia, que es indudable ha sido enorme, en las letras hispano-americanas y españolas. Me armaría para ello de toda mi serenidad procurando hacer algo doctrinal y a la vez poético. Con el triunfo —pues me considero ya triunfador— se me van apagando los instintos de lucha.

Otra cosa. Si no le he enviado mis *Poesías* antes ha sido pura y sencillamente por ignorar su paradero. Yo soy un hombre estadizo y con residencia fija, y usted anda errante. Pero ahora que sé dónde para, salen a buscarle. Y nada le digo de ellas.

Acabo de leer en *La Nación* lo que escribe usted sobre la leyenda de Verlaine. Apenas conozco nada de su vida fuera de las poesías. Me parece usted justo, y las leyendas de artistas pura fantasía en su mayor parte.

Tengo de usted sus últimas cosas y sus libros en prosa; no tengo ni *Prosas profanas* ni *Azul.*

Basta por hoy. El saber de usted más a menudo me vendrá bien. Yo estimo en más que usted pueda creer, su genio poético —aun siendo él tan contrario a muchas de mis aficiones— pero acaso estimo más aún su carácter, aunque bien mirado, de éste fluye aquél. En fin que no sé bien lo que me digo.

Le tiende leal y francamente la mano de amigo cordial

Miguel de Unamuno[7].

[7] De esta carta me facilitó una fotocopia Agustín Torres Lazo,

Que Rubén debió darse por satisfecho con esta carta, cuya dimensión humana dejamos al aprecio del lector, lo demuestra la que pocos días más tarde dirigió a Unamuno, a la que pertenece este pasaje inicial:

> Mucho me satisfizo su gentil carta de veintiséis del pasado. Creo que con quince días pasados con usted estaríamos completamente de acuerdo en todo. (Carta de 9-X-1907.)

Pero América le llamaba y a ella se encamina, buscando el terruño nativo que le quite el asco del «París *gente* y otros *parises* que hay en este París encantador», como decía.

A este viaje de Darío se refiere otra carta de Unamuno, tampoco incluida en el *Epistolario* rubeniano y que también hemos conocido hace poco. Está fechada en Salamanca el 10-XI-1907, y dice así su texto íntegro:

> Unas veces, mi querido Darío, no contesto las cartas en meses y otras las contesto a vuelta de correo. Depende de como me coja. Las cartas son mi encanto y mi desahogo y por eso aborrezco la regularidad de ellas.
>
> Me dice que va a su Nicaragua. He aquí una noticia que me levanta dentro toda una vieja y arraigada aprensión. Va usted a la tierra en que abrió el pecho al aire y los ojos a la luz, a la tierra de su infancia. Yo he creído siempre que el poeta es quien conserva eterna niñez —no ya sólo juventud— en su espíritu.

---

quien la obtuvo de su paisano el diplomático nicaragüense Diego Manuel Sequeira, que, a su vez, la dio a conocer en la revista *Cuadernos para el Congreso de la Libertad de la Cultura*, número 24, París, mayo-junio, 1957, pág. 38.

Desconfío de los hombres que no llevan a flor de alma los recuerdos de su infancia.

Para mí no hay descanso ni consuelo como recorrer los lugares que fueron la primera visión de mi vida, resucitar en mí las impresiones virginales. No puede usted figurarse lo que me he rehecho, lo que me he recreado allá en las montañas que ciñeron mi cuna, en los apacibles atardeceres de las postrimerías de setiembre.

Suelo decir que la fuente de Juvencio es bañarse en el protoplasma de donde surgimos. De ahí el encanto de Homero, cuyas epopeyas son el protoplasma de nuestra cultura.

Usted, un poeta, y como tal un niño grande, va a la tierra de su niñez, y yo espero de este viaje un nuevo manantial de inspiración. Una vez me contó usted de un buey que vio allá en Nicaragua. Encontrará usted al mismo buey, esfinge de lo eterno, en la misma pradera, y le saludará a usted con los ojos dándole la bienvenida.

Enorgullézcase usted de Nicaragua, así como ella, estoy seguro, se enorgullecerá de usted. Las plumas debajo del sombrero —esas plumas del chisme malicioso con que le fue la alcahuetería literatesca— le habrán de florecer. Yo espero de ese viaje algún regalo. Háblenos usted de su tierra, levántela en brazos. Hermoso es ver que una madre levante en sus brazos al hijo para que todos le vean y le bendigan; pero es más hermoso ver al hijo fuerte y nervudo que levante en alto a su madre para llevarla por encima del barro, sin que éste la toque, y para que todos la bendigan.

Hace un mes, en mi pueblo, contemplaba yo las nubes que afloraban mis montañas, y volví a ver en ellas las quimeras mismas que vi de niño. Pensaba si serán nubes de lágrimas.

Usted, maduro ya, con más recuerdos que esperanzas, consagrado por una juventud, admirado y querido, vuelve a su tierra, como Ulises a Ítaca, después de errar por el mar, que es todo él camino; de esta vuelta debemos prometernos todos algo.

Que Nicaragua le sea el regazo maternal en que se puede uno confesar en silencio, sin romper el pudor —porque la madre adivina— y que ella le dé nueva vida, es lo que desea su amigo y compañero leal

Miguel de Unamuno [8].

* * *

En mayo de 1908 nuestro poeta está de nuevo en Madrid, ahora como ministro de su país en España. Los tres meses de estancia en Nicaragua que le anunciaba a Unamuno en octubre del año anterior no sólo se dilataron, sino que su vuelta a la patria, sobre la que tan literariamente le hablaba don Miguel en la carta que acabamos de transcribir, se ha convertido en un auténtico viaje triunfal.

De regreso en España, desde Madrid, le anuncia a su amigo una próxima visita, en una carta que estaba olvidada entre los papeles del archivo unamuniano, por cuya razón creemos oportuno reproducirla. Dice así:

---

[8] También dio a conocer esta carta el diplomático citado en la nota anterior, bajo el título de «Encuentro de otra carta de Unamuno para Darío», en las páginas del *Seminario Archivo Rubén Darío*, número 6, Madrid, 1962, págs. 21-28.

Gran Hotel de París

Madrid 19 de Mayo de 1908

Querido amigo: Aquí me tiene usted ya de vuelta de la Patria. Pienso hacerle una visita después de ser recibido por el Rey.

Mucho he conversado de usted con un simpático y discreto caballero con quien me relacioné en el viaje de París a Madrid. Es el señor don Carlos Luna, de Salamanca [9].

Mientras tengo el placer de que conversemos largo y provechoso, queda su amigo de siempre

Rubén Darío.

No se hizo esperar la respuesta de Unamuno, contenida en otra carta que permanecía inédita, fechada el 22-V-1908, y concebida en estos términos:

El anuncio de su venida, querido Darío, me ha alegrado mucho y dejo para cuando nos veamos el hablar de unas y de otras cosas. Por ahora he de decirle que los primeros días del mes que viene he de estar ocupado en exámenes y sin poder disponer de todo el día, y después de esto, que durará ocho o diez días, voy a Cáceres por cinco o seis, a un certamen regional pedagógico. Lo mejor es, pues, que cuando piense venir me avise para que nos pongamos de acuerdo y coincidamos.

[9] Industrial muy emprendedor a quien se debe la instalación de la primera fábrica de energía eléctrica en Salamanca, en la última década del siglo XIX. Su hija, doña Inés Luna Terreros, fallecida hace pocos años en Barcelona, es la titular de una fundación benéfica que lleva su nombre, establecida en esta ciudad.

De usted hablé mucho con Ricardo Rojas, que pasó aquí tres días y está ahora en ésa. Él le dirá de esta dorada y apacible Salamanca.

Yo ando algo displicente. Murrias. Su compañía me vendrá bien.

Muy de veras es suyo.

Miguel de Unamuno [10].

Estas tareas académicas del rector de Salamanca debieron imponer, sin duda, el aplazamiento de la anunciada visita de Darío, quien en 17-VI-1908 le revela sus propósitos de pasar el verano en una playa —creo que la de La Arena, junto a San Esteban de Pravia, en Asturias [11]— y de paso le anuncia su nuevo propósito de visitarle en otoño en su retiro salmantino. También le habla del último libro suyo que ha leído —*Recuerdos de niñez y de mocedad*—, «libro de intensidad y de trascendencia —le dice— para los que estudien su alma, aunque yo hubiera querido que usted entrase más en lo fisiológico para la explicación de su temperamento».

Al año 1909 corresponden las dos últimas cartas cruzadas entre ambos amigos. En la primavera de ese año, Unamuno lee un artículo de Rubén sobre un poeta costarricense —Aquiles Echeverría— que se extingue en un hospital de

[10] Copia facilitada por Antonio Oliver Belmás. El original se conserva entre los papeles de Darío que guardaba Francisca Sánchez, hoy en el Seminario Archivo Rubén Darío, en Madrid.

[11] No sé exactamente si el verano de 1908 lo pasó Rubén en la playa cantábrica que se indica en el texto. El pasaje de su carta —fechada el 17 de junio de ese año— dice exactamente: «Ahora pienso irme a pasar el verano a alguna orilla del mar.» Mi suposición se basa en que el poeta estuvo allí en otra ocasión, desde donde le envió a Unamuno sus *Cantos de vida y esperanza*, con estas líneas: «Con un saludo afectuoso, desde la orilla del Cantábrico. *R. Darío*. San Esteban de Pravia (La Arena), julio, 23, 1905.»

Barcelona, y ello le da tema para una poesía cuyas primicias autógrafas le brinda al nicaragüense. Es ésta:

Tú la viajera de siempre;
la que vienes de las tierras infinitas;
compañera de mis viajes,
¡oh, tristeza peregrina!,
¿volveré, dime, a dormir el viejo sueño
en mi cama de otros días,
donde se acaba este viaje,
donde las horas terminan?
Ayer, ya contigo, cruzaba estos campos
al nacer la verdura florida,
y hoy de nuevo los cruzo contigo
al caer de la hoja amarilla,
¡oh, tristeza,
compañera de mis noches y mis días!
Tú amadrinas los caminos,
¡oh, tristeza peregrina!
Tú, que coges a los hombres en la cuna
y los llevas en tus brazos por la vida
y los dejas arropados en la tierra
cuando acaba la partida [12].

«Esto es lo último que me ha salido —añade—, y se lo envío al acabar de leer su artículo sobre el poeta de Costa Rica.» (Carta de 3-IV-1909.)

«Bellos y tristes sus versos... —le dice Rubén al contestarle—. Hace algunos días envié a *La Nación* un trabajo, "Unamuno, poeta", que le leí a Manuel Machado, y a quien

[12] Incluida hoy con sus poesías sueltas en el tomo XIV de sus *Obras Completas*, pág. 789.

le gustó mucho. Yo también deseo vivamente que hablemos.» (Carta de 5-IV-1909.) Pero creo que el diálogo no se reanudó, aunque Rubén volvió a España en 1910, y por última vez, dos años más tarde, cuando busca la calma sedante de Mallorca. Su estudio antes citado apareció en el gran diario bonaerense, y muchos años más tarde, cuando Unamuno publica otro de sus libros de poesías, el titulado *Teresa* (1924), lo hace imprimir al frente de esas rimas, porque como una vez escribió, «fue Darío quien dijo lo casi único que de algo sustancioso, de comprensivo, sobre mis poesías se dijo, demostrando con ello la amplitud de su estética» [13]. Este trabajo debió estimarlo de un modo impagable, ya que fue su amigo quien le abrió los senderos de la fama en el menester que más preciosamente estimaba, en el de poeta, lo que no habían sabido apreciar la mayoría de los críticos españoles.

Y es en esas páginas en las que Darío recuerda otro episodio de su amistad con Unamuno, que, por cierto, tiene una asombrosa semejanza con el que motivó la espléndida carta rubeniana que más arriba hemos transcrito. «Un día, en conversación con literatos —escribió—, dije de Unamuno: un pelotari en Patmos. Le fueron con el chisme, pero él supo comprender la intención, sabiendo que su juego era con las ideas y con los sentires, y que no es desdeñable el encontrarse en el mismo terreno con Juan el vidente.» Nunca aludió Unamuno, que sepamos, a este incidente, que su amigo exhuma públicamente; pero su recuerdo nos trae de la mano, y con ello daremos por terminado nuestro cometido, al escrito unamuniano a que antes aludí.

---

[13] «De la correspondencia de Rubén Darío», citado en la nota 1.

«¡HAY QUE SER JUSTO Y BUENO, RUBÉN!»

Así se titula este singular escrito, que con el titulado «De la correspondencia de Rubén Darío», varias veces citado en este estudio, constituyen el homenaje póstumo que don Miguel rindió a su amigo el poeta americano. La frase del epígrafe de aquél es una réplica de la frase final de la carta de Darío a Unamuno que antes hemos reproducido: «Sea, pues, justo y bueno», le decía, quejándose, en 1907. Casi nueve años más tarde, en 1916, la recordó el rector salmantino para ponerla al frente, rehaciéndola patéticamente, al frente de estas páginas que son una confesión y un reproche íntimo.

Su extensión nos impide reproducirlas en su integridad, y de ellas elegimos los pasajes que nos parecen más reveladores, pensando que, por ser un texto ya accesible, a él podrán acudir los lectores que por estas muestras se sientan atraídos. Hélos aquí:

> Han pasado más de ocho años de aquella noble queja; muchas veces esas palabras de noble y triste reproche del pobre Rubén me han sonado dentro del alma, y ahora parece que las oigo salir de su enterramiento, aún mollar. ¿Fui con él justo y bueno? No me atrevo a decir que sí.
>
> Quería alguna palabra de benevolencia para sus esfuerzos de cultura de parte de aquellos con quienes se creía, por encima de diferencias mentales, hermanado en una obra común. Era justo y noble su deseo. Y yo, arando sólo mi campo, desdeñoso en el que creía mi espléndido aislamiento, meditando nue-

vos desdenes, seguí callándome ante su obra. ¿Fue esto justo y bueno? No me atrevo a decir que sí.

Él, por su parte, no se calló ante la mía. Ante mi obra poética, quiero decir. Cuando publiqué mi primer volumen de poesías, lo mejor, sin duda, lo más cordial que sobre ellas se dijo, fue lo que dijo Rubén en un artículo a *La Nación* bonaerense. No lo olvidaré nunca. Y las cartas que después me escribió fueron nobles, sinceras y dignas. Y es que aquel óptimo poeta era un hombre mejor.

Le acongojaban las eternas e íntimas inquietudes del espíritu, y ellas le inspiraron sus más profundos, sus más íntimos, sus mejores poemas... Si me hubiera dejado guiar por lo que de él me recitaban los que decían admirarle más, no le hubiese leído nunca. ¡Fortuna grande que le conocí y descubrí al hombre, y éste me llevó al poeta! Al indio —lo digo sin asomo de ironía; más bien con pleno acento de reverencia—, al indio que temblaba con todo su ser, como el follaje de un árbol azotado por el cierzo, ante el misterio.

«Sea, pues, justo y bueno.» Esto me decía Rubén cuando yo me embozaba arrogante en la capa de desdén de mi silencioso aislamiento, de mi aislado silencio... ¡No, no fui justo ni bueno con Rubén; no lo fui! No lo he sido acaso con otros. Y él, Rubén, era justo y bueno. Era justo; capaz, muy capaz de comprender y de gustar las obras que más se apartaban del sentido y el tono de las suyas; capaz, muy capaz de apreciar los esfuerzos en pro de la cultura que iban por caminos, los, al parecer, más opuestos a los suyos. Tenía una amplia universalidad, una pro-

funda liberalidad de criterio. Era benévolo por grandeza de alma, como lo fue antaño Cervantes. ¿Sabía que él se afirmaba más afirmando a los otros? No, ni esa astucia de fino egoísmo había en su benevolencia. Era justo, esto es, comprensivo y tolerante, porque era bueno.

Y era humilde, cordialmente humilde. Con la grande humildad que, a las veces, se disfraza de soberbia.

Nadie como él nos tocó en ciertas fibras; nadie como él sutilizó nuestra comprensión poética. Su canto fue como el de la alondra; nos obligó a mirar a un cielo más ancho, por encima de las tapias del jardín patrio en que cantaban, en la enramada, los ruiseñores indígenas. Su canto nos fue un nuevo horizonte, pero no un horizonte para la vista, sino para el oído. Fue como si oyésemos voces misteriosas que venían de más allá de donde a nuestros ojos se juntan el cielo con la tierra, de lo perdido tras la última lontananza. Y yo, oyendo aquel canto, me callé. Y me callé porque tenía que cantar, es decir, que gritar acaso, mis propias congojas, y gritarlas como bajo tierra, en soterraño. Y para mejor ensayarme me soterré donde no oyera a los demás.

De tal modo se tapa uno los oídos para no oír a los demás y que no le distraigan de sí mismo y le dejen así oír mejor la voz de sus entrañas, que acaba por no oírse ni a sí mismo. Y no comprende uno que esa voz que cree de sus entrañas es la voz de los otros, de aquellos a quienes no quiere oír, que por sus entrañas le llega.

Sí, buen Rubén, óptimo poeta y mejor hombre; este tu huraño y hermético amigo, que debe ser justo

> y debe ser bueno contigo y con los demás, te debía palabras no de benevolencia, de admiración y de fervorosa alabanza, por tus esfuerzos de cultura. Y si Dios me da salud, tiempo y ánimo, he de decir de tu obra lo que —más vale no pensar en por qué— no dije cuando podías oírlo. ¿Lo oirás ahora? Quisiera creer que sí.
>
> Hay que ser justo y bueno, Rubén [14].

No vacilo en subrayar lo excepcional de este testimonio, que es el complemento más perfecto de una amistad mantenida y pregonada en unas cartas. Y rebasando el cuadro trazado de antemano, el de la amistad de los dos poetas, creo que a él tendrán que acudir no sólo los biógrafos de Unamuno, sino los que estudien la génesis de su propia labor poética, cuando recuerden la agresividad unamuniana para con el modernismo, de la que no es ahora ocasión de espigar textos y circunstancias.

---

[14] Véase en la nota 6 lo que allí se indica sobre la publicación de este escrito.

EL POETA URUGUAYO ZORRILLA DE SAN MARTÍN

COMIENZOS DE UNA AMISTAD

Se inicia por parte de don Miguel de Unamuno, en 1905, cuando Zorrilla de San Martín —casi diez años mayor que él— es un escritor famoso. El día 29 de noviembre de dicho año le escribe desde Salamanca en estos términos:

I

Muy señor mío: Hace tiempo, mucho, que deseaba manifestarle mi simpatía y mi admiración. Conozco hace años su *Tabaré* y lo he leído más de una y de dos veces, haciéndolo leer a varias personas. Me lo trajo de regalo, en magnífica edición, un amigo y paisano que residió allí.

Hace unos meses recibí sus *Conferencias y discursos* y pensé escribirle, acusándole recibo. Pero antes de hacerlo los leí, me encantaron, los releí en voz alta (leyéndoselos a un ciego, amigo mío) y formé el propósito de escribir sobre ellos, difiriendo el dirigirme a usted hasta haberlo hecho. En esto llegó el verano, me fui a mi país vasco y a la vuelta escribí

sobre su libro. Y ahora mismo acabo de corregir las pruebas. Mi trabajo se titula «Poesía y oratoria», está todo él dedicado a sus *Conferencias y discursos* y aparecerá en el próximo número de la revista madrileña *Nuestro Tiempo*.

En otro largo trabajo que titulo «Algunas consideraciones sobre la literatura hispanoamericana», y que aparecerá, no sé cuándo, en *La Lectura*, revista de Madrid, hablo también de su *Tabaré*, que es, para mi gusto, el mejor poema americano en lengua española.

Por todo ello, verá cuán sinceramente aprecio y admiro su labor. Y eso que nos separamos bastante en ideas.

Y una vez cumplido mi antiguo deseo de rendirle mi homenaje de alta admiración y simpatía, sólo me resta ofrecerme a usted como amigo y affmo.,

Miguel de Unamuno *.

Así se acercó Unamuno a Zorrilla de San Martín. Los dos libros de éste que cita en su carta figuran hoy entre los que forman su biblioteca. Y los dos trabajos aludidos, aquellos en que se ocupa del uruguayo, vieron la luz. Veamos cuándo, y subrayemos las opiniones que Unamuno sostuvo en ellos.

El primero de ellos, «Poesía y oratoria», apareció en el número 65 de la revista *Nuestro Tiempo*, correspondiente al 10 de diciembre de 1905, y pasó más adelante a la colección de *Ensayos*, de cuyo tomo VI (Madrid, 1918) forma parte. De los veinticinco discursos que el escritor uruguayo agrupó en su obra, es el séptimo (uno de los que pronunció en Ma-

* Numero con cifras romanas las cartas de Unamuno, y con el mismo sistema, seguida cada cifra de una *a*, las del poeta uruguayo.

drid cuando, en 1892, vino representando a su país en los actos conmemorativos del IV Centenario del Descubrimiento de América) el que llamó la atención del vasco. Al menos en él se basa inicialmente su ensayo. Aunque más adelante se ocupe de los otros. Lo que don Miguel descubre leyendo a Zorrilla de San Martín es su calidad de orador poeta, no de orador abogado, que tanto irritaba a Guerra Junqueiro. Su verbo es elocuente, sincero, tiene unción en muchos temas; pero, sobre todo, «tiene —dice Unamuno— una de las grandes ventajas del poeta orador, y es que hasta las metáforas seculares se rejuvenecen en sus labios y parecen dichas por la vez primera»; y «esto —dice más adelante— sólo puede hacerlo el poeta; sólo el poeta es gran orador», «aunque sea orador mudo», apostilla.

El segundo trabajo unamuniano vio la luz en *La Lectura*, en el otoño de 1906, casi un año después de la carta a Zorrilla de San Martín. Data de un año antes, y pasó más tarde al tomo VII de sus *Ensayos*. Surgió este escrito, como es sabido, a propósito del libro del peruano José de la Riva Agüero *Carácter de la Literatura del Perú independiente*, aparecido por entonces. Y si en el dedicado a los discursos del uruguayo había mencionado su gran poema dramático *Tabaré*, también en estas páginas se ocupa de él.

A continuación, por cierto, de este extraordinario pasaje, cuya reproducción, por conocido que sea, me parece insoslayable:

> Cuando algún americano pretende que la lengua española está en vías de desaparecer de América, o que sus literaturas están animadas de un espíritu contrario al de la española, se lo contradigo, y no ciertamente por patriotería, vicio de que me siento libre, sino por creerlo un error de espejismo y de pers-

> pectiva; pero a la vez me parecen dañosísimos y disparatados los pujos de magisterio literario respecto a América, que aquí, en España, se dan muchos: el desatinado propósito de ejercer el monopolio del casticismo y establecer aquí la metrópoli de la cultura. No; desde que el castellano se ha extendido a tierras tan dilatadas y tan apartadas unas de otras, tiene que convertirse en la lengua de todas ellas, en la lengua española o hispánica, en cuya continua transformación tengan tanta participación unos como otros. Un giro nacido en Castilla no tiene más razón para prevalecer que un giro nacido en Cundinamarca, o en Corrientes, o en Chihuahua, o en Vizcaya, o en Valencia... Tenemos que... comprender que para salvar la común cultura hispánica nos es preciso entrar a trabajarla de par con los pueblos americanos, y recibiendo de ellos, no sólo dándoles [1].

Así sintió siempre el problema de la lengua don Miguel de Unamuno. Y al ilustrar el americanismo histórico, se acerca a *Tabaré*.

> De las obras inspiradas en el amor a esos antiguos pueblos indígenas —escribe— sólo conozco una de veras hermosa, el más sentido y más hermoso poema americano que conozco, ...del grande, del grandísimo poeta uruguayo Zorrilla de San Martín.

Con estos escritos entabla el escritor español la amistad, luego perdurable, con el colega uruguayo. Oigamos ahora cuál fué la impresión de éste.

* * *

[1] MIGUEL DE UNAMUNO, *Ensayos*, Publicaciones de la Residencia de

El día 26 de marzo de 1906 le escribe a Unamuno en estos términos, desde Montevideo:

Ia

Muy señor mío: ¿Querrá usted creer que la causa del retardo en contestar su carta no ha sido otra que la imposibilidad de dar con la entrega de *Nuestro Tiempo* que usted me anunciaba, y que he buscado en balde hasta anteayer por Montevideo y Buenos Aires? Ahí verá usted lo vinculados que estamos en la gran familia hispánica. Pero nunca es tarde cuando la dicha es buena, y lo ha sido por cierto para mí leer su precioso artículo. ¿Conque hay realmente algo de eso que usted dice en mis *Conferencias y discursos?* Yo, se lo confesaré francamente, no desesperaba de haber hecho obra de varón, como decía Sarmiento, en ese libro; pero necesitaba que me lo dijeran, que me lo dijera sobre todo usted, aunque fuera a mí solo. Muchas gracias por habérmelo dicho, y también por haberlo hecho en voz tan alta y tan llena de autoridad y de prestigio.

Estoy conforme con sus observaciones. La misma relativa al discurso de Lavalleja encierra una verdad intensa; porque, si bien es cierto que yo me empeño en ese discurso en exponer la razón de ser de la patria oriental independiente, porque en ese tiempo había quienes la ponían en duda, usted ha debido ignorar semejante cosa y, sobre todo, debía ignorarla yo cuando hablaba ante la estatua del héroe.

Estudiantes, Madrid, 1918, tomo VII, págs. 134-135. Hoy también en la nueva edición de *Obras Completas,* tomo III, págs. 1.065-1.104.

Y puesto que usted me lee con interés, lo que mucho me envanece y estimula, me conviene enviarle, y le envío, un librejo mío, *Resonancias del camino,* al que tengo mucho cariño; lo mismo que a esas otras páginas, que también le remito, que se intitulan *Huerto cerrado,* y que espero no disuenen en su oído. Va también la última edición barata de *Tabaré,* algo corregida, en la que el editor ha incluido una *Leyenda Patria,* obra de mis primeros años, que con ser tan desaliñada y balbuciente, vive entre nosotros la vida popular. Y así me tendrá usted todo entero; no soy más que eso. Y, sin embargo, no es poco, créalo usted, en esta época y en este ambiente.

¿Abusaría demasiado de usted si le pidiera, a fin de que no me pase lo que con *Nuestro Tiempo,* me haga enviar o me envíe la entrega de *La Lectura* en que se publiquen sus «Consideraciones sobre la Literatura hispanoamericana»?

Si con sus generosos elogios no me hubiera usted inhabilitado para ello, aprovecharía esta ocasión para decirle a usted cómo y cuánto, y de cuánto tiempo atrás, lo sigue en su fecundo magisterio, y lo adivina y lo proclama eximio maestro, su amigo affmo. y s. s.,

Juan Zorrilla de San Martín.

Pongo también en mi pequeña pacotilla un ejemplar de *Parnaso Oriental,* que acaba de hacer, con bastante discreción, mi yerno Raúl Montero Bustamante, y que puede tener su puesto en su biblioteca americana. El mismo autor me pide se lo remita como testimonio de su grande estimación hacia usted.

Con el envío de los libros que el poeta uruguayo anuncia en esta carta se crea un clima de mutua comprensión y estima literaria, que sería mantenido a lo largo de su comunicación epistolar. Las tres obras citadas en esta carta: *Resonancias del camino,* libro de viajes, nutrido con impresiones personales; *Huerto cerrado* y *Leyenda patria,* obra juvenil, publicada en 1879, e incluida ahora junto a *Tabaré,* todas ellas figuran hoy en la biblioteca de Unamuno.

Casi a vuelta de correo, el seis de mayo de 1906, éste le acusa recibo, a la vez que le informa de sus propios quehaceres, anticipándole noticias sobre el libro *Poesías,* que iba a aparecer en la primavera del año siguiente. He aquí su carta:

II

Mi estimado señor y amigo: Gracias por su carta y por el envío de sus libros y el *Parnaso Oriental,* de su yerno, a quien saludo.

Mi nota sobre sus *Conferencias* no ha sido sino aprovechar la primera ocasión que se me presentaba de decir algo de usted. Y volveré a decir. Lo digo ya en mi ensayo sobre la literatura hispanoamericana a propósito de un libro peruano, ensayo que espera publicación hace meses en *La Lectura,* y que haré llegar a sus manos. Es usted para mí el más *mío* de cuantos poetas escriben hoy en castellano, y soy difícil.

Le envío un ejemplar del último de mis libros, del único que es todavía mío, de mi *Vida de Don Quijote y Sancho,* obra contra la que parece se han conjurado los literatos españoles. Mas, a pesar de los pesares, va haciendo camino, si bien poco a poco.

En breve pienso publicar un tomo de poesías líricas, especie de *musings* o meditaciones, a que no sé si me lleva mi familiaridad con la lírica inglesa o mi educación en mi nativo País Vasco. Lo que sobre todo gusto es de la filosofía poética o la poesía filosófica, no de la simple mezcla de la poesía y la filosofía, no de los versos conceptuales en que el esqueleto lógico asoma sus apófisis y costillas por entre la flaca carne poética, no, sino de aquellos otros en que poesía y filosofía se funden en uno como en compuesto químico. Yo no siento la filosofía sino poéticamente ni la poesía sino filosóficamente. Y ante todo y sobre todo, religiosamente.

Que le sea grato mi *Quijote*. Salude a su yerno.

Crea que es uno de mis mayores placeres haber entrado en relación con hombre por quien sentía tanta simpatía como admiración, con ser ésta grande. Se cree acrecentado al poder decirse su amigo el que lo es,

Miguel de Unamuno.

Toda la carta respira un ansia de comunicación, que no me detengo a puntualizar. Lo que Unamuno escribe, por ejemplo, a propósito de su poesía, tiene un valor extraordinario, y bien sabido es que ese regusto por los *musings* ingleses es una de las vetas más características de ella.

Y en cuanto al envío que le hace a su amigo de la *Vida de Don Quijote*, merece capítulo aparte. Porque de él recibiría, muy pocas semanas después, uno de los más agudos juicios que de esta obra se han escrito. Como si compensase el silencio de los escritores españoles ante aquella muestra tan orlginalmente unamuniana.

ZORRILLA, CRÍTICO DE UNAMUNO

No voy a evocar aquel ambiente —el del III Centenario de la publicación del *Quijote*—, en que apareció este libro, aunque su autor proclamó más de una vez que fue su contribución escotera, personal, no atenida a concursos nacionales, a una fecha tan considerable.

El juicio del escritor uruguayo se contiene en una larga carta escrita en Montevideo el 21 de junio de 1906, seis semanas después de la que Unamuno le había dirigido anunciándole el envío de su libro. Dice así:

II[a]

Mi ilustre amigo: Leo con creciente avidez su *Vida de Don Quijote*, y me pongo a meditar sobre el núcleo de atracción recóndita que nos vincula a usted y a mí espiritualmente, al través de nuestras disidencias fundamentales. Sí, es indudable que esa fuerza existe; es ella la que ha despertado en usted su simpatía hacia lo mío, haciendo que mi pensamiento cobre grandes proporciones al difundirse en el suyo amplísimo; es ella la que me hace ver grande su *Vida de Don Quijote y Sancho*, en que lo veo a usted todo entero.

Pero ¿dónde está ese núcleo? ¿En qué consiste?

Me permitirá usted, amigo mío, que no me meta en esas honduras, en esa cueva de Montesinos llena de pájaros extraños y de visiones del otro mundo; no me siento con las fuerzas del Caballero de la Fe, ni me sostiene la cuerda de Sancho. Esas inmersio-

nes del alma en el alma propia o ajena me causan vértigos, se lo digo sin metáfora, vértigo fisiológico.

Y vamos a lo concreto. Soy tan devoto como usted de Don Quijote. Sobre mi mesa de luz tengo dos libros amigos que son mi lectura al acostarme: la *Imitación de Cristo* y *Don Quijote*. Imagínese usted el deleite con que habré leído su conferencia heroica. Yo he hecho mentalmente muchas veces ese mismo libro, sin duda alguna; en sentido contrario algunas veces, en idéntico sentido, otras. Con mucho menos mérito ético y estético siempre, pero con el mismo genio, con el mismo calor de sangre humana, con el mismo espíritu de fe, de esperanza y de caridad.

Y agreguemos un factor más: soy oyente recogido del gran Carlyle. Veo en usted un Carlyle vasco, es decir, un Carlyle superior. En usted el vasco acabará por absorberse al Carlyle; Don Quijote vencerá a Hamlet. Ya lo ha vencido, me dirá usted. Perdóneme; no lo creo. Y, sin embargo, son irreconciliables.

¿Qué decirle, *calamo currente*, de su libro que me pongo a releer? Admirable y único en su punto de vista. La ilusión es completa y llena de profunda verdad metafísica. Alonso Quijano el Bueno, y Cervantes, y Don Quijote, y Unamuno, y Sancho, y Carrasco el Bachiller, son todos entes de la misma naturaleza. Y uno se encuentra metido entre todos ellos como uno de tantos. ¡El problema del tiempo! ¡Las cuevas de Montesinos y las resurrecciones de Altisidora!

Su libro de usted es el gran momento del centenario de Cervantes. No extraño que no haya sido comprendido inmediatamente: desorienta un poco. Pero ahí queda.

Entraré en detalles. Vamos a algunos, entresacados de mis acotaciones.

«Yo sé quién soy» es «yo sé quién quiero ser». La lucha de *los dos Quijotes*, el manchego y el vizcaíno, es grandiosa; y se transforma en conmovedora cuando interviene ese tercer caballero que figura en su libro, ese vizcaíno que con tanta ternura habla de su sangre, de su casta, de su raza, a la que debe cuanto es y cuanto vale, de esa casta *que no data*, y que sabe bien lo que es.

Hondísima la observación que hace estribar lo heroico de la arenga a los cabreros en haber sido dirigida a los cabreros que no entendían ni jota. «Si queréis mejorar a un hombre, dice Goethe, haréis bien en hacerle creer que ya lo tenéis en lo que quisierais que fuese.» «Si queréis que el esclavo muestre las virtudes del hombre libre, dice Georges, comenzad por darle libertad», etc., etc.

Admirable el análisis del amor de Don Quijote hacia Aldonza; es una revelación, es el secreto manifiesto de Carlyle. Ésa es el alma de su libro: los doce años de tímido amor concentrado del bueno, del puro Quijano; los doce años de ensueño inconsistente, que hicieron de esa alma capaz de tanto amor una polea loca, una palanca con su fuerza y su punto de apoyo, pero casi sin resistencia. Sí, no hay duda; ésa y no otra fue la causa de la feliz locura del querido hidalgo; los libros de caballerías no fueron sino un tratamiento contraindicado. Y ese diagnóstico psicológico, ese gran descubrimiento es suyo, exclusivamente suyo. Cervantes no se percató de ello; no vio ese secreto manifiesto.

Conmovedora y llena de inmensa caridad la defensa de la pobre Maritornes; esas páginas valen toda la Sonata a Kreutzer.

Sí, es claro que Don Quijote, sentado en la jaula y con las manos atadas, no era hombre de carne; era hombre de espíritu, o, si usted quiere, espíritu de hombre. Si no fuera petulancia, yo me acordaría de que fue ésa la idea que se encendió en mí cuando dije que los soldados se engañaban cuando creyeron que Tabaré no era un espectro, sino hombre de carne y hueso, el medio loco. Y a propósito de Tabaré. ¿Ha advertido usted cómo coincido casi literalmente con usted en la ligera nota que pongo en mi Índice alfabético al explicar el vocablo Tabaré?[2].

Pero no he de transcribir a usted en esta carta todas las anotaciones marginales que he puesto en su libro. ¡Cuántas cosas le diría si habláramos con el libro en la mano durante algunas horas! No puedo resistir, sin embargo, a la tentación de transmitirle la siguiente nota que encuentro al hojear la obra para escribir a usted. Es verdad; este grave eclesiástico que así reprende a Don Quijote inspira estos Co-

[2] Se refiere el poeta uruguayo en esta nota a las razones que le han movido a elegir el nombre de *Tabaré*, de marcada ascendencia indígena —«voz genuina y muy característica de la lengua *tupí*», nos dice—, que él utiliza para designar a un ente de ficción, con cuyo motivo expresa una opinión que es la que recuerda Unamuno, concebida en estos términos: «Yo creo firmemente que las historias de los poetas son, a las veces, más *historia* que la de los historiadores. Los criterios se imponen, es cierto, a la Humanidad; pero la inspiración se impone a los criterios, y vaya lo uno por lo otro.» Añadiendo esto, y he aquí la coincidencia unamuniana con el caso de Don Quijote: «¿Tiene, acaso, una vida más real en el criterio de la humanidad el rey don Felipe que el loco Don Quijote?» (págs. 294-295).

mentarios; pero como si se le considera con relación al andante caballero se le consideraría con relación a los estúpidos señores que lo toman de hazmerreir, ¿no es verdad que hay en él cierta dignidad, cierta superioridad, cuando reprende también a los duques y se retira de la mesa para no sancionar con su presencia sus crueles e irrespetuosas chocarrerías? ¿No es verdad que hay ahí un buen ejemplo para los eclesiásticos cortesanos?

Lleguemos a las más heroicas de sus meditaciones de usted, a las que le sugiere el episodio de Roque Guinart. Ya sabe usted que no estoy conforme con sus doctrinas sobre la eficacia redentora de la simple pena de vivir; yo no puedo confundir tampoco la firme esperanza del perdón con la seguridad absoluta de pedirlo y obtenerlo; la presunción es también, como la desesperación, un pecado contra la esperanza. Usted mismo, por otra parte, proclama el infierno, el eterno fuego, al hablarnos del *eterno olvido de Dios*. ¡Que nos olvide Dios! Sí, dice usted bien: eso es precisamente el infierno, y eso es fuego esencial, si reconocemos que fuego no es otra cosa que el agente misterioso que separa, que disgrega, con supremo dolor inevitable, lo que por naturaleza debe estar unido. Tampoco estoy conforme en que sean *sólo* las intenciones, y no los actos, las que nos estraguen el alma. El matar no es malo por el daño que recibe el muerto; el fornicar no es malo por el que recibe la fornicada; es verdad, pero la fornicación engendra fornicación y el crimen engendra crimen. Lo dice el mismo Roque: un abismo llama a otro, y un pecado a otro pecado. Y esas consecuencias morales tienen

que tenerse en cuenta para apreciar la maldad y aun la malicia de un acto humano.

Y sin embargo de estas disidencias y tantas otras, ¡cuánta fraternidad entre su espíritu y el mío, mi querido amigo! ¡Cuánta piedad, cuán intensa caridad veo brotar, como un divino efluvio, de esas sus angustiosas y conmovedoras meditaciones!

Sí, es verdad; nuestros gauchos llaman *desgracia* a cometer un homicidio. ¡Pobres gauchos! Oiga usted un caso histórico e inédito. Si yo estuviera aún en situación de meterme en la cueva de Montesinos de mi alma, haría de ese episodio mi poema, hermano y continuador de *Tabaré*. Haga usted con él el suyo, pues su alma vibra.

En medio de la noche y de la tempestad, un gaucho a caballo golpea la puerta del cura de un pueblo de mi tierra; le pide que lo acompañe a auxiliar a un moribundo; el cura monta a caballo y sigue a aquel hombre; van a la luz de los relámpagos; cae la lluvia; atraviesan las colinas; penetran, por fin, en el bosque. Hay allí un hombre muerto debajo de un árbol, de un espinillo, de un ceibo. El gaucho mira el cadáver, se arrodilla a su lado y reza; se levanta, mete la mano en su cinto de cuero, saca un peso y se lo entrega al cura. «Tome, padre, para que le diga una misa...» Y el pobre asesino, ¿es ése un asesino?, vuelve a montar a caballo y se aleja con la cabeza sobre el pecho... Su silueta se proyecta sobre los relámpagos, se sumerge en la oscuridad..., ¡en la oscuridad!

Compare usted esa escena con la espantosa de Hamlet cuando se resiste a matar a Claudio en el momento en que está rezando, y *porque está rezando.*

¡Y la justicia humana llamará asesino al pobre gaucho matador!

Tiene usted razón, mi misericordioso amigo: existe un remordimiento social desparramado entre las unidades que forman el conjunto; es preciso que la sociedad lo sienta con energía, que sufra sus mordeduras, que se golpee el pecho y se vista de cilicio por las culpas de los Roque Guinart catalanes o gauchos. No sé si será necesario para ello que Sancho le ponga la rodilla sobre el pecho y que vuelva contra ella la jáquima con que desuella los árboles; no sé si será ése el medio más conducente a hacerle hacer examen de conciencia y llamarla a contrición perfecta; pero es indudable que eso vendrá inevitablemente si el remordimiento social no reencarna a Don Quijote. Y es eso, fíjese usted bien, es eso lo que usted se propone en su libro, más aún que el llagar el corazón de sus lectores y hacerlos vivir en anhelante zozobra.

En fin, mi ilustre amigo: ya hemos conversado un buen rato, y me parece que me queda todo por decirle. Me siento más amigo suyo después de nuestra cordial conversación.

Y cierro esta carta a medio escribir con un abrazo,

Juan Zorrilla de San Martín.

Espero ansioso su prometido libro de poesías.

Constituye esta extensa carta de Zorrilla de San Martín una magnífica muestra de su capacidad para la crítica litera-

ria, y es, desde luego, una de las mejores interpretaciones del famoso libro de Unamuno sobre el *Quijote*. No sólo descubrimos en ella la agudeza de un lector atento, sino la fina sensibilidad del crítico.

Por eso es justificado y natural el entusiasmo con que don Miguel contesta pocos meses después.

Desde Salamanca, el día 2 de noviembre de 1906, le escribe en estos términos:

III

No sabe usted bien, mi buen amigo, cuánto bien me hizo su carta. De cuanto se me ha dicho de mi *Vida de Don Quijote,* lo que usted me dice es lo que más me anima. Usted es el único que me ha mostrado en mi libro el descubrimiento de más dolorosa experiencia personal, el de que la locura de Don Quijote fue una locura de amor, de amor vergonzoso y tímido, y que por acallarlo se dio a leer libros de caballerías. Recuerde usted aquellos versos estupendos de Leopardi en su *Consalvo,* los que dice:

Sempre in quell'alma
Era del gran desio stato più forte
Un sovrano timor. Cosí l'avea
Fatto schiavo e fanciullo il troppo amore.
[v. 20-23]

Gracias, pues. ¡Consuela y anima tanto el ser comprendido y sentido...!

Ahora me ocupo en corregir y arreglar mis poesías. Más de la mitad son de este año. Yo apenas escribí versos hasta pasar de los treinta años, y la

mayoría de ellos, la casi totalidad, después de traspuestos los cuarenta (acabo de cumplir los cuarenta y dos), y creo, y otros creen también, que los últimos son los mejores. Son poesías de otoño, no de primavera.

En un largo ensayo sobre la literatura americana que acabo de publicar en los números de setiembre y octubre de *La Lectura*, de Madrid, hago de la obra de usted la mención que ella se merece y que no es sino el anuncio del estudio que a ella o a su *Tabaré*, y a sus hermosísimos *Discursos* en particular, pienso dedicar. Quiero que se conozca aquí lo bueno de América y que no se confunda a todos ustedes en un desdén común motivado por la garrulería de los cantores de faunos, ninfas, dríadas, abates versallescos y chucherías mal traducidas del mal francés.

Mi aspiración ahora es hacer un viaje a esa América del Sur, y creo podré realizarlo. Algo me lo estorban mi cargo y mi familia —tengo siete hijos y mi mujer que no le gusta que yo me ausente, y a la que debo casi todo lo que en mí valga—, pero esto no son obstáculos grandes. Máxime cuando puede ser en bien de todos.

Mis relaciones en esos pueblos suramericanos crecen de día en día; deseo visitarlos y contar a mis compatriotas, que me escuchan bastante, lo que ahí haya visto y oído. Los señores Zulueta y Rahola, que estuvieron ahí, me animaban a ello en Barcelona, donde he estado últimamente unos días.

Este mi viaje de Barcelona me ha corroborado en mi creencia de que la renovación de España vendrá

del litoral cantábrico más que del mediterráneo. En Barcelona hay demasiada fachada y demasiada petulancia jactanciosa; a las veces se cree uno en un arrabal de Tarascón. El costero del Cantábrico es más serio, más recogido y más modesto.

Le abraza su amigo,

Miguel de Unamuno.

No tengo noticia de que Unamuno cumpliese la promesa de un largo estudio sobre la obra de Zorrilla de San Martín, fuera de los anteriormente citados. Tampoco tuvo lugar el anunciado viaje a América, que no sólo ahora, sino en otras y posteriores ocasiones parecía cosa resuelta. La que más cerca estuvo de lograrse fue en 1916, con motivo del centenario de la muerte de Cervantes. Entonces estuvo invitado a ir a Buenos Aires, y el propio Ramón y Cajal, presidente a la sazón de la Junta para Ampliación de Estudios, le animó a ello, como en otro lugar he dado a conocer [3]. Pero ya no era rector Unamuno, y no quiso pedir permiso oficial para ausentarse de su cátedra salmantina.

Las noticias que brinda al amigo uruguayo acerca de su propia poesía, muy poco tiempo antes de publicar el primer volumen de ella, tienen un extraordinario interés, que en otro lugar he subrayado [4]. Y su alusión al viaje a Barcelona, del

[3] M. García Blanco, «Recuerdos de Ramón y Cajal en Unamuno», en *Boletín de la Real Academia Española*, Madrid, tomo XXXIII, cuaderno CXXXVIII, cnero-abril, 1953, págs. 7-18. La carta aludida en el texto está fechada en Madrid el 27 de enero de 1916. Fue el presidente de la Institución Cultural Española, de Buenos Aires, el doctor Avelino Gutiérrez, quien interesaba la presencia de Unamuno en aquella ciudad.

[4] M. García Blanco, *Don Miguel de Unamuno y sus poesías*, Salamanca, Acta Salmanticensia, Serie de Filosofía y Letras, tomo VIII, 1954, págs. 74-75.

que proceden tres de aquéllas: *La catedral de Barcelona,* dedicada al poeta catalán Juan Maragall; *Tarrasa* y *El «aplec» de la protesta,* nos permite recordar su severa admonición, tantas veces aducida, a los escritores y artistas de Cataluña, a los que juzgó como unos niños ahogados por la Estética.

Paréntesis de un año. Se reanuda la comunicación epistolar

Después de estas encendidas muestras de una amistad y un afecto auténticos, no sabemos que ambos amigos cruzasen correspondencia durante el año 1907, y eso que en él apareció el primer libro de versos unamuniano, cuyo envío hizo muy pronto a Zorrilla de San Martín. Por eso la primera carta de éste se refiere a aquél. Pero también nos da la razón de su prolongado silencio. Una gran desgracia familiar se acababa de abatir sobre su vida. De ella informa, doloridamente, a Unamuno, desde Montevideo, el 4 de abril de 1908. Así:

III[a]

> Mi querido amigo: Pues sabe usted que murió mi mujer, lo sabe usted todo; no, todo no, porque no sabe que murió durante tres años de una de esas enfermedades nerviosas o cerebrales o psicofísicas a que los médicos han puesto nombres deshabituados para hacer como que conocen algo de la cosa. ¡Y conocen el nombre! He padecido mucho, en el alma sobre todo. Eso me queda; es mi tesoro: mi buen dolor padecido. Pero me siento fuerte, y con el firme propósito de vivir.

Y con la acuidad y el interés que son prenda del escritor uruguayo, le da a Unamuno su opinión sobre sus poesías:

> Su libro de poesías —le escribe— pasó entre mis tribulaciones. Quise escribirle y no le escribí. Pensé en decirle que sus poesías no me parecieron otoñales como usted me había anunciado, sino completamente estivales, frutos en plena sazón y muy nutritivos. ¿Dejan por eso de estar llenas de sol melodioso y de expresivo color? ¿Deja éste de ser hermoso por ser sano? Usted conoce las teorías que consideran incompatible el satisfacer las necesidades de la vida, física o moral, con el servir a la contemplación estética, esencialmente desinteresada. Excuso decirle que yo no pienso así. Su libro plantea ese interesantísimo problema, y a mi modo de ver, lo resuelve victoriosamente. Le ofrezco por ello mis cordiales felicitaciones.

No es este juicio sobre el nuevo libro de Unamuno ni tan dilatado ni tan hondo como el que había dedicado a su gran ensayo quijotesco. Las causas alegadas nos lo explican. Pero en su brevedad enfoca un aspecto esencial de lo que las poesías del vasco representan. Y tras referirse a un asunto personal —la llegada a Montevideo de un joven español por quien Unamuno se interesa—, la noticia de nuevos quehaceres literarios anima el temple dolorido, pero no abatido, del uruguayo.

> Le anuncio —concluye— para dentro de algunos meses, Dios mediante, el canon del monumento a Artigas, que me ha encomendado el Gobierno. No he tenido tiempo de hacerlo corto, y será un libro ex-

tenso. En él discuto largo y tendido con usted: *ad hominem*. Hablo de aquello de *la patria atlántica subtropical*. Ya lo verá.

Me ha dado usted un gustazo con el recuerdo que me consagró en su artículo «Tres generaciones».

Un abrazo de su affmo. amigo,

Juan Zorrilla de San Martín.

El último pasaje de esta carta merece una aclaración. El artículo de Unamuno que Zorrilla de San Martín le agradece se publicó en *La Nación*, de Buenos Aires, el 2 de noviembre de 1907, con el título de «Tres generaciones», y pasó luego al libro *Mi religión y otros ensayos*, aparecido en 1912. Esas tres generaciones son las de una familia vasca a la que Unamuno conoció en su país nativo: abuelo, padre e hijo, el segundo de los cuales, por haber sido lo que se llama un «indiano», es objeto de sorpresa y extrañeza por parte de los otros dos. «Porque el padre —aclara el autor— se encontraba entre sus recuerdos y sus esperanzas.» Y con este motivo deslizó un recuerdo del propio Zorrilla de San Martín, que éste tenía que sentir en lo hondo. Se contiene en estas breves palabras:

> ¡Qué hermoso, qué henchido de honda piedad y de íntima poesía es el relato que el gran poeta oriental Zorrilla de San Martín nos hace de su visita al pueblo de su padre, allá en la montaña de Santander! Pero es que Zorrilla de San Martín es un poeta, un verdadero poeta, un alma delicada y noble, que guarda el tesoro de una cultura secular [5].

[5] MIGUEL DE UNAMUNO, *Ensayos*, Madrid, Aguilar, 1942, tomo II, página 377; *Obras Completas*, tomo IV, págs. 460-467.

Dije antes que con esta carta de 4 de abril de 1908 se había cerrado un paréntesis de silencio en la comunicación epistolar de ambos escritores. Pero debe advertirse que antes de ella fue el propio Unamuno quien, en la suya de 28 de febrero, se extrañaba del de su amigo. En esta forma:

IV

> Nada sé de usted, mi querido amigo, hace tiempo, ni aun si recibió mi tomo de *Poesías*, que le envié por mediación del joven Nin y Frías.
>
> Después he oído que perdió usted a su mujer, y así me lo explico todo. Y le manifiesto mi simpatía de pesar.

De estas líneas fue portador un joven salmantino que se trasladaba a Montevideo, y al que Unamuno encomienda a su amigo el poeta uruguayo. Éste es el asunto personal al que se refiere en la carta antes transcrita.

Un cruce de cartas en 1908

En el mes de julio de este año se escriben ambos amigos, con una diferencia de pocos días. Unos meses antes había hecho llegar Unamuno a manos de Zorrilla de San Martín su libro, recientemente publicado, *Recuerdos de niñez y de mocedad*. A él se refiere, con su agudeza característica, el escritor uruguayo. El día 2 de dicho mes le hace saber a don Miguel lo que sigue:

IV[a]

> Mi querido amigo: Me parece que contesto, aunque con retraso, una carta suya, al darle cuenta de

la lectura de su último interesantísimo libro, que mucho le agradezco. Ese libro epistolar contesta, a su vez, la carta que, con el creciente interés que me inspiran su espíritu y su vida de usted, le hubiera yo escrito preguntándole algo sobre su origen psicológico. ¿Conque eso es usted en el pasado? ¿Y de dónde sale entonces el usted del presente? Confieso que no percibo bien la soldadura. Eso, la soldadura, será el asunto de otro libro suyo..., que será seguido, dentro de veinte años, de un tercero, el más interesante de todos sus congéneres. ¡Lo que vamos a ver y pensar en estos veinte años! Porque ha de saber usted que tengo la santa intención de vivirlos quieras que no.

Así fue, ya que Zorrilla de San Martín no murió hasta 1931, a los setenta y seis de su edad. Y sigue la carta refiriéndose al recomendado salmantino que Unamuno le envió, y que, nostálgico y desfallecido, regresó a España.

Por los mismos días, el 5 de julio —tres después de haber escrito Zorrilla de San Martín la suya—, le escribe Unamuno desde Salamanca:

V

Su carta del 4 de abril debió cruzarse con el ejemplar de mis *Recuerdos de niñez y de mocedad* que le dedicaba. Este libro íntimo, acaso por serlo, ha tenido hasta ahora menos aceptación que otros míos. Ni siquiera lo han tomado por el aspecto de un ensayo de psicología infantil.

Como se recordará, Zorrilla de San Martín no pudo conocer esta apreciación del propio Unamuno sobre este libro suyo cuando redactó la carta anterior, lo que confirma la agudeza de su juicio.

Y ahora Unamuno, refiriéndose a la carta de su amigo citada al comienzo de la suya, pasa a ocuparse de los quehaceres literarios de éste:

> Leeré, y con gusto —le dice—, su libro sobre Artigas, y espero que él me sugiera comentarios en que una vez más ponga de manifiesto toda la simpatía que hacia usted siento y toda mi admiración por su labor.

Lo que, efectivamente, fue cumplido cuando aquél llegó a sus manos.

Sigue la carta:

> Y a propósito he de decirle cuán difícil resulta obtener aquí libros americanos. Hace dos o tres meses, en un cierto artículo que tuvo aquí resonancia y fue muy reproducido y comentado —se trataba de nuestras luchas políticas—, dije de paso que era usted, a mi parecer, entre los vivos, el más grande orador en lengua castellana, y más de uno me ha escrito preguntándome dónde podría ver sus *Discursos*. Y si su *Tabaré* es aquí más conocido es merced a la edición española.
>
> Un día de éstos me voy a veranear con mi mujer y mis cinco hijos menores —los dos mayores (pues tengo siete) están en Bilbao, mi pueblo— a un pueblecito de la costa de Portugal; pasaré luego setiembre en mi País Vasco, y por otoño daré un nuevo

libro de poesías mientras sigo trabajando en mi *Tratado del amor de Dios.*

Estas peripecias personales, de las que Unamuno informa al uruguayo, tuvieron su importancia. Porque esa estancia veraniega de don Miguel y los suyos en la playa portuguesa de Espinho fue bruscamente interrumpida por la muerte de su madre —el 15-VIII-1908—, lo que le hizo salir precipitadamente para Bilbao.

El anunciado libro de poesías tardó en publicarse, y no fue de las que tenía reunidas ya por entonces, sino su *Rosario de sonetos líricos,* que comenzó a escribir en el otoño de 1910 y vio la luz en la primavera del siguiente.

Finalmente, el *Tratado,* en que le hace saber que está trabajando, se llamó más tarde, al ser publicado, primero en revista y luego en libro, *Del sentimiento trágico de la vida.*

La carta termina dándole cuenta de su descubrimiento de otro escritor y pensador del Uruguay. En estos términos:

> Estoy encantado con la agudeza y la penetración mental y con la firmeza y la originalidad de puntos de vista de Carlos Vaz Ferreira. Es un espíritu de peso, y celebro haberlo conocido. Quiero comentar largamente sus escritos, que son sustanciosos.
>
> Hasta otra. Ya sabe cuán su amigo es
>
> *Miguel de Unamuno*[6].

---

[6] Este capítulo de la amistad de Unamuno con Vaz Ferreira, anunciado como de aparición inminente cuando redacté estas páginas, figura hoy incorporado al volumen que el lector tiene en sus manos.

Otro paréntesis. Unamuno, crítico de Zorrilla de San Martín

Durante los años 1909 y 1910, la comunicación epistolar de ambos amigos conoce otro paréntesis. Al menos, no tengo noticia más que de las dos siguientes: una tarjeta de Unamuno, fechada en Salamanca el 13 de abril de 1909, en que, aparte de darle cuenta de sus quehaceres, le anuncia el envío de una curiosa obra suya. Es como sigue:

VI

> Le envío, mi querido amigo, mi conferencia en el homenaje a Darwin en la Universidad de Valencia. ¿Qué es de usted? ¿Qué hace? ¿Acabó ya aquel trabajo que me anunciaba? Cada cosa de usted que llega es para mí un regalo. Yo sigo muy ocupado en mi próximo libro *Tratado del amor de Dios*. En cuanto a mis Memorias, no sé si las continuaré, como usted me indica. Me costaría trabajo contar mi crisis religiosa, que fue a los veinte años. Adiós. Sabe cuán su amigo es
>
> *Miguel de Unamuno.*

La conferencia aludida es una interesante y olvidada pieza oratoria de Unamuno, ya incorporada al tomo VII de sus *Obras Completas*. Su origen fue el siguiente. En el mes de febrero de 1909, la Academia Médico-Escolar del Instituto Médico Valenciano conmemoró el primer centenario del nacimiento de Darwin. A dicho acto fue invitado don Miguel, y

su conferencia fue publicada en la *Tribuna Médica*, órgano de la indicada Asociación. En ella hay tiradas de versos de Leopardi y dos sonetos del poeta portugués Antero de Quental en una primera traducción, no enteramente métrica.

Y las *Memorias* aludidas, además de basarse en la carta de Zorrilla de San Martín, iban a ser una continuación de su libro *Recuerdos de niñez y de mocedad*, que, como sabemos, aquél comentó, incitando a su autor a ofrecerle un nuevo libro en que los prosiguiese. Tal vez impidió el propósito esa crisis religiosa a la que su autor alude, y que, si tomamos al pie de la letra su afirmación, habría que retrotraer a 1884, trece años, por tanto, anterior a la de 1897, más conocida y estudiada [7].

El otro testimonio de esta amistad epistolar data del 6 de diciembre de 1910, en que Zorrilla de San Martín escribe a Unamuno la breve carta que sigue, anunciándole el envío de su libro sobre *Artigas*. Es así:

V[a]

Grande y buen amigo, como dicen los otros grandes: Le remito mi libro sobre *Artigas*, según lo prometido. Usted dirá si he dado en el clavo o en la

[7] Véanse los ensayos de ANTONIO SÁNCHEZ-BARBUDO, descubridor de la crisis, sobre ella, hoy reunidos en su libro *Estudios sobre Unamuno y Machado*, Madrid, Guadarrama, 1959; los dos artículos de HERNÁN BENÍTEZ, en la *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, 1949, en que polemiza con aquél; y los libros de ARMANDO ZUBIZARRETA, descubridor, a su vez, del «Diario» de don Miguel en el que refleja las experiencias de dicha crisis, titulados *Tras las huellas de Unamuno* y *Unamuno en su «nivola»*, Madrid, Taurus, 1960.

herradura. Espero su juicio, aunque sea privado y en somera forma. Como usted verá, no es un libro que pueda yo mirar sin grandísimo interés. Y es usted quien puede decirme el destino que le está reservado.

Que sirva, al menos por ahora, para reanudar mi correspondencia con usted, que me es tan grata, y para recordarle la grandísima estimación y el afecto de su amigo,

Juan Zorrilla de San Martín.

El juicio de Unamuno, tan intensamente solicitado y esperado, no tardó mucho en llegar a manos del autor de *La epopeya de Artigas*. El día 5 de enero de 1911, un mes apenas después de la carta anterior, escribe Unamuno desde Salamanca en estos términos:

VII

Voy a serle, mi querido y buen amigo, tan leal y franco como suelo. Su *Artigas* es, como obra de poeta y de patriota, admirable. Tiene tan honda poesía como sus *Discursos*. Como obra de historiador..., sería cosa de verlo más despacio. Yo no sé si Artigas era, en efecto, tal cual usted, llevado de su fantasía y de su amor patrio, nos lo pinta, ni me importa en rigor. A mí no acaba de convencerme sino en sus veinticinco años últimos en el Paraguay, ostracismo que es de una estupenda hermosura. Sospecho que en este caso se ha invertido lo normal en esa América, de la que he escrito que tiene más Aquiles que Homeros, pues sus hombres de pensamiento y de

fantasía no llegan a sus hombres de acción. Es muy raro que ahí Homero haga a Aquiles. Ahora no recuerdo sino dos casos: Sarmiento con Quiroga y Rosas, a quienes hermoseó como a Satanás Milton, y usted con Artigas. Sarmiento *ha hecho* al Rosas y al Quiroga históricos, y usted deja esculpido a Artigas. ¿Para qué más estatua? *Aere perennius*. Y admirables algunas otras figuras, como la del esfíngico Rodríguez de Francia.

Veo que ha influido en usted otro gran poeta que se hizo historiador: Carlyle. Le conozco bien y hubo tiempo en que también en mí influyó poderosamente. La traducción española de su *Revolución francesa*, que anda por ahí, editada por Lázaro, la hice yo, y ha sido una de mis hazañas, porque hazaña es traducir a Carlyle.

Así y todo, prefiero historiadores como Carlyle y usted, y Michelet y Thierry, etc., etc., a los otros. Y esa historia es, en un sentido hondo, más verdadera. Si Artigas no fue tal cual usted nos lo esculpe, en sonora palabra, así debió ser. Ése es el arquetipo de Artigas, el sobrehombre de Artigas; ése es el Cristo uruguayo.

Todo esto se lo diré al público, es decir, a mi público.

Y así fue cumplido. Desarrollando ideas que ya están en germen en esta carta, en la que Unamuno juzga la nueva obra de Zorrilla de San Martín, a la que dedicó no menos de tres de sus correspondencias en el diario argentino *La Nación*, aunque —y de ello me ocuparé más adelante— sólo viera la luz la primera de ellas. Ésta apareció en el número

de 11 de marzo de 1911, con el título de *La epopeya de Artigas,* y un año después la incorporó su autor al libro *Contra esto y aquello.*

El resto de la carta unamuniana, aparte de otro asunto personal que no hace al caso —la recomendación a su amigo de un sacerdote español que quiere trasladarse a América—, está dedicada a la propia tarea literaria de aquél. Con noticias del mayor interés, como correspondía a la amistad que los unió.

> Y aquí me tiene usted, amigo mío —prosigue—, pasando la temporada más lúgubre de mi vida, lleno de tristes pensamientos. Y eso que mis asuntos no van mal y tengo bien a mi mujer y a mis ocho hijos. Pero... la desesperanza trascendental, el *tedium vitae,* me cerca como nunca.

Que se reflejará en parte de la obra poética que ahora trae entre manos. Oigámosle:

> Próximamente publicaré —y recibirá usted— mi *Rosario de sonetos líricos* (más bien trágicos), entre los que verá usted desahogos de mi pesimismo. Me dicen que algunos recuerdan los de Quental. Este Quental, y Leopardi, Thomson, Pascal, Guérin, *Obermann,* Kleist, Kierkegaard, *René,* Cooper, Mathew Arnold, etc., ¡son mi... consuelo!
>
> Pero no hablemos de esto.

Y no falta su recuerdo de otro gran escritor uruguayo:

> Si ve a Rodó dígale que me da vergüenza escribirle. Tenía que hacerlo muy de largo y por eso lo he ido dejando.

Y nada más por ahora.

Dios le depare un nuevo año de trabajo y de esperanza.

Es muy de veras su amigo,

Miguel de Unamuno.

Conviene que ahora conozcamos cuál fue la reacción de Zorrilla de San Martín ante el juicio de Unamuno. Se nos ha conservado en la carta que le dirigió el día 3 de febrero de 1911, que comienza así:

VI[a]

Mi querido amigo: Gracias por su confortante opinión sobre mi *Artigas*. Como yo formo parte de su *público*, espero que usted me hará conocer lo que usted le dirá. La Sociedad Internacional, que ha impreso la *Antología* que usted conoce, parece interesada en hacer y difundir la segunda edición de *Artigas*, y acaso lo que usted diga a su público venga bien para prologarla. No deje, pues, de enviármelo.

La opinión unamuniana ha sido bien recibida; pero se ve que el autor reserva la suya y espera a la publicación de aquélla en forma pública. Por eso, tal vez, lo esencial de su carta de contestación, que tiene verdadero interés, está dedicado a sacudir el ánimo de don Miguel, interesándose por sus cosas y aconsejándole sobre ellas. Sobre todo las que reflejan un estado de íntima desesperanza. Y mezclando lo literario y lo íntimo, el interés y el consejo, en un magnífico tono suasorio le dice lo que sigue:

¡La temporada más lúgubre de su vida! ¿No será la crisis que, si mal no recuerdo, le anunciaba en una de mis cartas, creo que en la que le escribí con motivo de *Don Quijote y Sancho?* Yo tengo este su libro entre la docena de los que *prenden* en mi alma y constituyen toda mi biblioteca viva. ¡Usted, en cambio, lee tantos libros! ¡Tiene que leer tantos! Al lado de su *Quijote* yo tengo la *Imitación.* Y no se dan de bofetadas, por cierto. Usted me anunció un libro sobre el *Amor de Dios,* me parece. Hace veinte años que tengo yo uno en el telar, que se va tejiendo poco a poco como un capullo, sobre el *Padre Nuestro.* ¿No le gusta a usted más el *Padre Nuestro* que *Obermann* o Quental? ¿No estaría más indicado, sobre todo, para curar esa su *desesperanza trascendental,* que no es otra cosa, o mucho me equivoco, que una desviación apoplética (propia de las almas grandes y buenas) de la esperanza demasiado impaciente? ¡La impaciencia de la esperanza! Es preciso que procuremos sentir la presencia y la influencia del Padre, del nuestro... Porque Él está por ahí, no le quepa a usted duda; está en la casa fraterna, sobre todo, a cuya puerta hemos de golpear. ¡Vaya si está! El Maestro nos enseñó la dirección de la casa, la calle y el número. Caminemos hacia allá; pero, al mismo tiempo, que venga Él hacia acá, hacia nuestras almas, y reine en ellas, y nos dé Pan, pan espiritual, luz y fuerza. No nos ha de dar una serpiente si le pedimos pan, ni un escorpión si necesitamos un huevo. Y nos dará también perdón, pues nadie mejor que Él conoce nuestra flaqueza y su origen. Y nos librará del Malo, autor del *tedium vi-*

tae y de sus nebulosas tentaciones o asechanzas... Amén. El Moisés de Alfredo de Vigny se queja a Dios:

Pourquoi vous fallut-il tarir mes espérances,
Ne pas me laisser homme avec mes ignorances?

¡Nuestras luminosas ignorancias! Son nuestro tesoro, amigo querido; son nuestras evidencias intuitivas.

Le envía un abrazo su amigo *et nunc et semper,*

Juan Zorrilla de San Martín.

No contestó Unamuno inmediatamente a esta carta, en la que aquella alma buena y noble que fue el poeta uruguayo parafrasea la oración del *Padrenuestro,* con el mejor deseo de que su piadosa intervención levante el ánimo atribulado de su amigo. Y hemos de esperar al año siguiente para que se reanude el hilo de esta comunicación epistolar.

Es el escritor americano quien la reanuda, y, al hacerlo, da cuenta de un curioso sucedido literario que le afectaba muy de cerca.

Pérdida de dos correspondencias unamunianas sobre el «Artigas», de Zorrilla de San Martín

Ya se dijo más atrás que la primera de las correspondencias de Unamuno sobre *La epopeya de Artigas* vio la luz en *La Nación,* de Buenos Aires, el 11 de marzo de 1911. Sólo un año después tendría conocimiento el autor del libro de que las otras dos habían desaparecido.

El día 5 de abril fecha Zorrilla de San Martín, en Montevideo, la siguiente carta:

VII[a]

Mi querido amigo: Un año ha tardado en llegar a mí noticia que usted envió a *La Nación*, de Buenos Aires, dos correspondencias, muy esperadas aquí: «El Padre de la Patria» y «Artigas y el patriciado porteño». Las correspondencias fueron compuestas, pero se distribuyó el tipo sin publicarlas; los originales... se han hecho humo; sólo se conservan tres meses, me dicen.

Saber eso y dirigirme a usted es todo uno; hoy mismo lo he sabido a ciencia cierta. ¿Podría yo conocer esas dos correspondencias, continuación de la interesantísima que se publicó? Bien comprendo que es mucho pedir y, sobre todo, demasiado esperar. ¿Cómo habría de conservar usted copia de esos escritos? Pero aunque fuera un extracto o síntesis de su opinión, para publicarlo o no en Montevideo, según usted ordene, su obsequio sería para mí de gran valía. Se lo pido.

Ya veremos más adelante cómo atendió Unamuno este ruego. La carta termina así:

Preparo una copiosa edición popular, barata, de mi libro, corregido y ampliado con nuevos interesantes documentos e impresiones. Se hará en Barcelona. También un nuevo librito que, por ahora, se va intitulando *Comentarios*. Tiene de todo un poco.

Con gran cordialidad le envía este nuevo afectuoso saludo su siempre amigo,

Juan Zorrilla de San Martín.

Veamos ahora la forma en que don Miguel atendió un ruego que tanto interesaba a su amigo. Lo hace en la carta que le dirige desde Salamanca el 27 de abril de 1912, y en ella le da cuenta de lo ocurrido con sus tres correspondencias enviadas a *La Nación*, de las que sólo se llegó a publicar la primera, la titulada «La epopeya de Artigas».

VIII

No sabe usted cuánto me alegro de su carta, mi querido amigo. Porque no sabía cómo escribirle después de lo que pasó con mis tres artículos sobre su obra enviados a *La Nación*. Fueron tres, y no dos. Uno, «La epopeya de Artigas», que se publicó en el número del 11 de marzo del año pasado, y otros dos, «Artigas y el patriciado porteño» y «La esfinge paraguaya», que no llegaron a publicarse. Que llegaron a la Redacción estas dos correspondencias me consta, pues que se publicó algo que con ello justamente iba. Con esos dos son tres solos los artículos que han dejado de publicarse en *La Nación* en la media docena de años que llevo colaborando en ella, y en que he publicado allí ciento sesenta y siete correspondencias. No he querido indagar las razones de por qué no se resolvieron a publicarme aquellas dos correspondencias, aunque las supongo. Usted conoce mi independencia de criterio, esto es, mi ruda franqueza. Acaso creyeron, pues, no deber dar acogida a juicios de un extranjero a ambos países (la Argentina y el Uruguay) que podían acaso herir susceptibilidades.

Luego le resume el contenido de las dos correspondencias perdidas. Así:

> Y ahora voy a decirle claramente lo que allí decía y lo que dejaba entender. Desde luego no sólo ponía a salvo, sino que exaltaba, a usted como preclaro poeta, gran patriota y hábil abogado de Artigas; pero al juzgar a éste y su oposición con el patriciado porteño, me ponía, a vuelta de limitaciones, de parte de éste. He leído atentamente cuanto sobre Artigas han escrito Mitre, Sarmiento, Vicente F. López, usted y otros, y... no me convence usted. Me quedo con Vicente F. López. Sentiría herir los más sagrados y puros sentimientos de usted, mi querido amigo, pero su *Epopeya de Artigas*, si como obra de poeta y de patriota me parece admirable, como historia la encuentro abogadesca, sofística. Artigas era un caudillo de montonera, un bárbaro suspicaz y rencoroso, un enemigo de la civilización. Su retirada al Paraguay es obra de despechado. Y en mi artículo había entre líneas algo más, y esto es, sin duda, lo que movió a *La Nación* a no publicarlo, y es mi creencia y deseo de que un día, sea como fuese, el Uruguay y el Paraguay entraran a formar parte de la Argentina. Y una indicación respecto al porvenir de Portugal acaso un poco dura. No creo, amigo mío, en las pequeñas nacionalidades, y no creo en eso de la patria atlántica subtropical. Y no quiero extenderme aquí en consideraciones bismarckianas. Es delicado hablar a un hijo de la enfermedad de su madre.

Esto en cuanto al primero de los escritos perdidos, cuya circunstancia da más valor a este resumen que Unamuno

hace de él. Veamos ahora el del titulado «La esfinge paraguaya»:

> Y el otro artículo, el tercero, aquel en que puse más alma, el referente a Rodríguez Francia, de quien hacía una especie de defensa como de perro guardián de la siesta de su pueblo (pueblo que prefería la modorrienta felicidad a la cultura), no me lo publicaron acaso por no herir a los paraguayos. Todo lo cual no esperaba cuando antes me habían publicado unas correspondencias bastante duras sobre cosas de Bolivia.
>
> Ahora que sabe usted el sentido de mis dos artículos no publicados, ¿cree usted que debo rehacerlos en lo posible? Volveré a exaltar la labor de usted de poeta, de patriota y de abogado, pero volveré a no darme por convencido de esta última y a afirmar que después de leída y admirada —¡como el que más!— su obra sigo ateniéndome al Artigas de Vicente F. López y no creyendo que aquel caudillo de montonera fuese un héroe ni mucho menos, sino un montaraz imperativo, incomprensivo, autoritario y el último despechado. Y en cuanto a Rodríguez Francia, volvería a escribir cosas de un melancólico pesimismo y sosteniendo si acaso no estaba en lo cierto al querer hacer del Paraguay un paraíso terrenal sin tentación de ciencia ni de cultura. Sólo que esto es imposible.
>
> Ya lo sabe usted, pues, todo.

Más adelante veremos la contestación de Zorrilla de San Martín en asunto que tanto le interesaba. Ahora demos fin a la trascripción de esta carta de Unamuno, la última, según

creo, de las que escribió al poeta uruguayo. Se refiere a quehaceres literarios:

> Y ahora, a otra cosa. No le envié a su tiempo mi *Rosario de sonetos*. Hoy le remito tres ejemplares, uno para usted y otros dos para que me haga el favor de hacerlos llegar a manos de los señores don Enrique Rodó y don Carlos Vaz Ferreira. A ambos les debo carta y a ambos me da vergüenza escribirles por razones análogas.
>
> Otra le escribiré de otras cosas.
>
> Ahora me traen muy atareado y preocupado los artículos que desde diciembre pasado estoy publicando en *La España Moderna*, y que constituyen mi hasta hoy obra capital.
>
> De ese Uruguay hace tiempo que sé poco.
>
> Hasta otra.
>
> Ya sabe cuán de veras es su amigo,
>
> *Miguel de Unamuno.*

Los artículos a que se refiere al final de esta carta son los capítulos de su libro *Del sentimiento trágico de la vida*, que, como es sabido, fueron anticipados en las páginas de la revista madrileña citada.

Esta carta de Unamuno está fechada el 27 de abril de 1912, y el 23 de mayo siguiente la contestaba Zorrilla de San Martín defendiendo a su héroe y rebatiendo los argumentos unamunianos. En ese plano cordial y fecundo en que su amistad supo mantenerse. Dice así:

VIII[a]

Mi querido amigo: Muchas gracias por su interesantísima carta. No, no pretendo ni deseo que usted rehaga sus correspondencias; con lo que usted me dice tengo bastante para conocer y meditar, como ellas merecen, sus opiniones. Era todo cuanto yo deseaba. Es claro que ellas me contristan y me hacen desconfiar, pese a sus generosos elogios, de mis facultades, pues no he sabido defender eficazmente la más hermosa de las causas; pero me consuela pensar que si fuera verdad que mi raciocinio peca de sofístico, aún puedo esperar que el suyo adolezca del defecto contrario: de una lógica tiránica. Todo el mal concepto que usted se forma de nuestro Artigas es consecuencia implacable de su premisa *bismarckiana,* como usted la llama: usted no cree en las pequeñas nacionalidades; yo, sí; yo creo que ellas son las solas guardianas del derecho; seres benéficos por excelencia en el universo. Soy profesor de Derecho Internacional en nuestra Universidad; enseño que la sola base de ese derecho, rama la más atrasada del general, es la existencia de una sociedad formada de personas colectivas o estados, análoga a la civil de personas físicas. Como en ésta coexisten, y deben coexistir, los chicos y los grandes (porque *necesariamente* tiene que haber chicos y grandes), en aquélla tiene que pasar otro tanto. Es un ideal engañoso, me parece, aspirar a que todos sean grandes. Eso *no es,* como dice nuestro común amigo Carlyle, trasladar de la esfera moral a la jurídica esas verdades o armonías; es la labor, lentísima pero constante, de

la civilización humana. En mis *Conferencias y Discursos* tengo algo de eso dicho hace muchos años.

Aquí termina la argumentación del gran biógrafo de *Artigas*. El resto de la carta tiene un tono diferente. Hélo aquí:

> Le anuncio, pues viene a cuento, que en estos días precisamente, mediados de junio, tengo que ir a Río de Janeiro, como delegado de esta tierra de Artigas, al Congreso o Conferencia de Jurisconsultos, encargado de redactar un Código de Derecho Internacional Público y Privado... ¿Se perderá realmente el tiempo que se emplea en esas cosas? De todos modos, le pido a usted órdenes para la capital brasileña.
>
> No ha llegado a mis manos, hasta ahora cuando menos, el precioso obsequio de su *Rosario de sonetos*. Si lo recibo, volveré a escribir a usted. (Ahora acabo de recibirlos. Enviaré los suyos a Vaz y Rodó.)
>
> Que siempre me es grato tener ocasión de manifestarle en cuánto estimo y con cuánta cordialidad cultiva su amistad este su siempre affmo.,
>
> *Juan Zorrilla de San Martín.*
>
> Preparo la segunda edición de *Artigas*, muy corregida y ampliada; se imprimirá en Barcelona.

* * *

Ésta fue la amistad de los dos escritores, tal como se refleja en las dieciséis cartas que entre ellos se cruzaron —ocho de cada uno— en los años comprendidos de 1905 a 1912. Las del uruguayo las he copiado diligentemente de los originales autógrafos que se conservan en el archivo de Unamuno, en

Salamanca; y la copia de las de éste me ha sido facilitada por el hijo político de Zorrilla de San Martín, Raúl Montero Bustamante, a quien me complazco en expresar desde aquí mi agradecimiento.

Tratemos ahora de puntualizar otros extremos y aspectos de esta amistad, no sin consignar nuestra extrañeza por la interrupción que el material epistolar ya reunido acusa. Recuérdese que Zorrilla de San Martín no murió hasta 1931, casi veinte años después de su última carta a Unamuno, y éste vivió hasta el último día del año 1936. Tal vez algún día podamos saber si aquella correspondencia cuenta con más eslabones que, hoy por hoy, no conocemos.

Como un reflejo de esta comunicación epistolar, he buscado entre los libros de don Miguel de Unamuno cuáles son los del escritor uruguayo que tuvo en su biblioteca, que, como es sabido, hoy se conserva en la Universidad de Salamanca. Su análisis será la segunda parte de este ensayo.

Libros de Zorrilla de San Martín en la biblioteca de Unamuno

1. *Tabaré.*—Cuando Unamuno inicia su comunicación epistolar con su colega uruguayo, le dice que ya conoce y tiene su poema *Tabaré* —«... lo he leído más de una y de dos veces», escribe—. Se lo trajo de regalo un vasco que residió en Montevideo.

En efecto, es la edición que forma parte de la Biblioteca de Autores Uruguayos, aparecida en 1889, cuya dedicatoria impresa, a Elvira Blanco de Zorrilla, primera esposa del poeta, está firmada el 19 de agosto de 1886, poco después de la muerte de aquélla.

El ejemplar acusa un manejo intenso, aunque no hay anotaciones marginales en lápiz, ni en las guardas, según acostumbraba a hacer Unamuno en sus propios libros. Pero hubo otra época de su vida en que las hizo en cuartillas o en hojas pequeñas de papel, que luego guardaba en sobres. Este último sistema debió de ser el utilizado en este caso.

2. *Resonancias del camino.*—París, Imprimerie Nouvelle, 1896. Es, como sabemos, una serie de impresiones de viaje en forma epistolar, dirigidas a su esposa, y referentes a sus visitas a ciudades españolas, francesas, italianas, alguna suiza e Inglaterra. El itinerario español se centra en Madrid, Barcelona, Toledo y el valle de Soba, en la Montaña, de donde descendía Zorrilla de San Martín. Corresponden estas impresiones a su viaje a Europa en 1892, con motivo de la celebración del IV Centenario del Descubrimiento de América.

Este libro le fue enviado a Unamuno por su autor, según le anuncia en carta de 26 de marzo de 1906. Carece de dedicatoria y de anotaciones. Sin embargo, recuérdese cómo en una de sus cartas cita éste lo que escribió de la visita del uruguayo al solar de sus mayores, que en este libro se refiere.

3. *Huerto cerrado.*—Montevideo, Dornaleche y Reyes, 1900. «... tengo mucho cariño... a esas otras páginas, que también le remito, que se intitulan *Huerto cerrado*, y que espero no disuenen en su oído.» Así le había escrito el autor a Unamuno el 26 de marzo de 1906.

Como el anterior, no tiene dedicatoria autógrafa ni anotaciones de lector. Se trata de una colección de prosas, que tras el «Propósito», declarado inicialmente, se agrupan en estos tres apartados: I. En Tierra Santa; II. El primer arzobispo de Montevideo; y III. Nuestra Señora del Huerto.

4. *Conferencias y discursos.*—Prólogo de Benjamín Fernández Medina. Montevideo, A. Barreiro y Ramos, 1905. Carece de anotaciones, pero lleva una dedicatoria autógrafa del autor, concebida en estos términos: «Al señor don Miguel de Unamuno. Juan Zorrilla de San Martín. Montevideo, marzo 1905.»

Debió de ser el primer libro enviado al escritor vasco, ya que en la primera carta de éste, fechada el 29 de noviembre del mismo año, le declara haberlo recibido hace unos meses. «Antes de acusarle recibo de su envío —añade—, los leí, me encantaron; los releí en voz alta (leyéndoselos a un ciego amigo mío), y formé el propósito de escribir sobre ellos, difiriendo el dirigirme a usted hasta haberlo hecho.» Ya sabemos que don Miguel cumplió esta promesa.

De las veinticinco piezas oratorias en este volumen contenidas, Unamuno se fijó en una de ellas, el llamado discurso de Lavalleja. Como es sabido, no pocos de estos discursos y conferencias fueron pronunciados en España, con ocasión del viaje que realizó a ella su autor, cuando el IV Centenario del Descubrimiento de América, en 1892. Una tuvo lugar en el Ateneo de Madrid, sobre «Descubrimiento y conquista del río de la Plata»; otra, en el monasterio de la Rábida, titulada «El mensaje de América»; una más, acerca del «Derecho Internacional», en el Congreso Jurídico Iberoamericano, que tuvo lugar en la capital de España; un discurso en el homenaje tributado a Núñez de Arce, presidente de la Asociación de Escritores y Artistas Españoles; otro, en el acto de clausura del Congreso Pedagógico, celebrado en Madrid en 1893; otro, sobre «El idealismo hispánico», en el teatro Real madrileño, en un acto benéfico; una conferencia en la Real Academia Española, al asistir por vez primera a sus sesiones como correspondiente americano; unas palabras,

con igual motivo, en la Real Academia de la Historia, a las que contestó Cánovas.

Los restantes discursos y conferencias fueron pronunciados en Montevideo, en Roma y en Buenos Aires. De todos los reunidos en el volumen, me parece oportuno recordar expresamente ahora, por lo parejo de la coyuntura, la memoria sobre «La lengua castellana», presentada al Congreso Literario Hispanoamericano, que se reunió en Madrid en los días comprendidos entre el 31 de octubre y el 10 de noviembre de 1892.

5. *La epopeya de Artigas. Historia de los tiempos heroicos del Uruguay.*—Montevideo, A. Barreiro y Ramos, 1910. Dos volúmenes en veintisiete conferencias; XV páginas del prefacio y 438 y 441 cada uno de aquéllos. No hay anotaciones, pero como a esta obra le dedicó no menos de tres correspondencias, debió de hacerlas en papel aparte. La dedicatoria del autor, al frente del tomo primero, dice así: «A don Miguel de Unamuno. Su amigo afectísimo, Juan Zorrilla de San Martín. Montevideo, noviembre 1910.»

Como más atrás indiqué, existe también la edición española en dos volúmenes de esta obra, hecha en Barcelona (Luis Gili, 1916-1917), corregida y ampliada por el autor.

6. *Detalles de la historia rioplatense.*—Montevideo, Claudio García, 1917, 138 páginas. Es una colección de artículos literarios, entre los cuales se reproduce el prefacio al libro que dedicó a Artigas.

La dedicatoria reza así: «A don Miguel de Unamuno, su ilustre amigo, envía en recuerdo afectuoso Juan Zorrilla de San Martín. Montevideo, septiembre 1917.»

7. De este año es también la versión inglesa de un discurso que Zorrilla de San Martín pronunció con motivo de la visita de la flota norteamericana del Pacífico al puerto de

Montevideo, el día 15 de julio de 1917, en la recepción de aquélla [8].

8. *Discurso del monumento.*—Montevideo, 1923. Es el que pronunció su autor el día 28 de febrero de ese año, con ocasión de ser descubierto el erigido a Artigas en la capital uruguaya. De todos los libros que envió a Unamuno, es el que tiene una dedicatoria autógrafa más entrañable y, en cierto modo, nostálgica: «A Unamuno, buen amigo. Recuerdo viejo. Juan Zorrilla de San Martín. Montevideo, mayo 1923.» Se deduce que si no se escribían ya, como hoy debemos suponer mientras no se allegue otro material, seguía siendo vivo el recuerdo que los unió.

Y junto a las obras del poeta uruguayo que hoy se conservan en la biblioteca de Unamuno, creo que debe ser incluida, puesto que en la correspondencia de ambos fue objeto de reiterada alusión, la *Antología*, que Raúl Montero Bustamante le hizo enviar a don Miguel con otros libros de su suegro. Su título exacto es éste: *El Parnaso Oriental. Antología de poetas uruguayos.* Montevideo, 1905, 383 págs. La dedicatoria está concebida en estos términos: «Al ilustre escritor don Miguel de Unamuno, cuya elocuente palabra tanto bien está haciendo en el medio ambiente hispanoamericano. Su affmo., *El Autor.* Montevideo, mayo 1906.»

---

[8] «Address delivered by Dr. Juan Zorrilla de San Martin, President of the popular Committee for the reception of the United States Pacific fleet, in the Headquarters which on the invitation of the Committee was established by the Y. M. C. A.», en *Sunday Evening*, July, 15, 1917, Montevideo, Tipografía La Industrial.

EL ESCRITOR MEXICANO ALFONSO REYES, Y UNAMUNO [1]

NOTA PRELIMINAR DE ALFONSO REYES

Este cuaderno
(F. 1: Documentos)

El presente cuaderno es reproducción de la monografía publicada, bajo el mismo título que aquí lleva, por don Manuel García Blanco, catedrático de la Universidad de Salamanca, en la revista Cuadernos Hispanoamericanos, *número 71, Madrid, noviembre de 1955, págs. 155-179, y se reproduce con permiso del autor para ser distribuido gratuitamente entre algunos amigos. Los dos epígrafes constan en mi artículo «Mis relaciones con Unamuno»* (Marginalia, segunda serie, 1909-1954, *México, Tezontle, 1954, págs. 49-52). El primero proviene de una conversación de Unamuno con don Guillermo Jiménez (y creo que también con don José María González de Mendoza, quien así lo refiere en* El Universal Ilustrado, *México, 14 de enero de 1926). El segundo viene a ser el final de mi citado artículo. Escribí este artículo*

[1] Reproduzco este trabajo según la edición definitiva que incluyó Alfonso Reyes en la Serie F. (Documentos), número 1, México, 1956, del Archivo de su nombre.

para contestar las aseveraciones de algún testigo apresurado que puso en duda la buena amistad con que me honró siempre Unamuno. Aunque me remito a dicho artículo como a un antecedente indispensable a este cuaderno, estas páginas de don Manuel García Blanco me parecen la mejor respuesta. Gracias al señor García Blanco —que posee el secreto de animar los papeles de los archivos y hacerlos vivir mágicamente como los personajes de un teatro— el inolvidable don Miguel gana batallas después de muerto.

El viaje a Salamanca de que aquí se habla aconteció en la primavera de 1920. Nos encontrábamos ya en Salamanca Artemio de Valle-Arizpe y yo, cuando pasaron rumbo a Extremadura, en automóvil, José de la Riva Agüero y Pedro Henríquez Ureña (éste en su segundo viaje a España), y nos llevaron consigo. De regreso a Madrid, contaba yo que había tenido el gusto de ver a Unamuno. Mi hijo, que era muy niño, me preguntó: «Papá, ¿y cómo son los amunos?»

Las notas que añado aquí por mi cuenta llevan la indicación «A. R.» o van entre corchetes.

A. R.

La inteligencia de Reyes es una función de su bondad.—UNAMUNO.

No: nadie me quite la amistad de Unamuno.—ALFONSO REYES.

No tuve la fortuna de conocer personalmente a Alfonso Reyes [2] en los años que éste vivía en Madrid, donde tantos

[2] Alfonso Reyes, si no estoy mal informado, vivió en Madrid de 1914 a 1924. Este decenio de su vida de escritor está vivo en sus libros, y de no pocos de ellos se habla en este trabajo. Pero sigue faltándonos una consideración conjunta no ya de su peripecia personal, sino de lo que significó su presencia en la vida literaria española de aquellos años. No creo que haya habido una persona más íntimamente ligada a ella ni con mejor conocimiento de su coyuntura. Él mismo ha referido sus recuerdos, y al espigarlos sentimos cómo cobran vida muchos escritores y ambientes que han desaparecido. Pero lo que por modestia no ha hecho, y ése es menester que tienen la obligación de hacer sus biógrafos, ha sido ofrecer ordenadas las empresas en las que tomó parte entonces. Su colaboración en el Centro de Estudios Históricos y en la *Revista de Filología Española,* sus ediciones en la Colección de Clásicos Castellanos y en otras editoriales, su labor periódica en *El Sol,* fundado por aquellos años, su contribución al mejor conocimiento de Góngora como preliminar del Centenario de 1927, su intervención en la revista *Índice,* etc. Y, por encima de todo, habría que poner su conocimiento directo de los hombres y de los paisajes de España en su permanente dimensión humana. Sus amigos españoles —y creo que lo fueron cuantos le conocieron y trataron— han hablado y escrito de su simpatía intelectual, y sería muy fácil aducir testimonios de ella. Y ese sentimiento unánime no lo han marchitado el tiempo ni la distancia. Creo que es el mejor contraste de su autenticidad.

y tan buenos amigos supo hacerse y conservar, que es lo más difícil. Mi único encuentro con él fue cuando ya residía en París, y recuerdo que tuvo lugar en el mes de agosto de 1925, en que me llevó a su casa, más allá del Arco de la Estrella, su compatriota y buen amigo mío Agustín Loera y Chávez, al que conocí en Salamanca en la primavera del año antes indicado. Una misión informadora para el gran diario *El Universal*, de Méjico, le había traído a Salamanca, en compañía de Garduño y de Pintado, a los que acompañé por estas calles. Loera quería conocer el escenario en que había transcurrido la vida de Unamuno, entonces en el destierro, y aún conservo aquella plana del diario mejicano en que se evocaba a Salamanca sin don Miguel. Fue entonces cuando, al hablar de éste, hablamos también de Alfonso Reyes, y entonces cuando convinimos en que a mi paso por París, camino de Alemania, adonde iba a estudiar Filología Románica, con Meyer-Lübke, me llevaría a su casa.

Han pasado los años y no he olvidado aquella única entrevista en que la voz cantante, como era natural y preciso, la llevaba él, haciendo gala de uno de los dones más inefables que en él han apreciado sus amigos: el de conversador impagable. Durante mis años de estudiante en Madrid había ido comprando de ocasión algunos de los libros que Reyes editó o publicó cuando allí vivía, según me iban saliendo al camino, y que eran como la huella de su paso por los cenáculos matritenses, de los que aún nos hablaba aquella noche en París.

Mi relación posterior con él, aparte la del envío de trabajos según se iban publicando, se reanudó ahora, hace cuatro años, estando yo en los Estados Unidos, donde fui recibiendo sus cartas y, con ellas, las fotocopias primorosas de las que de Unamuno conservaba, así como de los dibujos que de él

guarda. En esta tarea de la recogida del epistolario unamuniano ha sido uno de mis más eficaces colaboradores, y me complace hacerlo público. Por esta razón, tengo en mi poder parte de los materiales que me han servido para urdir estas páginas. El resto, lo encontré en el archivo y biblioteca de Unamuno, que se guarda en esta Universidad de Salamanca. Con estos testimonios, de primera mano, las he escrito, y sólo deseo que su calidad ampare y cobije la intención y el afán que he puesto en la empresa.

* * *

La amistad entre Alfonso Reyes y Unamuno se compendia en las fechas que abarca el epistolario que mantuvieron entre 1913 y 1923.

He aquí el texto de aquella primera carta de Reyes:

México, mayo 28, 1913

Distinguido señor:

Nuestro amigo Don Pedro González Blanco me ha hecho favor de proporcionarme el medio de dirigirme a Vd., sin parecer demasiado intempestivo. Hace mucho que lo deseaba.

El libro que le envío fue escrito hace algún tiempo, y en la época menos estable de la vida: en la adolescencia. De ahí le viene lo complicado. Perdónemelo, hojéelo si tiene tiempo y dígame su opinión sincera y clara, como todas las suyas. *Sé oír.*

Considéreme, desde ahora, como su amigo más solícito y dispuesto a servirlo. Vivo en el centro de todas las relaciones literarias de México. Vea en qué puede usar de mí y sepa que me tengo por muy

honrado con esta ocasión que me ha dado Pedro de manifestarle mi muy alta y respetuosa estimación para su fuerte espíritu y su *eficacísima* literatura.

Alfonso Reyes.

5.ª del Cedro, 282, o bien: Escuela de Altos Estudios. [Original autógrafo]

Realmente, esta amistad rebasa ambas fechas. Es anterior el envío que Reyes le hace a Unamuno de una obra suya para que le dé su opinión.

«Cuando desde México —ha escrito aquél— le envié mi primer libro [*Cuestiones estéticas*, 1911], agobiado sin duda por los muchos libros de principiantes que llegaban hasta su mesa, ni lo leyó ni me contestó.» El propio Unamuno lo corrobora en la primera carta que le escribió, cuatro años más tarde. Después de 1923, aunque no haya cartas que la puntualicen, siguió viva la amistad de ambos escritores. Primero, en París, cuando Reyes ostentaba la representación diplomática de su país y Unamuno estaba desterrado, con una comunicación personal y frecuente que el propio Reyes ha resumido así: «Estuve constantemente a su lado... Ya he dicho cómo me recitaba entonces sus sonetos..., sin prestar atención a los vehículos en las bocacalles, y cómo echaba, a manera de telón, el recuerdo de la sierra de Gredos sobre cualquiera perspectiva parisiense que yo proponía a su admiración.»

Después, don Miguel, hastiado de la gran ciudad, buscó el retiro fronterizo de Hendaya, y Reyes marchó a América del Sur a representar a Méjico en Buenos Aires y en Río de Janeiro. Esa etapa de la ausencia se nutre de los envíos frecuentes, casi periódicos, que de sus libros le hace a Hendaya y a Salamanca. Y en el núcleo de los años de comunicación

epistolar hay que situar la visita que Alfonso Reyes le hizo en Salamanca, como años atrás se la hicieran Ricardo Rojas y Ross Mújica, americanos también; la que le prometieron y no realizaron Rubén Darío o Amado Nervo. Y antes y después de ella, los numerosos encuentros en Madrid cuando Unamuno caía por allá.

Es ésta una amistad preferentemente literaria y enormemente humana. En estas cartas se habla de colaboraciones, de libros en proyecto y de preocupaciones que atenazan el ánimo. Pese a la diferencia de años, o tal vez por eso mismo, Unamuno se confía a su joven colega mejicano, y es en él en quien primero piensa para invitarle a dar una conferencia en la Universidad que rige de nuevo, como Vicerrector, en 1922. Y del lado de éste hay una atención, pregonada en escritos públicos, hacia dos facetas de la actividad creadora del rector salmantino, generalmente olvidadas: sus dibujos y el teatro; y por ella destacan sus trabajos en la ya vasta selva de la bibliografía unamuniana [3].

---

[3] Los trabajos de Alfonso Reyes que se refieren a Unamuno son éstos: 1. «Unamuno, dibujante», publicado en *Revista de revistas*, Méjico, tomo XIV, diciembre, 1923, págs. 40-41; incluido en el libro *Reloj de sol*. Quinta serie de *Simpatías y diferencias*, Madrid, 1926, págs. 59-62; y en *Grata compañía*, Méjico, Tezontle, 1948, págs. 181-182; con diez reproducciones. 2. «Sobre la nueva *Fedra*», en el libro *Simpatías y diferencias*. Segunda serie, Madrid, 1921, págs. 61-69. Pero remonta a la fecha del estreno de dicha tragedia unamuniana en el Ateneo madrileño, en marzo de 1918. 3. «Recuerdos de Unamuno. I», publicado en Méjico, julio, 1945, e incluido en el libro *Grata compañía*, antes citado. También en el titulado *Reloj de sol* hay una página. 4. «Hermanito menor», en la que le refiere a José María Chacón un relato que el propio Unamuno le hizo, paseando a orillas del Tormes, en Salamanca, en 1920, como más adelante se dice *.

* Añádase el artículo «Mis relaciones con Unamuno» (*Marginalia, segunda serie*, México, 1954, págs. 49-52), firmado en febrero de 1954. Reproducido en *Cuadernos de la cátedra Miguel de Unamuno*, VI, Salamanca, 1955, págs. 5-8.—A. R.

1917. Segunda comunicación epistolar de Alfonso Reyes con Unamuno

En la primavera de este año, Alfonso Reyes vive en Madrid. Los azares de su tierra, como él dice, le han traído a Europa, y el 22 de mayo escribe a Unamuno, enviándole un libro suyo reciente, a la vez que le recuerda otro envío anterior. Su carta dice así:

> Muy distinguido Señor: De México le envié a usted, hace algunos años, cierto libro mío —*Cuestiones Estéticas*—, escrito en el fervor de la adolescencia, de que no tuve contestación. Ahora le remito a usted *El Suicida, Libro de Ensayos*. También cierto folleto erudito del que puede usted hacer punto omiso.
>
> Los azares de mi tierra me han arrojado a Europa, y ahora vivo en Madrid. El escepticismo de la corte quiere hacerme creer que don Miguel de Unamuno «ya no lee», pero ni yo lo creo, ni estimo en tan poco la aprobación de usted para no ambicionarla.
>
> ¿Quién sabe? ¿Por qué no habría de interesarle ese libro feamente impreso? A lo mejor vive al otro lado del mar quien más nos merece y nos entiende mejor.
>
> En todo caso, envío lo que tengo: recíbalo usted como prenda de admiración severa y consciente.
>
> Disponga de su atto. s.s.q.e.s.m.,
>
> *Alfonso Reyes.*
>
> General Pardiñas, 32. Madrid.
> [Carta a máquina. Madrid, 22-V-1917.]

Pocos días más tarde le contesta Unamuno en estos términos:

> Acabo de ver en mi registro, en efecto, mi estimado señor, que recibí y catalogué en mi librería, hace unos años, sus *Cuestiones estéticas*, pero le confieso que no las leí. Érame usted entonces un desconocido del todo y me faltaba, como me falta, tiempo para leer a los conocidos y a los que se me recomienda por persona solvente en gusto y criterio. Pero *El suicida* lo he leído y con provecho. Lo tomé con interés desde que empecé su lectura, pues cuando se mató el pobre Felipe Trigo —el culto a la Vida, así, con letra mayúscula, lleva a la muerte— pensé escribir sobre ello. Veo que tenemos muchas lecturas comunes y aficiones parecidas. He anotado algunos pasajes de sus ensayos con ánimo de comentarlos alguna vez. ¿Cuándo? No lo sé. Me gusta el género y me gusta como usted lo trata. Acaso haya demasiada literatura. Algo más de misticismo activo * estaría mejor.

Efectivamente. Las *Cuestiones estéticas*. Prólogo de Francisco García Calderón, París, P. Ollendorf, sin año, fueron enviadas por su autor con esta dedicatoria escueta: «A don Miguel de Unamuno, respetuosamente, Alfonso Reyes, 1913», y en su biblioteca se conservan. *El suicida*, editado en Madrid, en la «Colección Cervantes», e impreso por M. García y

---

* «El misticismo activo» se llama uno de los capítulos de *El suicida*.—A. R.

Galo Sáez, en 1917, llegó a manos de su destinatario con esta dedicatoria más entusiasta:

> A don Miguel de Unamuno, con la admiración y la simpatía de Alfonso Reyes.

La carta prosigue así:

> También he leído su traducción de *Ortodoxia*, de Chesterton. No conocía esta obra y me ha gustado muy poco. Sobra ingeniosidad y sus paradojas son frías, sin pasión. No palpita aquello.

Este juicio se documenta y apoya con los pasajes anotados por Unamuno en el ejemplar que Reyes le envió con esta dedicatoria: «A don Miguel de Unamuno, homenaje de Alfonso Reyes.»

> Pág. 134: «Me atrevo a afirmar que lo malo de este tipo de amigos cándidos consiste en no ser cándidos, sino que esconden algún disimulo: disimulan el acre placer que les causa decir siempre cosas desagradables.»
>
> Pág. 193: «Nótese... que al reposar junto al cordero, el león mismo se volvió algo cordero. Esto no sería más que una brutal anexión y un desarrollo de imperialismo por parte del cordero.»
>
> Pág. 232: «Constantemente oiréis en las discusiones de los periódicos, las Compañías, las aristocracias o los partidos políticos, este argumento de que el rico no puede ser sobornado. ¡Si ya lo ha sido de una vez para siempre!»
>
> Págs. 236-237: «Decir que es un vicio sería una herejía, pero una herejía inteligente. Tomarse muy

seriamente a sí mismo, siendo la cosa más fácil del mundo, no es más que abandonarse a una pendiente natural. Es más fácil escribir un buen artículo de fondo para el *Times* que una buena sátira en el *Punch*. Porque la solemnidad fluye naturalmente de los hombres, mientras que la risa es un salto. Es tan fácil ser pesado, como difícil ser ligero. Satán cayó por la fuerza de la gravedad.»

Pág. 270: «Conozco a un hombre que se apasiona tanto por demostrar que su vida personal cesará con la muerte, que acaba por demostrar que ni en esta vida goza de existencia personal.»

El folleto erudito que Reyes le envía es la tirada aparte de su artículo en la *Revista de Filología Española*, de Madrid, titulado «Un tema de *La vida es sueño*».

Pero sigamos transcribiendo la contestación de Unamuno, en la que sale al paso de las suposiciones de las gentes de Madrid a que su corresponsal se ha referido.

No sé en qué pueden haberse fundado para decirle a usted que yo ya no leo. Leo, sí, pero lo que yo busco y no lo que me viene a buscar. Y a esto llaman, sin duda, no leer. *Ars longa, vita brevis*, y no me quedaría tiempo para conversar con los grandes, con los de siempre, si me pusiese a escuchar a todos esos que, porque no tengo tiempo de oírles, me acusan ya de sordo. Leo mejor que nunca si es que no más que nunca.

Y como remate, esta tremenda aseveración:

Me voy haciendo incapaz de sonrisa y eso que cada vez me siento más solitario. Sólo la risa plañide-

ra, un doloroso *ricanement,* templa mis nervios. Sigo a la busca de un alma, de la mía, que se me escapa, y no vislumbro los caminos de mi emancipación. Y menos mal mientras siga siendo mi conciencia un campo de guerra civil.

Le saluda con toda simpatía y se le ofrece amigo,

Miguel de Unamuno.

[Carta autógrafa fechada en Salamanca, 2-VI-1917.]

1918. Una información de Unamuno sobre los orígenes del nacionalismo vasco

Más de un año transcurrió hasta que Alfonso Reyes vuelve a escribir a don Miguel, pidiéndole información sobre un problema que debía interesarle en aquel entonces. Pero, por lo que de ella se desprende, debieron de encontrarse ambos amigos en Madrid, y ello tuvo lugar en la Residencia de Estudiantes, sobre la vieja colina del final de la Castellana, a la que la fina pluma del mejicano dedicó unas bellas páginas.

Mi admirado y querido amigo: ¿Querría usted indicarme los libros esenciales en que puedo estudiar los orígenes, y desarrollo hasta el día, del nacionalismo vasco?

Perdone la importunidad.

Gratísimo recuerdo de nuestra charla y sus bellas lecturas en la Residencia de Estudiantes.

Muy suyo,

Alfonso Reyes.

[Carta autógrafa. Madrid, 26-X-1918.]

A lo que contestó Unamuno en estos términos, brindándole una información del mayor interés, como se verá:

> No he contestado antes a usted, mi querido amigo, porque se me arremolinan sobre la cabeza las ondas de los sucesos, vivo en perpetua expectativa y tengo un montón de correspondencia por despachar. Y vamos al caso.
>
> No es fácil contestar a su pregunta. Apenas hay *libros esenciales* en que estudiar los orígenes y el desarrollo hasta el día del nacionalismo vasco. Su estudio habría que hacerlo más bien en semanarios, diarios, folletos, hojas sueltas, etc. Todo lo anterior a Sabino de Arana y Goiri es hoy anticuado. Entre ello las obras indeglutibles de don Fidel de Sagarmínaga, de Novia de Salcedo. Hay que empezar, pues, creo, por las de Arana (Arana eta Goiritarr Sabin, que firmaba él) y sobre todo *Bizkaia por su independencia.* Pero lo mejor es procurarse la colección de los semanarios: *Bizkaitaur* y *Aberri* (escrito *Abeŕi*). Utilísimo, mejor, imprescindible el *Ami vasco,* catecismo de bizkaitarrismo. *(Ami* es una palabra fantástica, forjada por Sabino, que equivale a «alfa y omega», ya que hizo un alfabeto vasco!!!, que empieza por la *a* y acaba por la *mi.)* No sé si estará a la venta algo de Ángel Zabala (Zabala-tar Aingeru), lugarteniente que fue de Sabino. Busque también algo de Arturo Campión; Tomás Otaegui acaba de publicar un *Derecho foral-Bizkaya* de gran utilidad. Pero lo más de la doctrina (?) nacionalista vasca está desparramado en folletos, hojas sueltas, semanarios, diarios, etc., o en obras de otra clase, literarias, v. gr.: Entre éstas, las de Campión en primer lugar. Lo

que no conozco es una historia de ese movimiento. La que A. Rovira i Virgili traza en el volumen III de su *Historia dels moviments nacionalistes* debe usted verla, si puede, pero es demasiado sucinta y no muy fiel.

De lo que sí podría darle copiosísima bibliografía es de lo anterior a Sabino de Arana —a quien conocí y traté bastante—, pero creo que entre esto y aquello hay un abismo. Ni debe olvidarse que Sabino, discípulo de los jesuitas, estudió lo más de su carrera de abogado en Barcelona, donde se catalanizó no poco. Busque usted ahí a Juan Allende-Salazar, que es una bibliografía parlante y él le informará. Es acaso quien más sabe de todo esto. Si usted quiere yo le escribiré, pero como él va mucho por el Ateneo es fácil abordarle.

Cuando yo vuelva por ésa hablaremos y de palabra podré darle muchos informes que no encontrará en escritos, ya que yo he estado implicado en ese movimiento, y, aunque antinacionalista —soy, como vasco, un ulsteriano o unionista—, he influido en el nacionalismo, en cuyas filas se me respeta y aun algo más. Lo más de su bagaje ideológico se lo di yo a Sabino, y mi conferencia sobre la agonía del vascuence fue capital. Y basta de mí.

Ya sabe cuán su amigo es,

Miguel de Unamuno.

[Carta autógrafa. Salamanca, 1-XI-1918.]

A vuelta de correo contestaba Alfonso Reyes con estas líneas:

Mi respetado y querido amigo: Agradecidísimo por sus preciosos informes. En espera de tratarlo con usted de viva voz cuando tenga el gusto de verle.

Muy suyo,

Alfonso Reyes.

[Tarjeta autógrafa. Madrid, 2-XI-1918.]

1920. Visita de Alfonso Reyes a Salamanca

En la primavera de este año Reyes hizo una visita a Salamanca, a la que él mismo ha aludido en sus escritos públicos, pero de la que no teníamos otras referencias. No he podido concretar la fecha ni determinar con precisión quiénes le acompañaron en este viaje. Él habla de su compatriota Valle-Arizpe, pero a juzgar por lo que le escribió a Unamuno, unas semanas más tarde, parece ser que le acompañaron también el dominicano Henríquez Ureña y el peruano Riva-Agüero *.

Tres años después de esta visita la evocó en un artículo publicado en Méjico. A él pertenecen estos párrafos:

> Vive don Miguel de Unamuno —¿quién no lo sabe?— en Salamanca. Toda visita a Salamanca acaba en una tarde de conversación con el viejo maestro. Nos habla de los últimos libros; pero se ahoga, no cabe en el cuarto cerrado, y entonces nos lleva de paseo por las afueras, a orillas del Tormes. Nos recita sus versos. Relampaguea, truena y lanza rayos hablando de los males y las esperanzas de la patria.

---

* Ver antes, la noticia: «Este cuaderno».—A. R.

> Se acuerda de América, y se estremece. Se acuerda de Portugal... Parece que está alerta al grito de todos los pueblos. Parece, alguna vez, que aplica su oreja sobre nuestro corazón, como un médico. Es inútil disimular. Estamos delante de un hombre. Un hombre: ángel y demonio, rebeldía santa y santa humildad; guerra civil en la conciencia; acometividad y sed de concordia al mismo tiempo; y, sobre todo, sentimiento trágico de la vida [4].

Esta viva imagen proyectada en el recuerdo se completa con algunos datos contenidos en la correspondencia que ambos amigos cruzaron por entonces, y se ilustra con ciertas fotografías incorporadas a ella.

Después de visitar a Unamuno en Salamanca, los expedicionarios siguieron viaje por tierras de Extremadura, para el que les proveyó, posiblemente, de informaciones y consejos y, con seguridad, de alguna carta de presentación. Dos tarjetas de Alfonso Reyes, una desde Cáceres y otra desde Guadalupe, nos dan cuenta de aquella visita de cuatro americanos a la cuna de los conquistadores.

La primera, fechada el 3 de mayo de 1920, dice así:

> Tuvimos que renunciar al viaje a Yuste. De Plasencia (donde, en ausencia de Sogueiro, Revilla nos recibió admirablemente, gracias a usted) hemos venido a Cáceres. Hoy hicimos una expedición a Mérida, y mañana seguimos hacia Trujillo. Lo recordamos a usted mucho,
>
> *Alfonso Reyes.*

[4] «Unamuno, dibujante», fechado en 1923.

Ángel Revilla Marcos, citado por su primer apellido en este escrito, había sido alumno de Unamuno en Salamanca, quien le prologó un libro dedicado al poeta Gabriel y Galán, y debía de ser entonces catedrático en el Instituto placentino. A Sogueiro no he logrado identificarle.

La otra tarjeta, fechada dos días después en el Monasterio de Guadalupe, es más escueta:

Muchos saludos, gratos recuerdos,

Alfonso Reyes.

Pocos días después, de regreso ya en Madrid, Reyes, que ha asumido la tarea de cronista del viaje, le escribe a Unamuno:

Querido amigo y maestro: Con gratísimos recuerdos de nuestra excursión por Extremadura (ya recibirá usted fotos), heme aquí de vuelta a Madrid y al trabajo. Absurdo lo de México, y por segunda vez me tocará padecer las consecuencias. ¡Pobre tierra mía! No hablemos.

Adjunto a usted las pruebas de los dos artículos suyos sobre Nervo, para que los corrija y rehaga como le plazca. Si pueden formar un todo, bien. Y si no, póngales usted I y II. Irán como prólogo del nuevo tomo de Nervo.

Ruiz Castillo está muy agradecido. Pronto recibirá usted los tomos que van publicados.

Conque espero las pruebas, y soy siempre su devoto amigo agradecido,

Alfonso Reyes.

[Carta autógrafa. Madrid, 13-V-1920.]

Los dos artículos de don Miguel sobre el poeta mejicano Amado Nervo se habían publicado en *La Nación,* de Buenos Aires, en 1909 y en 1919. El primero de ellos, titulado «Amado Nervo en voz baja», está dedicado al volumen de versos que tituló *En voz baja;* y el segundo es un escrito necrológico, «A la memoria de Nervo». De ellos debieron hablar Reyes y su autor en los días de Salamanca, y hoy son el prólogo del tomo VII de sus obras completas, el titulado *Los jardines interiores. En voz baja,* que, al cuidado de Reyes, publicaba la Biblioteca Nueva, que Ruiz Castillo dirigía, en Madrid. De las dos soluciones que aquél le propuso, don Miguel eligió la segunda, y a ello se refiere en esta carta:

> Allá va eso, mi querido amigo. Ni tengo ahora modo de rehacerlo ni creo que haga falta. Me he limitado, pues, a numerar I y II los dos escritos embozándolos con cuatro líneas.
>
> Sí, lo de Méjico es absurdo. Pero el mejor día nos llega rectificación. Apenas sabemos, creo, lo que por allí pasa.
>
> Recibiré con gusto esas fotografías de su excursión extremeña.
>
> A Valle-Arizpe, a Riva Agüero y a Henríquez, si siguen ahí, mi más afectuoso saludo.
>
> Esto no es una carta. Otra vez será.
>
> Muy de veras suyo,
>
> *Miguel de Unamuno.*
>
> [Carta autógrafa. Salamanca, 15-V-1920.]

A la que Reyes contestó con ésta, sobre el mismo asunto:

> Maestro y amigo querido: He querido que viera usted otras pruebas: ¡nunca está demás! Ruego a

usted que me las devuelva corregidas a la mayor brevedad. Ya le envían a usted los tomos publicados de Nervo.

Mal lo de México: me parece que se asienta la revolución; temo, en consecuencia, el desquite de mañana. ¡Ay, el rencor, el rencor! ¿Se acuerda usted de lo que le dije, casi en confidencia, por aquellas inolvidables calles de Salamanca?

Henríquez, Riva Agüero, Valle-Arizpe, le saludan conmigo y —vagamente— proyectan (proyectamos) nuevas excursiones para el otoño.

Muy suyo,

Alfonso Reyes.

Pronto recibirá usted un libro mío: artículos del periódico.

[Carta autógrafa. Madrid, 20-V-1920.]

Al fin llegaron las fotografías prometidas. No he logrado ver las de la excursión a Extremadura, pero hay dos de Unamuno, que hizo el propio Reyes, de un gran interés iconográfico. En ambas aparece en pie, una vez a orillas del Tormes * y la otra frente a su casa de la calle de Bordadores, 4, en la que murió. Viste su clásico traje azul marino con chaleco cerrado y cuello bajo, que rebosa de éste, y se cubre con un sombrero flexible, negro, de copa puntiaguda, con el ala bajada por delante.

---

* Reproducida en el tomo IV de la colección titulada *De esto y de aquello* y organizada por M. García Blanco (Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1954) frente a la pág. 433. Por errata, se lee allí: «*Foto Alonso* Reyes.»—A. R.

Utilizando una de estas fotografías, de tamaño postal —y no será la primera vez que lo haga—, Reyes puso estas líneas:

> Madrid, junio 23, 1920. Con un saludo de Alfonso Reyes. Salamanca, 1920.

No se refiere don Miguel en su contestación a esta documentación gráfica, pero al acusar recibo de los volúmenes de las obras de Nervo, plantea un tema muy curioso en relación con la poetisa mejicana sor Juana Inés de la Cruz, y sobre el que su corresponsal llamó la atención oportunamente. Demos primero el texto de la carta:

> He recibido, mi querido amigo, los ocho tomos de las obras de Nervo y he leído ya —releído lo más— la mitad de ellos, tomando notas, que han de serme muy útiles.
>
> No conocía su Juana de Asbaje (se me figura, no sé por qué, que debe de ser Asuaje) ni a ésta casi. Ha sido para mí un descubrimiento. Quiero glosar aquello de:
>
> Si es para vivir tan poco,
> ¿de qué sirve saber tanto?
>
> Quiso decir:
>
> Si es para saber tan poco,
> ¿de qué sirve vivir tanto?
>
> Cfr. lo que dice Nervo —y es de lo mejor suyo— sobre que el hombre no va tras de la dicha, sino tras de lo nuevo. Y más en baja prosa que Nervo me va a dar ahora materia para artículos de esos que *ten-*

go que hacer. Y los haré a la vez por libertad, por querer hacerlos. Esto es hacer de la necesidad albedrío.

Otra cosa. Que el editor envíe esos ocho tomos con nota que es de mi parte, a Mario Puccini, en Cavirata (Lago di Varese), Lombardía. Hablará de ellos en revistas italianas. Y yo también.

Mi saludo a Valle-Arizpe.

Un abrazo de,

Miguel de Unamuno.

[Tarjeta postal autógrafa. Salamanca, 7-VII-1920.]

La lectura y descubrimiento de sor Juana, que don Miguel confiesa en esta carta, fue seguida, pocas semanas más tarde, de la redacción de uno de sus habituales «Comentarios» en el semanario madrileño *Nuevo Mundo,* que se tituló «Sor Juana Inés, hija de Eva» (20-VIII-1920) [Hoy incluido en el tomo VIII de sus *Obras completas,* págs. 602-605]. Para él adoptó como lema inicial, glosado ampliamente en el texto, los dos versos que cita a Alfonso Reyes, y los dos que preceden, del romance de la monja mejicana, de donde los toma. Y después de este pasaje, los dos tercetos del soneto que aquélla dedicó «a la sombra de mi bien esquivo» merecen un amplio comentario de su lector, que acertó a ver en sor Juana un amor intelectual, de rango spinoziano, según su propia expresión. Como remate, el texto de Nervo, apenas aludido en su carta, y que procede del escrito que tituló «¿Por qué va uno a París?» «Pero eso, ¡oh espiritual Amado!, que la verdadera dicha es la novedad —apostilla don Miguel—; es el aprender, sobre todo, la ciencia del bien y del mal. Y si es vanidad de vanidades... ¡que lo sea!» Y

aquí el retrueque de los dos versos de la monja, cuyas primicias están en su carta a Reyes.

Fue publicado este escrito unamuniano en la *Revista de Revistas* de Méjico, poco después; pero lo que me interesa recordar ahora es el comentario de aquél al asunto que don Miguel plantea:

> El solo enunciado del tema —escribió Reyes— está preñado de sugestiones. Teofrasto, el sucesor de Aristóteles en el Liceo, aquel delicioso autor de los *Caracteres* que fue también, como su maestro, un escritor enciclopédico, vivió cien años, y se quejaba del poco tiempo que la suerte le había concedido para desarrollar sus estudios, y de lo mucho que, en cambio, la naturaleza concedía a ciertos animales, a los que ninguna falta les hacía una vida larga. Góngora, por su parte, se lamentaba de tener que morir cuando apenas comenzaba a ver claro en sus investigaciones poéticas. En estos dos ejemplos —y podrían multiplicarse fácilmente— la idea es la misma de Sor Juana. Pero la cuestión que Unamuno plantea es muy otra, y es, en verdad, más trágica [5].

Aquel verano de 1920, Alfonso Reyes visitó el país vasco, y desde Durango, con una tarjeta postal que reproduce la Fuente de Pinondo, le envía a Unamuno este saludo:

> En la calle del Matadero, en una tornería, me he encontrado el nombre de usted, y lo recuerdo con el respetuoso afecto de siempre,
>
> *Alfonso Reyes.*
>
> [Tarjeta autógrafa. Durango, 5-VIII-1920.]

[5] «Recuerdos de Unamuno. I», fechado en julio, 1945.—[Recogido en el libro de A. R., *Grata compañía*, ver págs. 178-9].

El prometido envío de un nuevo libro suyo a don Miguel —*El plano oblicuo*, Cuentos y diálogos, Madrid, 1920— no debió de realizarse hasta un poco después. Lleva esta dedicatoria:

> Alfonso Reyes a su querido maestro Miguel de Unamuno, con un abrazo.

UNAMUNO, DIBUJANTE

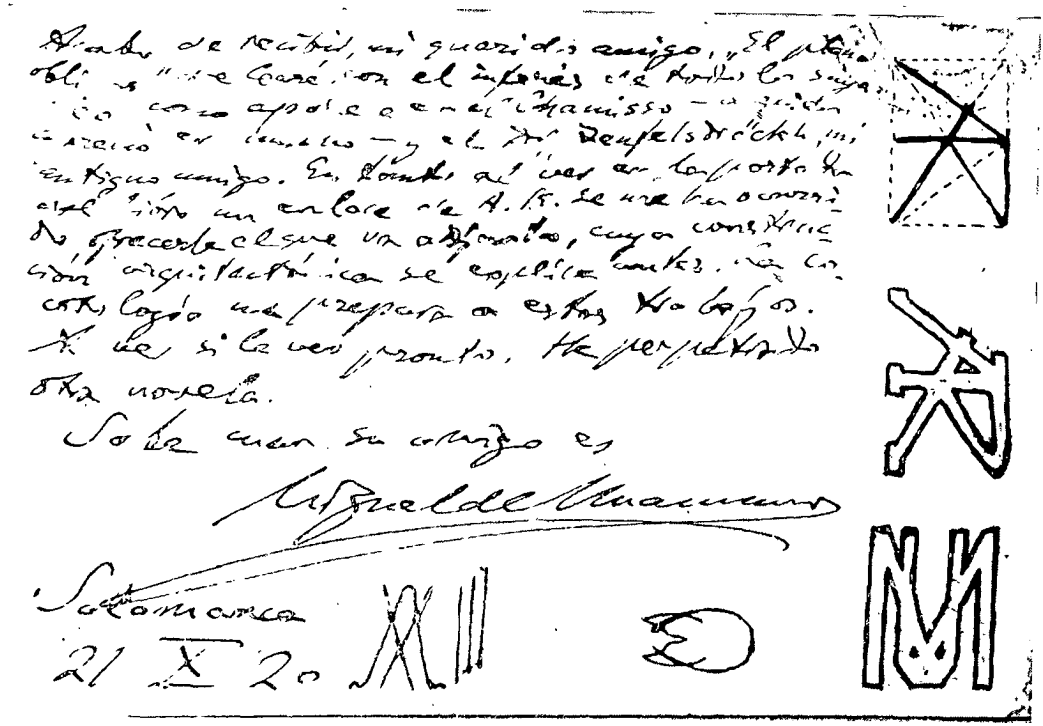
Su destinatario no le acusó recibo hasta muy entrado el mes de octubre. Y al hacerlo surge en esta correspondencia otro tema de no menos interés: el de Unamuno, dibujante, muy gustado por Reyes, que ha sido uno de los pocos que lo han aireado.

> Acabo de recibir, mi querido amigo —le dice— *El plano oblicuo* que leeré con el interés de todo lo suyo. Veo cómo aparece en él Chamisso —a quien aprecio mucho— y el doctor Teufelsdröck, mi antiguo amigo.
>
> En tanto, al ver en la portada del libro un enlace de A. R. se me ha ocurrido ofrecerle el que va adjunto, cuya construcción arquitectónica se explica antes. La cocotología me prepara a estos trabajos.
>
> A ver si le veo pronto. He perpetrado otra novela [6].
>
> Sabe cuán su amigo es,
>
> *Miguel de Unamuno.*

[Carta autógrafa. Salamanca, 21-X-1920.]

[6] Se refiere a *La tía Tula*, cuyo prólogo está firmado así: «En Salamanca, en el día de los Desposorios de Nuestra Señora del año de gracia milésimo novecentésimo y vigésimo.» En él alude al tema de

Anagramas utilizados por Alfonso Reyes en la cubierta y portada de sus libros.



Tarjeta postal de Unamuno, en la que le brinda a Alfonso Reyes otro anagrama como el suyo.

Amado Nervo, visto por Unamuno, dibujo que éste envió a Alfonso Reyes.

A este año corresponde también, sin duda, el envío de otro libro que Alfonso Reyes le hace y en el que perdura el recuerdo de la excursión salmantina. Es el titulado *Retratos reales e imaginarios*. Lectura selecta, México, 1920, que llegó a manos de su destinatario con esta dedicatoria:

> A Miguel de Unamuno —recuerdo de los días de Salamanca—, con la afectuosa admiración de su amigo, Alfonso Reyes. Madrid, V-1920.

La tarjeta de Unamuno que antes hemos trascrito fue reproducida por Alfonso Reyes en un escrito suyo del otoño de 1923, que publicó en una revista mejicana y hoy ha incorporado a su libro *Grata compañía* [7]. De cuantos han estudiado su figura y su obra, ha sido el escritor mejicano uno de los pocos que se han fijado en esta faceta del rector salmantino que un día habrá que considerar en toda su importancia. Por ahora nos limitaremos a los materiales y apreciaciones que esta correspondencia nos brinda.

El plano oblicuo de Alfonso Reyes lleva en su portada ese anagrama de sus iniciales que motivó el que Unamuno le ofreciese otro, de líneas geométricas, basado en una técnica muy semejante a la que él había empleado para ilustrar su *Tratado de cocotología*, publicado, como es sabido, en el mismo volumen que su novela *Amor y pedagogía*, aparecida en 1902. Libros posteriores del crítico mejicano llevan también este anagrama, que no es el de su libro antes citado, pero tampoco, aunque se le parece, el que don Miguel le brindara.

---

un trabajo en preparación, *Abisag la sunamita*, que se cita en esta correspondencia, y acabó siendo uno de los capítulos de su libro *La agonía del Cristianismo*.

[7] Véanse las notas 3 y 5.

Las cartas de 1922

Y como sobre el tema de los dibujos unamunianos hay más noticias en estas cartas, sigamos el orden cronológico en que se enlazaron. El eslabón siguiente es dos años posterior y remonta a 1922. El 29 de enero de ese año, escribe Reyes desde Serrano, 56, su domicilio madrileño entonces. Dice así:

> Maestro muy querido: Recientemente abrió Maroto una exposición en Madrid (que me perdí de ver por achaques de salud) en que se anunciaban unos retratos hechos por usted, de su señora y de usted. ¿Cómo podría yo obtener una reproducción fotográfica de ellos? ¿Dónde están? ¿Puedo aún verlos en Madrid? Ya sabe usted que conservo su cabeza de Nervo, y quisiera seguir aumentando mi documentación sobre «Unamuno, dibujante».
>
> Otro asunto: ¿quiere usted mandarme, a vuelta de correo, algo inédito para *Social*, de la Habana? Yo le situaré a usted por giro postal 125 pesetas. Ya le envío a usted la revista para que vea usted lo que es. Trato de que España esté en ella dignamente representada. No me niegue usted lo que le pido.
>
> Lo admira y quiere bien,
>
> *Alfonso Reyes.*
>
> [Tarjetón autógrafo. Madrid, 29-I-1922.]

A vuelta de correo contestó Unamuno a las preguntas que sobre sus dibujos se le hacían, refiriéndose a esa colaboración que se le pide, y dando noticias de su actividad literaria, parte de ella dramática. Y lo hace en estos términos:

No adivino, mi querido amigo, qué retrato de mi mujer hecho por mí es ese que anunciaba Maroto. Debe de ser uno de mi hija menor —y que, por cierto, me salió muy bien— que me pidió y se lo regalé. Y si usted le pide de mi parte —mostrándole si quiere esta carta— una reproducción fotográfica no se la negará. Como mi situación ha cambiado desde que fui elegido vicerrector por el cargo —el de rector sigue vacante y lo ocuparé probablemente yo— puedo moverme libremente y pienso ir a ésa. Llevaré los dibujos que guardo, le daré algunos de ellos y de los otros podrá sacar reproducciones si le place.

Por lo que hace al escrito para *Social* tanto como «a vuelta de correo», es decir, hoy mismo, no puedo mandárselo. Tengo que hacerlo y lo haré mañana mismo, pues tengo materia, el imperialismo, que espero poder adornar debidamente.

Trabajo bastante, pero lo más cosa de batalla casi cotidiana. Deseo algún reposo para avanzar en un libro: *Abisag, la sunamita.* Y tengo que ir a ésa a activar el estreno de mi *Soledad,* en el Español. Y tengo acabado otro drama: *Raquel.*

Mañana, como le digo, espero enviarle el trabajo. Y pronto nos veremos.

Muy su amigo,

Miguel de Unamuno.

[Carta autógrafa. Salamanca, 31-I-1922.]

Cumplió don Miguel lo ofrecido, según se deduce de la carta en que Reyes le acusa recibo de su colaboración para la revista cubana, y sigue hablándose de los dibujos. Utiliza ahora para escribirle una fotografía del propio don Miguel,

la que él le hizo en Salamanca, en 1920, en tamaño postal. Oigámosle:

> Querido maestro: Mil gracias. Ya va su artículo rumbo a Cuba, y ya le envié a usted los cuartos.
>
> Me entusiasman sus planes teatrales y espero ver pronto todo eso.
>
> Puesto que usted ha de venir, reservo para entonces el ver los dibujos que tiene Maroto. Espero los dibujos que me ofrece y tomar fotos de los otros.
>
> ¿Necesito decirle el gusto que me da saberlo otra vez a la cabeza de esa Universidad?
>
> Esta foto la tomé yo en aquel viaje.
>
> Suyo,
>
> *Alfonso Reyes.*

[Tarjeta postal autógrafa. Madrid, 7-II-1922.]

Como el tema de los dibujos persiste, atendamos ahora a otros extremos de estas cartas.

No he podido localizar la revista *Social,* de La Habana, e ignoro qué colaboración de Unamuno fue la solicitada por Reyes y allí publicada. Y en cuanto al teatro, como hoy sabemos, el estreno del drama *Soledad,* que ya iba a serlo en el Teatro Español, de Madrid, tuvo lugar en el Teatro María Guerrero, en noviembre de 1953, y *Raquel* lo fue, en el Tívoli, de Barcelona, por la compañía argentina Rivero-De Rosas, en septiembre de 1926, hallándose Unamuno fuera de España. Ya de regreso a ella, creo que en 1933, se dio una lectura de esta última obra en el Lyceum Club, de Madrid. Entonces alteró su título el autor, dándole el de *Raquel encadenada* [8].

[8] Véase lo que indico en el prólogo y el texto de ambos dramas

Unas semanas después de la carta precedente, es Unamuno quien se dirige a Alfonso Reyes para invitarle a dar una conferencia en la Facultad de Filosofía y Letras de su Universidad, de la que entonces era Decano, y reaparece el tema de sus dibujos. He aquí el texto:

> Mi muy querido amigo: A nuestra pobre Facultad de Letras le ha concedido el Estado la suma de 2.500 pesetas para conferencias, y mis compañeros de ella creen que deben darlas o franceses, o portugueses, o hispanoamericanos. Y como a éstos no podemos traerlos de allá hay que recurrir a los residentes en ésa. ¿Querría usted venir? ¿Vendría Icaza? ¿Sabe usted de algún otro —mejicano, cubano, colombiano, chileno, argentino, etc., etc.— que pudiera hacer buen papel y del que usted me dé confidencialmente, ¡claro!, informes? Porque luego yo le escribiría. Hágame, pues, tal favor.
>
> Le pagaríamos el viaje, la estancia, que calculamos podría llegar hasta diez días, y cada conferencia. Los conferenciantes pueden ser hasta dos.
>
> Me pidió Bagaría unos dibujos y le dije que no los tenía ya, pues los que tenía se los presté a usted. Si se los pide déjele que los escoja. Excepto uno de una sobrinita mía tomando chocolate, pues éste quiero reservarlo para la interesada.
>
> Y siento no poder extenderme más.
>
> Muy su amigo, *Miguel de Unamuno.*
>
> [Carta autógrafa en papel timbrado de rector. Salamanca, 16-III-1922.]

en *Miguel de Unamuno. Teatro*, Editorial Juventud, 1954, Barcelona. Vid. también: M. de U., *Teatro completo*, Madrid, Aguilar, 1959; [y el tomo XII de sus *Obras Completas*, dedicado por entero a esta actividad dramática.]

La contestación de Alfonso Reyes no se hizo esperar, aceptando personalmente y suministrando una baraja de nombres de posibles conferenciantes. El tema que se compromete a desarrollar es otro anticipo de uno de sus libros más famosos, *Visión de Anáhuac* [9]. Pero el proyecto unamuniano no se realizó en su integridad. Precisamente, por entonces, estudiaba yo con él mi último año de Facultad, y recuerdo que el cursillo planeado por ésta, en cuya organización fue tan decisiva la intervención de Unamuno, sufrió algunas modificaciones. Posiblemente, lo avanzado del curso y la pluralidad de conferencias que hubo en aquellos meses en la ciudad, impusieron a sus organizadores un aplazamiento para el próximo, que ya no tuvo efectividad. La primera serie, de tres conferencias, le fue encomendada al hispanista Marcel Bataillon, que por entonces investigaba en la Biblioteca y en los archivos universitarios. Hizo su presentación el propio don Miguel, y los temas que abordó, relacionados con sus investigaciones salmanticenses, fueron éstos: «Los libros de humanidades en la España de Carlos V», «La significación del erasmismo en España» y «El erasmismo y la Inquisición española». Tuvieron lugar el 25, 27 y 29 de abril de 1922, y en la presentación de la primera dijo Unamuno que para este curso se contaba con la conformidad de Alfonso Reyes y de Francisco A. de Icaza.

El segundo conferenciante fue el profesor alemán W. Meyer-Lübke, que a la sazón se hallaba en España, donde

[9] Una primera redacción de esta obra había aparecido en San José de Costa Rica, en 1917. La definitiva vio la luz en Madrid, Biblioteca de la revista *Índice*, 1932. [Posteriores: en la colección *Dos o tres mundos*, 1944, organizada por A. Castro Leal, págs. 179-218; en México, 1953; en una antología de la prosa moderna publicada por la Universidad de Puerto Rico, 1955, reproducción no consultada con el autor; en *Obras completas* de A. R., México, 1956, tomo II, págs. 13-34.]

había dado un curso en el Centro de Estudios Históricos, de Madrid, y disertó los días 3 y 4 de mayo, siendo igualmente presentado por don Miguel, acerca de «Los cambios de significación de las palabras» y «Los nombres de lugar». Al final de esta segunda disertación, aquél, que presidía el acto, hizo unas glosas sobre lo dicho por el conferenciante apuntando cómo se iniciaban entonces los estudios sobre Toponimia hispánica. Y el tercero y último conferenciante, que ocupó la tribuna universitaria el 5 de mayo, fue M. Raymond Thamin, rector de la Universidad de Burdeos, que habló sobre un tema de su especialidad referente a la educación de las masas, problema que apasionaba en Francia después de la guerra del 14.

Faltó, por lo que hemos visto, pero no, con seguridad, por culpa de ellos, la colaboración de los portugueses e hispanoamericanos, y sigo creyendo válidas las razones que antes aduje. Para don Miguel, aquella primavera fue de gran actividad pública. Desde el rectorado, que ocupaba provisionalmente —y en el que, según le confiesa a Reyes, confía ser nombrado con carácter definitivo, lo que no fue así—, inauguró un ciclo de conferencias que organizó la Asociación General de Estudiantes, durante la segunda quincena de marzo. Lo mismo que hizo con el planeado, seguramente bajo sus auspicios, por la Facultad de Filosofía y Letras. En el orden de la política nacional, el 5 de abril tuvo lugar su comentada visita al rey, en la que le acompañó el conde de Romanones, y el 13 pronunciaba su no menos discutida conferencia del Ateneo de Madrid, a la que tituló «Un episodio histórico», y en la que daba cuenta de dicha entrevista, ante un público dividido y en parte hostil *. Luego vinieron las

* Ver «Mis relaciones con Unamuno», *op. cit.* Al final, me refiero a la comunicación confidencial que don Miguel me hizo sobre su visita a Alfonso XIII.—A. R.

vacaciones de Semana Santa, los actos del homenaje al poeta salmantino Gabriel y Galán, el día 22, y, por último, las conferencias cuya noticia ha motivado este inciso en nuestra crónica. Por estas fechas hubo también otros ciclos de ellas en la Facultad de Ciencias y en la de Derecho, y todo ello creo que contribuye a asentar mi hipótesis de por qué se impuso el aplazamiento para el curso próximo de la visita de los dos conferenciantes mejicanos —uno de ellos Alfonso Reyes— que el propio Unamuno anunció. Y, por último, el 10 de mayo, presidió un acto académico y un banquete, organizados por la ya citada Asociación General de Estudiantes, como final de su brillante ciclo. En el primero, leyeron poesías propias un poeta vallisoletano, Leopoldo Cortejoso, y otro salmantino, Luis Maldonado Bomati, sin que faltase la intervención unamuniana, que terminó con la lectura de un olvidado poema suyo, escrito «en el cuarto en que viví mi mocedad», que luego pasó a tener cobijo en su libro *Rimas de dentro*. Igualmente hubo de hablar en el banquete indicado.

Esta actividad universitaria de don Miguel parece responder a lo que le había escrito poco antes a Alfonso Reyes sobre la casi seguridad de que ocuparía el rectorado vacante de la Universidad. En realidad, no lo estaba, pues aunque don Luis Maldonado, que era rector desde 1918, había renunciado a él, lo cierto es que en octubre de 1922, con ocasión de la visita de los Reyes a la Universidad, que celebraba el III Centenario de la Canonización de Santa Teresa de Jesús, actuó en dichos actos como tal, y sólo dejó de serlo en enero de 1923. En esas circunstancias, quien de hecho regía la Universidad como vicerrector era Unamuno, y eso explica las aseveraciones que le hace a Alfonso Reyes. Sin embargo, a mediados de mayo de 1922 circuló el rumor, del que llegó a hacerse eco la prensa local, de que sería designado

rector un catedrático de Medicina. Lo que tampoco se confirmó, y sólo cuando cesó de serlo don Luis Maldonado dejó también don Miguel el decanato de la Facultad de Filosofía y Letras.

La respuesta de Alfonso Reyes vuelve a referirse a los dibujos unamunianos. Veámosla, para concretar más tarde.

> Querido don Miguel: Gracias por los dibujos, que le devolveré a usted cuando los tenga reproducidos. Di algunos a Bagaría, teniendo cuidado de conservar, como usted me lo indica, el de la sobrinita tomando chocolate.
>
> Con el mayor gusto acepto yo su invitación. Icaza también aceptaría. De los americanos que hay en España no sé qué decirle que usted no sepa ya. A Levillier ya lo conoce usted. Pedro-Emilio Coll, el venezolano, es capaz de hacer algo excelente, pero le ha dado por no escribir una línea, por no sé qué enfermedades espirituales que padece. Creo que Rufino Blanco-Fombona puede hacer, entre pasiones y truenos, una hermosa conferencia sobre Bolívar. El cubano José María Chacón es escritor muy acertado y discreto, de mucho sentido crítico. En estos momentos pasa por Madrid Díaz Rodríguez, pero no creo que dure mucho.
>
> Por mi parte, tengo un capítulo de un libro en preparación, de que publiqué (me refiero al capítulo) un fragmento en Costa Rica: *Visión de Anáhuac*. Se trata de la primera impresión visual que tuvieron de México los conquistadores. ¿Le parece a usted oportuno? Esto casaría con lo que Icaza pudiera leer, pues sé que él tiene entre manos algo sobre la cultura en el virreinato de la Nueva España. Si esto

no va bien dígamelo, pues hay otras cosas. Y muy de veras agradecido. Mi viaje y estancia serían por mi cuenta, y la conferencia queda harto pagada por el gusto y el honor de la invitación.

Lo quiere y admira mucho,

Alfonso Reyes.

[Carta a máquina con membrete de la Legación de Méjico. Madrid, 22-III-1922.]

Parece ser que los dibujos de Unamuno llegaron a manos de Alfonso Reyes por envío directo de su autor. No puedo precisar cuáles lo formaron. Los que reprodujo en su libro *Grata compañía,* y de que me envió también copia fotográfica, son éstos: 1.º Amado Nervo, visto por Unamuno. 2.º Autorretrato de Unamuno. 3.º y 4.º Mi hijo Ramón. 5.º Mi sobrinita tomando chocolate. 6.º El señor Richet según un recuerdo infantil. 7.º La actriz. 8.º Paisaje (Es un paisaje de Salamanca, tomado desde el Norte, de cuyo perfil lejano apenas si emergen las siluetas de sus torres). 9.º El potro, con esta leyenda autógrafa: «¡A cuántos habría que someterlos al potro!», muy goyesca. 10. Reproducción de la tarjeta autógrafa de Unamuno, en que le brindaba a Reyes un modelo para su anagrama, al que iba unido otro con las iniciales del autor: M. U. Salvo ésta, los dibujos están hoy en Salamanca.

De la nómina de posibles conferenciantes hispanoamericanos que Reyes le da a don Miguel, todos ellos fueron amigos suyos. De los tres venezolanos, a dos de ellos, Pedro-Emilio Coll y Manuel Díaz Rodríguez, les había dedicado sendas reseñas en la sección «De literatura hispanoamericana», que Unamuno cuidó en la revista madrileña *La Lectura: Ídolos rotos* y *Sangre patricia,* del segundo, en 1901 y 1903; y *El castillo de Elsinor,* del primero, en 1902. Con el

diplomático y escritor argentino Roberto Levillier mantuvo relación y correspondencia, sobre todo con motivo de un posible viaje suyo a Buenos Aires, en 1922. Y del crítico mejicano Francisco A. de Icaza, y del escritor cubano Chacón y Calvo, hay cartas y libros dedicados en el Archivo Unamuno, de Salamanca.

Finalmente, corresponde a 1922 la aparición de un libro de Alfonso Reyes, el titulado *Simpatías y diferencias. Tercera serie*, impreso en Madrid a expensas de su autor, que en la cubierta hizo figurar su anagrama, como en *El plano oblicuo*, y que debió de enviar por entonces a Salamanca, con la siguiente dedicatoria:

> A don Miguel de Unamuno, con la admiración y el afecto de,
>
> *Alfonso Reyes.*

1923. Últimas cartas de este epistolario. La fundación de «Cuadernos Literarios». Anticipos del libro de Unamuno «Teresa»

Es Alfonso Reyes quien inicia la comunicación epistolar en este año. Con una carta en la que solicita de Unamuno una nueva colaboración literaria. Dice así:

> Maestro y amigo muy querido: *El Universal* —gran diario de México— desea un artículo de usted, a cien pesetas (que yo pagaré), para el número especial que dedicará, el 8 de septiembre, a la fiesta de la colonia española de México, la Covadonga. Espero que no me lo niegue usted, ¿verdad?

Y lo saludo con mucho afecto y creciente admiración,

Alfonso Reyes.

[Carta autógrafa, membrete de la Legación de México. Madrid, 20-VII-1923.]

Pero su amigo, muy preocupado, sin duda, con la marcha de la política nacional en estas fechas, no atendió el requerimiento. Reyes alude a ello en la carta siguiente, que nos ofrece una información muy curiosa sobre una empresa editorial nacida por aquellos días y que logró una gran aceptación en los medios intelectuales españoles: *Cuadernos Literarios.*

Mi querido y admirado don Miguel: No supe más de usted. Le escribí pidiéndole algo para un periódico mexicano. Se pasó la ocasión. ¿No recibió usted mi carta?

Ahora voy a otro asunto más agradable: Canedo, Moreno Villa y yo vamos en breve a comenzar la publicación de unos *Cuadernos Literarios*, pequeños, con obras de contemporáneos y nuestras, así como clásicas selectísimas y no manoseadas. Queremos su consejo; pero también queremos —y lo más pronto posible— su colaboración. Desearíamos que, en la primera serie de seis cuadernos que preparamos, figurase usted con una novela, o lo que a usted le venga mejor. *Los cuadernos* se venderán, como precio mínimo, a una peseta; y tendrán, como mínimo, 64 páginas; tamaño del folleto: 10 × 15 cm. Nuestro objeto es ir cuanto antes al público —nosotros y algunos amigos— sin someternos a exigencias editoria-

les. Y necesitamos que personas como usted nos autoricen con su concurso. Lo hacemos con escasísimo dinero; pero estamos dispuestos a enviarle a usted, a vuelta de correo, lo que usted quiera que se le pague.

Gracias por la atención que nos dé. ¿Podremos tener su original por respuesta?

Muy suyo, cordial y devotamente,

Alfonso Reyes.

[Carta autógrafa en papel con membrete de la Legación de México. Madrid, 21-X-1923.]

El propósito de esta empresa editorial que Reyes destaca en su carta debe incorporarse a los contenidos en la declaración pública que figura en las páginas interiores de la cubierta desde sus primeros volúmenes —color amarillo caña con letras verdes— que casi llegaron a la treintena en 1929, cuando ya hacía varios años que Reyes no residía en Madrid. Eran éstos: «responder con la fidelidad posible a las corrientes espirituales, quizá un poco antagónicas, para vistas de cerca, que se van marcando en nuestros días», y «ser un reflejo de la vida literaria contemporánea sin reducirla al círculo intelectual de un grupo, de una tendencia o de un país». Y esa primera serie anunciada en esta carta contó con estos nombres: Pío Baroja, Ramón y Cajal, Darío de Regoyos, Menéndez Pidal, y dos de los animadores de la empresa: Alfonso Reyes y Moreno Villa. La colaboración de éste fue, además, gráfica, ya que la mayor parte de los retratos de los autores que abrían todos los volúmenes eran obra suya. Se encomendó la venta en exclusiva a *La Lectura*, y los segundos seis cuadernos fueron obra del tercer empresario, Díez-Canedo,

de Gómez de Baquero, Gómez de la Serna, Gutiérrez Solana, Gerardo Diego y *Azorín*. En la tercera serie colaboraron D'Ors, Félix Urabayen, Elie Faure, Jarnés, Azaña y Bacarisse; y en la cuarta, Fernando Vela, Antonio Espina, Giménez Caballero, Francisco Ayala, Margarita Nelken y Max Aub.

El que no llegó a colaborar, e imagino que por hallarse entregado a otras tareas no sólo literarias, sino políticas, fue Unamuno. La carta en que se lo hace saber a su amigo —la más extensa de este epistolario— es la clave de su actitud y una información magnífica de sus preocupaciones y de sus menesteres, como político y como escritor. He aquí su texto:

> ¿El original por respuesta? ¡Ay, mi buen amigo, eso sí que no puede ser! Y no puede ser porque no le tengo hecho; porque no tengo inédito y disponible, acabado, nada que encaje en esos *Cuadernos Literarios*. Tendría que hacerlo. ¿Cuándo lo haré? Vea; recibí su otra carta; pensé hacer algo para aquel periódico mejicano, pero se me fue el tiempo en dormir y soñar, en hacer artículos de batalla, en recomerme los hígados viendo lo que pasa... y ni siquiera le contesté, como era mi deber. Un solo refugio hacia el ideal he hallado este año. He escrito unas rimas románticas de un supuesto poeta —algo como Stechetti— y las he enmarcado en una historia. Se llamará *Teresa*. Son cerca de (no se asuste usted) 2.500 versos. Y ahora espero si Ricardo Calvo me estrena, ¡al fin!, mi *Soledad*. Libros..., ¡me resulta tan improductivo! Mi *La tía Tula* y *Andanzas y visiones españolas* cayeron casi en el vacío y apenas si la segunda edición de *Paz en la guerra* empieza a ser notada. Lo cual me amarra al terrible tener que (¡tener que!) escribir diez o doce artículos al mes. Y ahora

más, porque la estúpida censura ejercida por esos beocios uniformados y dementalizados por la ordenanza hace que de cada diez me tachen por entero tres o cuatro.

Estoy abatido al ver cómo se recibe esta dictadura estúpida y todo ese régimen de cine de casino... Toda la tontería española está alzaprimada. Da pena leer ciertos diarios. No sé adónde vamos a parar. Pero a ver si logro fraguar algo para los *Cuadernos Literarios*. Me saldrá alguna bufonada trágica; alguna amarga representación de esta farsa que estamos sufriendo. Si me sale algo...

Planeadas tengo sólo cosas de teatro, pero se me ha metido en la cabeza que sean representadas antes que impresas. Seis obras dramáticas llevo producidas y apenas si he logrado que las pueda juzgar el público de teatro. Otras dos las reduje a novela. Y tengo dos más en el telar. Y ahora me dicen que Vidal y Planas va a escenificar, sin mi permiso, mi *Nada menos que todo un hombre*. Acaso arreglada a la escena por él logre acceso al teatro y por mí no, pero yo sé que lo haría mejor que él.

Para esas y otras muchas cosas —y no la menos importante charlar con ustedes— me convendría ir a ésa, pero mientras dure este beócico Directorio no pienso pedir permiso. Humilla recibir ni el más leve favor de la autoridad bajo este vergonzoso régimen.

¿Y mis dibujos? Porque hay entre ellos algunos que quiero conservar. Uno de una sobrina de mi mujer, que he de darle a su madre.

A Canedo y Moreno Villa, mis buenos amigos, sendos abrazos. Para usted, otro de

Miguel de Unamuno

Y ahora aquí va la rima 97, la penúltima (son 98) de mi *Teresa*. Fúndase en lo que el P. M. fray José de Sigüenza cuenta de fray Bernardino de Aguilar, en el capítulo XXVII del libro IV de su *Historia de la Orden de San Jerónimo*.

Fray Bernardino de Aguilar, profeso
de la Murta jerónima,
al regazo del claustro pasó preso
de amor, cantando en paz su vida anónima.
Al margen del afán de Barcelona,
vivió fray Bernardino,
y el Espíritu Santo fue en persona
quien le trazó con música el camino.
Su breve vida en el coro del templo
fue recogido idilio;
ante los ojos del Señor ejemplo
de la oscura humildad que da su auxilio.
A punto de morir el manicordio
recorrió con las manos,
y del cántico eterno el tierno exordio
cantó mientras lloraban sus hermanos.
Quómodo cantábimus cánticum Dómini
in terra aliena...
Y así fray Bernardino de Aguilar
en su pecho estrujando dulce pena
pasó de este cantar a otro cantar.

*

Me fuiste en vida recatado claustro,
me aguardas en la huesa;
y ahora, hoja seca que arrebata el austro,
me estoy muriendo cantando: ¡Teresa!

[Carta autógrafa. Salamanca, 23-X-1923.]

Todo, hasta esa estrofa final de la rima de *Teresa*, creo que revela el estado de ánimo de su autor, cuando escribe a Alfonso Reyes. Esta carta debió de ser leída entre los amigos de Unamuno en Madrid, y a vuelta de correo le contestaron los tres, a quienes la dirigió al escribir a aquél. En estos términos:

> Mi querido y admirado don Miguel: Su carta me ha conmovido, nos ha conmovido. No me cuesta ningún trabajo sentir como español. ¡Lo soy de veras!
>
> Quedamos tentados; queremos ver pronto esa *Teresa*.
>
> ¿Sus dibujos? Salvo los que —por encargo de usted— entregué a Bagaría hace tiempo, todos los demás están aquí sobre mi mesa. Hoy mismo haré el paquete, y los recibirá usted poco después de esta carta.

Y en cuanto a la empresa editorial, para la que la cooperación de don Miguel fue requerida, lo que sigue:

> No podemos renunciar tan fácilmente al plan de contar con usted para uno de los primeros cuadernos. No nos importaría que nos diera usted algo ya publicado, entresacado de otro libro, o una pequeña colección de artículos que quiera usted ver juntos en edición provisional: una colección que podría ter-

minar, por ejemplo, con el recién publicado sobre sus treinta años de magisterio. Es decir, una breve antología de sus artículos publicados del 1921 acá.

Quedamos esperándole. Retornan los saludos Canedo y Moreno Villa. Yo me prometo —esta vez, sí— su pronta respuesta afirmativa.

Lo admira y quiere, y lo recuerda siempre con gusto,

Alfonso Reyes.

Don Miguel, un apretón de esa mano,

J. Moreno Villa.

Querido don Miguel: Yo no le pido que sea mi jefe. Siempre he sido su soldado, civil. Cordiales afectos,

E. Díez-Canedo.

[Carta autógrafa. Madrid, 25-X-1923.]

Comprendemos muy bien el interés de los firmantes de esta carta en contar con una colaboración unamuniana para sus *Cuadernos*. Si en prosa, ahí estaban los numerosísimos escritos de Unamuno en estos años, aun prescindiendo de los de tipo político, de más pasajera actualidad, aunque tengan hoy una perspectiva histórica. Sólo con los de carácter autobiográfico hubiera podido hacerse una extraordinaria, que se remataría con el que, muy agudamente, apunta Reyes. Se titulaba «El valor de la inteligencia. A los treinta y dos años», había aparecido en el diario madrileño *El Liberal* el 3 de octubre de 1923, y era una autoconmemoración de aquel primero de octubre de 1891, en que inició su autor en esta Universidad de Salamanca sus tareas docentes. (Hoy figura en

el tomo X de sus *Obras Completas*). Y ¿por qué no verso? Tal vez una selección, un anticipo del libro *Teresa*, hubiera sido más viable. La oferta de aquella rima que de él les hizo Unamuno parece confirmar esta pura hipótesis. No puedo olvidar que por entonces habían sido publicadas algunas de ellas en el *Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo*, de Santander, por obra, según creo, de José María de Cossío. Aunque, como es bien sabido, es inútil hacer suposiciones sobre lo que debió ser y no ha sido.

1926-1933. Alfonso Reyes prosigue el envío de sus libros a Unamuno

Uno de los escritores hispanoamericanos más ampliamente representados en la biblioteca de Unamuno es, sin duda, Alfonso Reyes. De Madrid trasladó su residencia a París, y años más tarde a Buenos Aires y a Río de Janeiro, y desde ambas ciudades siguieron llegando a Salamanca sus nuevos libros, cuyas dedicatorias, autógrafas, pregonaban lo auténtico de su afecto por don Miguel, quien después de leerlos los guardó amorosamente entre los suyos.

El orden cronológico de la publicación de esas obras nos marca los hitos de esta corriente afectiva. Y a él nos atendremos.

Corresponden a los años de la estancia de Alfonso Reyes en París los siguientes: *Pausa*, poemas editados en 1926, que ostenta estas líneas autógrafas:

> A don Miguel de Unamuno, con el constante recuerdo y la admiración de su devoto amigo, Alfonso Reyes. París, julio, 1926.

Reloj de sol. Quinta serie de Simpatías y Diferencias. Madrid, 1926, precedido de esta dedicatoria: «A don Miguel de Unamuno, siempre con su recuerdo, Alfonso Reyes. París, agosto, 1926.» En la página 126 anota el lector una llamada por Reyes «preciosa sentencia», y que es un refrán español que cita en su *Salutación al P. E. N. Club de Méjico,* reproducida en esta obra. Es éste: «Dios me dé contienda con quien me entienda», y responde muy bien a la situación de don Miguel en aquellos días del destierro. En este libro incluyó el autor su escrito «Unamuno, dibujante», y en él está también el titulado «La Residencia de Estudiantes», al que más atrás nos hemos referido.

En 1931, y ya desde Río de Janeiro, son tres los libros que don Miguel recibió de su lejano amigo, sólo uno de ellos editado en la capital carioca. El titulado *Cinco casi sonetos,* que forma parte de las Ediciones de «Poesía», lo compuso Manuel Altolaguirre, y su pie de imprenta en París. Es edición limitada, y el ejemplar, el número 37, dice: «Ofrecido a don Miguel de Unamuno por Alfonso Reyes, 1931.»

Discurso por Virgilio es un folleto editado por la revista *Contemporáneos,* de México, que lleva esta dedicatoria: «A don Miguel de Unamuno, la devoción de su amigo lejano, Alfonso Reyes.»

Y *La Saeta,* con trazos de José Moreno Villa, impreso en Río de Janeiro, y que es una serie de estampas líricas en prosa sobre la Semana Santa sevillana, llegó a manos de su destinatario con estas líneas: «Para don Miguel de Unamuno, recuerdo de su firme amigo, Alfonso Reyes.»

A estos envíos brasileños hay que unir uno anterior y otros que les siguieron. Aquél lo constituye el titulado *El testimonio de Juan Peña,* ilustrado con tres dibujos de Manuel Rodríguez Lozano, que apareció en Río de Janeiro en 1930,

y tiene esta dedicatoria: «A don Miguel de Unamuno, maestro respetado y queridísimo, Alfonso Reyes.»

Los otros, que fueron los últimos de que hay constancia en la biblioteca unamuniana, son los que siguen:

Atenea política, Río de Janeiro, 1932, ostenta la dedicatoria más extensa y expresiva, que es como un mensaje en el recuerdo:

> Mi admirado y querido don Miguel: ¡Si estas palabras —llenas de cosas evidentes y elementales— merecieran, por la intención al menos, la aprobación de su noble espíritu!...
>
> *Alfonso Reyes.*
>
> Laranjeiras, 397. Río Janeiro.

Horas de Burgos, Río de Janeiro, 1932, lleva, en cambio, esta otra, tan escueta: «A don Miguel de Unamuno, Alfonso Reyes.»

Tren de ondas (1924-1932), Río de Janeiro, 1932, colección de relatos en prosa, fue enviado al año siguiente con estas líneas autógrafas:

> Al querido y recordado maestro don Miguel de Unamuno,
>
> *Alfonso Reyes.*
>
> Río Janeiro, 1933.

Finalmente, y aunque no puedo fijar la fecha, pero debió de ser de los años en que Reyes vivía en Madrid, hay otro libro que él prologó entre los que conserva la biblioteca de don Miguel. Es el que lleva por título *Memorias de fray*

Servando Teresa de Mier, Madrid, Editorial América. Biblioteca Ayacucho *.

Estos libros de Alfonso Reyes, que constituyen sus últimos envíos a Unamuno, fueron no sólo una gran parte de su actividad sempiterna como escritor, sino eslabones de su viejo afecto por aquél. Que su destinatario los leyó, es indudable, aunque sus actividades públicas de estos últimos años de su vida le impidiesen escribir sobre ellos. El don Miguel de ahora siguió leyendo, como le escribió a Reyes en 1917, pero le faltó tiempo y regusto para escribir lo que no fuera su constante y atenazadora colaboración periódica, nutrida de los problemas que a su España se referían.

De la mayoría de estos libros se hicieron eco los escritores españoles amigos de Alfonso Reyes, que supieron ver en algunos los ecos de su prolongada y fecunda estancia en nuestro país. *Reloj de sol* es un compendio de anécdotas, recuerdos y críticas de la vida española y de algunos de sus escritores; *La Saeta*, poema en prosa de la Semana Santa sevillana, remonta a 1922; y *El Testimonio de Juan Peña*, recuerdo de juventud con tema mejicano, está firmado en Madrid, en 1923. El *Discurso por Virgilio*, aportación hispánica al bimilenario del poeta —muy inadvertido en España, pese a que, como Reyes dijo, la voz de Virgilio parece siempre una voz de la patria— fue comentado ampliamente por Ramón María Tenreiro (*El Sol*, Madrid, 30-VIII-1931); y *Tren de ondas*, por Guillermo de Torre, que lo llamó «ensayos en simpatía» (*Luz*, Madrid, 27-V-1933). Y así perduró el nombre del autor ligado, con entero y legítimo derecho, a la coyuntura literaria española. Sólo añadiríamos los ecos que *Monterrey*, aquel correo literario que, desde Río de Janei-

* 1917.—A. R.

ro *, enviaba, en edición privada, a sus amigos, despertó en plumas españolas como la de Díez-Canedo o, americanas, como la de Gabriela Mistral, para sólo referirnos a las crónicas que vieron la luz en la prensa madrileña.

En el apéndice de *Reloj de sol* figura una carta de su autor a dos amigos, Díez-Canedo, en Madrid, y Genaro Estrada, en México, encomendándoles la impar misión de ordenar su producción en el caso de que él faltase. Con este motivo nos brinda una clasificación de sus libros, la mayoría de los cuales han sido aludidos en esta correspondencia con Unamuno. Pero el Destino ha querido que sus dos legatarios hayan muerto, y, sin duda por ello, ha asumido la tarea el propio Reyes. Una primera muestra de ella acabo de leer, tomándola de la revista *Universidad de México* (enero-febrero de 1955), en *Armas y Letras*, boletín de la de Nuevo León, a la que da por título «Historia documental de mis libros», que sólo se refiere a sus *Cuestiones estéticas*. Animándole a que la prosiga **, tal vez le interese comprobar cómo los que él envió a don Miguel de Unamuno, a Salamanca, aquí están, formando parte de su biblioteca y con las huellas de quien en vida los leyó, legándolos antes de morir a su Universidad. Ningún destino mejor o, por lo menos, más vivaz.

(1955.)

---

* Y después, desde Buenos Aires.—A. R.

** He proseguido la publicación en la revista *Universidad de México* en números posteriores.

Apéndice

De una carta de Unamuno a D. Artemio de Valle-Arizpe:

> Dígale a Reyes que he leído sus *Retratos* *, algunos de los que ya conocía *(sic)*, y lo que dice en *La Pluma* **. Por cierto que aquello que dije de Darío no lo extendí a los demás americanos. Pues siempre he sabido que hay muchos —los más que conozco— que de indios nada tienen. Lo que no quiere decir que sea siempre mejor... Corre cada anécdota por ahí... Y yo las dejo correr. *(Ap.* Rafael Heliodoro Valle, *Archivo de Valle-Arizpe,* en *Excelsior,* México, 6 de abril, 1956.)

---

* *Retratos reales e imaginarios,* México, 1920.

** A. Reyes, «Cartas de Rubén Darío», en *La Pluma,* Madrid, junio de 1930; reproducido en *Los dos caminos,* Madrid, 1923 y en *Tertulia de Madrid,* Madrid, Col. Austral, 1949 (2.ª ed. 1950).

ESCRITORES VENEZOLANOS AMIGOS DE UNAMUNO

PEDRO-EMILIO COLL (1872-1947)

La relación de don Miguel con escritores de esta nacionalidad es antigua, coetánea casi de las correspondencias que publicó en el gran diario argentino *La Nación*, al que le abrió las puertas Rubén Darío en 1899, cuando era su corresponsal y representante en Madrid. De ese año data el primer testimonio que he logrado reunir: el de una carta dirigida a Pedro-Emilio Coll, el excelente prosista venezolano, de uno de cuyos libros se ocuparía años más tarde Unamuno. Y fue el propio Coll el que difundió gran parte de esa carta en las columnas de la revista caraqueña *El Cojo Ilustrado*, publicación quincenal e ilustrada, en aquel formato ampuloso e impresionante de nuestra fenecida *La Ilustración Española y Americana*. La dirigía por entonces Herrera Irigoyen, y en sus páginas aparecieron no pocas colaboraciones unamunianas, la primera de ellas presentada por el propio Coll.

Pero vengamos a esta carta porque merece la pena, y que presumiblemente es contestación a la que le dirigiera el escritor venezolano. He aquí los párrafos de ella que la diligencia de éste nos ha salvado:

Pocas cosas me han henchido más el alma —le dice— desde que de mi Vizcaya vine a este austero ciudadón a vivir mis ideas y mis sentimientos, a hacer fructificar mi niñez —una preñada niñez de montañas—, como la acogida que mi labor empieza a tener en América y entre los americanos de lengua española. A ver si aquellos, si esos países jóvenes llegan a ser para nosotros mundo, ya que esto es claustro.

Aquí trabajo y vivo, gracias, sobre todo, al recogimiento y a haberme aislado de la charca de Madrid. Mi constante predicación (porque a sermón huele) halla en España mucha resistencia; no comprenden la fe libre, libre de dogma, la santa tolerancia. Todo lo corroe la tiranía de las pseudo-ideas. Unos me llaman anarquista; otros, místico; jesuita, algunos; desequilibrado, muchos; protestante, unos cuantos; y yo

dejo decir y sigo mi camino.

Sigo mi camino, empeñándome en que no se pregunte a nadie de dónde viene, ni qué credo tiene, ni cuáles son sus ideas, sino que se le sienta latir el corazón. Es buena toda idea del hombre bueno. Figúrese usted la labor en un pueblo como éste, endurecido por un dogmatismo secular, donde el espíritu católico, lógico, formal, esquemático, exterior, ha ahogado al espíritu cristiano, a la fe libre que consume y trasforma al dogma mismo que engendró. Es una espiritualidad lamentable; resulta el pueblo más incientífico y más irreligioso que conozco.

Mas es inútil hablarle de esto, ya que ha leído en mi «En torno al casticismo», trabajo que con ligeras

> adiciones y algún repaso proyecto, desde hace tiempo, dar a luz en un volumen. No lo he hecho aún, esperando a poder hacerlo por mi cuenta, ya que no he encontrado aquí, hasta hoy, editor que se me resuelva. Ahora que tanto se habla de la psicología del pueblo español y que tanto juicio superficial o viciado se emite, creía yo de interés la publicación de ese mi trabajo de hace cinco años. Pero se me ha hecho aquí una fama de enrevesado, sibilítico y difícil (fama que empiezo a deshacer) a tal punto que los editores se resisten. Por esto espero repetir lo que hice con mi *Paz en la guerra*, de que salí muy bien librado. Y dejándome ya del funesto yo, vuelvo a lo otro. Lo otro es América.

Y de América le escribe a este escritor venezolano tres años más joven que él. De la América que él tan bien conocía por sus libros, y a la que no llegó a visitar, aunque bien cerca estuvo de ello en más de una ocasión. Y al hablarle de ella aparece —ya en 1899— la conocida actitud unamuniana en este vital problema. Oigámosle:

> Con todo lo turbio que hay en las actuales letras americanas se ve que aspiran a algo cada vez más alto, que es el «excelsior» su divisa, que no se duermen en el rutinarismo que aquí impera, ni, como nosotros, se jactan de un equilibrio engañoso de salud gañanesca. Si le he de ser franco, me duele algo de la influencia casi exclusiva que la actual literatura francesa allí ejerce, pero ello tiene su razón: la nuestra no puede influir porque no da sustancia. Yo, personalmente, gusto poco de la literatura francesa. Me gustan los suizos y los belgas que escriben en

francés, pero los *parisienses* muy poco. El espíritu francés es casi siempre sensual y lógico, y ni la sensualidad ni la lógica me atraen. Sólo las quiero como escalones para la supra-sensualidad y la meta-lógica, para lo místico y lo intuitivo.

Nunca he podido concluir un libro de Lavedan, Donnay, Marni, Loti, ni aún de Bourget. Los leo, sin embargo, en mi empeño por comprenderlo y gustarlo todo. Veo siempre o superficialidad o *pose*. Y hay muchos Paul Adam que empiezan por audacias de llamar la atención para acabar en «tíos» Sarcey. O como Barrès. Ahora, los grandes, Taine, Zola, Daudet, Heredia, Huysmans, etc., son otra cosa. Pero prefiero Amiel, el abismático Amiel, y aquel estupendo *Obermann* en cuyos brazos se aduerme el alma. De todos modos no encuentro hoy novelista francés como Hall Caine o Humphrey Ward; aburre la eterna cantinela del amor sexual y del adulterio. Parece que se ha extinguido el alma de Pascal. Por todo esto me gustaría que la influencia francesa se templase con la de otras literaturas. Cierto es que yo me siento poco o nada latino (en rigor no lo soy, como vasco); gusto más de lo inglés, lo alemán y escandinavo, me complazco en la bruma. Mucho de esto diré en el prólogo con que encabezo unas traducciones de Wordsworth, el dulce poeta *lakista*.

Como es bien sabido, no llegó a realizarse este proyecto, a pesar de su probado entusiasmo por la obra del poeta inglés, que tan bien conocía. Y en su primer libro de versos, el titulado *Poesías* (1907), a cuyo final inserta varias traducciones, no figura ninguna de aquél. Pero sigamos apurando el contenido de esta carta:

> Veo que dejándome llevar de epistolomanía convierto esto en charla suelta. Es que quiero tratarle como amigo. Por eso le expongo mis preferencias, de que quisiera curarme para preferirlo todo. Aspiro a no excluir nada. Tal vez mi mayor labor íntima son mis ocho años de enseñanza de la lengua y la literatura helénicas siendo yo tan poco heleno. En esta obstinada labor, traduciendo mucho y en cada curso distintas cosas, he ido estudiando lo helénico y con el estudio más fructuoso, el que da una sosegada exégesis en clase, ante reducidos 'alumnos. Algún día publicaré el fruto de mi enseñanza del griego.

Cumplió, sólo en parte, tal propósito años más tarde, en un escrito titulado «La enseñanza del clasicismo», en el que se refiere a sus experiencias docentes [1]. Y sigue:

> Leyendo á Nietzsche he visto cuánto sacó de los griegos, de cuya literatura fue (como lo soy yo) profesor universitario. Casi toda su doctrina en lo que no procede de Schopenhauer o (pasando por Feuerbach y Hirner) de Hegel, viene de los sofistas griegos. El «sobre-hombre» es helénico, y depurado se encuentra en San Pablo. Dígole, pues, que pienso escribir con calma el fruto de mi labor universitaria. No en vano habré traducido y comentado a Homero, Platón, Sófocles, Tucídides, etc. Y los griegos me han ido reconciliando con los franceses; he llegado hasta apreciar lo que vale expresar elocuentemente lugares comunes, y lo que la gracia vale. Pero de lo

[1] Vio la luz en la revista *Vida Intelectual*, año I, número 2 Madrid, 2-VI-1907, y hoy está en el tomo X de la nueva edición de sus *Obras Completas*, págs. 149-157.

griego priva en París ahora lo alejandrino, lo artificioso, lo manchado de literatismo. Y hay otro mundo, mundo inmenso, y es la literatura cristiana de los seis primeros siglos, la de los heresiarcas. ¡Qué riqueza! El mundo de Orígenes y Baquílides y ben Sudaili es un mundo de ideas nuevas, siempre nuevas.

Hoy parece que en Francia miran ya hacia fuera y se abren a otros espíritus, pero siempre con reserva. El alma francesa no se entrega más que en apariencia; siempre enamorada de la *belle ordonnance,* raciniana siempre, siempre con lógica portroyalesca, siempre estimando a Shakespeare como un bárbaro interesante. Es inútil que un Richepin (que me gusta mucho) se declare turanio; es francés siempre, y francés a quien le cantan en el alma los clásicos que estudió en el Liceo. Es difícil que sientan a Carlyle, v. gr., porque no tienen en el alma nada de puritano; las disputas sobre la predestinación nada les dicen. Con haber sido un país de teólogos, y muy grandes, no lo ha sido de místicos. Los místicos son flamencos, españoles y aún italianos. Lo que ahí llaman misticismo es otra cosa ya pegajosa, ya babosa, ya logomáquica.

Y basta de disertaciones [2].

A los que conocen el proclamado *misogalismo* unamuniano nada debe sorprenderles de esta carta, pero sí, tal vez, lo tempranamente que hizo profesión de él dirigiéndose a escritores americanos. Y creo que era oportuno decírselo a

[2] «Párrafos de una carta», en *El Cojo Ilustrado,* Caracas, 15-XI-1899, año VIII, número 190, págs. 729-731. Fechada: Universidad de Salamanca, 1899.

un escritor como Pedro-Emilio Coll, buen conocedor de la cultura francesa, que fue en su país un excelente crítico y orientador de las gentes de su generación. Y no es tampoco ésta la ocasión en que Unamuno mostró más su iracundia frente al aire sorprendido y a la imitación casi mimética de que eran objeto en tierras americanas los escritores y libros franceses. Años más tarde escribiría acuñando dos términos impagables: el de *mercurialismo,* o influencia de la difundida revista *Mercure de France,* y el de *alcanismo,* o lectura casi exclusiva de los manuales que desde París lanzaba la editorial de Félix Alcan. Aunque ahora, en 1899, le baste con escribirle a Coll esto: «Me gustaría que la influencia francesa se templase con la de otras literaturas.»

Estos pasajes pudieron leerlos los hombres de letras venezolanos en las páginas de aquella revista caraqueña, que fue una de las tribunas americanas de Unamuno. Muy pocos años más tarde iban a ver la luz en ella escritos tan característicos como «Don Quijote y Bolívar», o el ensayo que dedicó al poeta portugués Eugenio de Castro, o al colombiano José Asunción Silva. E incluso algunas de sus propias poesías se difundieron desde las columnas de *El Cojo Ilustrado* [3].

[3] «Don Quijote y Bolívar» apareció primero en un diario argentino, creo que en *La Nación,* el 30-I-1901; en *El Cojo Ilustrado,* el 15-V-1901, y, finalmente, pasó a formar parte del libro del autor titulado *Soliloquios y conversaciones,* Madrid, Renacimiento, 1912. El ensayo a que tituló «Eugenio de Castro» recorrió idéntica trayectoria, y se publicó el 14-IV-1907 en la prensa argentina, y el 15-XII-1907 en la revista caraqueña citada; luego se incorporó al libro *Por tierras de Portugal y de España,* Madrid, Renacimiento, 1911. En cambio, el titulado «*José Asunción Silva*», firmado en Salamanca en julio de 1908, sólo tengo noticias de que apareciese en *El Cojo Ilustrado,* el 15-VIII-1908; pasó, años más tarde, a su libro *Contra esto y aquello,* Madrid, Renacimiento, 1911. Los tres libros figuran hoy en las *Obras Completas* de Unamuno, en los volúmenes I y III. Y en cuanto a las poesías a que aludo en el texto son las que llevan por título «El ciprés y la

Pero esto no es más que un capítulo inicial, aunque quiero suponer que trascendente.

La amistad de Unamuno con el escritor venezolano se mantuvo, como lo acreditan las veinticinco cartas de éste que se conservan en el archivo de aquél, la última de las cuales corresponde al año 1935. Nos falta la voz de Unamuno en este dilatado diálogo epistolar, y mientras esta laguna pueda colmarse, nos limitaremos a espigar algunas muestras de lo que nos brinda la que aún puede informarnos. Por ella sabemos que Coll reseñó en *El Cojo Ilustrado* dos libros de don Miguel: *En torno al casticismo* y *Amor y pedagogía*, y que si no hizo lo mismo con *Poesías* «es porque no me hallo ahora en el estado de ánimo indispensable para apreciarlas debidamente». «Vislumbro la belleza que en ellas existe —añade—, pero para impregnarme en su íntima ternura, en su sana tristeza, necesito apartarme de mundanales extravíos y levantarme de ciertas recientes caídas, de que acaso le hable más tarde en solicitud de consejos...»

Nos informan también estas cartas de que el envío mutuo de libros se mantuvo. Por parte de Unamuno, con el de sus *Recuerdos de niñez y de mocedad*, en 1908; y por la de Coll, con el de *La escondida senda*, en 1928, que, «como usted comprende —le hace saber—, no es un simple título, inspirado en nuestro Fray Luis, sino que pretende señalar la meditación de mi espíritu a buscar, casi a oscuras, los caminos de la vida interior». Libro éste que don Miguel recibió en Hendaya y hoy se conserva entre los de su biblioteca personal.

También descubrimos que desde el otoño de 1916 hasta el verano de 1922 ocupó Coll un elevado cargo en la representa-

---

niña» y «Peru y Marichu», número de 15-X-1907 de esta revista de Caracas. Procedían del primer libro de versos unamunianos, el que tituló *Poesías*, aparecido pocos meses antes.

ción diplomática de su país en Madrid, lo que le dio la oportunidad de conocer personalmente a Unamuno; que en setiembre de 1917 estuvo en Salamanca, donde no pudo ver a aquél, que por entonces visitaba el frente de guerra austro-italiano con otros escritores españoles; que en 1918 asistió al estreno de la tragedia unamunesca *Fedra*, en el Ateneo de Madrid; que en esta ciudad «continúo haciendo, más o menos —le confiesa a su amigo—, la misma vida que llevaba en mi país. Vivo un poco aislado, un poco triste y prefiriendo a escribir boberías escuchar a los maestros como usted»; y que las muestras escritas de su fervoroso afecto por el rector de Salamanca estuvieron presentes cuando murió su esposa —en mayo de 1934— y con ocasión del homenaje que pocos meses después se le rendía al ser jubilado como catedrático. Una amistad, pues, indeficiente y mantenida.

Una última información de esta correspondencia unilateral que conservamos es la que el escritor venezolano nos brinda en una carta de 1903. Al final de ella le ofrece a su corresponsal una semblanza propia, que es a la vez un autorretrato y una confesión, de la que reproduzco los siguientes datos:

> Edad: treinta años. Estado: casado hace seis, sin hijos. Profesión actual: Subdirector en el Ministerio de Fomento. Abuelos: catalanes los paternos, castellanos los maternos. Un pariente de mi madre fue llamado en Colombia «el tigre del Cabrero». Fue Presidente de aquella república. Estudios universitarios: matemáticas (las he olvidado por completo); tres años de Derecho (abandoné el curso). Simpatías revolucionarias: anarquista sentimental, y sin embargo amigo de la oligarquía de Salmos. Religión: no sé, acaso un poquito teosofista. Autores que escriben

hoy lo que yo quisiera decir a veces: Unamuno, Barrès, Lemaitre, Anatole France, Valera, Grandmontagne. Mis clásicos: Luciano, Goethe, Montaigne, Gracián, Carlyle, Stendhal, Heine, Larra, Renan, Kempis. Muertos que llora mi inteligencia: Ganivet, Verlaine, Whitman, José Asunción Silva, Casal, Gutiérrez Coll. Viejos amores: Hugo, Tolstoy, Spencer, Daudet, Goncourt. Amores nuevos: Nietzsche, Gorki, Merejkowsky, Ibsen, Gourmont. Originalidad: la luna creciente me enferma. Deseo: Vivir ocho meses entre aldeanos de mi país, y cuatro entre filósofos y artistas de Europa. Notoria incapacidad: para la Aritmética, los idiomas, y la «literatura escrita». Cobardía suprema: a la muerte. Mayor dolor: la agonía de mi hermano.

Para el escritor venezolano fue trascendente esta amistad, como se desprende de la carta en que le anunciaba a don Miguel el envío de la revista en la que había reproducido párrafos de la que éste le había dirigido. Héla aquí:

Universidad de Caracas, febrero de 1900.
Querido maestro:

Por este mismo vapor le envío un número de *El Cojo Ilustrado* y mi libro o folleto *Palabras*. En el número de *El Cojo* encontrará usted algunos párrafos de la carta que me escribió en meses pasados. Me tomé la libertad de publicarla: 1.º Porque no quería reservar para mí sólo los admirables conceptos que encierra, y 2.º Porque deseaba que los demás supieran que usted me honraba con su correspondencia. Y esto no solamente por humana vanidad sino también porque creo que debe hacerse visible esa obra de alianza espiritual que se está haciendo

entre hombres de diversos y lejanos pueblos. Amistad que pone en contacto tal vez la parte mejor de nosotros y que quién sabe qué frutos dará en el porvenir.

Usted es hoy para mí la voz más alta de España y de los primeros educadores de su tiempo. Mi alma sigue la suya en los Infiernos, los Purgatorios y los Paraísos del Pensamiento.

Mis *Palabras* le dirán algo sobre lo que yo creo ser. Aquí, unos por alabarme y otros por rebajarme me llaman «renanista» y «anarquista», lo que es quizás una contradicción, pero yo amo las contradicciones (si es que existen) y aunque no gusto de las clasificaciones gozo con los membretes que me pegan.

Cuando escribí los artículos que están coleccionados en *Palabras* no le había leído a usted y apenas conocía a Emerson, Carlyle, Ruskin, Amiel, Maeterlinck, Remy de Gourmont, Whitman y otros que son los conductores de mi vacilante inteligencia en este momento.

Se me olvidaba advertirle que porque admiro a Verlaine y a nuestro querido Rubén Darío me nombran «decadente» lo que no deja de perjudicar en este país de Generales y de guerra permanente.

Le agradecería muchísimo que me hiciera el favor de mandarme los libros que me ofrece.

Estoy ahora empleado en la Secretaría de la Universidad de Caracas y seré el Director de los *Anales* de este Instituto, revista que pongo desde ahora completamente a sus órdenes y que espero usted honrará con su inapreciable colaboración.

Tal vez en mi próxima pueda dejar correr la pluma con menos encogimiento. Créame su amigo y discípulo

Pedro-Emilio Coll.

Así se anudaba una amistad que, aparte la correspondencia que la nutrió, florece también en episodios literarios como el siguiente:

«El castillo de Elsinor», de Coll

Tres años más tarde, en el mes de junio de 1902, se ocupaba Unamuno, en su sección «De literatura hispanoamericana», del libro así titulado debido al escritor venezolano, que había aparecido un año antes en Caracas [4]. Fallecido, de edad avanzada, en 1947, su nombre figura entre los prosistas del modernismo; en la literatura de creación de su país ocupa un lugar destacado por sus narraciones y sus cuentos; y en la crítica literaria es uno de los que orientaron a su generación. No debe ser olvidado tampoco que fue, durante bastante tiempo, el encargado de informar sobre el movimiento literario hispanoamericano en las columnas del *Mercure de France*, de París. A esto último se debe, sin duda, la insistencia con que don Miguel explaya en su carta las razones de su *misogalismo*.

Y al echarse a la vista este libro, de tan variado contenido, en el que se albergan algunos cuentos, tan famoso alguno como el titulado «Opoponax», ¿qué vio en él Unamuno, o a qué consideraciones le dio pretexto su lectura?

[4] En *La Lectura*, Madrid, junio, 1902, págs. 248-251. Hoy en *Obras Completas*, tomo VIII, págs. 168-172.

En primer lugar, y dado lo diferente de su estructura, los relatos y artículos que lo forman, aunque tengan la unidad de pluma que les dio vida, son forzosamente diversos. En aquellos descubre, pese a la proclamada adhesión de su autor al decadentismo francés, un amplio, cultivado espíritu. Subraya, como hizo con Díaz Rodríguez, ese arsenal colorista del modernismo incrementado aquí con la gama de las irisaciones de las piedras preciosas (lirios luminosos de la vía láctea, o pupilas como turquesas), y se limita a anotarlo sin entusiasmo. Confiesa que le distrae, pero afirma que no llega a interesarle.

Reconoce el refinamiento y la exquisitez de los escritos de Coll, muy influidos por la literatura francesa, pero con lo que no transige es con lo que llama *parisiensadas*. Para él era entonces esa modalidad gala, como lo fue en 1925, cuando allí vivía desterrado, un mundo remoto. Por eso buscó el refugio más quieto de Hendaya. Y por eso, en 1902 estima que esos medios en que se mueven algunos personajes del escritor venezolano, son como una deslumbrante máquina propagandística para «isidros intercontinentales». Así los llama.

Una de las observaciones brotadas de las páginas de esta obra de un crítico agudo y justo, su concepto de la raza como un producto del suelo, le sirve de pretexto para unos brillantes asertos, a los que luego supo mantenerse fiel. «Eso de que el suelo crea las razas, que dice Coll, será la fisiológica o somática, pero la psíquica y espiritual la crea la lengua, *que es la sangre del espíritu*». Y subrayo esta expresión, porque luego la veremos reaparecer en sus escritos, incluso en los de tono poético, como el famoso soneto que dedicó a la lengua española en su *Rosario de sonetos líricos:*

La sangre de mi espíritu es mi lengua
y mi patria es allí donde resuene

soberano su verbo, que no amengua
su voz por mucho que ambos mundos llene.
... ...
legión de razas, lengua en que a Cervantes
Dios le dio el Evangelio del Quijote.

(Soneto LXVII, fechado en 10-X-1910.)

Creo que está en aquel lejano pasaje de 1902 uno de los antecedentes de este soneto. Al que hizo preceder entonces de estas afirmaciones: «No creo que los españoles tengamos mucha sangre latina. Una cosa son en la historia los cuatro que chillan y otra los cuatro mil que callan. Hasta lo africano que haya en España lo creo más ibérico que fruto de la invasión de los moros.»

Y si la raza es la lengua, el americanismo literario será su espejo, aunque sobre él actúen otras influencias extranjeras que está en condiciones de asimilar e incorporar, siempre que supere mimetismos y afanes de imitación superficiales. Él también leyó a muchos escritores franceses. «Ellos me introdujeron en el pensamiento europeo —escribe—, pero luego los olvidé, salvo a los verdaderamente grandes.» Porque, como le dice a Coll, «es explicable la proliferación americana de un Víctor Hugo retórico y sonoro, es más fácil imitar a Verlaine que a Wordsworth, pero también se entra antes en el espíritu de Renan que en el de Kierkegaard». (Compárese hoy mismo, pese a la difusión del nombre del pensador danés en el existencialismo francés, cómo la fama se ha polarizado casi en torno a dos o tres nombres de este país.) Ya lo escribía Unamuno al margen o con ocasión de este libro venezolano. La influencia francesa sobre los pueblos que comienzan a crearse una tradición cultural es explicable, porque es su literatura la que menos esfuerzo de comprensión

requiere, la más clara, diáfana y brillante, la que «nos da en papilla el pensamiento universal, aunque sea debilitándolo».

Y he aquí cómo su relación directa con Pedro-Emilio Coll, que se inició con una carta que éste hizo pública, previniéndole frente a las letras francesas, se cierra con esta reseña en que ideas muy afines, tal vez más depuradas, menos aristadas, remachan una vieja actitud de razonado *misogalismo*, que fue una de las constantes unamunianas.

El novelista Manuel Díaz Rodríguez (1868-1927)

Este nombre va unido también al de una revista española que comienza a publicarse en Madrid por aquellos años. Me refiero a *La Lectura*, donde Unamuno volvería a encontrarse con Pedro-Emilio Coll, y trabaría nuevas amistades literarias con escritores venezolanos. Inicia su vida esta publicación con el siglo, y una de sus secciones lleva el título genérico «De Literatura hispanoamericana», sección que va a tener a su cargo don Miguel de Unamuno. En la primera de sus colaboraciones, después de una exposición de su propósito, da cuenta de dos libros uruguayos: *La raza de Caín*, de Carlos Reyles, y *Ariel*, de José Enrique Rodó, breviario de muchos americanos y de no pocos españoles conocedores de las cosas de allá.

Su segunda colaboración está dedicada, en su integridad, a una novela venezolana. La titulada *Ídolos rotos*, de Manuel Díaz Rodríguez[5]. Se había publicado por la imprenta espa-

[5] Miguel de Unamuno, «De literatura hispanoamericana. Venezuela. Manuel Díaz Rodríguez, *Ídolos rotos*, París, 1901», en *La Lectura*, Madrid, junio de 1901, págs. 63-72. Todas las colaboraciones de tema hispanoamericano aparecidas en esta revista están hoy reunidas en el tomo VIII de sus *Obras Completas*.

ñola de los hermanos Garnier, en París, aquel mismo año. Y desde la capital francesa llega un día a la casa Rectoral salmantina donde vivía Unamuno. Trae una vivaz dedicatoria en tinta roja. Su autor tenía entonces treinta años y hoy figura entre los novelistas del modernismo americano. Como los escritores de su generación, viaja por Europa —Italia y Francia—, y se establece temporalmente en París. Fruto de estas andanzas es uno de sus primeros libros, aparecido en Caracas en 1898, que se titula *De mis romerías*. El género literario en que hasta entonces ha descollado es el cuento, y *Cuentos de color* se llamó otro de sus libros caraqueños aparecido en 1899.

Todos estos antecedentes son precisos para encuadrar el juicio de Unamuno. Porque la fama de Díaz Rodríguez como escritor de cuentos la había ponderado en una correspondencia desde Madrid el propio Rubén Darío. «Los novelistas locales de Venezuela —escribió entonces— desaparecen ante un solo cuento suyo. Podría darnos la novela venezolana, americana, pero se queda en su jardín de cuentos, de innegable filiación europea» [6]. A este juicio se acomoda Unamuno al iniciar su reseña.

Y lo de los viajes europeos de Manuel Díaz Rodríguez reaparece, como un trazo autobiográfico, en esta su primera novela grande, a la que tituló *Ídolos rotos*. Aquel peregrino o romero venezolano, en busca de emociones estéticas, como el escultor que es el protagonista de su novela —o si lo preferimos, éste como aquél— «volvió a su patria, y la contempló, y sintió amargársele el alma, y huyó de ella, y escribió un libro doloroso», nos dice Unamuno. Tan doloroso que,

[6] Rubén Darío, «La novela americana en España», incluido en su libro *España contemporánea*, Madrid, Mundo Latino, s. a., páginas 287-294.

cuando dominada la revolución que hizo hogar de la soldadesca el propio estudio del artista, descubre éste, horrorizado, cómo sus obras más ambiciosas, como aquella Venus criolla, en la que puso su alma apasionada, han sido destruidas y mancilladas, escribe estas dos palabras con las que termina su novela: *Finis patriae*. Y a continuación: «Caracas-París, 1899-1900.»

Vio muy bien Unamuno en esta experiencia envuelta en ficción novelesca lo que había en este libro de argumento y lo que había de ambiente. El primero es el de un cuento a la europea, con su taller de escultor de barrio latino parisiense enclavado ahora en una Caracas lejana y estrecha; y el segundo, el ambiente, es, en lo esencial, americano. Es inútil que Alberto Soria, así llama el novelista a su héroe, se demore más en reproducir el ya trasnochado cliché del ambiente de artistas de París, y el de sus amoríos, olvidando que otras plumas más conocidas —Unamuno cita la de Flaubert— le habían precedido en la descripción. Aunque su Teresa sea americana y no gala. Por eso subraya y concuerda con las censuras que el propio escultor, o si se prefiere el artista-novelista, tiene también para esta vida bohemia parisiense; y aunque el ambiente de la patria, al que regresa y en el que sus esculturas perecen, sea el mudo personaje del drama de Alberto Soria, era de allí de donde tenía que surgir la novela venezolana, con voz enteramente original, de mundo recién creado. He aquí cómo —y eso lo subrayó Unamuno— este libro austero y doloroso, llega al meollo, a la entraña del alma americana. Y aunque dolorosos, los problemas que en él alientan están sugeridos, no planteados, «porque no es un tratado de sociología, sino una novela, y por eso es un libro artístico», remata el crítico español.

Prosigue Unamuno colaborando y animando en la revista *La Lectura* su sección hispanoamericana, y casi dos años después, en abril de 1903, volverá a dedicar íntegramente una de sus crónicas a otra novela de Manuel Díaz Rodríguez [7]. Esta de ahora lleva por título *Sangre patricia*, y había aparecido en Caracas, ya no en París, el año precedente. ¿Qué escribió don Miguel sobre ella? Su primera afirmación parece terminante: «*Sangre patricia* es aún mejor que *Ídolos rotos*, más cuidada de estilo, más concisa, más poética.»

Su línea argumental está trazada en sentido inverso a la anterior, pero la dualidad de ambientes es casi la misma: Caracas y París. Esa sangre patricia del título es la que corre por las venas del protagonista, Julio Arcos, descendiente de españoles, que vive en la capital francesa, agotada ya en sus venas la capacidad para la acción que sus antepasados tuvieron y que él como ellos despilfarra. Casado por poder con una novia venezolana de su juventud, ésta emprende el viaje para reunirse con él. Pero el designio no llega a cumplirse, porque muere en la travesía y es entregado al mar su cuerpo. Aquel hombre viudo antes de ser marido, anonadado por el golpe, se entrega a un dolor sobrio y mudo, que pretende calmar con los viajes; y, decidido a regresar a su país, clavada en su corazón la espina de aquel dolor, soñando a la esposa como sirena, con ella va a reunirse antes de llegar a La Guayra.

Ha solido ser considerado Manuel Díaz Rodríguez como un epígono de la novela naturalista, y, sin embargo, fue Unamuno quien, refiriéndose a esta obra, señaló una de sus cualidades españolas clásicas. Porque en *Sangre patricia* hay una biografía de la generación remota del protagonista, estirpe

[7] *La Lectura*, Madrid, abril de 1903, págs. 612-616, y tomo VIII de *Obras Completas*, págs. 192-198.

de guerreros, y hay, sobre todo, un segundo relato envuelto en la trama central que, como el de nuestras viejas obras clásicas, podría ser desprendido del todo, constituyendo una entidad literaria magnífica. Tal es la historia de Alejandro Martí, místico soñador y músico de profesión, al que su mujer sabe hacer la vida agradable rodeándole de una muralla de calma y silencio, dentro de la cual el artista pueda escribir su obra. Si a Unamuno le atrae la figura de Martí, no creo que sea tan sólo porque, como él mismo, ponga en la picota y cuelgue el anatema condenatorio, al saber *alcanesco* de la famosa editorial francesa, sino porque en sus conversaciones con sus amigos se contienen hermosos pasajes dedicados a España, no en tono ditirámbico, sino viendo en ella la gran «reserva de ilusión» para los americanos. Uno de esos personajes, llamado Ocampo, «opina que todos los americanos de lengua española deberían empezar por España su peregrinación en Europa, y que ganaría su patriotismo poniéndose en contacto con tierra española».

Ignoro si las revistas madrileñas de entonces llegaron a cumplir con el ruego unamuniano de que se reprodujesen algunos pasajes de esta novela venezolana que supo ver, sin mixtificaciones ni beaterías innecesarias, esta que pudiéramos llamar la veta auténtica, entrañable y clara, de lo que hoy llamamos la hispanidad. Por eso, en homenaje a quien escribió estas palabras y al de la propia España, debo reproducir algo del conjunto que don Miguel seleccionó para su reseña del libro de Manuel Díaz Rodríguez:

> Es un repugnante lugar común, cuando se habla de nuestras miserias, en particular de nuestras miserias políticas, valerse del socorrido argumento de nuestro origen español, como si este solo origen contuviese en germen todos nuestros males. Fácilmen-

> te se olvida cómo, en la independencia, las almas de algunos de nuestros más grandes libertadores trasplantaron a nuestra política, y pretendieron plantar de por fuerza en el seno de la raza, el espíritu francés, o más bien el espíritu revolucionario francés, el cual viene desde entonces, con eclipses más o menos largos, predominando en nuestra política y prosperando fuera de ella, a costa de nuestra vida original, es decir, a costa de nuestros hábitos y de nuestra lengua y literatura. El viejo y noble sentimentalismo francés, llevado a todas partes por la Revolución, si nos fue de algún beneficio, en cambio nos causó bastante daño. Esa y otras influencias debemos arrancarlas de nosotros, abandonándolas para siempre, como trajes que no nos vienen a la medida. Y, entretanto, apresurémonos a henchir de nuevo nuestras venas con ruda savia española.

Nos explicamos el entusiasmo unamuniano por estos conceptos que tan bien concordaban con su conocida postura en este problema americano. Y es imaginable su satisfacción al leerlos en una obra escrita por una pluma de América, manejada por un escritor que ha vivido en Francia, que ha recibido influencias beneficiosas de su literatura y que tiene autoridad para hablar como habla.

Sangre patricia fue juzgada por Unamuno, ya lo advirtió al iniciar su reseña, como un libro de contenido y aliento poéticos. Y a puntualizar sus medios expresivos, dedica el resto de aquélla. No le disgusta cierta ampulosidad castelarina, fruto de la época; pero, en cambio, proclama su disconformidad con ciertos tópicos que provienen del modernismo, como el gusto por los colores, o la pasión por las flores más

exóticas, manejados en ese caudal de metáforas e imágenes que era una de las novedades y también una de las notas pasajeras de aquella prosa.

Debió impresionar a nuestro crítico esta novela venezolana, pues antes de que su reseña de ella viese la luz en las páginas de *La Lectura*, anticipó en una de sus colaboraciones americanas un trazo que estimó esencial. Hasta la tituló con la doble circunstancia de la familia patricia de su protagonista: «Sueño y acción». Estas palabras de Manuel Díaz Rodríguez son base y punto de partida de toda la interesante disertación unamuniana.

> Desde su origen, la familia de Julio Arcos, había venido despilfarrando su capacidad para la acción; y así como ésta disminuía, bien podía, en grado igual y de insensible modo, haber venido aumentando su capacidad para el sueño. En verdad, una estirpe guerrera, al través de muchas generaciones, apenas había consagrado al sueño breves pausas y raros individuos.

Todo el comentario de Unamuno a este pasaje estriba en una aguda interpretación de esa forzada dualidad semántica de nuestra palabra *sueño* —testigo nada menos don Pedro Calderón— frente a la distinción que el francés o el inglés adjudican y encomiendan a sendas palabras diferentes: *sommeil* y *rêve*, en el primero; *sleep* y *dream*, en el último [8].

[8] MIGUEL DE UNAMUNO, «Sueño y acción», fechado en Salamanca, diciembre de 1902, y dedicado a J. L. Díaz Bárcenas, vio la luz, entre otros, en *The Puerto Rico Herald*, págs. 426-427. Hoy puede leerse en mi edición de escritos unamunianos no recogidos en sus libros, titulada *De esto y de aquello*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, tomo I, págs. 31-37, 1950, y en el tomo V de sus *Obras Completas*, págs. 108-115.

Hasta tal punto estuvo ligada la figura y la obra de este novelista venezolano a la vida del propio Unamuno.

RÓMULO GALLEGOS

Su amistad, seguramente a distancia, se acredita con la presencia de dos obras suyas entre los libros que leyó don Miguel, enviados por su autor. Es la primera la novela *Doña Bárbara,* aparecida en Barcelona en 1929, de la que le remite un ejemplar al año siguiente, a poco de regresar Unamuno a España después de seis años de ausencia. La dedicatoria pregona un sentimiento de admiración. Mas a estas alturas de su vida ya no seguía aquél tan ligado a las letras hispanoamericanas. Pero aunque no escribiese sobre ellas, el quehacer de la lectura se mantenía. En el ejemplar recibido de Gallegos hay huellas que lo acreditan.

Realmente, la tarea de crítico de la literatura americana en lengua española, que había iniciado y mantenido en la revista madrileña *La Lectura,* duró hasta 1906, aunque con posterioridad a esta fecha, y aun coetáneamente, mantuviese otras colaboraciones, especialmente en las columnas del diario argentino *La Nación.* A pesar de ello, si es evidente que en la bibliografía unamuniana escasean los escritos públicos sobre estos temas a partir de 1923, absorbido como estaba su ánimo en tareas políticas, es innegable lo indeficiente de su interés por las letras americanas. Bastaría aducir el testimonio de su *Cancionero,* especie de diario poético de los últimos años de su vida, en el que reaparecen viejas sombras y figuras amigas del continente americano.

En 1934, al ser publicada, también en Barcelona, la novela *Cantaclaro,* Rómulo Gallegos le envía, igualmente dedicado,

un ejemplar de ella a don Miguel. Y aunque su vida pública y su intervención en la política nacional de aquellos años siga restándole tranquilidad y tiempo, debió disponer de más calma, pues su ejemplar aparece minuciosamente anotado, sobre todo en las guardas finales, según su costumbre. Leyó, pues, al gran novelista venezolano, aunque sus impresiones personales no trascendiesen a sus escritos de entonces. Eran los tiempos los que habían cambiado, no su positivo interés por las letras hispanoamericanas.

Cecilio Zubillaga

Y vamos ahora a acercarnos a otra figura de las letras venezolanas que mantuvo amistad con Unamuno. Me refiero a don Cecilio Zubillaga Perera, figura patriarcal de la Venezuela contemporánea, que desde su retiro de Carora, como don Miguel desde el de Salamanca, influyó decisivamente en la vida nacional de su pueblo. De una generación muy posterior, pues nació en 1887, acabó su vida, ahora va a hacer siete años. Zubillaga, más que un hombre de letras fue un hombre de acción, un apóstol, que dejó dispersos los frutos de su obra, vigorosa y enormemente humana, en periódicos y revistas, cuando no inédita o ignorada. De esta dispersión e ineditez comienza a salir ahora, gracias, sobre todo, a la labor de un escritor venezolano, con cuya amistad me honro, Guillermo Morón, que ha iniciado su empresa ofreciendo reunidos en un volumen no pocos escritos de esta figura venerable. Les ha puesto por título *La voz del común*, que eso fue don Cecilio, don Chío, como le he oído llamar a muchos venezolanos que le admiran y recuerdan [9].

[9] Cecilio Zubillaga, *La voz del común*, Selección, prólogo y notas de Guillermo Morón, Caracas, Ávila Gráfica, 1950.

Uno de sus escritos lleva este título: «Unamuno y Venezuela», y es el relato del único encuentro de ambos en el café de la Rotonda, de París, en 1925, que fue difundido poco después de la muerte de don Miguel, en un diario venezolano, como tributo a su memoria. Por lo que allí se dice, y por la copia de una carta que se guarda en el archivo de Zubillaga, en Carora, cuya copia se me ha facilitado, fue Unamuno quien señaló como lugar para esta entrevista el café parisiense donde entonces tenía su tertulia de españoles y americanos. Y según era casi ritual al levantarla, emprendió, esta vez en compañía del nuevo amigo venezolano, uno de aquellos paseos desde el jardín del Luxemburgo hasta el Louvre, como tantas otras veces hizo.

Algunos nombres más

Con ellos podría ampliarse fácilmente la nómina de los escritores venezolanos con los que Unamuno mantuvo amistad y comunicación. Si no figuran en la que incompletamente acabamos de trazar, ha sido por esperar que un día podamos contar con las cartas que éste les dirigió, ya que las de aquéllos se conservan en su archivo. Como ilustración de tales diálogos epistolares utilizaríamos los libros que desde América fueron llegando al domicilio salmantino de don Miguel o a los que fueron albergue de su destierro en los años comprendidos entre 1924 y 1930, reunidos hoy junto a los otros en su biblioteca.

Mientras esa coyuntura se presenta, no estará de más que hagamos mención de Rufino Blanco-Fombona (1874-1944), poeta, novelista e historiador del modernismo, a quien el propio Darío prologó uno de sus libros, e íntimamente ligado a la vida española, de cuyos círculos literarios formó parte duran-

te muchos años. Son testimonio de su amistad con Unamuno la treintena de cartas que éste guardó, que comienzan con las fechadas en Amsterdam, en 1901, y acaban con las suscritas en Madrid, treinta años más tarde. A ellas pudiera incorporarse la quincena de libros suyos que puntualmente enviaba a Salamanca, fervorosamente dedicados, como su novela *El hombre de oro*, aparecida en 1915, en cuyas guardas pueden leerse estas palabras tan expresivas como sencillas: «A Unamuno, sin dedicatoria.»

En una de las últimas cartas, sin fecha, que Blanco-Fombona le dirige a don Miguel desde Madrid, encontramos lo que sigue:

> No vaya usted a partir sin que charlemos cinco minutos. Cuando yo estoy ausente y pienso en España, en la España actual, una de las figuras que se presenta a mi espíritu con más imperio —si ya no fuera la más imperiosa— es la de usted. Varias veces he tenido el pie en el estribo para ir a visitarlo a Salamanca. La suerte, la mala suerte, se ha interpuesto.

También pudiera ser recordada la figura de Teresa de la Parra, muerta en Madrid en la primavera de 1936 —«blanca pasajera fugaz», como la llamó Juan Ramón Jiménez—, que no dejó de proclamar la satisfacción que le produjo el juicio que un libro suyo había merecido de don Miguel de Unamuno.

Y la de Gil Fortoul, cuya *Historia constitucional de Venezuela* le iba a dar tema para uno de sus más conocidos ensayos, el titulado «La ciudad y la patria», que vio la luz en 1907, precisamente en las páginas de la revista caraqueña *El Cojo Ilustrado*, y que su autor incluyó más tarde en su libro *Contra esto y aquello*, aparecido cinco años más tarde.

* * *

Nada más por ahora. El capítulo de las lecturas y amistades venezolanas de Unamuno lo es, y muy importante, en el tema al que estas páginas responden. Recordemos, para terminarlo, cómo el escritor colombiano Max Grillo pudo escribir todo un ensayo sobre la influencia de don Miguel en las letras hispanoamericanas, que es la consecuencia lógica de su añejo interés por ellas. De él tomo estas palabras con las que pongo fin a las mías: «Libre de preocupaciones de casta, que hacen a críticos españoles mirar a los americanos de arriba para abajo, Unamuno trata los asuntos con amplísimo criterio. No recuerdo haber leído en otro escritor español conceptos tan noblemente despojados del prejuicio de «casta» [10].

Y esto creo que le abrió las puertas de América sin moverse de Salamanca, que es también, para gloria suya, un relicario de la historia americana.

(1955)

---

[10] «Breves apuntes acerca de don Miguel de Unamuno y de su influencia en las letras hispanoamericanas», en *Trofeos*, año I, número 6, Bogotá, 1-II-1907, págs. 163-172.

EL PENSADOR URUGUAYO VAZ FERREIRA

Este trabajo estaba en el telar e iba a ser un homenaje al doctor Carlos Vaz Ferreira, con motivo de la publicación de sus *Obras Completas* * por acuerdo de la Cámara de Representantes de su país, y su muerte, ocurrida en los primeros días del mes de enero de 1958, ha venido a convertirlo en póstumo. Sea hoy, pues, un tributo a su memoria, que aquí aparece unido a la de otro pensador español con el que mantuvo amistad. Para trazar el perfil de ésta nos valemos de las cartas que entre ellos se cruzaron y de los escritos públicos en que ambos se refirieron a su obra respectiva.

1906. Primera carta de Vaz Ferreira

Se inicia, según creo, esta amistad con la siguiente carta autógrafa:

> Mi distinguido Señor: Me permito enviarle una obra mía: *Ideas y Observaciones,* que contiene va-

* Este calificativo le conviene perfectamente, y así lo hacen notar sus editores, a esta edición nacional de las obras de Vaz Ferreira, que él mismo revisó. Consta de diecinueve volúmenes, precedidos todos ellos de la biografía del autor y seguidos de una bibliografía; el último, dedicado a la correspondencia entre él y Miguel de Unamuno.

rios artículos. De ellos rogaría a Vd. que leyera los dos primeros (los que tratan de Pedagogía), y me diera su opinión al respecto, ya que tiene por lo que se traduce en estas regiones un interés excepcional.

Además, creo que le interesará el último artículo: un estudio sobre la versificación, que creo tiene alguna originalidad y seriedad. Es posible (lo induzco de una conferencia de Vd.)[1] que no coincidamos totalmente en nuestras respectivas opiniones sobre el valor de las restauraciones métricas clásicas; tanto mejor entre personas de buena fe. En cambio, otros puntos, como el relativo a la métrica de los franceses, podrán serle más simpáticos.

Carlos Vaz Ferreira

(Profesor de la Universidad de Montevideo)
Abril 30 de 1906.

No se conserva hoy en la biblioteca unamuniana esta obra del pedagogo uruguayo, pero más adelante verá el lector las páginas que Unamuno le dedicó en una de sus correspondencias en el diario *La Nación,* de Buenos Aires [2]. Y como anticipo

[1] No me es posible puntualizar a qué conferencia de Unamuno se refiere. Por la fecha de la carta es posible que se trate del Discurso que pronunció en los Juegos Florales celebrados en Salamanca el 30-IX-1905, de los que se divulgó un amplio resumen en la prensa de América del Sur. Creo más bien que será la que cito en la nota 4.

[2] La pérdida del volumen debe ser antigua. Federico de Onís, en carta a Unamuno, de 26-I-1913, se lo pide prestado, y dos días después le contestaba éste en los siguientes términos: «No sabes bien, Federico, lo que siento no poder mandarte el libro de Vaz Ferreira, por la sencillísima razón de que aquí en mi librería, —que catalogué a fines del pasado año— no aparece, y no tengo anotado a quién se lo presté. Creo recordar que fue a algún pedagogo o pedagoga, pero no sé a cual. Así que lo considero casi perdido. Mas si recordase quién lo tiene, o pareciese, te lo enviaría.»

de esta mención pública, aquél comentó ampliamente los ensayos que Vaz Ferreira precisaba en su carta, en la que le dirigió como respuesta, y que es una de las más extensas del epistolario unamuniano.

Démosla a conocer primero, para comentar ambas después.

Salamanca, 29-V-07.

Mi estimado señor: No sé cómo encarecerle el envío de su hermoso y sustancioso libro *Ideas y Observaciones* en el que encuentro perfectamente formuladas no pocas de las ideas que he profesado siempre, y algunas de las cuales no llegué a formular.

Me interesa todo él mas, en esta carta, no voy a referirme sino a los dos primeros ensayos y al último.

Coincido en casi todos los puntos de vista que usted desarrolla en aquellos y mi disensión con los paralogismos de la pedagogía moderna, va más lejos que la de usted. Yo también pasé a mis veinticinco años por concepciones análogas a las del Dr. F. A. Berra, de las que salí ya afortunadamente. También yo padecí el sarampión spenceriano —¡qué estragos ha hecho este Spencer, espíritu más extenso que hondo, y atacado de una verdadera incapacidad para la especulación propiamente filosófica!— pero me curé de él y no es a William James, a quien usted cita, a quien menos se lo debo. Y acaso mañana haga falta quien cure a otros de la acción de W. James, porque la novedad de hoy es la rutina de mañana [3].

[3] Pasajes análogos a éste, en los que Unamuno rectifica su añeja afección por Spencer, son fáciles de encontrar en sus escritos de estos años. No se olvide, aunque este quehacer suyo como traductor no

Yo, señor, apenas creo en la pedagogía como ciencia independiente, y cuando veo cómo ha trastornado los espíritus de no pocos maestros creo aún menos en ella. No parece sino que los niños se hicieron para la pedagogía y no ésta para aquellos. Los convierten en algo a modo de ranas o conejillos de Indias de fisiólogos.

Los más de los abusos del pedagogismo arrancan del individualismo rousseauniano. Están en germen en el *Emilio* y los acentuó Spencer, individualista a todo trance. Parecen olvidar que el hombre es un producto social, hecho por la sociedad y para ella.

Empiece por aquello de Spencer de que siendo el hombre ante todo un animal, es preciso hacerle un buen animal. Y de aquí cierto abuso de la educación física. Queriendo hacer hombres fuertes o *sportsmen* se hace brutos e ignorantes. Olvidando a la vez que el ejercicio normal de la inteligencia desarrolla al organismo todo.

---

ha sido muy estudiado, que fue él quien tradujo para la Editorial madrileña de *La España Moderna* varias obras de Spencer, como *Los datos de la sociología, El progreso: su ley y su causa, Exceso de legislación, De las leyes en general, La beneficencia* y *Ética de las prisiones*. Véase sobre este tema spenceriano la tesis doctoral de JOSÉ ALBERICH SOTOMAYOR, leída en la Universidad de Madrid en 1958, que versa sobre «Visión de Inglaterra en algunos escritores españoles modernos», cuya primera parte está dedicada a Unamuno, y de ella el capítulo titulado «El positivismo», que apareció en *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, Salamanca, 1958, IX. La relación de don Miguel con el pragmatista norteamericano William James fue estudiada por LUIS FARRÉ en dos artículos titulados «Unamuno, William James y Kierkegaard», aparecidos en los números 57 y 58 de la revista *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, set. y oct. de 1954, págs. 279-299 y 64-68 respectivamente. Véase también el reciente libro de Pelayo H. Fernández, *Miguel de Unamuno y William James, un paralelo pragmático*, Salamanca, 1961, 137 págs.

Eso mismo ha hecho que los pedagogos se fíen demasiado en la espontaneidad del niño abusando de los términos «natural» y «naturaleza». Claro está que fuera de la naturaleza en cierto respecto no hay nada, porque hasta la sociedad es natural parte de la naturaleza, pero hay un sentido restringido en que podemos oponerlas y decir que la sociedad es algo sobre-natural. Y como al niño hay que educarle para ser social y miembro de una sociedad es preciso violentar su naturaleza siguiendo las leyes naturales mismas. Usted me entiende.

He aquí por qué me gusta más el método de penetración, como usted le llama, que no es el de escalonamiento.

De pedagogía infantil

Ante todo hay que hacer hombres, se dice. Este, si se mira bien, es un aforismo de ricos. ¿Qué es eso de hombre, así en abstracto? En un país civilizado hombre así a secas, no es más que un propietario. Los demás tienen que ser albañiles, o canteros, o médicos, o arquitectos, u otra cosa. Y ser buen cantero o ser buen médico es ya ser un buen hombre.

Los más de los preceptos de la pedagogía que usted corrige parecen hechos para educar hijos de ricos, muchachos que habrán de vivir de sus rentas. Es una pedagogía torpemente individualista, es decir, anti-social.

Un día me hablaba un maestro de cómo hay que dejar libre la espontaneidad del niño y me ponía el ejemplo del agua, que ella misma busca el nivel y

sigue la línea de menor resistencia. Y le repliqué: «Sí, en cada momento de su curso, pero no en el conjunto de él. Un riachuelo al llegar a un obstáculo, sea una piedra, toma el camino de la menor resistencia, a la izquierda supongamos, pero si un hombre removiese el obstáculo quitando la piedra es fácil que el resto del curso del riachuelo, por la derecha, fuera de menores resistencias. Y es que el agua no ve sino lo inmediato, no ve ni a un centímetro de distancia, y resuelve sólo lo del momento. Y un ingeniero le traza a un río un cauce más breve, más sencillo y de menores resistencias, que el que naturalmente se buscaría él. Y así es la educación. Hay que trazar el cauce al niño. Claro que no se puede pretender que un río corra hacia arriba ni que un niño haga cosas anti-naturales, pero... etc....» Y he aquí por qué me parcce tan acertada su fórmula del valor negativo o limitativo de ciertos principios. El maestro debe aprender más bien que lo que debe hacer, lo que no debe hacer, y más bien que lo que hay que enseñar, lo que no se debe enseñar.

Sobre la enseñanza del niño

Estoy harto de decir y repetir a los maestros que lo importante no es precisamente cómo debe enseñarse sino qué es lo que se debe enseñar y qué no. Del *qué* sale el *cómo* mucho mejor que del *cómo* el *qué*. Su pedagogía me recuerda la lógica formal de que tan donosamente se burla Mefistófeles en el *Fausto* de Goethe. O me parece como si a uno le

diesen una colección de moldes de queso de todos tamaños y formas, pero a falta de leche no puede hacer quesos. Si la tuviera los haría aunque fuese a mano, que, llegado el caso, le serviría de molde.

Esa educación individualista spenceriana —me parece que Spencer no tuvo hijos, lo que explica mucho— suele descuidar lo que significa el legado de la especie. ¿A qué conduce pretender que un niño encuentre por sí una solución cuando al cabo de siglos y por el esfuerzo de generaciones ha sido hallada? Además esa supuesta invención propia, guiado por el maestro, suele ser una mentira. Es algo como los diálogos platónicos en que de ordinario es Sócrates el único que habla y les hace decir a los demás lo que quiere. (¿Y no le parece a usted, entre paréntesis, que los más de los diálogos no son en la vida más que monólogos entreverados? Yo mismo, ¿no me estoy aprovechando de escribirle sobre su tan sugestivo libro para ingerirle mis propias ideas?)

Muy bien lo que usted dice y lo que de Fichte trascribe respecto a los libros «para niños». Los aborrezco. Los que los escriben se me aparecen como esos padres que se figuran han de entenderlos mejor sus hijos pequeñitos imitando la lengua de trapo y balbuciente de estos, o como aquellos que para hacerse mejor entender de un extranjero le hablan en chapurrado. No comprenden que el niño muchas veces oye bien y reproduce, al repetir, mal.

Y vaya de digresión. Uno de mis hijos —tengo siete— le llamaba a la manteca *maqueca* pero cuando yo o su madre decíamos *maqueca* protestaba él exclamando: «*maqueca*, no!, no!, no se dice *maqueca!!*

se dice *maqueca*». Y lo volvía a decir[4]. Y es que la evolución fonética de un idioma depende más del oído que de la boca. Si un hombre viviera mil años es lo probable que acabase hablando como a los veinte, pero la sucesión de generaciones, el mero cambio de ellas, produce el proceso lingüístico, no más sino porque unos hombres son distintos de otros. La muerte es, pues, el principal agente de progreso. Otro de mis hijos llamaba al caballo, *pacayo*. Imagínese que se separa de mí y se va a fundar una colonia aislada sin haber rectificado ese fonismo, y tendríamos la voz dialectal *pacayo*. ¿Qué serie, como las acostumbran trazar los lingüistas, media entre «caballo» y «pacayo»? Ninguna; pasó de una a otra *per saltum*. Y hay muchos procesos debidos así, a saltos. Los romances se deben a que recibieron el latín pueblos habituados a otras lenguas; arrancan de chapurrados. Si se les aislara a mis paisanos los vascos harían del castellano que están adaptando, un dialecto. Lo que hay es que esas diferencias individuales se compensan unas con otras y los saltos individuales se reducen a continuidad colectiva.

Y vuelvo al tema.

¡Es maravillosa la coincidencia! Lo que usted dice en la pág. 74 sobre el expurgo de los *jamás, siempre, nunca, todos* y *ninguno* es una cosa que estoy repitiendo de continuo en clase. Y la repito yo, que

[4] Conceptos muy semejantes y hasta con el mismo ejemplo del lenguaje infantil los había anticipado Unamuno en su conferencia «La enseñanza de la gramática», pronunciada en Bilbao el 11-VIII-1905, con ocasión de una Exposición Escolar, impresa luego en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, Madrid, 31-XII-1906, número 561. Hoy puede encontrarla el lector en el volumen VII de sus *Obras Completas*.

por dentro me siento dogmático y hasta inquisidor! Acaso por esto, pues mi vida toda interior ha sido una constante pelea contra esa mi tendencia natural.

La pintura que hace usted del maestro en la pág. 50 de su libro es maravillosa. Yo por mi cargo tengo que conocerlos. (España está dividida para los fines de la enseñanza en diez distritos correspondientes a sus diez universidades, y dependen del rector los maestros y profesores todos de su distrito. El mío comprende cuatro provincias, con cuatro Institutos de Segunda Enseñanza, cuatro Normales de maestras, una de maestros y más de mil escuelas). Y le digo a usted que es una pintura maravillosa.

Y como no es cosa de alargar esta carta fuera de medida voy a su último ensayo.

Los dos ensayos de Vaz Ferreira que motivaron estas consideraciones epistolares de Unamuno —y con ello establecemos una breve digresión en el texto de la carta que las contiene—, los mismos sobre que su autor llamaba la atención de su destinatario, son los titulados «Dos paralogismos pedagógicos y sus consecuencias» y «Dos ideas directrices pedagógicas y su valor respectivo». Los había dado a conocer aquél en los *Anales de Instrucción Primaria*, de Montevideo, en 1904 y 1905, de donde pasaron al libro *Ideas y Observaciones*, que remitió a Unamuno. Hoy pueden leerse, de nuevo, en el tomo XVII de sus *Obras Completas*, titulado «Estudios pedagógicos».

El último de aquel libro, al que va a dedicar don Miguel el resto de su carta, es el titulado «Contribución al estudio de la percepción métrica», que hoy figura, tras análoga trayectoria de los anteriores, en el tomo VI de sus citadas *Obras Completas*.

Reanudemos, tras esta aclaración, el texto de la carta unamuniana.

CUESTIONES DE MÉTRICA

I

Con esta carta le llegará el tomo de *Poesías* que acabo de publicar, por el cual verá cómo ha de interesarme ese su ensayo. Claro está que yo no pretendo ser un *virtuoso* del ritmo —no soy un pianista que toca para pianistas haciendo prestidigitaciones— pero lo estudio. He tendido a que mis poesías lo sean de contenido poético, convencido de que el ritmo brota de éste y de que es necedad ponerse exprofeso a escribir versos cuando no le canta a uno algo dentro.

No menos claro es que el ritmo ha de responder al pensamiento poético y cuando éste es, como creo lo es en mí, austero y hasta adusto, la forma debe serlo también. Por eso me repugna la rima, que me parece demasiado sensorial. Además la rima establece un elemento de asociación externa de ideas —*rima generatrice*— buena para quien hace poesía de fuera a dentro. Rubén Darío, v. gr., necesita de la rima para enlazar y dar coherencia a sus concepciones poéticas, que suelen ser caleidoscópicas y faltas de lazo interior. Perdido ese hilo caería en impresiones desligadas, en una verdadera sarta sin cuerda. Pero a mí la rima me estorba.

La mayor novedad técnica de mis versos es la silva en verso libre de pentasílabos, eptasílabos y endecasílabos. He llegado, a posteriori claro está —yo hago versos a oído y no a ojo—, a su teoría.

ORIGEN DEL VERSO ENDECASÍLABO

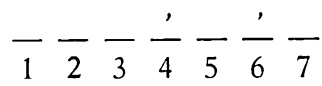
Estoy conforme con usted en que el verso simple más largo es el de nueve sílabas. En la primera época sólo usaban los simples o los juntaban en combinaciones homólogas, para hacer de dos de cinco uno de diez, de dos de seis uno de doce, de dos de siete uno de catorce. Pero oyeron que había versos de distinta medida que podían combinarse, v. gr., los de cinco con los de siete, en combinaciones análogas. Se hicieron, pues, combinaciones de versos de cinco y de siete —sería mejor llamarlos de cuatro y de seis tomando por norma el agudo— y resultó alguna vez que terminando uno en vocal y empezando con vocal el otro, se unieron por hiato (sic). Y de aquí resultaron los dos endecasílabos. Así: Uno de siete más uno de cinco enlazados por el hiato (sic)

— — — — — — — — — — —
1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11

Es el normal entre nosotros, con el acento del eptasílabo en la sexta. Y el otro, el llamado de gaita gallega, de un pentasílabo más un eptasílabo, así:

1 2 3 4 5 6 7
— — — — — — — — — — —
1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11

Este tiene acentos en la cuarta —la del pentasílabo—, en la octava y en la décima. ¿De dónde el de la octava? Acaso de que el eptasílabo más sonoro la tiene en la cuarta, así:



Vea, pues, cómo me salen, *a oído* repito, silvas en que meto eptasílabos y pentasílabos mezclados y sueltos y otras veces enlazados en el endecasílabo compuesto. Y observe que lo ordinario es combinar endecasílabos con uno de sus dos componentes, ya con pentasílabos, ya con eptasílabos.

Cuando alguien me dice que mis versos no le suenan me encojo de hombros o le cuento lo de mi pueblo. En el cual solían reunirse los domingos en torno al quiosco de la música para desentumecer sus piernas de las estrecheces de la semana mediante el baile. La música les tocaba valses, chotises, polcas, habaneras, etc., etc. Pero la banda se afinó; llegó un director de más altos vuelos y empezaron a tocar sinfonías, trozos de óperas, etc. Y aquellos pobres hombres dijeron: «¿Y esto, cómo se baila?», y al ver que no sabían cómo llevar el compás con los pies declararon que ni era aquello música ni cosa que se le pareciera. Y así les pasa a muchos que llevan el compás de los versos con los pies, pues las entrañas no les bailan al oírlos.

Verso francés y métrica clásica

Muy exacto cuanto usted dice de la versificación francesa. ¿Y no le parece que eso proviene de que en

francés no hay esdrújulos o proparoxítonos como los hay en castellano, italiano, portugués, alemán e inglés? El francés ha llevado el desgaste fonético más lejos que los otros romances, dejando caer todas las vocales completamente átonas del francés y subsistiendo sólo las tónicas y semi-tónicas. Además no es exacto que en francés las palabras sean agudas como en español. *Prononciation* no suena como *pronunciación*. En castellano la tónica se come a las demás; en francés se dejan oir más las vocales semitónicas.

A su ensayo para ser acab[ad]o creo que le falta enfilar la cosa por el lado de la lingüística. (No olvide que le habla un profesor de lingüística comparada del latín y castellano o sea gramática histórica castellana, que es lo que explico, además del griego.)

No me convence la aplicación del tecnicismo latino clásico al castellano y el llamar dáctilo (_ ◡ ◡) a un esdrújulo; yambo, troqueo, etc., a otros ritmos. Sin que esto quiera decir que yo no crea que hay en castellano breves y largas. (Cohonestar se pronuncia *conestar* con *o* larga y lo mismo *no obstante y si hiciera —sīciera—, para algo,* etc., siempre que una vocal átona de un proclítico se une a otra vocal igual y átona también de la palabra que recibe el proclítico, o sea palabra sin acento que carga en la que le sigue.) Creo que un hombre moderno puede percibir el ritmo de los versos antiguos. (¿Conoce usted el *Cours élémentaire de métrique grecque et latine,* por Louis Havet?)

Respecto al valor de las restauraciones métricas clásicas coincido con usted más de lo que usted cree

a juzgar por su carta. En mis *Poesías* verá muchos sáficos al modo carducciano pero los he hecho a oído, repito. Lo que me molesta, le repito, es la rima, que me parece sensual y externa, y los versos que llamo de tamboril —de que abusaba nuestro Zorrilla— con sus agudos.

El que versos como algunos de los míos no suenen aquí a muchos depende, además, del modo de leerlos. Dicen que cuando yo los leo parecen otra cosa. Y es, me decía un amigo, que la música de Wagner no pudo sonar mientras la tocaban y cantaban artistas cuyas manos y bocas estaban hechas a tocar o cantar arias italianas. Ha sonado cuando se la han oído a artistas educados en la ejecución de ella. Y aquí las gentes están hechas a declamar, no recitar ni leer, los versos con el pensamiento enfático de un Rafael Calvo (el actor) o la melopea canturreante de Zorrilla.

La poesía de Víctor Hugo

Una cosa me queda por decirle. Me ha parecido ver que siente usted cierta debilidad por Víctor Hugo. ¿Cómo puede ser eso? Yo también me deleité con él teniendo veinte años, pero hoy no lo resisto. ¡Era tan ignorante, tan hueco, tan falso, tan insensible! Una imaginación esplendente que se movía en el vacío. Dice usted en la pág. 375 que se educó en España. Sí, estuvo algún tiempo en un colegio *francés* de Madrid, donde probablemente no oyó hablar sino francés. Ni sabía español aunque creyera saberlo, ni tuvo nunca la visión verdadera de las cosas de Es-

paña. Cada vez que habla de España, y es a menudo, es para disparatar. ¡Cómo se reiría de él Próspero Merimée, aquel hombre tan seguro, tan certero, tan consciente de su arte exquisito, y tan profundo conocedor de España! No resisto al Víctor Hugo y todos los horrores que de él dice un Lanson *(Histoire de la littérature française)* me parecen poco.

Poetas portugueses y catalanes

Hay en cambio otra cosa en que coincidimos y es nuestro gusto por la poesía portuguesa. Voy a Portugal, que está a tres horas de aquí, cada año; Guerra Junqueiro y Eugenio de Castro son dos de mis mejores amigos, y cada vez me gusta más ese noble y desgraciado pueblo.

Lo que creo le gustaría conocer, si es que no la conoce, es la poesía catalana. Hay tres poetas, Verdaguer, Maragall y Guimerá, que merecen ser conocidos. Verdaguer ha sido el mayor poeta de España en el pasado siglo y acaso el mayor que hoy tenemos es Maragall.

Y basta, que no quiero alargar esta carta fuera de medida.

Su libro, tan sugestivo, instructivo y sólido, habrá de inspirarme más de una observación y más de un escrito y sé que tendré ocasión de citarlo una y diez y cincuenta veces y siempre con elogio.

He vertido aquí un poco al azar y apretadamente, según me han ido viniendo a la punta de la pluma, unas cuantas observaciones que su lectura acaba de

engendrar en mí. Como son para usted van así, sin orden ni concierto y al modo de apuntes. Pero yo tomo otra nota de ellas para aprovecharlas de otro modo.

Le ruego salude a su compañero de claustro y buen amigo mío, Sr. Rodó, y si conoce al Sr. Zorrilla de San Martín, el nobilísimo poeta, salúdele también. Otro mozo hay ahí, Alberto Nin y Frías, con quien me corresponde a menudo y con provecho.

Y usted, mi buen señor, cuente como con un amigo con

Miguel de Unamuno.

de quien con su libro ha ganado la simpatía intelectual.

La importancia excepcional de esta carta, como el lector habrá podido apreciar, no reside sólo en sus proporciones, sino en lo que éstas cobijan. Y esta última parte era preciso darla a conocer, y así lo hice, al estudiar la obra poética de Unamuno [5]. Sus preocupaciones de siempre por la rima y el ritmo estaban más vivas que nunca en su ánimo con motivo de la publicación de su primer libro de versos, el titulado *Poesías* (1907), y dialogando por escrito con Vaz Ferreira, era natural que, al referirse a su ensayo sobre la métrica, aprovechase la impar coyuntura para comunicarle su credo poético formal.

[5] Véase mi libro *Don Miguel de Unamuno y sus poesías*, Salamanca, Acta Salmanticensia de la Universidad, 1954. Análogas consideraciones se contienen en las notas para un prólogo del autor que he puesto al frente de sus *Cincuenta poesías inéditas*, Palma de Mallorca-Madrid, Colección «Juan Ruiz», vol. III, editada por la revista *Papeles de Son Armadans*, 1958. Todos los poemas reunidos en ambos libros, figuran hoy en el tomo XIV de *Obras Completas*, bajo el epígrafe «Poesías sueltas».

En cuanto a la trilogía de sus amigos uruguayos con los que estaba en correspondencia —con Rodó y Nin y Frías desde 1900, y con Zorrilla de San Martín, desde 1905—, se enriqueció con un nombre más, el de Vaz Ferreira, y si a éste les habla de aquéllos, no son infrecuentes en las cartas que les dirigió las alusiones a su nuevo amigo [6].

1907. Unamuno juzga un libro de Vaz Ferreira

No tardó don Miguel en cumplir lo que en la carta precedente había prometido. Y el 4 de setiembre de 1907, ve la luz en el diario bonaerense *La Nación* una extensa correspondencia titulada «Los maestros de escuela». Le brinda motivo para ella el homenaje que la Argentina acaba de rendir a uno de los suyos, don Antonio Zinny, y son los discursos entonces pronunciados los que serán la base de sus reflexiones.

[6] Véase, por ejemplo, ésta que encuentro en una carta dirigida a Rodó en 6-VII-1907: «Hace poco tuve el gusto de conocer como escritor a Vaz Ferreira. Es un espíritu que honra a su patria.» O esta otra en la que le dirige a Zorrilla de San Martín en 5-VII-1908: «Estoy encantado con la agudeza y penetración mental y con la firmeza y originalidad de puntos de vista de Carlos Vaz Ferreira. Es un espíritu de peso, y celebro haberle conocido. Quiero comentar largamente sus escritos, que son sustanciosos.» O lo que le hace saber a Nin y Frías en carta de 1-I-1909, tan expresiva: «De su Uruguay hace tiempo sé poco. Lo que me tiene intrigado es cómo ha podido producirse y cómo puede vivir en un ambiente de frivolidad como es aquel un hombre como Vaz Ferreira. No me lo explico.» Véase algo semejante en una de sus cartas al propio Vaz Ferreira reproducidas en este trabajo. Lo que no impidió que en la que le escribe al escritor español José María Salaverría, el 28-V-1910, le haga partícipe de esta confidencia, refiriéndose a América del Sur: «No conozco sino un hombre de veras sólido, y él, uruguayo. No, Rodó, no. Es artificial y rebuscado. Es Vaz Ferreira.»

Una parte de éstas nacieron del libro de Vaz Ferreira *Ideas y Observaciones*, tan fielmente leído como su carta acredita.

> La cultura de nuestro maestro de escuela —se lee en esa correspondencia— es una de las cosas más dignas de estudio. La psicología especial que esa cultura imprime en él ha sabido describirla como pocos el doctísimo profesor de la Universidad de Montevideo, Sr. Vaz Ferreira. Lo que en uno de los ensayos que constituyen su jugoso libro *Ideas y Observaciones* —una obra que honra al país en que se produjo— dice de la psicología del maestro es de una admirable exactitud de observación. Para el maestro no hay término medio entre saber una cosa e ignorar hasta su existencia; donde termina el círculo de sus conocimientos, se levanta una barrera. Si se siente con afición a la gramática, no la ampliará metiéndose en el campo de la filología, y, si con afición a las matemáticas, no excursionará por el álgebra superior, el cálculo, etc. En vez de leer dos manuales de gramática, leerá cuarenta, y en vez de resolver cien problemas de aritmética elemental, resolverá mil o un millón. El hábito de enseñar ha matado la curiosidad intelectual en él.

Y más adelante, ampliando algo de lo indicado por carta al propio Vaz Ferreira, se refiere a la pedagogía, por la que, como es sabido, no tuvo nunca entusiasmo alguno don Miguel, al menos para lo que generalmente suele entenderse por ella:

> Pero lo que ha acabado de estropear al maestro de escuela, es eso que llaman ellos pedagogía. Como es

su conocimiento específico, aquello cuya ciencia creen les distingue de los demás, se han agarrado a la pedagogía y no hay quien en ella les resista. [Y aquí reproduce casi literalmente lo que en la carta dedicaba a la diferencia entre el *cómo* y el *qué* ha de ser enseñado.]

El ya citado profesor montevideano, señor Vaz Ferreira, expone en su precioso libro susomentado, consideraciones de las más juiciosas que he leído respecto a pedagogía; su trabajo puede ponerse al lado de los mejores que hayan podido hacerse en cualquier otra nación que pase por culta. Si se tuvieran siempre en cuenta los principios que el señor Vaz Ferreira propugna no se darían tantos casos de pedagogos poco o nada maestros, traídos y pagados como cosa especial; no se daría el caso, por ejemplo, de que una señora pedagoga al servicio de la República Argentina escribiera un libro de lectura del idioma nacional, es decir, de la lengua castellana —que éste es su nombre histórico y propio— sin saber ese idioma, que no es el suyo propio, y barbarizando en él de una manera deplorable. Porque lo primero que hace falta para escribir en una lengua cualquiera, y la castellana no hace excepción al respecto, es saber la lengua en que se va a escribir.

De este libro se ocupó públicamente don Miguel en dos ocasiones y en el transcurso de pocos años. En 1915, escribiendo sobre la novela *La maestra normal*, del escritor argentino Manuel Gálvez, dejó escrito esto:

Hay un libro de un fuerte e intenso pensador uruguayo, de quien ya os he hablado alguna vez, Don

> Carlos Vaz Ferreira, libro titulado *Ideas y Observaciones*, que está lleno de sagacísimas notas sobre la plaga del pedagogismo. Es un libro que he recomendado a nuestros maestros y he procurado hacer circular, lo que me han llevado a mal no pocos maestros normalistas. Los cuales tienden a constituir castas. Difícilmente veréis en una Normal que se ponga como libro de texto libro que no haya sido escrito por un normalista. Un tratado de física que no esté hecho por un pedagogo parece que no les sirve. Y es que la física suya es física que se aprende, no para saberla, sino para enseñarla [7].

Al año siguiente, escribiendo en un semanario ilustrado español, vuelve a dedicar un encendido recuerdo al libro de su amigo, pensando ahora en un público de este lado del Atlántico.

> Y no se les ocurre, ni remotamente —les dice— que España pueda ser un mercado de libros americanos. ¡Como que es mucho más fácil en Madrid obtener un libro sueco o ruso que no argentino, chileno, colombiano, mejicano, etc., etc.! A un amigo mío, que por mi recomendación y consejo pidió una obra, *Ideas y Observaciones*, del tan sugestivo y sagaz pedagogo uruguayo Carlos Vaz Ferreira —y es una obra que debían leer nuestros pedagogos— le fue imposible obtenerla. ¡Ya se ve!, ¡publicada en Montevideo! [8].

[7] «La plaga del normalismo», en *La Nación*, Buenos Aires, 8-VI-1915; incluida en el tomo VIII de sus *Obras Completas*, págs. 496-505.

[8] «Cambio de productos literarios», en *La Esfera*, Madrid, 29-IV-1916; también en el tomo VIII antes citado, págs. 524-530.

1907-1908. Otras dos cartas de Vaz Ferreira a Unamuno

Aunque ninguna de ellas tiene fecha, es preciso atribuirlas a las señaladas, ya que la primera es contestación a la de Unamuno, fechada el 29 de mayo de 1907, y a ambas se refiere éste en la suya de 28 de mayo del año siguiente.

No son estas cartas autógrafas, y la razón de ello nos la da el propio Vaz Ferreira, en la postdata que de su mano estampó en la primera: «Nota. El hecho de no ir la carta escrita por mí se debe a que mi letra es ininteligible, o poco menos. Sírvase disculparlo.»

> Mi estimado Señor: He recibido una carta de Ud., y, con ella, su volumen de poesías. Había resuelto dilatar el acuse de recibo y la expresión de mi agradecimiento hasta el momento de poder enviarle dos obras más que tenía en prensa; con la primera de ellas de que he dispuesto respondo ahora, a consecuencia de mis tareas, con más brevedad de la que deseara.
>
> Han llamado la atención de Ud. ciertas coincidencias entre nuestras ideas; pero a mí me ha sucedido lo mismo en un grado mayor, respecto de ciertos puntos de su carta. Lo que Ud. dice, por ejemplo, a propósito de lo que es natural y de los dos sentidos de esa palabra, con la aplicación a ciertas doctrinas, lo tenía yo escrito. Y otras cosas... ¡Qué le diré! Hasta tengo, yo también, un hijo que, al brazo, le llamaba *gachito* (de bracito); y, cuando pronunciaban delante de él esa misma palabra, decía: «No se dice gachito, se dice gachito... Yo no puedo decir!»

En cambio es indudable que graduamos de una manera distinta: Ud., como gran afirmador, o como gran negador, que es la misma cosa vista desde el otro lado, yo, más moderadamente... Si no fuera por el temor de que Ud. creyera que pienso en los *tamaños,* cuando no pienso más que en las *clases* de espíritus, me pondría a hacer una especie de comparación entre los dos, sugerida, «motivada» (como dirían los pedagogistas) por aquellas coincidencias: curiosa comparación, entre Ud., a quien no conozco, y yo, a quien, naturalmente, conozco menos todavía.

Se me ocurre que en esa comparación (siempre sobre las *clases, no sobre los tamaños)* habría una ventaja para mí y otra para Ud.

La ventaja mía estaría en lo que dije de la graduación de las creencias; cuando opinamos lo mismo sobre algo, puede ser que yo tenga más probabilidades de mantener esa creencia en el punto justo. Por ejemplo: los dos criticamos ciertas exageraciones de la Pedagogía, pero estoy tentado de creer que Ud. fuera un poquito lejos en su reacción contra ella. Le gusta a Ud. la poesía sin rima, y de ritmo algo libre, y lo acompaño; pero Ud. excluye o rebaja, y yo no, la poesía de rima y ritmo ceñido. Cuando a Ud. le gusta una cosa, ha de tener cierta tendencia a preconizarla *en lugar de* las otras; yo, más bien, *además de ellas.* Los dos estamos de vuelta de Spencer; pero yo, al hacer sobre él ciertos juicios algo parecidos a los de Ud., al decir que, efectivamente, fue mucho más extenso que profundo y que no tuvo, como *filósofo,* un vuelo alto y potente; y añadiendo probablemente algo sobre la falta de ductilidad ló-

gica, de sentimiento de duda, de sentimiento de ignorancia, sobre el dogmatismo *cassant* y antipático, etc., etc., no dejaría de expresar mi admiración por ciertas frases y por ciertas partes de su obra. Recuerdo que una vez asistía a una clase de Fisiología: el profesor, que explicaba la herencia, resumía teoría tras teoría de las que emitieron tantos fisiólogos que tal vez concentraron en esa ciencia sola toda su inteligencia; terminado el resumen: «Todo esto es oscuro —nos dijo—; pero, en resumen, la teoría menos inaceptable, y sin duda la más sugerente es todavía la primitiva de Spencer.» Y esa teoría fue propuesta hace veinte o treinta años, y no es más que unos párrafos de un capítulo de la Biología, que no es más que una de las numerosas obras que contienen muchísimas cosas como esa (al lado de otras completamente inferiores).

(Esa teoría de la relación entre la composición química y la forma, por la cual se comparan con los cristales los seres vivos, no es otra, al fin y al cabo, que la que Le Dantec desarrolla en su hermoso y reciente tratado de Biología, sin nombrar al precursor) [9].

De Víctor Hugo y Guerra Junqueiro, poetas

Y es así como intentaría defenderme de su benévolo sermón, en la cuestión de Víctor Hugo. Lo he-

[9] Como es sabido, no era Don Miguel nada entusiasta de este biólogo a cuyo libro *L'Athéisme* dedicó un violento ensayo aparecido en *La Nación*, Buenos Aires, de 29-V-1911, que luego incorporó a su libro *Contra esto y aquello*, Madrid, 1912.

mos admirado cuando teníamos veinte años. Ahora dice Ud. que ha visto que es hueco, ignorante, frío, ¿no sería mejor decir que hemos visto *lo que tiene de* hueco, ignorante y frío? Pero, sin perjuicio de eso, lo que hay que admirar en él, en fondo y en forma, es enorme. Me gustaría poder hablar con Ud., por muchas razones: primero, porque me gustaría poder hablar con Ud., y, después, por ejemplo, para que leyéramos juntos a Hugo. Lo que a Ud. le indigna hoy, ¿será todo Hugo, o lo que admiró en él a los veinte años, o su manera de admirarlo a los veinte años? Nuestra discusión sería interesantísima, y uno de los argumentos que yo le haría sería éste: los dos admiramos a fondo a Guerra Junqueiro, pero ¿cómo se arregla Ud. para ello, si Hugo lo impresiona tan mal y si Guerra Junqueiro fue por tanto tiempo imitador de Hugo? De Hugo proviene la inspiración de una parte considerable de «A Morte de don João»; hay versos y actitudes del poeta portugués que tienen que ver con «Les Châtiments». *A Musa em Ferias* es imitadísima de «Les Chansons des Rues et des Bois» (le pido que repase los dos libros), y también, en ciertas partes, de «L'Art d'être grand père». «A velhice do Padre Eterno» proviene de «Religion et religions». Ciertas poesías («O crime», en *A Musa em Ferias,* sobre la pena de muerte) son Víctor Hugo puro. El prólogo de *Os simples* tiene que ver con prólogos de Hugo. Todo esto naturalmente hasta donde se puede hablar de imitación tratándose de espíritus como el de Guerra Junqueiro; claro que Ud. dirá eso, y también que el poeta se ha ido apartando cada vez más de esas tendencias, y

que su inspiración tiene otras fases, y que es más sincero, etc., etc.; pero, con todo...

Un juicio sobre la poesía de Unamuno

Pero Vaz Ferreira no olvida que, además de las teorías sobre la métrica que Unamuno le ha comunicado, debe contestar al envío de su libro *Poesías,* anunciado en su carta. A este aspecto de la creación unamuniana dedicará el resto de la suya:

> Pero, de esta misma diferencia, de esta ventaja que me da tal vez el ser espíritu analítico y distinguidor no sólo por convicción sino por temperamento, saldría la ventaja de Ud.: la suerte que cupo a su poeta...
>
> Yo también tenía uno adentro, pero murió asfixiado de abstracción, de análisis, de crítica, de razón pura. Cierto es que era raquítico e impotente; y antes que se muriera completamente lo maté. Entre tanto, ¡el de usted!
>
> Con el de Ud. ha pasado algo formidable. También Ud. empezó a alimentarlo de pensamiento (y de sentimiento también, pero de sentimiento de otra clase: de sentimiento de filósofo). Pero su poeta era tan potente, que esa alimentación, mortal para cualquier otro, se la asimiló, y con ella creció y se desarrolló brioso, pujante, especie de animal paradójico que no es pájaro y vuela; único en su género y en su especie; magnífico y anti-natural. No puedo comentar su libro porque es imposible, o al menos a mí me es completamente imposible por mi temperamento, expresar mi

opinión simpática sobre algo de otra manera que hablando; escribiendo, un elogio se me vuelve un juicio pedantesco, y una reserva se me vuelve una censura más pedantesca todavía. De esas reservas, las más serían sobre su técnica, no en los puntos en que Ud. habrá sido probablemente criticado, esto es: en cuanto a las *libertades* que se toma llevado por su espontaneidad, sino con respecto a esas otras que se toma a veces (me atreví a creerlo) llevado por un propósito consciente de violar algo. Alguna que otra poesía me produjo un efecto más o menos desconcertante, como la titulada «A la Corte de los Poetas», quizá porque no conozco las circunstancias de ese medio que la hicieron producir. Pero esto es de segundo orden; lo fundamental que hace pensar y sentir su libro es esto: ¡qué hermoso es existir, ser uno mismo, con personalidad propia y autóctona! Y todo esto, ¡vive Dios, que lo es Ud. como nadie! Un «comienzo absoluto», como decía Kant.

Le dije que era imposible clasificar al animal paradójico; pero una cosa puede asegurar cualquiera: que no es rumiante, ni parásito, ni, *a fortiori, coprófago* como muchos que, esos sí, se clasifican tan fácilmente.

Quisiera poderle *hablar* de todas las cosas que me han gustado en su libro.

La idea de hacer «Salmos» modernos a base de duda es, sencillamente, genial.

Lo saluda con respeto y estimación

Carlos Vaz Ferreira.

El libro que al comienzo de la carta que acabamos de transcribir le anuncia éste haber enviado a Unamuno es, sin duda, el titulado *Los problemas de la libertad* (fascículo primero), Montevideo, Imprenta «El Siglo Ilustrado», 1907. Nos lo confirma la carta que sigue, y ella explica también por qué se conservan dos ejemplares de esta obra en la biblioteca unamuniana, avalorado uno de ellos con la siguiente dedicatoria, autógrafa: «Al Sr. Miguel de Unamuno, en testimonio de respeto y simpatía. *Carlos Vaz Ferreira.*»

Y ahora, reproduzcamos la segunda carta de éste, igualmente sin fecha, pero, sin duda ya, por lo que luego se dice, de 1908.

> Presumiblemente no recibió Ud. una carta mía, en la cual, contestando a la que tuvo la bondad de enviarme, formulaba algunas reflexiones por ella sugeridas; y, con motivo del envío de su libro de poesías, expresaba la impresión que, por su fuerza y hondura, produjo en mí. Después de ese libro he leído otro de Ud. lleno de cosas intensísimas y profundas; pedagógicas, estéticas, y otras que, por ser más profundas todavía, no tienen adjetivo clasificante, y que sospecho que nadie le habrá entendido.

«Recuerdos de niñez y de mocedad», juzgados por Vaz Ferreira

> Sus observaciones sobre *el papel de las palabras sin sentido en la mente de los niños*, por ejemplo, creo que nadie más que yo se los *sentiría* (lo que se llama sentir, como diría Carlyle). Y aquello, de Ud., de que tal vez las cosas no tengan «fondo» y la rea-

lidad sea simplemente lo que nos aparece, sería (sentido a fondo) la cosa más profunda que pudiera escribirse, si no hubiera algo más profundo todavía: el «*no, no, no*» que viene en seguida (pág. 181).

Sus *Recuerdos de Niñez y* [*de*] *Mocedad* (género tan simpático que todo autor debería ser obligado a escribir un libro de esos) me han refrescado el alma con un perfume de cosas *concretas*. Además, resulta que los niños de allá dicen «las ganas!», como los de acá; y hablan con la *s* por la *c*, como aquí hacemos también los grandes; y las observaciones de Ud. sobre la fuerza conservadora y transmisora de la tradición verbal directa, de niño a niño, son tan exactas que su canción «Catáliná se llamaba» *es, también aquí, una canción infantil de corro, y se canta con los acentos en las mismas sílabas,* sin más variación que la de haberse sustituido por «sí, sí» el «y 'así» de su versión...

Pero, cuando me dirijo a Ud. me inhibe una consideración. Le debo un gran agradecimiento (Ud. dirá que, si me hizo elogios, los hizo sinceramente, porque así pensaba. ¡Pobre argumento! La mayor parte de la gente piensa alguna vez bien de su prójimo; pero lo que se agradece, por excepcional, es la bondad de exteriorizar ese juicio). Y yo desearía traducir en algo ese agradecimiento; ¿no podría serle útil, de algún modo?, ¿no podría suministrarle algún dato que le interesara sobre estos países, por ejemplo? Piénselo y disponga.

ENVÍO DE OTRO LIBRO A UNAMUNO

Por si no lo recibió Ud. le remito nuevamente mi obra *Los Problemas de la Libertad,* que le ruego lea. El otro libro, que también le mando, es *secretorio:* una especie de válvula para ideas y sentimientos, que se me ha ocurrido desahogar en una especie de revista individual. Hay en él, sin embargo, un artículo «Un paralogismo de actualidad», que también me permitiría pedirle que leyera. Y, sobre *Los Problemas de la Libertad,* ¿sería abusar de su bondad preguntarle lo que ha opinado?

Lo saluda con respeto y el mayor agradecimiento

Carlos Vaz Ferreira.

Tampoco es autógrafa en esta carta más que la firma y la dirección; el resto aparece escrito en la misma excelente letra inglesa que la anterior.

Su contenido nos aclara por qué existen dos ejemplares de una obra de Vaz Ferreira entre los libros de don Miguel; y en cuanto al que ahora le envía, como recién aparecido, es éste: *Carlos Vaz Ferreira.* I. 1. Enero de 1908, Montevideo, Mariño y Caballero, Impresores, 110 págs., a cuyo frente figura la siguiente dedicatoria de mano del autor: «Al Sr. Miguel de Unamuno, homenaje de respeto y simpatía. *Carlos Vaz Ferreira.*» En el lomo de su cubierta, en una especie de cartulina de color gris oscuro —el volumen está en rústica—, escribió Unamuno: «Vaz Ferreira. I.» Es el primer número de esa revista individual a la que se refiere en la carta, cuyo contenido es el que sigue:

Conocimiento y acción. En los márgenes de *L'Expérience Religieuse*, de W. James. Sobre el carácter. Un paralogismo de actualidad. Psicogramas. Un libro futuro. Reacciones. Ciencia y Metafísica.

1908. La respuesta de Unamuno

A este envío y a las dos cartas precedentes contestó don Miguel con la siguiente carta autógrafa, como todas las de este epistolario suyo:

Salamanca, 28-V-08

Sus dos cartas, mi estimado señor, son acaso las que más útiles me han sido de cuantas sobre mis escritos tengo recibidas. Al concluirlas me he dicho: «Así quisiera yo siempre las críticas.»

Su libro *Ideas y Observaciones* ha corrido aquí varias manos de profesores normales y otros. Una amiga mía, profesora de esta Normal de Maestras, lo pidió a Madrid para que lo pidieran a ésa, pero esto de las relaciones mercantiles en librería anda perdido. Es punto menos que imposible obtener en España libros americanos.

Sus estudios sobre la libertad y el paralogismo de actualidad me interesan profundamente y pronto diré, pero en público, lo que sobre ellos juzgo. Mi afición primera fue a la filosofía, de la que pasé a los estudios religiosos y hasta a la teología; aterrado de la crítica de la razón pura, que destruía mis más vitales esperanzas, me volví a la constructiva de la razón pura. No sirvo para ser el filósofo que soñó Pla-

tón; no me basta la verdad racional si ella no me consuela del terror de haber de morirme acaso del todo. El problema —¿problema?— de la inmortalidad me tortura.

Hay en sus notas cosas justísimas, entre ellas sus juicios sobre Spencer, Hugo, Taine, etc. Por haberme yo expresado libremente y sin servilismo rebañego respecto a ellos, he recibido hasta insultos en cartas, acusándome de petulante.

Le admiro a usted entregándose a la filosofía y a especulaciones altas en ese ambiente, que estimo tan poco favorable para ellas. Me parece que ahí la filosofía se estima a lo más como aquí la estima Menéndez Pelayo —especie de humanista del Renacimiento—, como un género literario, atentos a que nos diga cosas nuevas, ingeniosas o gratas. Interesará más, de seguro, eso que llaman Sociología y que Platón habría llamado filodoxia, conjunto de arbitrariedades o de perogrulladas conducentes a justificar tal o cual posición política.

El problema del libre albedrío

Porque el problema del libre albedrío, v. gr., ¿qué tiene que ver con blancos y colorados por una parte o con las *exquisiteces* del modernismo?

El problema del libre albedrío sólo me interesa en relación al problema del destino ulterior del hombre y en cuanto una cierta fuente de verdadera creación de actos pueda ser en nosotros garantía de la permanencia personal. Como usted ve, no puede darse posición menos intelectualista y más turbiamente vi-

tal, hasta infilosófica. Pero no lo puedo remediar. La filosofía era en Platón alta estética; yo la siento como pasión, pasión de ser por siempre.

Todas estas consideraciones me van a guiar en el ensayo que dedicaré a sus trabajos. Y lo he de dedicar porque esos sus trabajos de usted son de los más apropiados para que comentándolos teja en los comentarios mis propias reflexiones e inquietudes.

Me dice al final de su carta —concluye ésta— que estándome agradecido desea serme en algo útil, suministrarme algún dato sobre esos países u otra cosa así. Escríbame cuando esté en temple para ello y basta. Claro está que si sobre esa su tierra me da alguna noticia se lo agradeceré. Algo sé de su historia, si bien no mucho.

Crea que le es afecto amigo

Miguel de Unamuno.

Dígame, usted ha de ser hermano de una María Eugenia Vaz Ferreira de la que he leído varias composiciones —algunas con pasión y fuerza (una, *Invicta*, me recuerda a Díaz Mirón el mejicano), en las *Rimas* hay cosas— en el *Parnaso Oriental* de Raúl Montero Bustamante [10].

El apellido Vaz abunda en esta provincia, aunque lo creo portugués.

El tono de confidencia con que don Miguel se explaya en esta carta no creemos que precise ser subrayado. Para sus

[10] La antología en que dice Unamuno haber leído versos de María Eugenia Vaz Ferreira (1875-1924), se había publicado en 1905, y, como es sabido, al año siguiente de su muerte, publicó don Carlos la obra poética de su hermana bajo el título de *La isla de los cánticos*.

futuros biógrafos hay en estos pasajes noticias que nos parecen esenciales.

Y en cuanto a la inquisición unamuniana sobre el primer apellido del pensador uruguayo resulta cierta, pues, como es sabido, su padre —Manuel Vaz Ferreira— era oriundo de Valença do Miño, fronteriza de España, en tierra portuguesa, y su madre tenía igualmente ascendencia de los dos países peninsulares.

1910. Unamuno escribe sobre otro libro de Vaz Ferreira

No se nos ha conservado, que yo sepa, la contestación a esta carta, y el libro del uruguayo no está tampoco en la biblioteca de Unamuno. Sí está, en cambio, otra de sus obras, aparecida en 1909. Me refiero a la titulada *El Pragmatismo* (*Exposición y crítica*), Montevideo, Tipografía de la Escuela Nacional de Artes y Oficios, 117 págs., al frente de la cual aparece esta dedicatoria autógrafa: «Al Sr. Miguel de Unamuno, con el mayor afecto y cariño. *Carlos Vaz Ferreira.*» Y es lógico imaginar que debió llegar a Salamanca acompañada de alguna carta en que se anunciase su envío.

Ese mismo año aparece *Moral para intelectuales*, y como en el caso del primer libro que envió a Unamuno, éste se ocupó de él ampliamente. Así lo hizo en otra de sus correspondencias al diario porteño *La Nación*, que con el título de «El pedestal», la publicó en su número de 10 de junio de 1910. Como pasó luego a formar parte del libro titulado *Soliloquios y conversaciones*, Madrid, Renacimiento, 1912, parece que su difusión debería relevarnos de referirnos ahora a estas páginas asequibles; pero para no torcer el curso del cauce de esta amistad, nos detendremos brevemente en ellas.

Debieron ser escritas en mayo de ese año, y como detalle curioso —éste inédito—, nos gustaría recoger un juicio unamuniano sobre su amigo, el que comunicó al hispanista italiano Gilberto Beccari, en carta de 17-I-1910.

> Hay en Montevideo —le hace saber— otro hombre, Carlos Vaz Ferreira, que me parece de más nervio y más vigor mental que Rodó, pero su filosofía no es para literatos y *dilettanti*.

Y ahora reproduzcamos las líneas esenciales de la citada correspondencia unamuniana, en la que, por cierto, une, sin matizar sus originales diferencias, a tres escritores del Uruguay, en una honrosa trilogía.

> Tengo a la vista —comienza diciendo— uno de los libros para mí más excitantes, uno de aquellos que más reflexiones y comentarios me sugieren. Es el titulado *Moral para intelectuales*, colección de conferencias que en 1908 dio el doctor Carlos Vaz Ferreira en la sección de enseñanzas secundarias de la universidad de Montevideo. No es un libro escrito, sino hablado, y esto constituye para mí su mayor encanto. Se siente en él hablar al hombre.

Quienes me leen pueden recordar un juicio muy semejante sobre otro libro análogo, *Conferencias y discursos*, de Zorrilla de San Martín [11].

> Y este hombre, Vaz Ferreira —prosigue—, me está resultando un hombre singular. Constituye desde hace algún tiempo una de mis preocupaciones. Lo

[11] Véase mi estudio «El escritor uruguayo Juan Zorrilla de San Martín, y Unamuno», incluido en este mismo tomo.

encuentro que disuena de su ambiente. Y su labor es hoy la labor acaso más intensamente desinteresada que conozco por esos pagos. Él, Rodó y Zorrilla de San Martín constituyen una terna que honraría a cualquier país culto.

Y vamos al libro de que os hablo, y que es una mina para comentarios.

En la primera de sus conferencias nos cuenta Vaz Ferreira lo que ocurre con los jóvenes suramericanos que vuelven a su patria después de haber seguido estudios en Europa. «En el medio europeo —dice— nuestros estudiantes se distinguen o desempeñan siempre, por lo menos, un papel honorable, y no me refiero solamente a los dotados de una capacidad intelectual extraordinaria, no; lo verdaderamente digno de atención es que aun muchos de los que entre nosotros son mediocres, son distinguidos allá.» Pero ¿qué sucede luego? «Vuelven estos estudiantes con su carrera hecha. Se les ve "chispear", diremos, algún tiempo; después "se apagan".» Algo de eso nos sucede aquí, en España. Las pensiones para estudiar en el extranjero no dan todo el fruto que de ellas se esperaba.

Vaz Ferreira explica lo que quiere decir con eso de que se apagan. «El médico seguirá siendo un médico, distinguidísimo tal vez, pero no será más que médico profesional; sólo por excepción, por inmensa, por rarísima excepción, procurará hacer observaciones, ver algo por su cuenta, descubrir algún tratamiento que en Europa intentó con menos cultura, con menos conocimiento.»

El profesor de Montevideo trata de estudiar las causas de este hecho social y las encuentra análogas a las que aquí, en España, obran en igual sentido. Primero, la falta de estímulo... «Un libro cae en este país como una piedra en el agua: un minuto después se ha hundido; toda huella se borra.»

No cabe decirlo mejor. Y sospecho que las propias obras de Vaz Ferreira son un ejemplo de ello; que habla por experiencia propia. Su queja es la de todos los investigadores en nuestros países...

Pasa a decirnos Vaz Ferreira cómo faltan en su país medios de trabajo, libros, útiles, etc.... Y faltan también tiempo y concentración. El profesor, el catedrático, se dispersa en una multiplicidad de actividades como aquí sucede. Tiene que tomar la cátedra como un incidente de su vida. Aquí, en España, ocurre lo propio.

«Debido a esas condiciones —agrega Vaz Ferreira— falta entre el productor y el medio esa «ósmosis» continua que asegura la madurez y la calidad cumplida de la producción. Así toda investigación original y propia en estos medios es, a mi juicio, entonces, una forma de heroísmo.»

Esto mismo lo hemos dicho aquí aplicándolo concretamente a Ramón y Cajal... Y lo mismo digo de la obra de un Menéndez Pelayo, de un Menéndez Pidal, de un Salillas, de otros.

Pero Vaz Ferreira hace notar muy acertadamente que no se debe exagerar, y que ahí, como aquí también, no hacemos cuanto podríamos y cuanto deberíamos. No sirve alegar la pobreza de medios.

> Pero todo ello no explica, a juicio de Vaz Ferreira, el hecho por él anotado. Un médico suramericano puede tener tantos o más enfermos que un médico europeo y con rarísimas excepciones no hace los descubrimientos que un médico europeo. ¿Por qué?... «¿Por qué, pues, esa diferencia?», vuelve a preguntarse Vaz Ferreira. Y responde con grandísimo acierto que se debe al estado de espíritu, a que el investigador suramericano —y digamos español— trabaja en estado de espíritu pasivo, receptivo, a que no cree que él tenga capacidad, ni aun el deber de hacer uso personal de sus observaciones. O sea, dicho con otras palabras, a una especie de humildad colectiva, a falta de confianza en sí mismos...
>
> Contra este estado de espíritu, contra ese hábito o sugestión pasiva trata de reaccionar Vaz Ferreira, y sus esfuerzos, aunque por otras vías, se encaminan al mismo fin que los esfuerzos de Ricardo Rojas, de quien os he hablado. Hay que imbuir en esta nuestra España un espíritu de mayor confianza en nosotros mismos.

Con lo transcrito es suficiente para atestiguar la atención con que Unamuno leyó este libro del pedagogo uruguayo.

Pero a partir de este escrito público, del que, sin duda, debió acusar recibo Vaz Ferreira, aunque su carta no se nos haya conservado, se abre un paréntesis de casi nueve años en esta comunicación.

Lo cierra una carta de Unamuno, en la que comenta otro libro de su amigo, que, por cierto, no se conserva entre los suyos.

1919. NUEVA CARTA DE UNAMUNO

Al comenzar este año le dirige don Miguel esta carta:

> Muchas, muchas gracias, amigo mío, por el ejemplar de su *Sobre la propiedad de la tierra*, la dedicatoria y lo que en ella me dice. Ignoraba que hubiese usted recomendado mi *Del sentimiento trágico de la vida* y que le hubiese dedicado esa serie de conferencias que me dice. Gracias, pues. El tal libro, amasado con mi sangre espiritual, anda ya en francés e italiano, y pronto andará en inglés y alemán. Y le daré unos «Paralipómenos».
>
> Desde que escribí allí aquello de que «la llamada por antonomasia cuestión social es acaso más que un problema de reparto de riquezas, de productos de trabajo, un problema de reparto de vocaciones, de modos de producir» vengo obsesionado por el verdadero problema social, el del trabajo.

UN PROPÓSITO NO CUMPLIDO

> Y leyendo ahora su libro, en torno de él, de sus reflexiones sobre la propiedad de la tierra —de la tierra y del espacio o suelo, que son dos cosas— van cuajando, en forma de notas marginales a lápiz muchas veces, las mías. Pienso, pues, ordenar estas notas y escribir unos ensayos, en forma de cartas a usted, y que aparecerán primero en *La Nación* de Buenos Aires, donde pronto reanudaré mis correspondencias [12].

[12] Efectivamente, en este tiempo hay una laguna en la colaboración de Unamuno en las páginas del diario porteño. Su último artículo en ellas, con la que se abre, es el titulado «Cosas de libros», que vio

En su ficción de que las generaciones humanas fueran simultáneas (pág. 26), no se excluye la herencia fisiológica, pero sí la educativa, base de la diferencia de vocaciones, o más bien del ordenamiento profesional. El riguroso individualismo si le deja a uno «con su educación hecha» (pág. 27) le deja ya en condición de desigualdad. En la Edad Media se heredaba la profesión paterna. ¿Y hoy? El que no sepa tocar el violín o que le toque mal, que se lo quiten para dárselo al que lo toque mejor, se dice. O así de la tierra. «¡No es lícito dejar inculto un campo o cultivarlo mal!» ¿Y la propia inteligencia? Es que el violín o el campo cabe expropiarle a uno, pero la inteligencia no. Y hay quien la cultiva egoístamente, antisocialmente, en verdadero onanismo. El que habla en necio al vulgo porque este paga al que así le habla, se degrada y esclaviza. Y no basta aquello de que él peca por la paga y el vulgo le paga por pecar. El que se pasa la vida haciendo algo que íntimamente le repugna, que sabe ser dañino o inútil, por bien que se la gane, es un esclavo. No es cuestión de salario y de horas de labor, es cuestión de dignidad, de valor social del trabajo. Enriquecerse vendiendo cualquier clase de morfina, o enseñando sandeces a conciencia de que lo son, o representando farsas que se sabe ser malas, es peor que tener que vivir pobremente sembrando patatas. Lo que alivió la suerte de tantos esclavos en la antigüedad es que sabían que su trabajo era útil, social, noble, libre en fin. Un esclavo que tiene que dedicarse a cuidar el perrito fal-

---

la luz en el número de 17-X-1918. Se cierra con «Los hombres de orden», aparecido en el de 22-IX-1919.

dero de su ama sentirá su esclavitud, porque el trabajo es servil, y lo mismo la sentiría un asalariado de los que llamamos libres, por grande que fuese su salario, mientras que un esclavo que saca agua de una noria que riega un campo de patatas siente que su trabajo es libre. Es la calidad del trabajo lo que liberta. Esclavos hubo en la antigüedad —Epicteto, v. gr.— que se sintieron libres porque era libre, de valor común, su trabajo, y el verdugo hoy se sentirá esclavo por grande que sea el jornal que se le dé.

He aquí la idea capital que quiero desarrollar en esas cartas a usted. A la vez hacer ver que el derecho a habitar exige espacio más bien que tierra. En griego no hay esa confusión de términos, pues γη, χδων, y χωεα son tres cosas —no olvide que soy profesor de griego—, pero nosotros damos el mismo nombre a la Tierra, el planeta este, a la tierra, sustancia de que se nutren las plantas, y a una extensión de suelo. (En latín *terra, humus* y *solum.)*

«ABEL SÁNCHEZ», NOVELA UNAMUNIANA

Como me figuro que no ha llegado a usted mi último libro *Abel Sánchez, una historia de pasión,* que en forma novelesca expone una de las esencias más trágicas del alma humana, uno de los factores más radicales de la historia, haré que se la envíen. Ha sido para mí un parto tan gozosamente doloroso como el de mi *Sentimiento trágico.* Ahora voy a emprender otra cosa y es mostrar lo terrible e imposible que nos sería la vida si preveyéramos todo nues-

tro porvenir. Ni el triunfo nos satisfaría estando seguros de él y conociéndolo en sus detalles. El don de profecía es el más terrible don que pueden hacernos los dioses. Los calvinistas fueron fuertes y libres porque en su conducta buscaban la señal de la predestinación, que Dios nos cela, en vez de hacer méritos para alcanzarla. Las obras no eran para ellos causa de la salvación sino muestras de que estaban predestinados a salvarse, pero ignorando la seguridad del porvenir. Y así, sobre este determinismo moral, fundaron la más grande escuela de libertad civil.

Basta. ¡Buen año 1919!

Le saluda de nuevo y con toda efusión su amigo y compañero

Miguel de Unamuno.

Salamanca, 31-I-19.

Esta carta viene a probarnos que la comunicación entre ambos amigos, aun sin mediar carta alguna, que probablemente medió, aunque no la conozcamos, se mantuvo con el envío de libros y colaboraciones. Si Vaz Ferreira se ocupa públicamente de un libro de Unamuno como *Del sentimiento trágico de la vida,* es seguro que éste debió enviárselo. Y la noticia de haberle dedicado aquél unas conferencias debió comunicársela él mismo. No debe olvidarse que la guerra de 1914-1918 creó una irregularidad en las comunicaciones marítimas, y eso explica la duda de don Miguel sobre si su novela *Abel Sánchez* habría llegado a Montevideo.

Una vez más nos revela también esta carta la atención e interés con que los libros de Vaz Ferreira eran objeto de lectura, y cómo de ellos surgían temas para otros escritos suyos. Y aunque no hayamos conocido esas cartas públicas que le

anuncia en ésta, privada, tenemos noticia del proyecto y del tema que iba a enlazarlas.

Y si no todos los libros del uruguayo de que el español se ocupa se conservan en su biblioteca, debemos pensar —y algo deja traslucir alguna de las piezas de este epistolario— que Unamuno los prestó, difundiéndolos, y, como es frecuente, no llegase a recobrarlos. Éste es el caso del que motivó otros de sus escritos públicos de este mismo año.

Correspondencia sobre las «Lecciones de pedagogía», de Vaz Ferreira

Vio la luz en *La Nación* de 23-XI-1919, con el título de «Mi libro», y lo primero que en ella descubrimos es que el proyecto anunciado a Vaz Ferreira no había sido olvidado. Estaba, tan sólo, interrumpido para ocuparse de otro de sus libros. Los acontecimientos políticos de la vida española en aquellos tiempos, en los que Unamuno tomó parte activa con la palabra y con la pluma, fueron, con seguridad, los responsables de que aquel propósito no llegara a realizarse.

Pero vengamos ya a esta nueva correspondencia, otra vez dedicada al escritor uruguayo:

> He aquí que cuando me disponía a comentar algunos puntos de vista muy sugestivos que el Dr. Carlos Vaz Ferreira, de la Universidad de Montevideo, como ya sabéis, ha expuesto en su libro *Sobre la propiedad de la tierra*, me llega otro libro, el volumen III de sus *Lecciones sobre pedagogía y cuestiones de enseñanza*, y en él me encuentro una nota en que se me alude y aun interpela directamente y...

tomo la palabra. Y voy a hablar de mí mismo sin remedio.

A propósito de «Del sentimiento trágico de la vida», unamuniano

Tratando Vaz Ferreira de una actitud que hay que hacer comprender y sentir, la del ya citado Maeterlinck, indicando la posibilidad de modos de sobrevivencia que no son los de la conciencia individual, trae, al pie de la página 105, la siguiente nota:

«Más tarde se ha publicado —y la doy por incluida en la lista que motiva esta especie de programa— la obra *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*, de Unamuno. Este renovador de ideas ha conseguido, lo que no suele suceder con los espíritus de ese tipo (recuérdese lo que decíamos a propósito de Diderot), escribir «su libro»; en el cual se trata el problema central con una fuerza y una hondura que podrán ser normales en el pensar pero que, en el escribir, son completamente excepcionales. Siento no poder extenderme aquí, pero me propongo trabajar mucho sobre los jóvenes con ese libro, tan fecundo cuando se le aprueba como cuando se le contradice. Yo acabaré corrigiendo el libro (o mejor, complementándolo; pues sería el mismo autor quien debería haber hecho eso): defendiendo un poco a la razón contra Unamuno, precisamente desde el punto de vista unamuniano del «quijotismo». «El quijotismo supremo de la razón humana»... y basta enunciar esto para sugerir todo lo que puede hacer pensar ese libro.»

La réplica de Unamuno

Pues ahora bien, me adelanto y digo que no sé ni creo que podré saber nunca si mi obra *Del sentimiento trágico de la vida* es o no «mi libro». Más de una vez he recordado lo del humorista norteamericano Oliver Wendell Holmes de los tres Juanes: Juan según es, Juan según él mismo, y Juan según lo creen los demás [13]. Mi libro para mí podría ser otro —no digo que lo sea—, pero para los demás parece ser ese que anda ya por ahí en francés y en italiano y que lo están vertiendo en alemán y en inglés. Lo cierto es que yo no me creía muy capaz de hacer «un» libro, «mi» libro. Debo añadir, no sé si con arrogancia o sin ella, que mi libro me creía yo mismo, que en todos los míos he puesto el hombre que soy y que no creo caber en ninguno de ellos. Y el hombre con sus íntimas contradicciones que son lo que hace su vida. ¿Ponerse todo entero en un libro no es enterrarse en él? Aunque sea para resucitar en cierto modo. Pero para resucitar en otros... y aun cuando esos otros sean como Vaz Ferreira; francamente...

Pero... el que no vive en otros no puede vivir en sí, sino morirse. Y si ese libro sirve para que me nieguen sirve para darme vida.

[13] Los lectores de Unamuno saben que fueron varias las ocasiones en que se refirió a los tres Juanes del humorista norteamericano. Quizá el texto más dilatado que al tema dedicó es el que aparece en el prólogo de sus *Tres novelas ejemplares*, Madrid, Calpe, 1920. Véase también el ensayo de mi compañero F. Ynduráin, «Unamuno y Oliver Wendell Holmes», en la revista *Atlántico*, número 4, Madrid, febrero 1957, págs. 5-28.

Yo digo con Walt Whitman: «Vosotros diréis mis mejores pensamientos, los que yo no llegue a decir» y «encargo que no se funde de mí teoría o escuela» [14]. Pero el que Vaz Ferreira, u otro de su envergadura mental y cordial, complemente ese mi libro, me parece aún mejor que el que le complemente yo. Además, ya que en mi *Vida de Don Quijote y Sancho* he sostenido poder comprender a Don Quijote mejor que le comprendió Cervantes, ¿cómo he de negar que otro que yo, y más si es un Vaz Ferreira, pueda corregir mi concepción quijotista de la vida y del mundo con esa mi concepción misma?

Me dice Vaz Ferreira que debería haber sido yo mismo quien corrigiera o complementara ese libro. ¿Y para qué, si lo hace él o lo hace otro que sepa hacerlo? ¿No es preferible que luego comente yo esa corrección que a mi obra se haga? ¡Cuántas veces la repercusión de un pensamiento nuestro, que es ya otro pensamiento, nos sugiere pensamientos nuevos!

El quijotismo de la razón

Sí, está bien eso de la defensa de la razón contra mis ataques. Y si la he atacado tanto —sin duda demasiado y no con justicia siempre— ha sido para defenderme de ella, que me atacaba. ¡Porque es cosa terrible la razón! Nietzsche, a quien le torturó toda la vida el corazón, sólo se libró de ella perdién-

[14] Sobre las relaciones de don Miguel con el poeta norteamericano, del que fue un admirador fervoroso, véase mi estudio «Walt Whitman y Unamuno», en este mismo volumen.

dola, volviéndose loco. Y Pascal decía que hay que entontecerse: *Il faut s'abêtir*. Sólo que hay locuras que no son defecto, sino exceso de razón; son manías razonantes. Maeterlinck alaba a la abeja por el heroísmo con que, fiel a lo que la razón, la lógica, le dice, muere contra el vidrio del fondo de una botella puesto a la luz buscando dónde está la luz, la salida; mientras la mosca, animal aturdido e ilógico, volando dentro de la botella halla contra luz la salida. Pero aquí la abeja enloquece por sobra de raciocinio, mientras que la mosca, insecto estético —y que como tal se come la miel que fabrica el insecto lógico—, convencida de que el mundo no tiene salida, se pone a pasear por él y así la encuentra.

Sí, creo que se puede decir mucho y bueno del quijotismo supremo de la razón humana y espero que algo de eso, mucho y bueno, lo dirá Vaz Ferreira. Y yo me quedaré pagado con habérselo sugerido, y la razón humana me perdonará por esto todo lo que haya podido faltarle, que no es poco.

Y ahora aquí, para entre los dos, Vaz Ferreira y yo, pero de modo que lo oigan todos los demás que quieran oírlo, lo que pasa es que la mayoría de las gentes se retiran aterradas de la visión de ciertas simas del pensamiento humano, que el mundo quiere que se le engañe —*mundus vult decipi*—, que unos quieren que se les demuestre que hay un cielo de inmortalidad y otros que se les asegure que llegará un día de justicia y libertad a la tierra. Lo que ocurre es que se llama de ordinario pesimismo a la doctrina superficialísima de que la suma del dolor excede a la del placer o a la de los que niegan que la

humanidad se perfeccione, mientras que no se recapacita en lo de que lo mismo da que se perfeccione o no, si al cabo todo ha de volver a la inconciencia de que brotó.

Más de una vez he pensado en fundar una secta que prometiese a sus asociados descubrirles, después de las pruebas necesarias, el secreto de la vida, y cuando se les haya sobado bastante el entendimiento y la voluntad y pidan la iniciación esotérica, declararles que el secreto de la vida es que no hay tal secreto, y si protestaran contra ello, llamándose a engaño, añadirles que ni hay vida [15].

¡El quijotismo de la razón! Sin duda. La razón humana ha llegado a construir microscopios para ensanchar su mundo...

Vosotros, los que busquéis soluciones y certezas, no me las piđáis a mí. No las tengo para dároslas, y es más, no las quiero para mí. La certeza sería la muerte. El día que la vida deja de ser problema, deja de ser vida. Podéis iros al fondo si queréis, yo prefiero flotar sin ancla...

Yo no sé si, como Vaz Ferreira dice, el libro que he escrito sobre *El sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos* es o no mi libro, pero empiezo a creer que pueda llegar a ser uno de los libros de la post-guerra, ahora que tantas pobres gentes acongojadas se preguntan en qué va a parar todo esto y se asustan ante lo que llaman el salto en las

[15] «El secreto de la vida» es también el título de un ensayo de Unamuno, fechado en julio de 1906, y que más tarde incorporó a sus *Ensayos,* tomo VII, Madrid, Residencia de Estudiantes, 1918. *Obras completas,* III, 1.027-1.042.

> tinieblas y predicen el caos. Y lo predicen sin saber que no hay orden mayor, ni más estable, que el del caos.
>
> ¡El quijotismo supremo de la razón humana! Sin duda. La razón humana se empeña en racionalizar lo irracional y es ella, la razón, la que, para salvarse, se ha sometido a la sinrazón no pocas veces. ¡Cuántas veces no se oye en el campo de la ciencia el grito de Tertuliano: *credo quia absurdum*. Sólo que disfrazado...
>
> Y ahora me quedo aguardando con impaciencia la corrección que con mis doctrinas —¿mías?, ¿no impersonales más bien?— Vaz Ferreira haga de lo que en ese mi libro expuse sacándolas más del corazón que de la cabeza. (*Obras Completas*, VIII, 585-590.)

Reconozco que la cita ha sido extensa, pero confío en que los lectores me agradezcan la exhumación de esta espléndida página autobiográfica de don Miguel, nacida, es preciso subrayarlo, de su diálogo con un pensador uruguayo de la talla de Vaz Ferreira.

Tras este escrito se abre un nuevo paréntesis en la comunicación de ambos amigos, si hemos de atenernos al epistolario conservado. Pero que aquélla existió nos lo acreditan los envíos de libros que por entonces se hicieron.

No sé los que don Miguel enviara a Montevideo, pero entre los suyos que aquí, en Salamanca, se conservan, figuran dos que aminoran las proporciones de esa laguna epistolar.

Ambos se publicaron el mismo año, y los dos contienen una dedicatoria autógrafa casi idéntica. El primero es el titulado *Sobre los problemas sociales*, Montevideo, Imprenta de *El Siglo Ilustrado*, 1922, 121 págs. Su dedicatoria reza así:

«A Don Miguel de Unamuno, con el mismo respeto y admiración de siempre, y cada vez con más simpatía. *Carlos Vaz Ferreira.* Enero, 1923.»

El otro lo constituyen los *Estudios pedagógicos,* Serie III. Un proyecto sobre escuelas y liceos. (Seguido de una conferencia sobre educación física.) Montevideo, Imprenta de *El Siglo Ilustrado,* 1922, 77 páginas. Su dedicatoria es ésta: «A Don Miguel de Unamuno, con el mismo afecto y admiración de siempre, y cada vez con más simpatía. *Carlos Vaz Ferreira.* Enero, 1923.»

Debieron formar parte del mismo envío y posiblemente les precedió una carta que no conocemos. Y son los últimos que el pensador uruguayo debió enviarle. Pero no el último de los lazos de su amistad. A él nos referiremos ahora.

1924. Destierro de Unamuno. Telegrama de Vaz Ferreira

Firmadas aquellas dedicatorias en el mes de enero de 1923, un año más tarde el Directorio Militar que presidía el General Primo de Rivera desterró a Unamuno a la isla atlántica de Fuerteventura, enclavada frente a las costas africanas, en una de las más remotas provincias españolas. La reacción no tardó en hacerse sentir en Europa y en América. Y canalizando la causada en el Uruguay, Vaz Ferreira redactó un proyecto de telegrama al indicado Directorio protestando por aquella medida.

Vio la luz, reproduciendo el autógrafo del escritor, en el *Boletín de Teseo,* que publicaba la Agrupación de Artistas y Escritores uruguayos, el 14 de abril de 1924, y hoy figura en el volumen XVIII de sus *Obras Completas,* titulado «Inci-

dentalmente...» (Algunas cartas, discursos y notas). Su texto es el siguiente:

> (Proyecto de telegrama). Cerrar Ateneos, detener a Unamuno, es decisivo.
>
> Todos los países de América seremos Ateneos. Todos los escritores de América hablaremos por Unamuno.
>
> Los hijos americanos de España, que la amamos tanto, exhortamos a Vds. a que reaccionen o dimitan, no por España, que siempre sabrá salvarse, sino por Vds., a quienes en este momento los toma la Historia y no tendrán salvación. *Carlos Vaz Ferreira.*

Este telegrama se difundió en la prensa uruguaya primero, y un ejemplar de ella llegó a manos de Unamuno, quien desde su forzado retiro en la capital de la isla de Fuerteventura, dirigió al primer firmante de aquella protesta una carta que, reproducida en facsímil por *El Diario,* de Montevideo, de 15 de agosto de 1924, logró una gran difusión.

Con ella termina, que sepamos, la comunicación entre ambos amigos, y merece que la comentemos.

Aunque dirigida a Vaz Ferreira, no es tan íntima y familiar como las anteriores. Es, desde luego, una carta redactada de cara al público, y el cauce elegido para que a él llegue es el de su destinatario. Hoy tiene el valor de un documento histórico, uno más, para ilustrar los comienzos del confinamiento de Unamuno y su violenta reacción frente a un régimen político que sojuzga la libertad humana. Por eso alienta en ella una voz apasionada y auténtica, que al considerar como propias las ofensas a su patria, lanza una queja dolorida y ataca a quienes estima causantes de aquéllas.

Respetando la terminología unamuniana sobre lo que es de paso y lo que es de queda, y puesto que el texto íntegro de esta carta figura en el volumen XIX, último de las *Obras Completas* de Vaz Ferreira, a él remitimos a quienes deseen consultarla en su totalidad. Para el objeto de nuestra investigación, la amistad que unió a aquél con Unamuno, nos basta reproducir de dicha carta aquello que consideramos más ceñido al tema. La queja genérica y el agradecimiento al primer firmante de una justa protesta; y lo que hay de confianza esperanzada en el porvenir, de la que encarga sea portador el propio Vaz Ferreira para con sus compatriotas.

He aquí el texto de esta última carta, reducida a los extremos antes señalados:

> Mi buen amigo: Mientras sigue cayendo el baldón sobre mi pobre España con el silencio de una nevada, me llega hoy —11-V-24— el número d' *El Día* de ese Montevideo que publica el manifiesto de los intelectuales uruguayos con motivo de este mi confinamiento.
>
> Gracias, hermanos. Hermanos en la lengua del *Quijote*, que es la más noble hermandad. Porque sí, acepto, reconocido, el recuerdo. Me dicen los bachilleres Sansón Carrasco, los barberos y demás gentuza que hay que acomodarse a la realidad. La llamada concepción materialista de la historia profesa que las cosas —*res*—, la realidad, hacen a los hombres, pero mi sentimiento histórico de la historia me dice que somos los hombres, las personas, las que hacemos las cosas, la realidad. Dejé allá la realidad triste; me traje acá la personalidad de España. Y ni Sancho vive allí, desde que figura representar a España

el mono de Maese Pedro, el pobre general Primo de Rivera.

... ...

Mas yo confío. Confío en que no ha sido inútil mi acto de dejarme traer acá sin sentencia alguna de tribunal, sin formación siquiera de proceso ni aún por el delito de *extravagancia,* nueva categoría penal que ha inventado el Primo de Rivera. ¿Nueva? No; ni es capaz de inventar nada. Es el viejo delito de herejía que persiguió el Santo Oficio, hoy redivivo. Pero es el último estertor de la envidia ortodoxa y demagógica, de la terrible envidia troglodítica.

Espero que de esto surja la España de más dentro, la España entrañada y entrañable, la que hermana con las demás naciones de la misma sangre espiritual, de la misma lengua. Y que en vez de decir que no hay un pedazo de tierra sin una tumba española podamos decir que no hay un pedazo de cielo sin una idea en castellano.

Gracias a todos ustedes, los hombres del Uruguay. Trasmita a sus compañeros, a su pueblo, con mi saludo, mi fe robusta, mi esperanza viva y vivificadora en el porvenir de la libertad y la dignidad del pensamiento hispano-americano, pensamiento justiciero.

A través de la mar, que sonríe a nuestras trágicas flaquezas, desde esta isla venturosa, descarnada y esquelética, pedazo de África austera, le estrecha la mano

Miguel de Unamuno.

Puerto Cabras de Fuerteventura, 11-V-1924.

Los fieles lectores de don Miguel encontrarán en estos pasajes no pocas resonancias, no ya de su actitud gallarda de siempre en defensa de la libertad y de la independencia humanas, sino de su propia obra de hombre de letras. Y no lo decimos sólo por los recuerdos o ecos cervantinos del primer pasaje, en el que de nuevo se exterioriza su añejo desdén por todo lo que representa el Bachiller Sansón Carrasco, sino por otros que tal vez requieran ser subrayados.

Tal es el caso, por ejemplo, de la identidad que siempre defendió entre la raza y la lengua, considerando a ésta la sangre del espíritu. Así, con estas mismas palabras últimas, que dan título al soneto LXVII de su *Rosario de sonetos líricos*, la había proclamado en 1910:

La sangre de mi espíritu es mi lengua
y mi patria es allí donde resuene
soberano su verbo...

O ese recuerdo de dos octosílabos de la popular elegía del poeta andaluz Bernardo López García al Dos de Mayo de 1808

... no hay un pedazo de tierra
sin una tumba española...

como punto de partida para una de esas inversiones que le eran tan queridas: «no hay un pedazo de cielo sin una idea en castellano».

Hasta esa «fe robusta», que es ahora en su pluma esperanza viva, nos recuerda la que con las mismas palabras exaltaba en 1904 en su famosa «Oda a Salamanca».

Pero hay aún más. El mismo día que don Miguel firmaba esta carta en Fuerteventura, componía el VIII de los sonetos que forman su «Diario íntimo de confinamiento y destierro»,

al que puso por título *De Fuerteventura a París*. Con él se inicia propiamente ese diario; con él, como él mismo se encarga de puntualizar, «entré en otro campo», que ya no es el de los sarcasmos, sino el de la dolorida nostalgia envuelta en una confianza desesperanzada. Compare por sí mismo el lector esa localización del último pasaje transcrito de su carta con los siguientes trozos del soneto de referencia:

¡Oh, fuerteventurosa isla africana,
sufrida y descarnada cual camello,
en tu mar compasiva vi el destello
del sino de mi patria!...
... ...

Roca sedienta al sol, Fuerteventura,
tesoro de salud y de nobleza,
Dios te guarde por siempre de la hartura,

pues del limpio caudal de tu pobreza
para su España celestial y pura
te ha de sacar mi espíritu riqueza.

Y ese apretón de manos que don Miguel envía a Vaz Ferreira, «a través de la mar», es el último eslabón de una amistad entre dos espíritus impares, cuyo cauce hemos pretendido trazar en las páginas precedentes.

(1959).

EL ARGENTINO RICARDO ROJAS

INTRODUCCIÓN

Muy numerosos fueron los amigos que Unamuno tuvo en el continente americano que habla español, pero entre los más destacados debe figurar, por derecho propio, el argentino Ricardo Rojas. Los escritos públicos de aquél nos lo habían dejado entrever, y este epistolario que ahora se da a conocer nos confirma y amplía aquella intuición. Porque las páginas que siguen están trazadas sobre las cartas que ambos amigos cambiaron en más de treinta años de amistad. Complementariamente, y para ilustrar este fluir epistolar, han sido utilizadas también las obras de Rojas que se conservan en la biblioteca de Unamuno, aquí, en Salamanca, con sus dedicatorias —nunca triviales ni de fórmula—, y las notas que su destinatario fue poniendo en las guardas o al margen de sus páginas. La excelente calidad de estos materiales ampara el propósito de quien los ha ordenado, que sólo ha pretendido poner el hilo en su trama, y una mitad de ellos no hubiera podido allegarlos sin la colaboración generosa del propio Rojas, que, amorosamente, los guardaba en su casa de Buenos Aires. Séame permitido —ya que no le tene-

mos entre nosotros— rendir este tributo de gratitud a su memoria.

Varias circunstancias personales dan más valor a esta amistad, y entre ellas me permitiría señalar éstas: la diferencia de edad —casi veinte años menor Ricardo Rojas—, y el haberse conocido personalmente en el marco de esta ciudad de Salamanca, lo que confería a don Miguel algo único y espontáneo. No llegó a devolverle esta visita en su Argentina nativa, pero bien claro y firme fue su designio de que así fuera. Desde 1908, en que el entonces joven y romántico Rojas paseó su amplio chambergo y su alta figura por las calles salmantinas y por los cenáculos literarios madrileños, las cartas suplieron aquel segundo encuentro que no llegó a realizarse.

No deben ser olvidados tampoco ciertos trazos comunes que han dado a estas dos figuras de las letras hispánicas contemporáneas una cierta semejanza que me complazco en subrayar. Lo variado de su producción, la entrega total a la enseñanza universitaria, su común entusiasmo cervantino y la idéntica coyuntura en la que fueron víctimas —con diez años de diferencia apenas— de una medida de gobierno que confinó al rector salmantino en una isla desértica del Atlántico y al argentino en un paraje inhóspito de la remota Patagonia austral. Y para que este parecido sea mayor, un mismo fracaso ha vuelto a unir sus nombres: el de no haber logrado el Premio Nobel de Literatura cuando para ellos fue solicitado por universidades y academias del mundo. ¿Fracaso? Aparentemente, sí; pero su fama perdura y se acrece con el tiempo, nimbada del mismo ademán quijotesco con que ambos supieron hacer frente a un injusto destino. En ella viven estos dos nombres que, a despecho del tiempo y del espacio,

coincidieron en la común empresa de engrandecer las letras de sus países.

1903. Rojas envía a Unamuno su primer libro

La amistad de Rojas y Unamuno se inicia con la carta que aquél le dirige a éste, fechada el 15 de diciembre de 1903, en la que le anuncia el envío de su primer libro, el poema titulado *La victoria del hombre*, que acaba de publicar:

> Muy respetable señor mío: Por el correo de la fecha —le escribe— envíole un ejemplar de mi libro *La victoria del hombre*, poema que acabo de lanzar a la publicidad. Mi amigo, el joven e inteligente Dr. Bunge [1], me ha proporcionado su dirección en España, y este acontecimiento bibliográfico me ofrece la oportunidad de escribirle, realizando así un deseo que venían acrecentando de consuno, mi respeto por el rector de esa Universidad de Salamanca y su interés de Vd. por las cosas y el pensamiento de América.

Así era. Desde 1899, por lo menos, colabora Unamuno en varios diarios y revistas argentinos, como *El Imparcial*, *El Sol*, *Estudios* y, sobre todo, en *La Nación*, a cuyas columnas le dio acceso Rubén Darío, y en las que durante muchos años

[1] Todos recordarán el escrito que Unamuno dedicó, con el mismo título, al libro *La Educación*, del Dr. Carlos O. Bunge, Madrid, «La España Moderna», 1902, incluido luego en sus *Ensayos*, Madrid, Edición de la Residencia de Estudiantes, 1916, tomo III, págs. 117-143; hoy en *Obras Completas*, III, págs. 503-521. El Dr. Bunge, como Rojas, hizo también un viaje a Europa para estudiar lo referente a la enseñanza.

iban a aparecer las periódicas correspondencias unamunianas con las que formó no pocos de sus libros. En cuanto a su interés por la vida literaria americana, recuérdense sus colaboraciones en algunas revistas españolas como *Vida Nueva* y *La Ilustración Española y Americana,* por citar alguna, tarea que había logrado una forma sistemática y fija en la sección titulada «De literatura hispanoamericana», que desde 1901 viene llevando a cabo en otra revista madrileña, *La Lectura,* nacida por entonces. En ella se ocuparía de este primer libro que Rojas le envía desde el Plata:

> Le he seguido con atención —prosigue éste en su carta—, principalmente en los escritos suyos que aludían a estos pueblos y a estos hombres de su raza, y, sobre todo, en sus correspondencias a escritores de América, he podido comprender que Vd. ha llegado a formarse una idea de nuestros medios geográfico y social, peculiares ambos, tan acertada como la observación mediata lo permitía.
>
> No he de insistir, pues, sobre estas cosas, pero permítame señalarle el acto de abnegación por el Ideal que aventuras como la mía importan en estos medios sin estímulos, y donde la esperanza de la Gloria y del Bien lejanos pliega las alas como un ave exótica entumecida en climas hostiles. Tenemos con Buenos Aires una ciudad estupenda, orgullo de la raza por su vasta y compleja civilización exterior, pero cuya alma, por razones que se explicará fácilmente, no cede aún a los estímulos superiores. Nuestro país ha pasado de su inmenso desierto gaucho a la metrópoli cosmopolita, y de las bélicas barbaries que aquél engendró, al pacífico mercantilismo que vive en la otra de una recíproca prosperidad. Pero estos pue-

blos, la República Argentina sobre todo, van realizando su evolución a saltos y poseen, además, un poderoso don de asimilación en que confío para esperar tiempos mejores que no están lejanos. A esto, es claro, no pueden ser indiferentes los que como Vd. dirigen el pensamiento de su país.

El final de esta carta contiene varias referencias a las colaboraciones de Rojas sobre temas españoles, y una profesión de fe que alentaría en su obra futura, que iba a ser trazada con sus lecturas españolas, su viaje a España y su actividad universitaria en La Plata y Buenos Aires, donde, como es sabido, regentó una cátedra de literatura castellana.

Yo —termina—, libertándome de prejuicios escolares, empiezo a seguir con simpatía el movimiento español. Una revista local, *Ideas*, me confió la sección «Letras hispanoamericanas». Le envío también la entrega de septiembre, en que, ocupándome de Pompeyo Gener, le hago a Vd. una alusión final. (De su último libro sobre los vascos me ocuparé seguramente en el próximo número.) Allí he propagado ideas de simpatía a España y sobre la necesidad de mayor comunidad mental. Por eso ratifico en esta carta la dedicatoria de mi libro, y espero una suya. Quedo a sus órdenes en Buenos Aires, calle Belgrano, núm. 2230, S. s. s. y amigo

Ricardo Rojas.

[Carta autógrafa fechada en Buenos Aires, 15-XII-1903.]

El libro de Unamuno que Rojas se propone comentar es, sin duda, el titulado *De mi país*, aparecido ese año, y el texto de la dedicatoria del suyo reza así:

> Al eminente escritor D. Miguel de Unamuno, llamado a servir de vínculo entre el nuevo pensamiento de la Península y el pensamiento nuevo de sus antiguas colonias. Homenaje intelectual de
>
> *Ricardo Rojas.*

La contestación de Unamuno

Pocas semanas después —el 19 de enero de 1904— don Miguel acusa recibo al entusiasta y joven escritor argentino en los siguientes términos, después de haber leído con detenimiento su primer libro recibido, de lo que me ocuparé más adelante.

> Muy señor mío: Acabo de entregar al correo la nota bibliográfico-crítica que acerca del poema que ha tenido a bien enviarme, *La victoria del hombre*, remito a *La Lectura*, revista de Madrid. En ella verá usted expresado, con la franqueza que acostumbro siempre, el juicio que me merece esa primicia de su ingenio. Indudablemente necesita poda pero esa tendencia a lo grande, a lo heroico, a lo apocalíptico denuncia un espíritu entusiasta y de veras juvenil. Es mejor que lo que llamó Núñez de Arce «suspirillos germánicos». Prefiero que un joven haga eso y no cancioncillas amatorias y estrofuelas alambicadas. Usted es un romántico; le felicito por ello.

Mucho me ha complacido también ver que pone usted a Sarmiento junto a Hugo, Zola y Castelar. Yo le prefiero a estos dos últimos, y no digo a Hugo, a quien no he vuelto a leer desde mi primera juventud en que devoré *Los miserables*, *Nuestra Señora de París*, y algunos de sus dramas. (No vaya usted a creer que hace tanto tiempo, pues no tengo cuarenta años.)

Y contestando a la carta de Rojas esto que sigue:

Cuanto usted dice de Buenos Aires me parece exacto. Tras de la riqueza vendrá el arte, luego que se cree ahí tradición literaria patria y aprendan a aprovechar temas patrios y a ver y sentir el Universo en la propia tierra nativa.

Cierto también que ahí parece han dominado prejuicios anti-españoles, triste correspondencia de los prejuicios anti-americanistas que aquí dominaban y aún dominan. Todo eso se corregirá el día en que nosotros los españoles abandonemos la necia pretensión de seguir siendo, ni en lenguaje ni en nada, la metrópoli, la *madre* patria, la que dirige y da la ley, y cesemos de ver en esas repúblicas hijuelas nuestras. Aquí tienen muchos en la boca lo de la hermandad entre cuantos hablan castellano, pero pocos ven en ustedes hermanos, sino una especie de hijos y de hijos *ingratos* (esta acusación de la ingratitud es de lo más grotesco que cabe). Por nuestra parte, usted y yo y los que sentimos bien, tiremos a establecer la verdadera hermandad bajo pie de libertad y de igualdad mutuas.

Se le ofrece amigo affmo. y s. s.

Miguel de Unamuno.

Gracias por el número de *Ideas*.
[Carta autógrafa fechada en Salamanca, 19-I-1904.]

Reseña de «La victoria del hombre»

Olvidada esta asidua colaboración de Unamuno en *La Lectura* como tantos otros escritos suyos de tema americano, laguna de su obra conocida que he salvado reuniéndolos, conviene que nos detengamos ahora en el que tuvo por asunto el primer libro de Ricardo Rojas.

Lleva por título «Un poema sintomático», al que califica de apocalíptico, y lo que entiendo que justifica la calificación unamuniana es lo que en él encuentra de icárico, su tendencia «a lo grande, heroico, resonante y elevado», pues si este impulso puede acarrear lo desigual del empeño, saludable es que se lleve a cabo, ya que «la voluntad constante y firme engendra potencia».

> Mas volviendo al joven Rojas y a su poema —añade—, ¿quién no ha soñado a su edad con escribir una epopeya o un poema en que se compendie y cifre el espíritu del siglo, o en construir un nuevo sistema filosófico?

Y después de celebrar reiteradamente el ímpetu romántico del poeta «que canta el alma de las cosas», haciéndole algunas observaciones de detalle, da fin a su reseña Unamuno con estas palabras:

> El joven Ricardo Rojas parece tener voluntad, ansia de ser, entusiasmo y juventud; cuando madure su fantasía y aprenda a manejar la podadera, será uno de los útiles obreros de la cultura de su patria y un forjador de su Ideal [2].

Lo que no ha sabido Rojas, ni creo que hasta hoy haya sido revelado, es que en las guardas finales de este libro suyo figura la siguiente anotación autógrafa de don Miguel, hecha, por cierto y contra su costumbre, en lápiz azul: «Soñé estar en Buenos Aires noche 18 enero 1904.» Así, en esa forma taquilógica, como él gustaba decir, en que anotamos nuestras observaciones al vuelo. Al día siguiente le dirigía la primera carta que antes he transcrito.

Nueva correspondencia de 1904

La reseña unamuniana de *La victoria del hombre* contribuyó poderosamente a llamar la atención sobre su autor, en especial en los medios bonaerenses. Es lo primero que aquél le confiesa, al escribir a Unamuno, el 2 de junio de este año:

> Muy señor mío: Esperaba recibir el número de *La Lectura* —comienza— para conocer su juicio sobre mi libro *La victoria del hombre* y acusarle recibo entonces de su apreciable y atenta carta de Enero. *La Nación*, importante diario de ésta, anunció que Vd. se ocupaba de mi obra, pero yo no vi esta noticia ni la supe hasta cuatro días después, y cuando fui a las librerías los ejemplares de la revista se habían

[2] *La Lectura*, Madrid, año IV, número 39, marzo de 1904, págs. 364-366. Hoy en *Obras Completas*, tomo VIII, págs. 244-248.

agotado con tan eficaz *réclame*. He leído su artículo en el ejemplar que recibe el Dr. Bunge. Por mi parte no debo sino quedar muy reconocido al generoso augurio con que termina su nota y, en cuanto a algunas objeciones de detalle, que no afectan siquiera al poema, han sido contestadas por la revista *Ideas*, de la cual llegará a sus manos el número correspondiente [3]. Puedo agregar que, después de su juicio, no «le depondré del pedestal en que le tenía colocado», según la frase del escritor colombiano, transcripta por Vd. en su meditado y oportuno «entremés justificativo». Créame que ésta es una de sus producciones que me han producido mejor impresión. No puede ser más sensato lo que usted ha escrito allí, por más que los agraviados van a lapidarle.

Se refiere Rojas a una de las colaboraciones de don Miguel en *La Lectura*, que con ese mismo título que transcribe vino a interrumpir su quehacer habitual en la sección que la revista venía dedicando a las letras hispanoamericanas. En esas páginas explica por qué hace crítica de libros, y confiesa que cree no sirve para ello por su independencia de juicio y su rigor dialéctico. Vio la luz en mayo de 1903.

Y sigue Rojas en estos términos:

Yo, en cambio, quiero darle una prueba del aprecio intelectual con que le miro en el grupo de los actuales directores d'*El pensamiento español*. Con el nombre de las palabras subrayadas (salvo el abusivo apóstrofe) preparo un libro de crítica sobre literatura española contemporánea. Tomo las obras en

[3] No he encontrado este número de la revista *Ideas* en la biblioteca de Unamuno.

cuanto expresan una parte de los sentimientos y las ideas nacionales o en cuanto pueden influir sobre ellos, para inducir de ahí algunas generalizaciones de carácter literario y sociológico. He escrito ya sobre Echegaray, Dicenta, Gener, Galdós, Núñez de Arce, Danvila y otros cuentistas, Blasco Ibáñez, etc. Deseo incluir a Ganivet y a Vd. y le ruego me indique cuál juzga Vd. su obra más comprensiva desde este punto de vista y cuál la de Ganivet.

Se lo agradecerá su amigo y servidor

Ricardo Rojas.

[Carta autógrafa fechada en Buenos Aires, 2-VI-1904.]

No figura este volumen entre los de la biblioteca de Unamuno, pero la tarea que Rojas le anuncia en esta carta es la que luego apareció reunida en el titulado *El alma española*, publicado en 1905.

La respuesta de don Miguel a esta carta no se hizo esperar, y el 19 de agosto siguiente se dirigía al escritor argentino en estos términos:

Mi estimado señor y amigo: Su carta me ha complacido mucho, pues veo que sabe sacudirse de las flaquezas inherentes al *genus irritabile vatum* que dijo Horacio. Fui al juzgar su obra, como procuro serlo siempre, absolutamente sincero. Y como la estimo en calidad de esperanza mucho más que en la realidad, espero de usted frutos más sazonados y maduros. Leí los reparos de la revista *Ideas*, a los que tendría yo mucho que oponer —y creo que con peso y fuerza—, pero tengo formado firme propósito de

no discutir al menudeo, sino recoger cuantas observaciones se me hacen y responder en conjunto a las que crea merecedoras de respuesta, en trabajo doctrinal y no de polémica.

Y contestando a las consultas de Rojas, esto que sigue:

Respecto a lo que me pregunta, le diré que de Ganivet debe leer el *Idearium español* y *Los trabajos de Pío Cid*. Ésta es una obra más personal: una autobiografía algo incoherente y digresionante, pero llena de espíritu y de vislumbres.

Respecto a mí, no sé qué decirle. Lo que más trabajé fue mi novela *Paz en la guerra*, y lo que los demás, no yo, creen lo mejor de lo mío es *En torno al casticismo*. Pocas más obras llevo publicadas. Mi novela *Amor y pedagogía* creo no ha sido comprendida en España. Mi libro *De mi país* contiene lo más fresco y más espontáneo de mi producción, lo más exclusivamente literario.

Mi obra capital (acaso me equivoque) es la que publicaré a fin de año, *La vida de Don Quijote y Sancho según Miguel de Cervantes*, explicada y comentada por

Miguel de Unamuno.

que, como amigo, le desea a usted prosperidades y gloria.

[Carta autógrafa fechada en Salamanca, 19-VIII-1904.]

Estos juicios de Unamuno tuvieron que interesar a Rojas, y, efectivamente, al contestar esta carta es lo primero que subraya, para continuar luego exponiéndole el proyecto de un

futuro libro, que es *El alma española*, antes aludido. He aquí el texto de su contestación, tras de la cual se abre un paréntesis de varios años en la historia de esta amistad:

> Muy señor mío y amigo: Motivos personales me obligaron a demorar la contestación de su última carta, que tanto gusto me proporcionó.
>
> Le alegra a Vd. que haya sabido sacudirme de las flaquezas inherentes al *genus irritabile vatum*, según Vd. mismo dice. En efecto, procuro siempre en estas y otras cosas separar la fécula del afrecho y de ahí que muchas veces dejo pasar elogios y objeciones con un mismo escepticismo.
>
> Pero no es esto lo que me ha interesado más de su carta, sino cuanto me habla de Ganivet y de sus obras, así como de sus propias obras de Vd. *La victoria del hombre* es para mí cosa pasada, cosa exterior. Hablen de ella los demás. En tanto, me siento ahora con el alma puesta en mi nueva obra, a la cual me referí en mi anterior. Es ésta de muy distinta índole que la anterior; y, buena o mala, la cuidé con cuidado maternal que, a pesar de su grandeza, suele reconcentrarse celoso en el último de los hijos.
>
> Como antes le dije, tenía resuelto incluir en la obra un capítulo sobre alguna obra suya y sobre algo de Ganivet. Mucho me complazco que su opinión acerca de los *Trabajos* de este último coincida con la mía. Cuando llegó su carta había leído casi todo Ganivet y anotándolo, incluso lo último: el *Epistolario*. Creo que éste es uno de los talentos más raros y fuertes de la España contemporánea.
>
> Dado el propósito y el plan de mi obra —que se llamará *El alma española*—, agruparé todo eso alre-

dedor del extraordinario espíritu de Pío Cid, cuya figura me apasiona.

En cuanto a Vd. no me he decidido aún por la elección. Necesitaría algunas páginas para explicarle el motivo de la dificultad. Pero acaso pueda darme a entender si le digo que no se trata de una obra de crítica personal, ni de una serie de siluetas, ni de una galería de autores, sino de una especie de psicología literaria, algo a lo Taine, aplicado al actual momento espiritual de España. Para ello elijo diez *hechos*, diez documentos, o sea diez obras literarias, entre las cuales incluiré una suya, aunque lamentando la exclusión forzosa, en razón del espacio, de muchas que hubieran merecido figurar, obra de otros autores. El libro se publicará en España durante 1905.

Lo saluda su s. s. y amigo

Ricardo Rojas.

[Carta autógrafa fechada en Buenos Aires, 17-XI-1904.]

1908. Viaje de Rojas a España

Tres años después de la carta anterior, en las primeras semanas del de 1908, el escritor argentino llega a Madrid, y desde el Nuevo Hotel de Embajadores, que la viuda de F. García regenta en la Carrera de San Jerónimo, esquina a la calle del Duque de la Victoria, escribe a Unamuno. Le trae a Europa un motivo oficial: el de estudiar la enseñanza de la Historia, y le trae a España, sobre todo, el deseo de conocerla. De todo ello le da cuenta al rector salmantino de esta manera:

Muy señor mío y amigo: Vuelvo a escribirle después de largo tiempo, con motivo de mi visita a España. Es un viaje que he deseado durante muchos años, y que al fin puedo realizarlo, después de haber visitado Inglaterra, Francia e Italia. Como Vd. recibe *La Nación*, supongo que habrá visto allí mis correspondencias. Traigo también, fuera de la misión periodística, una misión oficial. El Ministro de Instrucción Pública de mi país me ha encargado estudiar la enseñanza de la Historia. Lo que a métodos y organización se refiere, no creo que sea aquí muy interesante a este respecto. Pero lo es en cambio el país todo, tratándose de historia, porque aquí está la raíz de nuestro espíritu americano.

Para ilustrar mi informe con opiniones de profesores ilustres, he conversado con Martin Hume y Smith en Inglaterra, con Ferrero y Guerrini en Italia. Aquí en España su opinión me interesa. Pienso hacer una visita a Salamanca, y le agradecería me dijese si no piensa venir Vd. por Madrid. Yo pienso estar en esta ciudad unos dos meses. Es posible que dé en el Ateneo una conferencia sobre la *Atlántida* de Andrade y otra sobre el *Facundo* de Sarmiento. Aún no he resuelto nada, pues llegué ayer. Le mando mi último libro, *El país de la selva*. Se lo recomiendo mucho, pues créolo un esfuerzo serio, y, en forma y fondo, con cosas hispanoindígenas que a Vd. le interesan y que le harán pensar. (Tijera en *La conquista*, en *La Salamanca* y en todo.)

Hasta muy pronto, salúdalo su affmo. amigo

Ricardo Rojas.

P. S. En Londres con Ramiro de Maeztu y en San Sebastián con Grandmontagne hemos hablado mucho de Vd. *Vale.*

[Carta autógrafa, fechada en Madrid, 10-I (sic)-1908.]

Creo que esta fecha debe retrasarse en un mes justo, o sea al día 10 de febrero. Me lleva a ello la contestación de Unamuno, fechada el 11 de febrero, a vuelta de correo, y que, lógicamente, no iba a retrasar cuando el propio Rojas le hace saber que su estancia madrileña no será superior a dos meses. Luego veremos que la realidad excedió su propósito. El mismo tono con que don Miguel inicia su respuesta confirma mi suposición. Héla aquí:

En efecto, mi estimado amigo, no será cosa lo que usted aquí aprenda respecto a la enseñanza de la historia, pero respecto a la historia misma algo puede aprender. Y yo me alegro que vengan por acá hombres como usted y que vengan con buen deseo y no de prisa y corriendo. Porque a España se la ha calumniado mucho siendo así que el progreso es aquí enorme desde hace veinte años y que hay actividades, como la literatura, en que podemos ponernos con cualquiera. No creo que la literatura española contemporánea sea inferior en genialidad y brío a la de cualquier otra parte.

Me alegraré verle por aquí. Yo no salgo de aquí no siendo en fiestas... Si usted no me avisa que viene por entonces saldré los Carnavales a pasarlos en el campo, y saldré la Semana Santa, a pasarla en Bilbao, mi pueblo. A Madrid voy lo menos posible —hace dos años que no he ido— y por ahora no

pienso en tal cosa. Aparte de que estoy atareadísimo, esa villa y corte me apesta. Todas las grandes ciudades me repelen y Madrid más que otras.

Sí, le he leído a usted en *La Nación* y celebro que esté usted en España para que sobre ella escriba. Hoy es *La Nación* mi principal tribuna.

Leeré con atención su libro *El país de la selva* y espero que me sugiera algo y me dé ocasión para escribir.

Se está encuadernando ya mi próximo libro *Recuerdos de niñez y de mocedad.* Antes de fin de mes creo podré enviarle un ejemplar, pues para esa fecha estará listo.

Adiós. Es su amigo affmo.

Miguel de Unamuno.

P. S. Uno de estos días publicará *El Mundo,* de ésa, un artículo mío sobre el problema catalán. Creo sea lo más claro que se haya escrito sobre ello y tengo la pretensión de haber llegado al fondo del asunto tratándolo de manera que pueda interesar hasta a los de fuera.

[Carta fechada en Salamanca, 11-II-1908.]

Pocas precisiones necesitan estas dos cartas con que se inicia la comunicación epistolar, que fue muy intensa, en 1908. Las correspondencias de Rojas en *La Nación* bonaerense, que Unamuno le asegura haber leído, formaron su libro *Cartas de Europa. Crónicas de Francia, Inglaterra e Italia,* aparecido este mismo año en Barcelona, del que, en su día, se apresuró a enviarle un ejemplar.

El encuentro de Rojas con Maeztu, en Londres, lo creo de interés y se lo brindo a los biógrafos de éste, como lo sería, sin duda, el del escritor hispanoargentino Francisco Grandmontagne, gran amigo también de don Miguel.

Y el artículo unamuniano acerca del problema catalán, sobre el que llama la atención a Rojas, será recordado más adelante, pues, como veremos, no fue éste solo el que a dicho tema dedicó por entonces.

Nos quedan dos temas de fuste en ambas cartas: el mutuo envío de sendos libros: *El país de la selva*, del argentino, y *Recuerdos de niñez y de mocedad*, del vasco. A ellos se refieren las cartas que siguen.

«El país de la selva», juzgado por Unamuno

Sin esperar respuesta a su carta, tan pronto llega a sus manos el libro que Rojas le anuncia, y una vez leído, le escribe Unamuno pocos días después. Editado por la Casa Garnier Hermanos, de París, en 1907, lo integran una colección de paisajes, tipos, tradiciones y leyendas del norte de la Argentina. El ejemplar que don Miguel recibió tiene esta dedicatoria autógrafa:

> A don Miguel de Unamuno, afectuoso recuerdo de su amigo
>
> *Ricardo Rojas.*
>
> Madrid, 1908. Hotel Embajadores.

En sus páginas hay anotaciones y subrayados en lápiz hechos por su destinatario. El acuse de recibo lo hizo en estos términos:

Recibí su libro, querido amigo, y lo estoy leyendo. Es realmente muy interesante y confirma lo que ya vi en su primera obra y es una tendencia a lo grande, a lo vasto, a lo épico, cosa más de alabar cuando ahora, y en su país de usted como en éste, se cultiva adrede lo mínimo, lo endeble, lo fugitivo. Tiene usted bríos victorhuguescos y creo que debería dedicarse más que a la novela a la historia, y lo digo porque doy a ésta más importancia poética y artística que no a aquélla.

Acaso alguien crea que no es muy exacto hablar de *menhires* y de *augures* en América —yo habría más bien dicho agoreros, que ha perdido su sentido romano—, pero tiene su defensa.

Entre los ocho apellidos que en la pág. 35 da usted como castellanos la mitad de ellos (Basualdo, Ibarra, Garay, y Aguirre) son vascos. Pero sé lo que usted ha querido decir y no me parece mal que nos incluya entre los castellanos (y a mucha honra).

Y ahora un inciso sobre los dos escritos que ha dedicado a Cataluña:

Mis dos artículos en *El Mundo* sobre el problema catalán —en rigor psicología comparada del catalán y el castellano— se publicaron los días 15 y 18 de este mes. O por entonces, porque no los tengo a mano.

El primero de ellos lleva por título «Oposición de culturas», y el segundo «Éstos», y no los incluyó su autor en sus libros [4].

[4] Hoy pueden leerse en el tomo XI de sus *Obras Completas*, págs

Su libro de usted —prosigue la carta— me va a venir que ni pintado para sostener y apoyar —en *La Nación*, por supuesto— una de mis tesis respecto al carácter de la literatura hispano-americana.

Terminado mi último libro, *Recuerdos de niñez y de mocedad*, que está en la imprenta, voy a pasar los Carnavales al campo a reponerme de un pequeño trastorno gástrico y de la afección moral que me ha producido cierto golpe merecido por mis flaquezas y debilidades. Y me duele más porque soy el culpable. De ello hemos de hablar pues se refiere a cosas de su país de usted.

Salude al Sr. Marco Avellaneda, a quien desde [que] leí aquella discusión del divorcio aprecio muy de veras.

Usted, si es que le complace ver esto, venga cuando mejor le cuadre, pero avisándome.

Sabe es su amigo

Miguel de Unamuno.

P. S. Estoy haciendo un prólogo a la colección —primera que se publica— de los escritos de José Asunción Silva, el poeta bogotano [5].

Noto en su libro, como en *El imperio jesuítico*, de Lugones, cierta preocupación de casticidad de lengua. También de esto tengo algo que decir.

147-162, al que pasaron de un volumen titulado *Inquietudes y meditaciones*, Madrid, Afrodisio Aguado, que publiqué en 1957.

[5] José Asunción Silva, *Poesías*, Barcelona, 1908. Prólogo de Miguel de Unamuno, firmado en Salamanca, en marzo de ese año, que ocupa las págs. V-XIV del volumen. Es diferente del ensayo que tituló con el nombre del poeta bogotano, firmado en julio del mismo año, y que vio la luz en *El Cojo Ilustrado*, de Caracas, el 15-VIII-1908, de donde pasó al libro *Contra esto y aquello*, Madrid, 1912.

Aquello del indio Gabriel, que al verse en el espejo llora, me ha impresionado, pues me recuerda algo muy personal e íntimo, ante un espejo también.

[Carta fechada en Salamanca, 26-II-1908.]

Pero dos días después, y antes de que Rojas contestase a esta carta, Unamuno le escribe de nuevo presentándole a un alumno suyo, y con tal motivo le puntualiza otros aspectos del juicio que *El país de la selva* le ha merecido. Oigámosle:

Irá a verle, mi buen amigo, aquel de mis discípulos que tiene más sólido talento y más fuerte educación literaria, un escritor de raza y de fibra, Pedro Martín Robles, aún desconocido del público. Quiero que se conozcan ustedes.

En la pág. 122 de su libro dice usted «suso la almohada». Ahora bien, *suso*, del latín *sursum*, opuesto a *yuso (deorsum)* no significa debajo sino encima. El susodicho quiere decir el antedicho, el dicho arriba. Lo contrario de lo que usted supone.

En otro sitio he leído *fetiquista*. Es *fetichista*, de fetiche, palabra venida del francés *fétiche*, la cual a su vez provino del portugués *feitiço* (en castellano *hechizo)*, el idolillo de los negros africanos.

Tampoco me gusta aquello de «alba anímula, vágula, blándula». Deje usted esas garambainas para la tribu de Rubén. Nada de preciosismos que han infestado en estos años las letras españolas e hispano-americanas.

En cambio me interesa la voz *bincha* (del latín *vincula*, como *cincho* de *cingulu*, *mancha* de *máncula*, etc.), que corresponde al portugués *brinco*, primiti-

vamente pendiente o arracada. Dé noticias de esa palabra y de esta mi explicación al suso dicho Pedro Martín Robles, que es doctísimo filólogo.

Adiós. Es muy su amigo

Miguel de Unamuno.

P. S. Ha debido inducirle al error del *suso* el *so,* del latín *sub* y el *soto* de *subtu.*

[Carta fechada en Salamanca, 28-II-1908.]

Minucias de lector atento, se pensará, pero conviene no olvidar que por estos años Unamuno viene entregándose a la tarea que en su vejez llamaría sacar las tripas al romance castellano. Y es en estas minucias lingüísticas en las que toma pie Rojas al contestar a don Miguel —ya le llama así— a vuelta de correo:

No, mi querido amigo don Miguel, yo no empleo las palabras por suposición. La justeza con que está empleado el vasto vocabulario de mi libro, ha debido hacerle pensar que lo de *suso* no es ignorancia sino error. Conozco bien la palabra, lo mismo que *yuso.* Las he visto por primera vez en algún romance antiguo que ya no recuerdo. Además son palabras de diccionario. Me sedujeron mucho en un tiempo y al principio las empleé con alguna prodigalidad. Pero luego reflexioné que tratándose de preposiciones era mejor no abusar de ellas, por no ser ya del uso común. Entonces en las copias sucesivas de mi libro fui persiguiéndolas y tachándolas, como a otras. Hay capítulo, como el primero, que copié seis veces, con largos intervalos de tiempo y mucho escrúpulo en

eso de la precisión verbal, precisión en el traducir la imagen, la idea o simplemente la emoción, que eso varía. Esto de la emoción es lo que me lleva a ciertas aliteraciones: tal aquella de: «anímula, vágula, blándula», que Vd. señala *.

Respecto a *yuso* y *suso* estoy ahora en no emplearlos sino en verso o para evitar cacofonías sustituyéndolos a *bajo* y *sobre* respectivamente. El *suso* mío que usted señala es un infame error tipográfico de ese judío de Garnier, como otros terribles errores que hallará Vd. en el texto. Aun sin la ayuda del latín, bastaba el *susodicho* para orientarse. Y conocía además la diferencia que hay entre eso y el *so* o *sub*.

La palabra *vincha* o *bincha* es, en efecto, muy interesante. Algunos dicen o escriben *huincha*, con *h*, pretendiéndole quizás de origen americano.

Y ¿qué me dice de *emplear* por invertir dinero en compras? ¿Y *resabiarse*, cansarse (quedarse)? ¿Y *apercollar?* ¿Y otras castizas que emplean los gauchos hispanoquichuas de mi provincia, y que en Buenos Aires no se usan?

De todo esto hablaremos cuando vaya por Salamanca, que será pronto. Y hablaré también con su discípulo, a quien recibiré con placer.

Espero leer el artículo en *La Nación* que me anuncia. Daré a Avellaneda su saludo si vuelvo a verle.

Suyo muy affmo. amigo

Ricardo Rojas.

* Si eso de la «tribu de Rubén» es por la tribu, está muy bien, porque no he visto cosa peor, pero si

es por el cacique, no, porque es un gran poeta y un gran escritor.

[Carta autógrafa fechada en Madrid, 29-II-1908.]

Apenas dos días después volverá Rojas a rebatir las observaciones de Unamuno a su último libro. Brevemente, en una postal que reproduce un paraje madrileño, y con el pretexto de darle cuenta de haber leído aquellos dos artículos sobre el problema catalán, que tanto le ponderó su autor, dice así:

Mi querido don Miguel: He leído los dos artículos suyos que me recomendó. Por lo que yo sé, me parece mejor cuanto dice de los catalanes que lo dicho de los castellanos. Sobre éstos no se ha superado —y acaso no le han superado— lo que de ellos escribió *En torno al casticismo*, el que prefiero de sus libros.

En mi anterior me olvidé decirle que su observación sobre la palabra fetichismo (y no fetiquismo) era justa. Entonces la creía de origen italiano y hacía una derivación fonética, pues la *ch* es *c* o *q* nuestra. En otro libro posterior ya dije *fetichismo*.

Hasta muy pronto. Su amigo

Ricardo Rojas.

[Tarjeta postal autógrafa, Madrid, 2-III-1908.]

Rojas comenta «Recuerdos de niñez y de mocedad»

Oigamos ahora el comentario que al escritor argentino le merece esta nueva producción unamuniana, en la que su autor

reagrupó una serie de escritos que parcialmente había anticipado en *El Nervión*, de Bilbao, en 1891 y 1892. Se lo comunica, pocas semanas después de la carta anterior, en esta otra:

> Mi estimado don Miguel: He tenido el gusto de recibir sus *Recuerdos de niñez y de mocedad*. Lo he leído inmediatamente. Es un libro de gran interés psicológico. Veo que sus recuerdos no se remontan más allá de los cuatro o cinco años. Con varios documentos análogos y encuestas experimentales los autores de psicología infantil, materia que hoy se enseña aparte en algunas escuelas (las nuestras entre otras), dan ese mismo promedio. Yo tengo recuerdos de infancia que según mi madre serían de cuando yo tenía dos años y aún menos, pero, según dichos autores, tales recuerdos suelen ser errores de localización o ilusiones de la memoria, acaso reconstrucciones imaginarias inconscientes. ¿Quién lo sabe? Su afirmación inicial de que no tiene Vd. noticia intuitiva y directa de su nacimiento ha parecido trivial a algunas gentes de Madrid; pero yo creo que la ha puesto para dar pie a la otra, muy profunda, de que no hemos de tener noticia directa de nuestra muerte. Esto me parece muy bien. Yo no siento el terror de *la hora* de la muerte. Tengo fe en la otra vida, sin embargo. Le felicito.
>
> Tendré ocasión de hablar de Vd. cuando escriba sobre España. Y conversaremos mucho cuando vaya por allí.
>
> Suyo affmo.
>
> *Ricardo Rojas.*

P. S. ¿Por qué no ha hablado Vd. del interesante proceso psicológico de la pubertad? *Vale.*
[Carta autógrafa, Madrid, 21-III-1908.]

No se hizo esperar la respuesta de Unamuno, pocos días posterior, en la que no sólo recoge los comentarios de su amigo, sino que nos brinda curiosas noticias acerca de su sentido de la poesía, la propia y la de sus coetáneos. He aquí su carta:

Mi querido amigo: He visto sus versos en el *Heraldo*. Están muy bien, pero cada día se me hace más odiosa la rima. Los italianos hacen bien en desdeñarla más que nosotros. Hace decir muchas cosas redundantes o retorcidas. Y es un bárbaro artificio medieval. En fin, de ello hablaré.

Si no he hablado en mi libro del proceso de la pubertad es porque me repugna hablar de cosas sexuales. Abrigo una fuerte y creciente manía contra toda literatura en que se da importancia a cosas sexuales. De todos los personajes de ficción es hacia Don Juan Tenorio hacia quien más desprecio siento. Y no resisto a los jóvenes que creen que su novia es el centro del universo.

En una de sus cartas me dijo algo de Rubén Darío. Cuando nos veamos hablaremos de él, a ver si es al fin usted quien me convence de que hay poesía en las caramilladas artificiosas del nicaragüense. Yo no le culpo de lo que otros, sino que sus versos me parecen terriblemente prosaicos en el fondo, sin pasión ni calor, puras virtuosidades y tecniquerías. Escribe, además, cosas imposibles por la manía de la rima rica. Puesto que hablamos de un príncipe *rubio* tenemos que hacerle navegar por el *Danubio*, así como

Bretón de los Herreros saca al obispo de *Sigüenza* para que le *convenza* a uno.

Es como la *versorragia* en que está cayendo nuestro excelente Salvador Rueda, que se ha propuesto ensartar palabras sobre todos los bichos del globo terráqueo.

Y va usted al fondo y todo blandenguería, mucílago, literatura y nada más. ¡Qué falta hace un soplo clásico! Pero clásico de verdad.

Basta. Sabe es su amigo

Miguel de Unamuno.

[Carta fechada en Salamanca, 27-III-1908.]

Conferencias de Rojas en el Ateneo de Madrid

A punto de cumplirse los dos meses que Rojas había calculado para su estancia en Madrid, va a convertirse en realidad un proyecto que, recién llegado allí, comunicó a Unamuno: el de sus conferencias en el Ateneo. Pero surgió una dificultad con la que no contaba: la escasez de libros americanos que para esta tarea precisaba. Y para vencerla acude a don Miguel. A ello se refieren las cartas que siguen. La primera de ellas dice así:

Mi querido don Miguel: Entre una cosa frívola y otra seria, sigo aquí preso en este Madrid que Vd. no quiere. Ahora me he comprometido con doña Emilia a dar una o dos conferencias en el Ateneo. Esto, naturalmente, me retendrá unos días más, a pesar de mis vivos deseos de verle cuanto antes en Sala-

manca, ciudad que me es profundamente simpática. Quiero hablar aquí de la evolución mental argentina durante el siglo XIX, pues he notado que reinan por acá muchas ideas falsas sobre aquello. Es lamentable la ignorancia en que se tiene a América. Más grande es la de los franceses, pero ellos no tienen tan grande obligación de conocernos como los españoles. Entre éstos es Vd. uno de los pocos que se ha empeñado en ello.

Lo malo es que este asunto me toma sin libros, pues viajo sin ellos y aquí no los hay. Necesito imprescindiblemente de Sarmiento el *Facundo*. Le ruego me lo preste. Se lo llevaré yo mismo. Si tiene los *Viajes* y los *Recuerdos de provincia*, también. Es urgente y le agradeceré muchísimo esto.

Espera su respuesta y lo abraza su amigo

Ricardo Rojas.

[Carta autógrafa, Madrid, 3-IV-1908.]

A vuelta de correo, don Miguel le anuncia el envío de los libros que le pide y brinda a su amigo un breve catálogo de los fondos argentinos que tiene en su biblioteca. Luego, como habría de hacerlo también públicamente, comenta con acritud el hecho que Rojas le denuncia. Y aún hay margen en la carta que sigue para darle cuenta de la presencia en Salamanca de un joven escritor chileno, Ross Mujica, que reaparecerá más adelante en estas páginas:

Mi querido amigo: Le remito hoy mismo el *Facundo*, los *Recuerdos de provincia* y los *Viajes* de Sarmiento. Y dígame si quiere algo más, pues tengo un buen golpe de libros argentinos y entre ellos las obras

completas de Alberdi, Mitre, Estrada, Echeverría, J. C. Varela, y cosas de Eduardo Gutiérrez, Ascasubi, Pairó, Mármol, Obligado, Saldías, *Fray Mocho*, Joaquín V. González, *Abul-Bagi*, Bernárdez, García *(La ciudad indiana)*, Ayarragaray, las *Memorias* del general Paz y las de Lamadrid, Argerich, etc., etc., y colecciones de revistas *(Estudios, Nosotros, Revista nacional, Revista de Tucumán*, etc., etc.). Habrá en mi casa por encima de un centenar de libros argentinos. Y luego muchos chilenos, uruguayos, etc.

Tiene Vd. razón: la ignorancia de cosas de América es muy grande en España y sobre todo en ese huero e indecoroso Madrid que es lo último que debían visitar los extranjeros que trataran de estudiarnos. Eso es mejor para darse a conocer que para conocer. La juventud literaria ahí congregada es lamentable. Cultiva esa repulsiva quisicosa que llaman estilo y anda a caza de voquibles. Eso está cada vez peor. La superficialidad y la sicalipsis la tienen comida...

Le deseo acierto en sus conferencias del Ateneo. En cuanto al fruto... espero muy poco de eso. A raíz de una conferencia que di ahí unos cuantos socios pidieron se adquirieran las obras de Sarmiento. No sé si se llegó a hacerlo. No les interesan más que sus cosas domésticas.

Lleva aquí veinte días, después de haber pasado dos meses en Galicia, un cultísimo y muy inteligente joven chileno, Luis Ross Mujica, que viene a estudiar España. El estado de su mujer le obligará a ir a ésa —donde usted le conocerá—, pero no tiene mal-

ditas las ganas de Madrid. Mañana da aquí una conferencia sobre Chile.

De muchas cosas hablaremos cuando nos veamos. Un abrazo de su amigo

Miguel de Unamuno.

[Carta fechada en Salamanca, 4-IV-1908.]

A la que Rojas contestó con ésta:

Mi querido don Miguel: Mil gracias por el envío de los tres tomos de Sarmiento que acabo de recibir. Ya me parecía que recurriendo a Vd. por libros de América no habría de fracasar, y espero que tendré ocasión de contar esto también entre mis impresiones de España.

Mi propósito era, en caso de hacerlo, dar tres conferencias sobre la evolución argentina, explicando el proceso político alrededor de determinadas obras literarias, fijando la relación que hubiera entre ambos. Para la primera necesitaba el *Facundo,* que es el núcleo de lo que media entre la Independencia y la Unidad nacional. Para lo posterior a la Unidad hasta la federalización de Buenos Aires, que fue el 80, la *Atlántida* de Andrade, escrita este último año, y que contiene las ideas de romanticismo político que han inspirado nuestra organización civil, y aunque parezca extraño tratándose de un poema, hasta los sentimientos que han movido nuestra expansión financiera. Yo veo en el *Facundo* y en la *Atlántida* las dos obras capitales en prosa y verso que nos han dejado las generaciones anteriores. En tal caso, la tercera conferencia sería sobre nuestro estado actual, lo posterior al 80, el cosmopolitismo, el industrialis-

mo y muchas cosas, halagüeñas unas, y otras desoladoras. De este período, por falta de perspectiva, no se puede elegir una obra típica, pero daría el panorama de nuestra literatura contemporánea.

Todo esto es importante, pero temo como Vd. que ni interese, ni dé fruto.

Como no se puede contar con la Semana Santa para eso, es posible que vaya a Andalucía y que al regreso resuelva lo que debo hacer.

Abrázalo su amigo

Ricardo Rojas.

Gracias y hasta pronto.

[Carta fechada en Madrid, 6-IV-1908.]

Este proyecto de las tres conferencias del escritor argentino no llegó a cumplirse, y después de pasar la Semana Santa y parte del mes de abril en tierras andaluzas y Tánger, la única conferencia que llegó a dar en el Ateneo, sobre Andrade, tuvo lugar mucho más tarde, el 27 de mayo, estando ya casi con el pie en el estribo para trasladarse a Barcelona y regresar a París por Port-Bou. Presidió en aquella ocasión la mesa doña Emilia Pardo Bazán, y una curiosa fotografía, que hoy ilustra su libro *Retablo español,* nos ofrece la alta apostura de Rojas rodeada por Rubén Darío, Menéndez Pidal, Grandmontagne, Valle Inclán, Acebal, Palomero y otras figuras de las letras contemporáneas.

La visita de Rojas a Salamanca

Nos la ha descrito él mismo en unas páginas inolvidables que forman parte de su *Retablo español,* donde albergó las

crónicas de su viaje a España, que, como revela en la explicación preliminar, «debí escribirlas para *La Nación;* pero la realidad española apoderóse de mí, y el tiempo me faltó para cumplir allá estos deberes, como antes los cumpliera desde otros países». «Treinta años después —añade— he traído mis originales a la vieja imprenta, y, según parece, aún son de actualidad.» Porque este libro de peregrino entusiasta no vio la luz hasta 1938 exactamente. Cuando Rojas lleva a cabo este viaje tenía «apenas veinticinco años, sin rango universitario, y sin más bagaje que mis primeros libros», según nos confiesa. Lo que no fue obstáculo, y así lo proclama, para que los que él llamó «grandes de España» —Menéndez Pelayo, Giner de los Ríos, el propio Unamuno— le acogiesen muy bien. Por eso, sin duda, reproduce una frase de la carta en que el último le da la bienvenida: «Celebro que esté usted en España para que sobre ella escriba.»

Lo que este viaje representa en la vida y en la obra del escritor argentino creo que lo revela ampliamente este diario, puntual cuaderno de bitácora de sus andanzas hispánicas [6]. A ello solamente añadiríamos una aguda observación de quien lo redactó: la calificación de climatérico que asigna a este año 1908 en la vida española. Con él concluye la que

[6] El itinerario de este viaje de Rojas, fuera de la escala que hizo en Vigo el barco que le traía de Buenos Aires y en el que continuó a Boulogne, es el siguiente: San Sebastián, Hernani, Burgos, Madrid. Desde la capital española hizo visitas a Toledo, El Escorial, Aranjuez y Ávila. Más tarde, por Segovia y Medina del Campo llega a Salamanca y Ciudad-Rodrigo, de donde regresó a Madrid. Pero cronológicamente hay que situar antes de este último, aunque en el libro no ocupa este orden, su excursión del Sur, con escalas en Córdoba, Granada, Sevilla, donde asiste a la Semana Santa, Cádiz, Tánger, Algeciras y Gibraltar. Y ya de nuevo en Madrid, a su vuelta de Salamanca, emprende el regreso a Francia por Barcelona y Port-Bou, camino de París.

llama la década del estupor, iniciada en 1898, a raíz del desastre, como 1909 abre una etapa de agitaciones políticas y sociales de tan honda repercusión y trágica coyuntura en la vida nacional.

Tres capítulos de este diario dedica Rojas a la singladura salmantina. El primero lo titula «Retrato de Unamuno, con Salamanca al fondo». En él nos cuenta cómo se presentó a don Miguel en el Rectorado de la Universidad, y cómo allí le encontró leyendo las páginas que Plutarco dedicó a Alcibíades, aquellas en que trata de la flauta y de la lira, instrumento aquél de esclavos, porque les tapa la boca, y de hombres libres éste, pues sólo precisa de las manos para ser tañido. El pasaje y el tema eran muy caros a Unamuno. De las varias ocasiones en que se refirió a éste, creo que la que guarda mayor semejanza con la que Rojas nos describe es la que se lee en uno de sus escritos, muchos años posterior. Lo tituló «Cítara y flauta», y data de julio de 1921. En él, al hablarnos de Alcibíades, al que considera como un dechado de señorito ático, recuerda lo que Plutarco cuenta de su vida, «que cuando quisieron enseñarle a tocar la flauta —tocaba ya la lira— la rechazó diciendo: —Que la toquen los hijos de los beocios, ya que no saben conversar, pero nuestros patronos, los de los atenienses, son, según dicen nuestros padres, Apolo y Atenea, y ésta arrojó la flauta y aquél desolló al flautista». El recuerdo de este pasaje plutarquiano inicia los que Rojas dedicó a Salamanca.

Pero don Miguel no pretendía hacer exégesis de sus autores griegos, y rápidamente trazó un plan de visita a quien venía buscándole como piloto. Ya en la mañana de aquel primer día le llevó a visitar la Universidad y las dos catedrales, y en el Patio de Escuelas, primero, y en el aula de Fray Luis, más tarde, Unamuno le recitaba estrofas de aquella oda

a Salamanca que había compuesto cuatro años antes, y de la que tan justamente satisfecho estaba. Tras la visita, el almuerzo en la casa rectoral, donde Rojas cuenta que conoció a la mujer y a los hijos de su huésped, y a prima tarde la visita al convento de San Esteban, su vivo diálogo ante la tumba del gran Duque de Alba, que hubo de ser continuado en el claustro, y la charla con algunos padres dominicos en Monte Olivete. Junto al puente romano, hablando ahora de Lazarillo de Tormes, acabó esta primera jornada salmanticense del joven argentino.

En su segundo capítulo, al que titula «Paseo a La Flecha, prisión de Fray Luis», nos refiere cómo, acompañado siempre por Unamuno, prosigue la visita de la ciudad, y cómo aquella tarde se fueron los dos charlando hasta la vieja posesión agustiniana, a siete kilómetros de la ciudad, siguiendo el curso del río Tormes, escenario de dos obras inmortales del legionense: la oda que llaman la vida del campo y el tratado *De los nombres de Cristo*. Rojas no nos lo dice, pero debemos suponer que en aquel paraje del que Unamuno tanto gustaba y al que dedicó páginas de un subido lirismo, debieron ser recordadas éstas por su autor. En cambio, refiere el visitante de hoy un curioso diálogo que su amigo y él mantuvieron con quienes entonces cuidaban aquella posesión. Desde ella emprendieron el regreso, igualmente a pie y siempre charlando, hasta dar con sus huesos en un café de la Plaza Mayor, en el que reposaron de su caminata.

El tercero y último capítulo, «Ciudad-Rodrigo, ida y vuelta», es el relato de la jornada final de esta visita. Por consejo de don Miguel se cumplió en tren, y en el viaje les acompañó don Julio Nombela y Campos, profesor de la Universidad salmantina, y según nos informa Rojas, la charla durante aquél debió ser el desarrollo de algunos temas anunciados en las

cartas que habían cruzado: los treinta y dos costados vascos de Unamuno, su despego por Rubén, cómo entendía la poesía de su tiempo, la propia y la ajena, etc. Los parajes visitados fueron los que siguen siendo permanente itinerario de Ciudad-Rodrigo: la catedral, el claustro, el castillo —abandonado entonces y hoy convertido en albergue de viajeros apresurados—, el palacio de Montarco, el Ayuntamiento y, sobre todo, las murallas, por cuyos adarves deambulan y hablan los tres amigos. Y aún les quedó tema para el regreso, durante el cual —Rojas lo testimonia— don Miguel le habló de la historia de la Universidad, la vieja historia que decae ya en el siglo XVIII, justamente cuando a ella viene a estudiar leyes el porteño que luego sería el General Belgrano. Al llegar a Salamanca, Unamuno desciende del tren y Rojas prosigue su viaje a Madrid. Y allí, en el andén de la estación, se dieron un abrazo, separándose para siempre, no sin dar salida el visitante argentino al caudal de emociones que estos días, y sobre todo la compañía de don Miguel, le habían deparado. Fue su primero y último encuentro. Pero la amistad siguió fructificando en el cauce, hoy recobrado, de sus cartas.

Apenas llegado Rojas a Madrid, escribe en estos términos a su amigo:

> Mi querido don Miguel: Aún tengo en las retinas el deslumbramiento de Salamanca, que nunca olvidaré. Tuve un viaje feliz, y buenas emociones en mi reposorio de El Escorial.
>
> Me permito recordarle las cartas para el Sr. Gener, para Pablo Iglesias, para Maragall y para quien Vd. quiera en Barcelona. Ahora estoy escribiendo mi conferencia sobre Andrade. Hablaré de él solamente. No tendré tiempo para más. Si sabe las señas de Ross avíseme para invitarle.

Le mando mi retrato y espero el suyo prometido. Ya sabe que lo conservará con placer quien se siente más amigo suyo después de haberle conocido

Ricardo Rojas.

[Carta fechada en Madrid, 14-V-1908.]

El mismo día, porque, sin duda, Unamuno se había apresurado a cumplir lo prometido, le escribe esta tarjeta postal:

Gracias, mi querido amigo, por las cartas y los obsequios de hoy. Guardaré su retrato como uno de mis mejores recuerdos de España. Gracias también por las *Poesías* de Silva. Conocía casi todo el libro. Falta en la prosa, desgraciadamente, un violento artículo contra Nordau por *Dégénérescence*. De una ironía mordaz.

Lo leí yo en la Argentina. Su prólogo muy bueno. Me alegro de que sienta y elogie la música de esos versos.

Suyo siempre

Ricardo Rojas.

[Tarjeta de 14-V-1908.]

Don Miguel, por su parte, le escribió en estos términos:

Su retrato de usted, mi querido amigo, señala por ahora la página en que voy en mi lectura de Platón; luego pasará a los muros de mi despacho. Anteayer le envié un retrato grande —que no me gusta—, las tres cartas consabidas y las *Poesías* de Silva. Supongo las habrá recibido. Le enviaré otras cartas para Barcelona, mañana.

De nuevo «El país de la selva», de Rojas

El resto de esta carta, en realidad la mayor parte de ella, está dedicado a seguir comentando este libro. Se ve que ahora, reciente su encuentro con el autor de estas páginas, ha dado fin a su lectura.

> He terminado —prosigue— su *país de la selva*. Lo mucho de bueno que sobre él y en derredor de él se me ocurre lo diré con mas *solemnidad* y a muchos. Los reparos a usted solo. Casi todos versan sobre nuestra amistosa disidencia, la del estilo o lo que sea. Empiezo. Pág. 130, *serano*. ¿Se usa en América esta palabra tan salmantina y tan castiza o la ha tomado usted de España?
>
> Pág. 138, *opsígamos*. A mí, profesor de griego, me disgustan los términos técnicos de este porte. Por la misma razón rechazaría el *pseudo nepote* de la pág. 140 y aún más la *moira* de la pág. 159, que, además, romanceado daría *mera*, pues el diptongo griego *oi* ha pasado al castellano en *e*. ¿No es mejor *hado* o cualquier otra cosa así?
>
> El *retuso* de la pág. 177 sospecho lo ha aprendido usted de mí.
>
> Pág. 178, «cuyos beneficios su beneficio...». Por Dios, amigo Rojas, por Dios, no caiga usted en preciosismo... Deje usted a Miró con esas cosas. Hay que ser robusto y usted lo es, y mucho y puede serlo más aún.
>
> Tampoco me gusta el *indumento* de la pág. 183. Y en cuanto a la *syringa* de la 137, ¡válganos Dios! O

caramillo o jeringa, siempre, claro está, para los mozos tebanos no para usted ni para mí.

Y en cambio, ¿por qué me hace gracia el *miliunanochesco* de la pág. 188?

Como me gusta el *amusgar* (197) y el *empusí* (198). (Se continuará.)

Son muy significativas las dos enumeraciones de objetos de las páginas 21 y 45.

Decididamente, tengo que hacer un ensayo —o tal vez un libro— sobre el estilo, la manera, el lenguaje, etc. Me dan miedo ciertas cosas.

Pero, en fin, también yo *pasé* por ahí, sólo que no me quedé en eso como no se quedará usted. Ahora está haciendo la mano al instrumento y el instrumento a la mano; luego tocará a la buena de Dios.

No sabe usted bien cuánto he celebrado conocerle y cuán deseoso he quedado de que nos volvamos a ver.

El amigo Ross no sé bien dónde vive. Yo le escribo al consulado de Chile, Alcalá, 12. Al Ateneo va bastante. Sí, póngase al habla.

Me escriben que vaya a ésa a informar sobre una ley que no conozco. ¡Uf! ¿Madrid?

Estoy harto de que festejen a las ideas expósitas a que por caridad doy mi nombre y que saluden por compromiso a los hijos de las entrañas de mi alma. Me quieren hacer político y yo tampoco aspiro a Presidente. O logro lo que deseo o me quedo en casa.

Y basta. Le abraza su amigo

Miguel de Unamuno.

[Carta fechada en Salamanca, 15-V-1908.]

Al día siguiente volvía Unamuno a poner unas letras a su amigo para darle cuenta de la dirección exacta del escritor chileno Ross Mujica:

> Recibo carta de mi amigo D. Luis Ross en que me pregunta si está usted, mi querido amigo, ahí ya, pues desea verle. Él vive calle de Colmenares 12, segundo derecha. Póngase al habla. Aquí muy bien.
>
> Le saluda su amigo
>
> *Miguel de Unamuno.*
>
> [Carta de 16-V-1908.]

La amistad de Ross Mujica a Unamuno

El interés que puso don Miguel en que sus dos amigos, el argentino y el chileno, llegasen a conocerse, era decisivo. Ténganse presentes las reiteradas alusiones de que este tema es objeto en su correspondencia. Por ello juzgo conveniente dedicarle unas palabras, basadas en las que el propio Unamuno le consagró en un escrito olvidado.

Hacia 1905 comenzó a fijarse don Miguel en las cartas que desde Chile le enviaba un joven llamado Luis Ross Mujica.

> Púseme al punto en correspondencia con él —nos dice— y así, a tan larga distancia, y por escrito, llegamos a intimar. Llegábanme sus cartas encendidas en calor de juventud y de honradez; de sus hojas me subía al pecho un aliento sereno y noble. Le hice uno de mis consultores y consejeros en cuanto a Chile se refería... Algo más había que me llevó a intimar con Ross, y era encontrarle exento y libre de

casi todos los gratuitos prejuicios que acerca de España, y de las cosas y los hombres españoles, abrigan por ahí tantas gentes que nunca nos han visitado o si lo han hecho ha sido de pasada y sin querer mirar... Un día me anunció Luis Ross su venida a España. Venía recién casado, en jornada de estudio y en jornada también de aprendizaje de la felicidad... Empezó por sorprenderme con sorpresa de satisfacción y de agradecimiento —agradecimiento, sí, en nombre de España— el que se detuviese una temporada en Galicia. Desde Galicia se vino acá, a Salamanca, y aquí permaneció cosa de mes y medio. Y desde ese día primero en que nos miramos a los ojos y nos apretamos las tibias manos, parecía unirnos una amistad de la infancia... Hablábamos mucho de esta mi patria, de España, y mucho también de la suya, de Chile... Era un patriota, todo un patriota, un patriota tan encendido como sereno, tan entrañado como clarividente... De aquí se fue a Madrid, a seguir estudiándonos. Esperaba un hijo y el hijo le llegó, pero muerto. El destino trágico, la terrible *moira* de los griegos, empezaba a cernirse sobre su noble cabeza, sobre su noble corazón... En Madrid le pasó lo que aquí, lo que en todas partes: recorrió su camino ganándose corazones... Un día aquel joven robusto de alma y de cuerpo, de una y de otro sano, cuya inteligencia era virtud, se sintió mal, se fue a un sanatorio, le operaron de una apendicitis y a los dos días se dormía para siempre en la frialdad y el silencio de la muerte. Se consumó la tragedia.

La visita de Ross a España coincide con la de Ricardo Rojas. Poco antes de llegar éste a Salamanca se había trasla-

dado aquél a Madrid; ambos se habían carteado con Unamuno desde América; ambos tenían veinticinco años y una sensibilidad y una cultura poco comunes, y ambos convergieron en el afecto del rector salmantino. De ahí su interés en que se conociesen. Y en este mismo escrito, del que he reproducido algunos pasajes, asoció don Miguel los nombres de los dos jóvenes americanos a los que amistó. He aquí cómo:

> Y he de decir aquí algo que tal vez resulte molesto y enojoso a alguno de mis lectores, pero debo decirlo. Más de uno de aquellos de mis amigos a quienes recomendé a Ross me han dicho de él: —«Pero si no parece americano...». Y es que aquí estábamos acostumbrados a recibir visitas de jóvenes literatos más o menos melenudos y más o menos bohemios, muy estetas, muy elegantes, muy pagados de sí mismos... que venían a la conquista de la gloria, de paso para París. El otro tipo del americano, el sólido, el grave, el noble, apenas lo conocíamos. De esto os puede informar Ricardo Rojas, que conoció y trató a Ross, y de quien también decíamos: —«¡Si no parece americano!...». Y uno y otro, Ross y Rojas, protestaban viva y ardientemente del supuesto y ambiguo elogio. Protestaban de él como yo he protestado siempre que de mí se ha dicho —ahora ya no tanto— que no parezco español [7].

Escrita esta correspondencia de Unamuno para *La Nación,* de Buenos Aires, poco tiempo después de la muerte de Ross Mujica —cuyo segundo apellido le aportó sangre vasca,

[7] «La tragedia de Luis Ross», en *La Nación,* Buenos Aires, 21-XII-1908, fechado en Salamanca en noviembre. No incluido en ningún libro, figura hoy en el tomo VIII de sus *Obras Completas,* págs. 429-438.

como aquél hizo notar— y hechas las necesarias gestiones para el regreso de su viuda a Chile, a la que el propio don Miguel acompañó hasta Lisboa, su homenaje al amigo muerto se concretó poco más tarde en la publicación de los escritos que desde España enviaba al *Diario Ilustrado*, de Chile, y que con el título de *Más allá del Atlántico* aparecieron en un volumen al año siguiente, precedidos de un prólogo suyo, en el que de nuevo se refiere con detalle a la figura de este joven escritor chileno al que tan buena amistad le unió [8].

Y en cuanto a Rojas, que supo la muerte de Ross por su viuda, se apresuró a escribir a Unamuno el mismo día en que apareció esta correspondencia suya en el gran diario porteño, expresándole su pesar. No tiene fecha este escrito suyo, rápidamente trazado en una tarjeta de visita, pero le corresponde la de 21 de diciembre de 1908. Dice así:

> Mi querido amigo: Mucho he recordado de Vd. que fue quien me presentó a Luis Ross Mujica, al saber la noticia de su muerte. Súpela por la viuda y ella me anunció su correspondencia, que ha salido hoy en *La Nación*. Muchas gracias por su amable recuerdo, sobre todo cuando lo asocia al nombre de un noble amigo a quien tanto queríamos. A pedido de la Sra. de Ross hoy mando unos ejemplares de su artículo a Chile.

---

[8] Luis Ross Mujica, *Más allá del Atlántico*, Prólogo de Miguel de Unamuno, Epílogo de C. Bernaldo de Quirós, Valencia-Madrid, F. Sempere, 1909. Incluido aquel en *Obras Completas*, VII, 223-237.

Con mis respetos a su familia, abrázalo

Ricardo Rojas.

P. S. ¿Recibió mi conferencia sobre España en la Universidad de La Plata? ¿Cuándo viene?

[Tarjeta de visita autógrafa sin fecha, pero de 21-XII-1908, Buenos Aires.]

1909. «La restauración nacionalista», de Rojas, y las dos correspondencias unamunianas sobre esta obra

Más de un año transcurrió hasta las primeras noticias que Unamuno recibe de su amigo argentino. Al regreso de éste a Buenos Aires debió entregarse a la redacción del informe oficial de su viaje a Europa, que, como vemos, no fue algo formulario, sino un volumen de quinientas páginas. El 28 de diciembre le anuncia su envío a don Miguel, y al hacerlo nos ofrece una síntesis completísima de su propósito y de sus logros.

Mi querido don Miguel: Hace días envié a Vd. por correo —comienza diciéndole— un ejemplar del informe que presenté al Ministerio de Instrucción Pública, después de mi viaje a Europa. Juntamente con el envío debí escribirle estas líneas para llamarle la atención sobre él y apercibir su ánimo en favor de estas 500 páginas. Ruégole que, a pesar de su extensión, las lea tranquilamente, pues va implícita en ellas una cuestión de suma trascendencia para nos-

otros y para la posteridad de España en estos países americanos.

Contiene el libro dos movimientos de ideas: el uno constructivo o doctrinario, y es el sistema pedagógico que llamo del «nuevo humanismo»; y el otro, combativo o polémico, y es el ataque al cosmopolitismo y al materialismo actual. Ambos se armonizan en un solo anhelo patriótico, idealista y castizo, pero he debido preferir para su título el aspecto polémico, y entregarlo al público por esa faz, porque había primero que irritar a gente y remover eso del cosmopolitismo, que era ya dogma entre nosotros. En una palabra: romper primero la tierra para arrojar en ella la semilla.

He tenido éxito. *La restauración nacionalista* es frase que se ha incorporado a nuestro lenguaje. Ha concretado y orientado las ideas de muchos argentinos. He dado un primer movimiento. Otros han interpretado mal, o han protestado. Como Vd. verá, no se trata, sin embargo, de expulsar extranjeros ni de cerrar el Hotel de inmigrantes. Se trata de salvar la cohesión nacional, la tradición como fuerza de perduración, y el idioma como instrumento de comunicación y de conquista. En tal debate, los españoles han estado de mi parte, por su órgano en la prensa. Pero es necesario oir a españoles como Vd., ya que sus ideas van incluidas y glosadas en el libro. Además es un deber de raza, y la verdad de esto se le aparecerá más neta si repara en los dos últimos capítulos de la obra. Espero ver su juicio. Envíeme noticias suyas.

Presente mis respetos a su señora, y reciba un abrazo de

Ricardo Rojas.

S/C. Rivadavia 2589 o *La Nación.*

[Carta fechada en Buenos Aires, 28-XII-1909.]

A esta importante obra de Ricardo Rojas le dedicó Unamuno dos extensas correspondencias en *La Nación*, de Buenos Aires. La primera lleva por título «Educación por la historia», y la segunda, «Sobre la argentinidad», término creado por su autor, como en ella refiere. Ambas pasaron al libro *Contra esto y aquello*, aparecido en 1912, lo que les ha asegurado una difusión que estimo me releva de insistir en su contenido. Tal vez este pasaje que sigue sea su mejor resumen:

> La restauración nacionalista con que Rojas sueña, como toda restauración nacional —y aquí la nuestra, la española, tan amenazada por lo torcidamente que se entiende eso de la europeización—, tiene que empezar por la escuela; la escuela debe ser ahí la cuna de la argentinidad, como la escuela debe ser la cuna de la españolidad. Y en la argentinidad es donde tiene que buscar la Argentina su universalidad [9].

El complemento de estos dos escritos unamunianos sobre el informe de Rojas nos lo brindaría la carta en que le acusaba recibo del libro, prometiéndole, sin duda, escribir acerca de él, pero dicha carta no se conserva, o al menos no ha

[9] Recogidas en *Contra esto y aquello*, Madrid, Renacimiento, 1912, págs. 71-90, e incluidas también en el volumen titulado *Temas argentinos*, por Miguel de Unamuno, Institución Cultural Española. Serie de Validación Argentina, Buenos Aires, 1943. Hoy en *Obras Completas*, IV, págs. 801-817.

llegado a mis manos. Y hay, en cambio, una del escritor argentino, fechada en abril de 1910, en la que se refiere a ello. Es una carta miscelánea, donde se destaca la polvareda que las dos correspondencias de Unamuno levantaron en Buenos Aires. Dice así:

> Mi querido Unamuno: Al volver de la cordillera de los Andes, donde he pasado en una estancia una larga temporada de trabajo, me encuentro con su interesante carta y sus correspondencias. Mil gracias por todo. Sus correspondencias han sido muy comentadas. Hasta le han atacado, en un diario de la tarde, recordándole que Vd. fue internacionalista o qué sé yo. Le doy la noticia porque sé que estas chispas del pedernal demuestran la condición del acero. Ya hay antinacionalistas y veo en esto la prueba de que hay nacionalismo.
>
> Es posible que después de su próxima carta sobre la cuestión del idioma, que anunció en su anterior, yo escriba un artículo. Se ha hablado mucho de Vd. en estos días. Del interior he recibido cartas en que me dicen que una vez más la justicia viene del extranjero. Tres jóvenes han estado hoy a preguntarme cómo es Vd. y les he dicho que como sus correspondencias. Les he mostrado su retrato para más señas.

Efectivamente, al final de la segunda de estas correspondencias dedicadas al libro de Rojas, anuncia Unamuno que se ocupará de la cuestión del idioma. No creo que llegase a hacerlo en esta ocasión, pero el tema gozaba de sus preferencias. En marzo de 1908 había publicado dos escritos en su tribuna habitual de *La Nación*, precisamente titulados

«El idioma nacional» y «Más sobre el idioma nacional». El último párrafo de la primera decía:

> Si Chile o la República Argentina tienen sus propios idiomas nacionales, yo tengo mi propio idioma personal; y, sin embargo, entiendo perfectamente a chilenos y argentinos, y me hago la ilusión de que ellos también me entienden. Y es lo que importa.

Pocos años más tarde, en 1911, dedicó otras dos correspondencias a un diccionario argentino, el de Tomás Garzón, publicado con motivo del Centenario de la Revolución de Mayo, el año antes, en Barcelona [10].

Pero sigamos con la carta de Rojas, en la que continúa refiriéndose a la no conservada de su corresponsal:

> Todo lo que Vd. dice de Blasco es rigurosamente cierto. Hace Vd. bien en no venir. Aun sin él prefiero que no venga Vd. para el Centenario. Esto va a ser horrible, aun para nosotros. Con decirle que estoy por irme a pasar la Semana de Mayo en alguna estancia o en mi pueblo, en «el país de la selva».
>
> El recomendado de quien me habla no ha venido por acá. Le espero.
>
> Presente Vd. mis respetos a su señora y reciba un fuerte apretón de manos de su verdadero amigo
>
> *Ricardo Rojas.*
>
> [Carta fechada en Buenos Aires, 5-IV-1910.]

[10] «El idioma nacional» y «Más sobre el idioma nacional», en *La Nación*, Buenos Aires, 1 y 13 de marzo de 1908. «Sobre un Diccionario argentino», I y II, en el mismo diario, 12 y 13-IX-1911. Todas ellas forman parte del tomo VI de sus *Obras Completas*, titulado «La raza y la lengua...», págs. 844-863 y 870-879.

No es ésta la única vez que en este epistolario se menciona el tema de un posible viaje de Unamuno a la Argentina. Ahora es con motivo del Centenario de la Independencia de aquel país. Muy pronto veremos en qué otras ocasiones se planteó esta posibilidad que nunca llegó a realizarse.

1912. Cruce de cartas. Proyecto de visita de Unamuno a la Argentina. Sus comentarios a dos libros de Rojas

Al llegar a estas alturas de la correspondencia cruzada entre nuestros dos escritores, se me plantea un curioso problema. Ricardo Rojas me ha facilitado el texto autógrafo de una carta que cree debió dirigir a don Miguel el 28 de setiembre de 1912. Al enviármelo, añade:

> No sé por qué está en mi poder, pues no solía para esta correspondencia con don Miguel hacer borrador y copia, pero se la mando porque se trata de un posible viaje de Unamuno a la Argentina, diez años antes de los proyectos análogos en que me dio intervención Levillier.

Y en el sobre que contiene dicho autógrafo estas frases: «¿Es un borrador esta carta? En el archivo de Unamuno ha de estar o no.» Pues bien, que yo sepa, no está, y por eso debo reproducir su texto, que, además, enlaza y es antecedente del de otra carta de aquel que tiene casi la misma fecha: 30 de setiembre de 1912. He aquí la de Rojas:

> Mi querido don Miguel: ¿Recibió Vd. mi *Bibliografía de Sarmiento?* ¿Recibió Vd. mis *Lises del bla-*

són? ¿Recibió Vd. mi *Blasón de plata?* Varios libros y opúsculos —versos, prosas— le he enviado en estos últimos tiempos, para que viese que no le olvidaba su amigo.

Y ahora lo referente al viaje, que juzgo de gran interés. Aunque no deja de ser extraño que el propio Unamuno no le informase a su amigo de tal propósito.

Ayer alguien me dijo en la Universidad de La Plata, donde soy catedrático, que Vd. pensaba venir. ¿Qué hay de cierto en esto? Pensábalo Vd. en 1916 [*sic*, debe ser no 1916, sino 1910] pero me imagino que ahora se trata de una resolución. Desistió Vd. entonces, con muy buen acuerdo, porque ese año de bullanguería y de fiestas le parecería malo, y estaban frescas las huellas de ciertos conferenciantes. Eso de las conferencias está muy explotado y empieza a desacreditarse. Si Vd. precisa darlas, convendrá que le preparasen el terreno los españoles y alguna institución, por ejemplo la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires o la Universidad de La Plata. Pero, para completar la amistosa advertencia, creo que le convendría más decir que viene a visitarnos y estudiarnos, y que después se hiciese personalmente, por acción de presencia, su conquista. Es lo que hizo Altamira, y lo que acaba de ocurrir con el francés Mabilleau, hombre que tenía con relación a Vd. la desventaja de ser completamente desconocido antes de su viaje. Espero que verá en estas líneas todo el afecto y la simpatía intelectual que las inspira. No he olvidado nuestros días de Salamanca y me

gustaría que si Vd. ha de venir sea para tener un éxito serio, austero, sólido.

Lo desea por Vd. y por España, su amigo

Ricardo Rojas.

s./c. Rivadavia 2589.

[Carta fechada en Buenos Aires, 28-IX-1912.]

Un eco de esta carta de Rojas me parece descubrirlo en este párrafo de una de las correspondencias de Unamuno en *La Nación,* de Buenos Aires, redactada poco después. (Lo que confirmaría la hipótesis de aquél de haberla enviado, efectivamente, a Salamanca.) Dice así:

> Y a propósito, quiero antes de concluir estas líneas que *La Nación* me permita aprovechar sus columnas para una manifestación de orden privado. Y es que de tiempo en tiempo corre por los periódicos de esa república la noticia de que voy con mis remesas de conferencias bajo el brazo. Ganas tengo, es verdad, de conocer esa tierra y visitarla, más para enterarme y aprender que para ir a enterar ni a enseñar a nadie, pero cuando vaya, si al fin se me logra mi anhelo de ir, quiero que conste que iré solo, no en comandita con nadie, que no iré contratado por empresario alguno como si fuese un oso o un acróbata, y que de ir a dar conferencias no será hasta que éstas hayan acabado de desacreditarse del todo. Cada uno tiene sus manías, sus chifladuras y sus caprichos, y uno de mis caprichos es el de querer salir airoso en géneros desacreditados. Me conviene, pues, que ese género llegue a su más comple-

> to descrédito, al que ya camina. Y basta de lo personal [11].

Vengamos ahora a la carta de Unamuno, que, como antes indiqué, y por su fecha, no pudo ser respuesta de la de Rojas, ya reproducida. Es curioso observar, sin embargo, cómo sin conocerlas, tal vez porque se las había hecho a sí mismo, va contestando a las preguntas con que el argentino comienza la suya. He aquí su contenido:

> No sé si le acusé a usted, mi querido amigo, recibo de su último libro de versos. Lo recibí y lo leí. Hay ahí algo muy hermoso pero, en general, yo no sé en qué consiste, pero la tonalidad y sobre todo la técnica de sus versos se me resiste. Debo de no tener oído latino, o lo que sea.

Se refiere al titulado *Los lises del blasón. Nuevas poesías,* Buenos Aires, Martín García, 1911, al que precede la siguiente dedicatoria: «A Miguel de Unamuno, homenaje y recuerdo cordial de *Ricardo Rojas.*» Una nota autógrafa en lápiz, de su destinatario dice simplemente «Registrado». Seguramente se refiere a que las notas que le sugirió su lectura se consignaron en una hojita de papel aparte, como solía hacer en ocasiones, hojita que no se conserva, por lo que se me alcanza.

Sigamos reproduciendo la carta de don Miguel:

> Tengo ahora en la mano *Blasón de plata,* que tan cariñosamente me remite. Lo he hojeado y veo que hay en él cosas que se prestarán a mis comentarios. Voy, pues, a leerlo con calma y con fruición. Excuso

[11] «Algo de Unión Iberoamericana», en *La Nación,* Buenos Aires, 11-XII-1912. Hoy en *Obras Completas,* tomo VIII, págs. 466-475.

decirle que simpatizo profundamente con el sentido general de esta obra, que continúa y completa y perfecciona la de su *Restauración nacionalista*. Está usted haciendo una obra profundamente religiosa, obra de profeta. Porque Dios sólo se revela a través de las patrias. Y Él, Dios, el Dios argentino, se lo premiará, y le pondrá un día a la diestra de Sarmiento, el gran vidente. Pero ¿qué es eso de los detractores de su obra? No los conozco. Ni quiero conocerlos. Hasta pronto, pues empezaré a comentar su religiosa labor.

Blasón de plata. Meditaciones y evocaciones de Ricardo Rojas sobre el abolengo de los argentinos, Buenos, Aires, Martín García, 1912, llegó a Salamanca con esta dedicatoria: «A D. Miguel de Unamuno, homenaje y recuerdo de *Ricardo Rojas*.» Y entre sus páginas se conserva una hoja de papel en octavo llena de notas tomadas por su destinatario en letra muy apretada. No me resisto a darla a conocer, pues lo merece. Los números se refieren a las páginas de esta edición, y las que carecen de indicación serán objeto de una nota aclaratoria sobre el pasaje que motivó el signo de admiración que sigue al guarismo:

Se propone restaurar la leyenda nacional ahogada entre emigrantes. 33 Barco Centenera. 36, 37 Córdoba y Santiago núcleos de la patria. 39 La Argentina Magna (incluye Uruguay, etc. Rojas es imperialista). 40 La Confederación del Plata. 39 Defensa de Rozas, el «gaucho hermoso» (unido en Rojas al culto a Sarmiento). Rojas, que llena su fama, su patria y rebase, no va a buscar consagración ficticia a París o a Madrid. 96 Hermoso pasaje literario describiendo

el descubrimiento. 116 El alma india vive en el criollo. 117 El criollo es mestizo. (Él, Rojas, lo es.) (Lo mismo pasa en España, la falsa perspectiva de las invasiones.) 125 Trasuntación espiritual, pero no étnica. Fue la lengua la que se impuso y con ella el alma. 128 muy bien! [12]. 132 El español y la india!!! 132-133 El español que va a las Indias según Cervantes y pintura del español indiano que hace, XVI, págs. 134 y sigs. Rojas!!!! 147 XVIII contra el antihispanismo y antiindianismo americano. 154 En qué reposan las naciones. *Muy bien!!!!!* 163 La tesis de Sarmiento era europeísta. Contra el europeísmo antiespañol de Sarmiento. 191 Explotar el odio al español. 192 El fondo español del americano. 194 hermosa frase!!! [13]. 201 muy español!!! [14]. 211 Aguardiente, Señor! 216 colectivismo agrario americano 222-223!!! [15]. 234 contra el cosmopolitismo o fraternidad materialista. 238 XXX recuerda el discurso de la Bandera.

---

[12] La frase subrayada en esta página es ésta: «la indisciplina voluntariosa que trae el desarraigarse de la familia o de la patria».

[13] Pág. 194: «Y como nada se malogra en la historia, la eternidad de nuestro pasado está ya en ella, preñada de futura eternidad.»

[14] Pág. 201: Se refiere Rojas al «Grito de guerra y salmo de esperanza», los dos movimientos espirituales contenidos en el himno argentino. Lo que más debió atraer a Unamuno, para calificar el pasaje de «muy español» es esto: «Vilipendiar a España era, por otra parte, vilipendiarnos a nosotros mismos, puesto que su sangre, su familia, su religión, su espíritu sobrevivían en nosotros, todo, hasta el idioma en que la mancillábamos.»

[15] Págs. 222-223. Largo alegato que ocupa las dos páginas en que Rojas se refiere a la estirpe argentina que hizo su épica afirmación en 1810, reconociendo por progenitores —en sangre o en espíritu— al indio y al español.

Pese al evidente carácter protoplasmático de estas anotaciones, hechas en ese estilo para uso personal, que su autor llamó una vez taquilógico, es bien palpable el interés que en él suscitó la lectura del libro de Rojas. No sé que escribiera nada sobre él con carácter exclusivo, pero no sería difícil rastrear en sus escritos posteriores ciertas resonancias de estas anotaciones.

Y la carta que ha motivado estos incisos termina así:

> Yo, atollado en problemas teológicos. Casi todo el año se me ha ido en esas cavilaciones sobre el sentimiento trágico de la vida que empezó a publicarme *La España Moderna* en diciembre pasado y terminará en el próximo noviembre.
>
> Ah!, y preparo otro tomo de versos, con un largo prólogo crítico-apologético en que he de discutir cuestiones no sólo de estética sino de técnica y de acústica.
>
> Escríbame algo; que sepa de usted directamente.
>
> No sabe usted bien qué pintorescas amenidades me vienen de ahí en castigo a haberme metido con los jesuitas.
>
> Le estrecha la mano con toda efusión y le manda un bravo por su labor su amigo
>
> *Miguel de Unamuno.*
>
> [Carta autógrafa fechada en Salamanca, 30-IX-1912.]

Esta referencia de Unamuno a su obra *Del sentimiento trágico de la vida* puede servirnos para fechar una carta de Rojas que carece de tal indicación. Aparecido aquél en volumen en 1913, de ese año o del siguiente debe ser la que a continuación reproduzco, pues en ella le acusa recibo del mismo:

Mi querido Don Miguel: He tenido en estos días la visita del Sr. Prilutzky. Su carta me ha venido a recordar que yo soy con Vd. muy tardío en mi correspondencia. No creerá Vd. que lo olvido, sin embargo. Demasiados motivos de cordialidad y de vida intelectual tengo para recordarlo, y su nombre suele venirme con mucha frecuencia a la mente y a los labios.

Supongo que recibió Vd. la noticia de mi casamiento. Ofrezca Vd. a su distinguida señora la amistad de la mía. No le diré que me he hecho hombre serio, como dicen ciertos burgueses, porque ya lo era, como Vd. lo sabe; pero sí le diré que me he tornado más sereno, después de muchas y profundas crisis.

He leído en estos días su *Sentimiento trágico.* Muy bien! Muy bien! Espero un día de calma para escribirle extensamente. Tengo muchas obras que anunciarle.

Lo abraza su amigo

Ricardo Rojas.

[Tarjetón manuscrito sin fecha]

Carta de presentación a Rojas del poeta catalán José Carner

A partir de las cartas anteriores se abre un nuevo paréntesis en las relaciones epistolares de ambos amigos. Pero prosiguió el envío de sus libros. Del lado de Rojas figuran dos en la biblioteca de Unamuno que corresponden a este período: *La literatura argentina,* Buenos Aires, 1913, que es un

plan de las enseñanzas de la cátedra de este nombre que su autor profesaba en la Universidad porteña, y que llega a manos de su destinatario con una escueta dedicatoria: «A Miguel de Unamuno»; y *La Universidad de Tucumán. Tres conferencias,* Buenos Aires, 1915, que por envío directo de aquélla debió llegar a manos de Unamuno, ya que se encuentra duplicado entre sus libros. El que recibió de Rojas lleva esta dedicatoria: «A D. Miguel de Unamuno, como testimonio de admiración y leal amistad.»

A esta etapa corresponde también la siguiente carta con la que don Miguel presenta a su amigo al poeta catalán José Carner. Dice así:

> Le presenta ésta, mi querido amigo, el que lo es mío D. José Carner, joven cultísimo, redactor de *La Veu de Catalunya* y poeta tan excelente que si como escribe en su lengua catalana escribiera en la común nuestra hace tiempo que sería conocidísimo en esas tierras y bastaríale con su nombre. Estoy seguro de que ustedes se entenderán al punto y por eso no necesito decirle más.
>
> Hace tiempo que nada sé de usted. Yo trabajo mucho.
>
> Le recuerda mucho su amigo
>
> *Miguel de Unamuno.*
>
> [Carta fechada en Salamanca, 14-V-1915.]

1916. Otro cruce de cartas. Nueva posibilidad de un viaje de Unamuno al Plata. La «Biblioteca Argentina» dirigida por Rojas

De nuevo se escriben ambos amigos simultáneamente, y sus cartas se cruzan. La de Ricardo Rojas está fechada en Buenos Aires, el 25 de febrero de 1916; la de Unamuno, en Salamanca, al día siguiente. La primera vuelve a tocar un tema antes abordado: el de un viaje de éste a Buenos Aires, con ocasión, ahora, del Centenario de Cervantes. La invitación partió de la Institución Cultural Española y la suscribía su presidente, el Dr. Avelino Gutiérrez. Medió en este asunto Ramón y Cajal, como Presidente de la Junta para Ampliación de Estudios, y a aceptarla le instó también su buen amigo Menéndez Pidal. Pero Unamuno, desde que fue destituido del Rectorado de la Universidad de Salamanca, en 1914, no quería pedir un permiso oficial ni abandonar su puesto en ella [16].

El tema se trató en Madrid y en Buenos Aires, en enero de 1916, y del mes siguiente es esta carta que Rojas le dirige:

> Mi querido amigo: Hace ya tiempo que me acuso todos los días por mi silencio con Vd. Si yo le escribiera siempre que lo recuerdo con cariño, mi correspondencia habría sido frecuentísima. Pero lo más del tiempo se me va en duros deberes y quedan ya muy pocos instantes para este género de alegrías espirituales. A pesar de todo eso, de vez en cuando le

[16] En mi trabajo «Recuerdos de Ramón y Cajal en Unamuno», en *Boletín de la Real Academia Española*, Madrid, enero-abril, 1953, págs. 7-18 me he referido a este asunto, y allí reproduje la carta de Cajal, fechada el 27-I-1916.

he enviado algún trabajo mío, y últimamente, los seis primeros volúmenes de una Biblioteca de Autores Nacionales que acabo de fundar y que yo dirijo y comento, como habrá tenido ocasión de verlo Vd. Todo esto le revelará que continúo teniéndole entre los amigos predilectos de mi corazón y de mi inteligencia.

Pero estos días he tenido un nuevo rubor de no escribirle: una [vez] cuando vi que usted se acordaba afectuosamente de mí en una correspondencia del mes pasado sobre lo poco que se nos lee en España [17], y otra cuando me han dicho que Vd. prepara su viaje a Buenos Aires. Recuerdo que en el Centenario de 1910, yo le aconsejé que no viniera, porque el público estaba fatigado de recibir visitas y eso de las conferencias muy desacreditado, especialmente por obra de algunos compatriotas suyos. Estas buenas gentes de aquí, a fuerza de creer geniales a todos los primeros que llegaban, habían concluido por sospechar de farsantes a los que llegaron retardados. Todo eso se ha olvidado ya, felizmente. Nuestro pueblo, infantil, se impresiona y olvida con facilidad. Ahora el ambiente me parece propicio en todo sentido. Hasta el fracaso de los pueblos más cultos (o kultos) de Europa, redunda en justicia a España, y hasta el renacimiento espiritualista que se advierte en el mundo, tendrá que ser favorable a hombres

[17] Es la titulada «De relaciones hispano-americanas» y se publicó el 16-I-1916, pero está fechada en diciembre anterior en Salamanca, lo que justifica la atribución temporal que Rojas le adjudica. El párrafo en cuestión se refiere a cómo hubo de prestarle Unamuno las obras de Sarmiento que aquél no encontraba en Madrid. Incluida en el tomo VIII de *Obras Completas*, págs. 506-517.

que, como Vd., han combatido en los últimos veinte años contra la barbarie materialista. Como español y como místico de la personalidad, preveo que Vd. será bien recibido, sin ruidos, pero con estimación íntima y duradera.

Me parece conveniente que si Vd. ha de venir, no se venga sin anunciarse debidamente. Los españoles, *La Nación*, la Universidad y sus amigos personales son fuerzas que Vd. puede utilizar honestamente, o que debe utilizar, pues su viaje se vincula a muchos intereses morales que no podrían ser indiferentes a su éxito. Si Vd. cree que en la Universidad de La Plata, donde tengo la cátedra de Literatura castellana, o en la Universidad de Buenos Aires, donde tengo la de Literatura argentina, o en la novísima de Tucumán, a la que estoy muy vinculado (como lo verá Vd. por el libro que le envié) puedo yo servirle en algo, ordéneme o pídame lealmente lo que desee.

Le ruego al concluir que eche una mirada sobre el plan, el método y los propósitos de mi *Biblioteca Argentina*. Si puede Vd. hacer algo en favor de ella, se lo agradecerá su amigo affmo.

Ricardo Rojas.

S/C. Sarmiento, 2514.

[Carta fechada en Buenos Aires, 25-II-1916.]

A esto último comienza por referirse Unamuno en la suya, fechada al día siguiente, como ya advertí, y bien por extenso, para comunicarle al final que desiste de su viaje al Plata.

Tenía ganas hace tiempo de escribirle, mi querido amigo, y me da ahora pretexto el recibo de los seis primeros volúmenes de la *Biblioteca Argentina* que usted dirige. Quiero decir algo aquí, en *El Imparcial*, o en el *Nuevo Mundo*, de esa meritoria empresa. Como tengo las obras completas de Alberdi (*Escritos póstumos* inclusive), las de Echeverría y de Varela, sólo los tomos de Moreno, Sarmiento y Avellaneda son para mí nuevos, pero todo interesante. De Sarmiento sólo conocía el *Facundo*, los *Recuerdos* y los *Viajes*. He empezado a leer la *Educación*, y aunque inferior a aquellos tres, aún se encuentra, y ¿cómo no? al hombre. Lo de Moreno me gusta poco; hay demasiado abogado. Pero no desconozco su gran valor, y más para ustedes. De los seis nuevos volúmenes que anuncia me interesa sobremanera el *Martín Fierro*. El venerable ejemplar que tenía, muy parecido a las traducciones nuestras de Julio Verne en el formato, se me voló o me lo volaron hace años. A Monteagudo no le conozco. Gorriti supongo será Juana, de que conozco unos cuentos archirománticos. De Fr. Reginaldo de Lizarraga (este es el apellido de mi mujer) conozco lo publicado en la *Nueva Biblioteca de Autores Españoles*, y supongo es lo mismo.

Me gusta mucho la empresa y el modo como la lleva y voy a ver si consigo que la conozcan aquí. Por lo menos esta Universidad espero se suscriba a ella. Si yo siguiese de Rector habríalo hecho ya. Es una vergüenza la penuria de libros americanos que hay por acá.

Leí su pequeña discusión con Ingenieros. Éste es un atolondrado y con su biblioteca hace un Sampe-

re o un Maucci. Esas cosas hay que hacerlas bien, seriamente y no a modo de médico sociólogo *sub-alcanizado* [18].

¿Vio lo del pobre Rubén? Yo le dedico aquí algo comentando una carta preciosa que me escribió. Y en *La Nación* diré más de él [19].

La Institución Cultural Española de ésa me ha invitado, a propuesta de la Junta para Ampliación de Estudios, que Cajal preside en Madrid, a ir a ésa a dar una serie de conferencias, pero me temo que no va a poder ser y lo siento, pues deseaba ardientemente el viaje. Pero yo no debo faltar ni un sólo día de mi clase ni admitir la más breve licencia, y sin licencia no puedo ausentarme pues tendría que volverme a fines de agosto. Fui echado del Rectorado de la manera más brutal y grosera que pueda usted figurarse, con una bellaquería inaudita, sin haberme pedido cuentas, sin advertencia previa, sin invitarme a dimitir, sin rozamiento anterior con el ministro, y sin que luego se me haya explicado por qué fue aquello. Es más, el ministro que me echó como

[18] El término «sub-alcanizado», como el de «alcanesco», que a Unamuno le gusta emplear, procede de la Biblioteca de vulgarización que Félix Alcan publicaba en París, muy difundida en América. Análogo papel, en otro orden, les asigna a las dos editoriales españolas que cita.

[19] Los escritos a que se refiere Unamuno son dos que dedicó a la memoria de Rubén Darío con ocasión de su mucrte. El primero lleva por título «¡Hay que ser justo y bueno, Rubén!», que don Miguel se aplica a sí mismo, y vio la luz en la revista *Summa*, Madrid, año II, número 11, de 15-III-1916. El otro se titula «De la correspondencia de Rubén Darío», y se publicó en *La Nación*, el 10-III-1916. Ambos están redactados a raíz de morir el nicaragüense, y de cllos me hc ocupado en mi estudio «Rubén Darío y Unamuno», incluido en este mismo volumen.

se le echa a un perro sostuvo luego en el Parlamento la doctrina inmoral del secreto de la confianza ministerial. Y yo no me avengo a tales prácticas y estoy dispuesto a no aceptar el más leve favor de mis superiores mientras no se me den las satisfacciones que creo se me deben. Y he aquí por qué, deseando ardientemente ir a ésa, no puedo ir.

Y poco que me gustaría verle, abrazarle y charlar con usted en su tierra!

Veremos si se arregla.

Ya sabe cuán de veras es su amigo

Miguel de Unamuno.

[Carta autógrafa fechada en Salamanca, 26-II-1916.]

Finalmente, corresponde también a este año el envío de un libro de Ricardo Rojas y que, como él escribió en una ocasión, fue el punto de partida de su *Cervantes*, aparecido muchos años más tarde. Me refiero al titulado *Poesías de Cervantes*, compiladas y prologadas, Buenos Aires, Universidad Nacional de La Plata, 1916, cuya dedicatoria autógrafa reza así: «A mi ilustre y querido amigo Don Miguel de Unamuno, su affmo., *Ricardo Rojas*.» Se trata de una contribución al centenario de la muerte del clásico español, y su prólogo es una revisión de no pocos juicios tradicionales, demasiado aferrados quizá a aquellos versos en que Cervantes se lamenta de no haberle dado el cielo las dotes de poeta. ¡Lástima que no se nos haya conservado el juicio que, sin duda, le dedicaría Unamuno!

1919. La «Historia de la literatura argentina», de Rojas, y un largo soliloquio lingüístico de Unamuno

Otra pausa de más de tres años se abre en esta correspondencia. Tan sólo la quiebran unas líneas apresuradas que, al comenzar el de 1917, le dirige Rojas a don Miguel. Son apenas de presentación de un pintor argentino y están escritas en el mismo barco español en que éste se disponía a zarpar para la Península:

> Mi querido don Miguel: Me es grato presentarle —le escribe— y recomendarle muy especialmente al pintor argentino don Octavio Pinto, que parte hoy a España, con el objeto de perfeccionar su cultura. Tiene el propósito de ir a Salamanca y visitarlo a Vd. en mi nombre. Salúdalo su amigo affmo.
>
> *Ricardo Rojas.*
>
> [Carta de 2-I-1917.]

Ese mismo año apareció el primer tomo de la *Historia de la literatura argentina,* la excelente obra de Ricardo Rojas, cuyo cuarto y último volumen, el dedicado a «Los Modernos», se publicaría en 1920. En la biblioteca de Unamuno sólo están hoy los tres primeros, que debieron ser los que le llevó en mano un amigo común, don Juan Roldán. De la afanosa lectura que de ellos hizo su destinatario nos hablan, y muy expresivamente, las numerosísimas anotaciones a lápiz que figuran en las guardas finales de cada uno de ellos.

Pero la única carta que de este año tenemos, la de Unamuno, es ya un anticipo, largo y pormenorizado, de tantas anotaciones como el primero de dichos tomos ostenta. Creo

que debe ser reproducida en su integridad, como con las otras venimos haciendo, en gracia al tono íntimo que en ella campea. Dice así:

> Estaba yo ausente, en una de mis correrías por estos campos del Duero, cuando nuestro común amigo Don Juan Roldán vino a verme y me trajo la *Historia de la literatura argentina* de usted, mi querido y buen amigo, y su edición del *Martín Fierro*. La que tenía de éste, en una especie de cuaderno, con grabados, muy parecido al de las novelas * de Julio Verne que leí de niño, se me había perdido.
>
> Estoy leyendo su *Historia* con no poco gusto y mayor provecho y me propongo aprovecharla abundosamente en mis artículos y ensayos. De lo mucho bueno que de ella he de decir a mi público quiero hacerle aquí merced y va a permitirme que entre el catedrático —*arcades ambo*— con sus pequeños reparos. Y procedo al detalle y según las notas que llevo tomando.
>
> Página 8, última línea. ¿Por qué usted también escribe *sudamericano* y no *suramericano*, siendo en castellano Sur y no Sud?
>
> Pág. 25 Leo un *henchíe*. Aquí se dice *hinche* el presente de indicativo, de henchir *(implere)*, como el presente de subjuntivo de *hinchar (inflare)*.
>
> No es *Mío Cid*, sino *Mió Cid;* el pronombre posesivo masculino era en tiempo del poema, como es hoy en bable, *mió* y no *mío*.
>
> Pág. 46 Leo un *señudo*. ¿Es errata?

* En la copia del original enviado por Rojas, «los modelos», que me permito corregir.

Pág. 60 *Raza* no deriva de *radix, radicis*, sino de *raddia*. Por una forma latina vulgar paralela a *radia*, que dio raya (como *baddiu* y *badiu*, bazo y bayo, respectivamente). Aquí en Castilla se llama *raza* a cada hebra de lana o hilo de un tejido, y al rayo de sol —*raza de sol*— que se filtra por una rendija (corrientísima esta acepción en Zamora y León). *Raza* equivale, pues, a *linaje (lineaticu)*, de línea.

Pág. 124 *fachinal*. En Extremadura se llama *fachina* a una finca rústica o casa de campo. *Escuerzo* es nombre vulgar del sapo en España.

Pág. 125 Su etimología de *gaucho*, de *gaudeo*, me parece inaceptable. En primer lugar, a pesar de lo que usted mismo dice —acaso para sustentarla— en la nota de la pág. 253, no es frecuente, sino completamente insólito, que un nombre derive de la primera persona del singular del presente de indicativo. El caso de *credo* deriva de la fórmula litúrgica del símbolo que en latín empieza con *credo*, y es como decir «rezó la salve» o «dijo el yo pecador». Además el *gaudeo* no pudo llegar al romance así, pues el diptongo *au* se pronunciaba *o* en latín vulgar. *Gaudeo* habría dado como ha dado *gaudium*, gozo. Más fácil es que *gauderio*, por *gaudeio-gaudio* se haya hecho *gaucho*, pero *gauderio* no creo que tenga nada que ver con el latín *gaudere*. Un cultismo así no es de suponer.

Pág. 138 ¿Por qué escribe usted fetiquismo y no fetichismo? *Fetiche* es tomado del francés, que lo tomó del portugués *feitiço*, nuestro *hechizo*.

Pág. 148 Desconfíe usted del temerario y fantasioso Cejador, cuya ciencia (??) lingüística es muy tur-

bia, híbrida de arbitrariedades alquimistas y de las últimas hipótesis de la química modernista. Que la fonética andaluza sea de origen fenicio y árabe es una de sus fantasmagorías.

Pág. 152 *Trébede* es la forma derivada de la latina, aunque aquí —esto es tierra leonesa en cuanto a lengua— se dice *estreldes*, y *trípode* es griego.

Pág. 153 *Heñir* no deriva del flamenco, sino que es el latín *fingere* (como de *cingere, ceñir)*, que significa modelar, amasar (figura, cosa modelada) y luego, traslaticiamente, *fingir*. Ni *carro* es vasco. No hay en vascuence tal palabra. Carro es en vascuence *muno* (mi apellido significa carro de gamonas o adelfas, o sea: *gamonal)*. No haga caso de etimología vasca. No llegan a media docena las voces de origen vasco que hay en castellano.

Pág. 156 Las voces tomadas de documentos de ahí que trascribe son muchas veces las correctas según la racional ortografía del siglo XVI. Escribían y pronunciaban *estava*, no con *b* francesa, sino bilabial continua y *boz* con explosiva.

Pág. 161 El lenguaje sencillo castellano no excluye el esdrújulo. Más bien es tendencia popular aquí a acentuar esdrújulo: *méndigo, périto*, etc. Los llamados sufijos átonos (zángano, murciélago, ciénaga, etc.) vienen de ahí.

Pág. 175 La etimología de Sbarbi que saca *adagium* de *ad agendum*, es otro disparate, aunque derive de *ad* y el *ag* del verbo *agere*.

Pág. 184 Respecto a su disertación sobre la voz *payador*, le diré que *payo* es contracción de *Pelayo*. Es la forma, además, portuguesa, lengua en que la

-l- intervocálica cae. Aquí nuestro *Peláez* (Pelayez) es en Portugal *Paez* y luego *Paz*, como de Vela derivaba Váez y Vaz. (Ni el apellido Paz tiene que ver con la paz ni guerra —que es variante de *aguerria* (D'Aguerria - Da Guerria) y Aguirre con la guerra—). Payo no es, pues, pariente de *payés (pagensis)*.

Pág. 235 El corifeo no tenía nada que ver con el *coro*. Coro, en latín *chorus*, era con χ, χορός y corifeo, κορυφαῖος es de κορι, cima o cumbre, y es el que está en la cumbre. *Corega* es ya otra cosa y ése sí tiene que ver con el coro.

Pág. 246 *mos perdona*. Así se oye mucho aquí.

Pág. 255 *rose* por roce; ¿es errata? Porque como ustedes apenas distinguen *s* de *z* haciendo las dos *ç*.

Pág. 288 Supongo sabe usted de sobra que *velay*, «vela ahí», es frecuentísimo y vulgarísimo aquí. Como es muy vulgar por aquí la frase: «a éste quiero, a éste no quiero».

Pág. 291 Cosa curiosa; en estos campos de Salamanca el verbo *cojer* (yo siempre lo escribo con *jota*, como proveniente de *-lly-* latina, *colligere -colliere*, it. *cogl:ere*, port. *colher*, fr. *cueillir*, y no con *g*) significa entre ganaderos cuando el semental, toro o caballo, ha empreñado a la hembra. Se dice «ya le cogió». Que es la acepción vulgar que aquí ha prevalecido.

Y seguiré estas pequeñas notas.

No nos consta que así lo hiciese, como ignoramos también la reacción de Ricardo Rojas ante este breve tratado de gramática histórica, pues no hay ninguna carta suya que con-

teste a la que reproducimos. Pero Unamuno se curaba en salud de esta manera:

> Dispénsemelas. Llevo dieciocho años explicando, además de griego, historia de la lengua castellana, o sea, gramática histórica, y aunque veo que de eso cada vez se sabe, aquí y ahí, más y mejor, aún persisten viejos errores y cejadores de ciencia híbrida que los remachan. Ya ve usted, una de las cosas que más trabajo me cuesta en mi clase es enseñarles a leer el castellano anterior al siglo XVI, a distinguir pronunciando *s* de *ss (casa* y *esso), ç* de *z (caça, fizo), x* de *j (dixo, fijo),* etc. Y eso que ya nadie lee *magüer* por *maguer;* pero la Academia se empeña en que leamos, y aun escribamos, *encuesta,* lo que fue, como es hoy en valenciano y catalán *enquesta.* Aunque mejor sería llamarle, como le llama el viejo Fuero de Zamora, *enquisa,* análogo a *pesquisa* y *requisa.*
>
> Otra cosa le ha hecho a usted decir el funestísimo Cejador y es que los dialectos aragoneses son castellano con voces catalanas. Disparate mayúsculo. El verano pasado recorrí el Alto Aragón, al pie de los Pirineos, y en el benasqués, el grausino y el estadillano se distingue perfectamente lo verdaderamente aragonés de lo castellano y de lo catalán, aunque uno y otro de éstos se metan en aquél. Así, en Benasque se oye decir *noche* castellano, *nit* catalán, y *nueite* aragonés. El aragonés diptonga hasta donde el castellano no lo hace, en *ó* que precede a *i* proveniente de *c,* y dice como *nueite, ueito* (ocho), y el catalán no diptonga nunca. Para todas esas cosas no se fíe usted de españoles más que de Menéndez Pi-

dal —en cuya *Gramática* puede ver lo de *raza* y lo de *heñir*— y no haga caso a Cejador que ha saltado de la escolástica lingüística a las más aventuradas hipótesis sin más que un atropellado atracón de fonética y morfología científicas de verdad.

Claro que todo esto se lo digo a usted y reservo para mi público lo mucho, mucho que de bueno tengo que decir sobre lo sustancial de su libro. Y en especial sobre lo sano de su tendencia.

Ni se piense, añadiríamos, que todas las notas que Unamuno tomó de esta *Literatura argentina* de Rojas se refieren a pormenores y minucias lingüísticas. Más adelante nos referiremos a ello. Mientras tanto demos fin a la reproducción de esta carta, que ahora discurre por otros cauces:

He leído unas novelas de *Hugo Wast*. Y poco más, argentino. Las novelas esas me han gustado extraordinariamente. Ahora quiero volver a lecturas argentinas. Usted cita como un gaucho al general La Madrid. ¡Si viera lo que me entretuvieron, a pesar de su evidente monotonía, sus *Memorias!*

Cita usted una novela de Payró que no conozco. Sólo *La Australia Argentina,* y que me interesó mucho. Pero ya trataremos de otras cosas de ahí.

Acabo de recibir un libro de Urien sobre Mitre.

En otra carta le explicaré cómo, según creo, el endecasílabo nació, por hiato, del *metro mágico y rico* de la seguidilla:

1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11
— — — — — — — — — — —
1 2 3 4 5

Y esto en Italia. Y el metro mágico y rico es el endecasílabo. El octosílabo es cosa de tamboril, en que el compás ahoga al ritmo. El endecasílabo es lo propio de lengua de prosodia rica, con esdrújulos y agudos y no sólo llanos... [20].

Basta. Es muy de veras su amigo,

Miguel de Unamuno.

[Carta autógrafa fechada en Salamanca, 6-X-1919.]

Veamos ahora qué otro tipo de notas empleó don Miguel como lector atento de esta gran obra de su colega argentino.

Las del tomo primero, el dedicado a los escritores gauchescos, están distribuidas en tres apartados: a) «para leer a Cándido»; b) «para escribirle» [a Rojas], y c) «lengua». Cándido Rodríguez Pinilla, poeta salmantino, gran amigo de don Miguel, que fue en muchas ocasiones como un lazarillo suyo, pues era ciego, es el destinatario de los pasajes anotados en las páginas 411, 455 y 460, que son fragmentos de los «trovos» de Hilario Ascasubi y del *Fausto* de Estanislao del Campo. Cándido fue uno de los que primero gozaron del entusiasmo de Unamuno por el *Martín Fierro*, hacia 1894.

Las notas para escribir a Rojas son varias, y de ellas elijo dos tan sólo por su evidente interés. Una en la página 196, donde dice aquél que la flauta, al ocupar la boca del músico, le impide proferir el verso, a lo que Unamuno apostilla al margen: «Lo de Alcibíades.» La otra, en la página 217, guarda relación con el final de la carta que acabamos de re-

[20] Es curioso observar que una teoría muy semejante sobre el origen del verso endecasílabo, utilizando para ilustrarla un dibujo análogo, se la había expuesto al uruguayo Vaz Ferreira en otra carta que remonta al 29-V-1907 reproducida más atrás. Véase mi libro *Don Miguel de Unamuno y sus poesías*, Salamanca, Universidad, 1954, págs. 28-29.

producir, pues lo de «metro mágico y rico», del «Elogio de la seguidilla» de Rubén Darío, lleva esta anotación marginal: «De aquí nació el endecasílabo.» Finalmente, las notas de «lengua», las más numerosas, fueron en parte utilizadas para la carta que dirigió a Ricardo Rojas. Las restantes nutrirían la continuación que le promete y que no llegó a redactar.

Son también de tipo lingüístico gran parte de las que don Miguel fue fijando en las guardas finales de los tomos segundo y tercero de la *Historia de la literatura argentina,* que Rojas dedicó, respectivamente, a los escritores coloniales y a los proscritos. Inerme ya la mano que las trazara, me limitaré a agruparlas por su contenido. Tres apartados pueden hacerse en ellas: las que señalan construcciones loístas, las que subrayan confusiones de *s* y *c,* provocando no pocos casos de ceceo, como «frenecí», «terza», «hipocrecía», y las de confusión de *s* y *x,* menos frecuentes. Lo que, sin duda, sabía don Miguel es que no pocas de estas dos últimas hay que cargarlas, no al autor, sino a los tipógrafos. Como casi seguramente algunos casos de acentuación incorrecta. Pero todo denota, como ya advertí, el cuidado que aquél puso en la lectura de esta obra.

Por último, y para no alargar con exceso estas observaciones, aludiré a las notas que se refieren a pasajes del texto con los que muestra su aprobación entusiasta o su divergencia tácita, que, sin duda, tuvo el propósito de explicar. Parece natural que limitemos nuestra pesquisa a la primera. He aquí algunos ejemplos: En la pág. 110 del tomo II subraya su conformidad con esta frase: «al indio semidesnudo con su falda genésica y al español semivestido con sus hierros feudales». Todo el pasaje de las págs. 464-465 del mismo tomo, dedicado a los estudiantes más notorios que salieron del Carolino, lo apostilla don Miguel con un «¡muy bien!».

En el volumen III, pág. 137, subrayó esta frase del poeta Echeverría: «El estilo es la fisonomía del pensamiento»; en la pág. 274 la siguiente, del propio Rojas: «España era casi siempre la piedra de golpear, pero bien se ve que ella no era sino un pretexto para sacar al golpe de su eslabón la chispa de luz que necesitaba»; y en varias ocasiones muestra su acuerdo con ciertas expresiones de Sarmiento, por quien tanto entusiasmo sentía, como ésta de la pág. 287: «Las cosas hay que hacerlas; aunque sea mal, pero hacerlas.» Ni falta tampoco el recuerdo de alguna anécdota, otras veces referida por el propio Unamuno, como la de la lectura que de varios pasajes de Sarmiento hizo aquí, en Salamanca, a su amigo el poeta ciego Cándido Rodríguez Pinilla, quien le hizo observar cómo sus tremendas invectivas contra España no le causaban la irritación de las de otros escritores americanos. A lo que su interlocutor le replicó diciéndole que hablaba mal de ella como lo haría un español.

Pero es forzoso que suspenda esta pesquisa para reanudar el relato de la amistad entre nuestros dos escritores. Quede constancia, sin embargo, de cómo fue don Miguel uno de los más atentos lectores con que Ricardo Rojas pudo soñar, lo que da un enorme sentido de humanidad y de magisterio a sus palmetazos, como éste, generosamente, reconoce en su correspondencia. Y a ella quedaron relegadas estas observaciones que he creído un deber exhumar.

1922. Otro proyectado viaje de Unamuno a la Argentina. Intervención de Levillier

A fines de julio de este año vuelve Rojas a escribir a don Miguel, reanudando una comunicación epistolar interrumpi-

da. Y como para lamentar su silencio le dirige la pieza más extensa de este epistolario. Bien es verdad que el tema lo requería, pues se trata de la posibilidad, ahora muy próxima a realizarse, de un nuevo viaje de su amigo salmantino a aquellas tierras. Y como siempre, con la lealtad y el buen tino de antaño, se permite orientarle, «para que Vd. conozca bien —le escribe— el terreno y los rumbos».

> Mi querido don Miguel: Acabo de leer en *Caras y Caretas* su artículo «La soledad de Moisés» [21] —uno de los más hermosos que en esta revista ha publicado, por ser uno de los más íntimamente suyos—, y ese artículo me ha traído el remordimiento de las muchas cartas que le debo, y de ésta sobre todo, en la cual quiero hablarle de su proyectado viaje a la Argentina.
>
> Recibí hace dos meses una carta de nuestro amigo Levillier sobre sus propósitos acerca de este viaje deseado tanto tiempo por Vd. y por sus amigos americanos, entre los que me cuento yo como el primero de todos. Llegó esa carta meses después de mi elección para el decanato de la Facultad de Filosofía y Letras, lo cual me da ocasión excelente para servir sus deseos. Iba a contestar a Levillier inmediatamente, cuando a los dos días estalló en los diarios la

[21] Se publicó el 29-VII-1922, el mismo día que Rojas escribe a su autor. Puede leerse en mi edición de escritos unamunianos *De esto y de aquello*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1953, tomo III, y hoy en el tomo VIII de sus *Obras Completas*, págs. 995-998. Su fuente de inspiración es el poema de Alfredo de Vigny. Estoy de completo acuerdo con Ricardo Rojas en lo que sostiene acerca de estas colaboraciones de su amigo en aquella época en la revista bonaerense que cita. Eran como evasiones de la lucha que mantenía en la prensa española sobre temas políticos.

bomba de su visita al Rey, que desconcertó a los mozos de allí y de aquí. Comprendí en el acto, por razones que Vd. comprende, que el momento no era oportuno para su venida. Los pueblos son niños caprichosos y peligrosos.

Llegóme entonces la noticia de que la españolada de Buenos Aires estaba alborotada por Vd. y con Vd. Pedí a amigos míos, compatriotas suyos, que recogieran impresiones en el Diario español, en el Club y en la Patriótica, principales centros de la colectividad. Los vientos eran malos, don Miguel. No puedo entrar en detalles, pero juzgué prudente esperar que el estremecimiento histérico pasara. Está pasando ya.

Mi consejo es que Vd. debe venir, con el programa de conferencias que me anunció Levillier, en mayo del año próximo. Hablé con el presidente del Círculo de la Prensa y él me dijo que el Círculo le haría ambiente y que hasta podrían gestionarle ventajas para su alojamiento. El Círculo probablemente auspiciaría conferencias pagadas, en un teatro. Otra podría Vd. dar en la Facultad de Letras sobre los clásicos o sobre el quijotismo o sobre el castellano. Es casi seguro que estando Vd. aquí lo invitarían las Universidades de Córdoba y de La Plata (aunque de esta última estoy ya retirado).

Estuve en Montevideo el pasado verano y hablé con gentes de la Universidad sobre un proyecto que tenían de invitar por año dos conferenciantes extranjeros, uno europeo y otro americano, y pensaban iniciar la serie con Vd. y conmigo. No sé si le han escrito al respecto.

Nuestra juventud universitaria pasa un momento de desorientación filosófica, y algunos profesores temen que Vd. la desoriente más. Los españoles, por su parte, se alarman ante la idea de que Vd. hable mal de España y los desacredite entre nosotros. No faltan algunos argentinos prudentes que se inquietan al pensar que algunos temas o actitudes suyos pudieran mover en su favor a los jóvenes liberales y volverlos en contra de los españoles residentes que son casi todos reaccionarios o simples burgueses ingenuamente impresionables.

Le hablo a Vd. con toda franqueza por deber de amigo que desea su viaje con buen éxito, para que Vd. conozca bien el terreno y los rumbos. Con la misma franqueza he dicho a algunos españoles influyentes en la colectividad, que Vd. es el español que más nos interesa a los argentinos de conciencia civil como yo, y que sería absurdo que ellos, tan solícitos para traer o agasajar a otros, se retrajeran de Vd. Creo, sin embargo, que no lo harán.

A lo que no se atreven es a invitarlo oficialmente y a cargar con la responsabilidad de lo que pudiera ocurrir, pues se figuran los muy inocentes que Vd. vendría a hablar mal del Rey, de ellos y de España. Les he dicho que es Vd. un hombre más patriota y más sagaz de lo que ellos se imaginan: «héroe», pero «discreto», para decirlo con palabras de nuestro Gracián.

He visto en los diarios que Levillier se embarcará con Alvear. Apenas llegue, hablaré con él de este asunto y le avisaré lo que concertemos. Entre tanto, desearía que Vd. me escribiera sus impresiones so-

bre lo que en esta le digo y sobre su estado de ánimo después de los meses corridos desde el incidente del Ateneo. Es cosa ésta que he vituperado desde lejos, pero que la he comprendido, porque sabrá Vd. que hace dos años que fui silbado por la juventud universitaria de La Plata, que me tenía por su ídolo hasta la víspera, y luego fui lapidado en la calle. Conque ya ve Vd. si lo habré comprendido.

Pronto le enviaré el último tomo de mi *Historia de la literatura argentina*, y algún otro libro nuevo. Reciba ahora y su distinguida familia —de la que guardo tan buen recuerdo— el saludo de su amigo

Ricardo Rojas.

[Carta fechada en Buenos Aires, 27-VII-1922.]

Esta carta me parece un modelo de lealtad y de discreción, y me inclino a creer que debió de pesar mucho en el ánimo de Unamuno esta voz sincera y desinteresada de cuanto no fuese su propio bien. Pero como plantea una serie de problemas en torno a unos hechos, creo conveniente puntualizarlos antes de referirme a la respuesta unamuniana, que no fue muy inmediata.

El promotor de esta visita de don Miguel al Plata debió ser Roberto Levillier, que entonces era Embajador de su país en Madrid, y las gestiones debieron iniciarse muy a principio de 1922, tal vez con una conversación entre ambos. Una carta de Unamuno al diplomático argentino, que me ha facilitado Ricardo Rojas, parece contestación a algo que Levillier le preguntaba sobre los temas que se proponía desarrollar en sus conferencias de la Argentina. Héla aquí:

Le escribo a Vd., mi querido amigo, estas líneas desde las oficinas de *La Nación*, como ve. Y es respecto a lo que me preguntó.

No me es fácil concretar más que a usted le hice los temas de mis conferencias. Desde luego, daría unas sobre historia de la lengua española o filología castellana, enlazándolas con cuestiones de lógica, pues la lógica —de *logos*, palabra— es filología ante todo. Y procuraría hacerlo comprensible para los que sepan poco latín.

Tengo, como le dije, copiosas notas para una obra del género y materias de mi *Sentimiento trágico de la vida*, sobre el valor humano de la religión y aprovechando esas notas para conferencias lograría dar forma a ese libro. Es ello en gran parte una defensa de las causas noblemente perdidas, de los dioses en ocaso.

Estoy volviendo a leer el *Quijote* para hacer de un modo sistemático y ordenado una especie de manual del quijotismo y con ello podría dar otra serie de conferencias.

Mis treinta años de enseñanza de los clásicos griegos me han dado una experiencia directa de ellos, libre de erudición, más al modo de un humanista que de un investigador, y con ello, contrastando el ideal helénico, tal como le *siento*, con el que me parece ser el de hoy, tramaría otras.

Queda, como le dije, lecturas de poesías, muchas de ellas inéditas, que llevo, y hasta lecturas comentadas. Podría tomar, v. gr., como texto mi *Cristo de Velázquez* y comentarlo en todos respectos, hasta en

el meramente formal y técnico, disertando de métrica y versificación.

De lo que no quisiera hablar es de la actual literatura española. Nada de juicios sobre mis compañeros.

Llevaré también algún drama inédito, acaso dos o tres. Esto aparte de lo que allí pueda surgir.

Cosas más de emoción y estimulación que estrictamente de doctrina.

Respecto a lo otro de que me habló y que tanto le preocupaba, he de mostrarme *generoso*, mirar ciertas cosas desde muy arriba y en las conferencias públicas envolverlas con un piadoso silencio. Claro está que a mis compatriotas y en sus casas sociales particulares les hablaré con toda claridad serena.

Ya lo sabe, pues.

Es muy su amigo

Miguel de Unamuno.

[Carta fechada en Madrid, 23-II-1922.]

El programa que don Miguel ofrecía era muy completo y variado. Temas y actividades literarias a los que siempre fue fiel. Quijotismo, sentimiento trágico —en una reelaboración que en años más tarde vería la luz con el título de *La agonía del cristianismo*—; poesías inéditas —que al año siguiente cobijaría en sus *Rimas de dentro*—; la cultura y el pensamiento helénicos, y teatro propio —*Soledad, Raquel encadenada*, dramas escritos en 1921. Y como por aquellos años venía entregado a una intensa campaña en la prensa contra el Rey —de ahí los justificados recelos de Levillier—, generoso silencio público sobre la política nacional. Luego vere-

mos cómo, cuando escribió a Rojas, las líneas generales de este programa siguen siendo las mismas.

Esta carta de Unamuno a Levillier le fue enviada a Ricardo Rojas por su destinatario junto con otra suya, sin fecha, y en muy mal estado de conservación, lo que dificulta en sumo grado su lectura. Sin embargo, los pasajes que creo interesan a nuestro objeto son de los más legibles. Como éstos:

> Vea lo que Vd. puede hacer para que don Miguel realice su viaje a la Argentina.
>
> La pregunta a la que él se refiere, en el último párrafo, es tocante a la persona del Rey y a los problemas político-sociales modernos en España. No sólo me dio su palabra de que pasaría por alto esos temas, sino que espontáneamente reitera el mismo gesto en su carta.
>
> Confío además en que el ambiente influirá en su espíritu...

Y en cuanto a lo que Rojas le escribe a don Miguel sobre el regreso de Levillier, justifica que éste encomendase las gestiones a su amigo, puesto que tuvo que acompañar al Presidente de la Argentina, Marcelo T. de Alvear, que en los primeros días de agosto de 1922 visitó a la familia real en Santander, desde donde, en el acorazado «España», con su séquito, se trasladó a San Sebastián, para regresar luego a Francia.

Pero este proyecto de visita de don Miguel a la Argentina conoció un riesgo, al que Rojas se refiere también, y que nace de un hecho posterior a su carta a Levillier: la visita que hizo al Rey, acompañado del Conde de Romanones, en los primeros días de abril de este año. Fue éste un aconteci-

miento que suscitó ríos de tinta a ambos lados del Atlántico, logrando gran resonancia en la Argentina. De cuanto se escribió entonces creo que bastará reproducir ahora estos pasajes de un artículo del propio Unamuno, simplemente titulado «Un episodio».

> Mi discurso en el Ateneo de Madrid para pedir el levantamiento de la suspensión de garantías produjo, y es natural que produjera, su efecto en Palacio. Pocos días después un amigo oficioso me decía que el Presidente del Consejo de Ministros deseaba ponerse al habla conmigo. Vine a Madrid, vi al señor Sánchez Guerra, me indicó los peligros que podía correr el Ateneo, y por último, que en Palacio era como si hubiese remanecido aquella petición de día y hora en que acudir a una invitación verbal que se me había hecho. Contesté que yo acudía siempre a donde se me llamaba. Pareció al señor Sánchez Guerra más adecuado que me acompañase el conde de Romanones, como presidente del Ateneo y además antiguo amigo mío.
>
> Y ayer tarde, hace horas, estuve con el Rey, a quien no había vuelto a ver desde que hace seis años y medio nos encontramos en Guernica y me invitó a una entrevista. La conversación se prolongó un buen rato; apenas si tocamos mi pleito individual —que estaba ya, por lo demás, zanjado desde que el voto de mis compañeros de claustro volvió a ponerme al frente de la Universidad de Salamanca—; sí asuntos referentes a esta Universidad y a sus intereses, por los que debo velar, y, sobre todo, asuntos públicos.

> Le dije en sustancia al jefe del Estado español, al Rey, lo mismo que vengo diciendo en estos años en mis artículos y discursos, aunque, ¡es claro!, sin formas de expresión que empleadas cara a cara pueden resultar hasta improcedentes...
>
> ¿Qué me dijo el rey? Lo esencial de lo que me dijo y las consecuencias que he sacado de ello debo dejarlo para cuando la Liga celebre un acto para pedir la reforma de esta Constitución híbrida y ambigua de 1876 [22]...
>
> [Reproducido en el diario *El Mercantil Valenciano*, de 8-IV-1922.]

Pocos días más tarde, el 12 de abril, pronunciaba Unamuno una conferencia en el Ateneo de Madrid, que fue anunciada con el título de «Un episodio histórico», y en este acto conoció la amargura de ser recibido hostilmente, tema al que alude también Rojas en su carta, y eso que antes de su celebración, en otro artícuyo suyo que vio la luz en el diario madrileño *El Liberal*, y dirigido genéricamente «A mis compatriotas», había puntualizado y explicado el paso que acababa de dar su autor:

> No es cosa ahora y aquí —se leía en él— de explicar al detalle el proceso de esa entrevista histórica entre el rey y yo, testigo el señor conde de Romanones, que a modo de notario me lo figuro allí, ni de la impresión que de allí sacara yo —aunque interesa más al país la que en el rey hiciera lo que

[22] Lo encontrará el lector en el tomo X de sus *Obras Completas*, págs. 491-493.

oyó salir de mis labios—; pero creo deber dar esta explicación.

De todo lo demás de mi conducta pasada —terminaba—, transparentísima siempre, responderá mi conducta futura [23].

Este acontecimiento, como indica Rojas en su carta, alcanzó gran resonancia en la Argentina, y en las páginas de *La Nación* aparecieron casi seguidas —los días 12 y 14 de mayo— dos correspondencias de Unamuno explicando aquella entrevista tan sonada. Todo lo cual sabía el escritor argentino, sin duda, cuando se dispuso a escribirle en los términos que hemos expuesto.

Ahora, cerrado este inciso, evidentemente necesario, daremos a conocer la carta de contestación de don Miguel, fechada en Salamanca bastante tiempo después: el 23 de noviembre de 1922. Dice así:

No sé cómo he tardado tanto en contestarle, mi querido amigo —comienza—. No sabe usted bien en qué vertiginoso torbellino de actuación pública me veo metido. Como que ya ni puedo hacer proyectos. Las cosas van aquí muy de prisa, y no sé si a peor o a mejor. Si esto se enderezara qué bien me vendría dar al fin mi vuelta por ésa para hablarles de muchas cosas, pero sobre todo de... religión. Tengo en preparación una obra que será como una segunda parte de la *Del sentimiento trágico de la vida*, que se titulará *Abisag, la sunamita* —Abisag (el alma) es aquella doncella que calentaba a David (Dios)

[23] Véanse también los escritos titulados «Mi visita a Palacio» y «Otro poco de historia», incluidos también en el tomo X de sus *Obras Completas*.

moribundo, según nos cuenta el capítulo segundo del Libro segundo de los Reyes—, y dudo de llegar a darle forma no siendo en conferencias.

(Sin duda recordará el lector que el título que Unamuno da aquí a su obra es el que hoy lleva el capítulo V de la titulada *La agonía del cristianismo*, no publicada hasta muchos años después, durante su extrañamiento en París.)

Con las notas y apuntes a la vista las heñiría ahí, de palabra caliente, ante un público vivo y presente, que yo le viera y le sintiera, y corrigiendo la versión taquigráfica haría la obra. Y otras cosas de filología, de literatura, de política general, o sea de civilidad. Y a la vez llevaría poemas inéditos para leerlos, y alguna cosa nueva de teatro que me gustaría estrenar ahí. Pero sobre todo a aprender.

Sí, en *Caras y Caretas* estoy dando, entre otras cosas de amenidad y de humorismo al alcance de todos, cosas de las más mías. Que luego coleccionaré. No sé cómo se me ocurrió tomar esa revista para verter en ella algunas de las más íntimas honduras de mi alma.

El trabajo me abruma y más ahora en que se me solicita del extranjero —el extranjero *son* para mí los países de lengua no española— a cada momento. Y mi tarea aquí es enorme. Tengo que decir lo que otros callan e iniciar lo que a otros no les dejarían decir y sí repetir. Hay que salvar con la civilidad la civilización española.

Y ahora perdóneme una pequeña incumbencia. Tengo grande, muy grande, grandísimo interés por una pareja de recién casados de esta provincia que

han llegado a ésa a asentar familia. Él se llama Luis González Simón, es maestro y creo que sabe algo de contabilidad. Se presentará a usted —como a otros amigos míos— con una tarjeta mía. Ayúdele con sus consejos y sus recomendaciones. Se lo agradeceré de veras.

Hasta pronto.

Muy su amigo

Miguel de Unamuno.

[Carta autógrafa fechada en Salamanca, 23-XI-1922.]

Tampoco se realizó, como es sabido, este viaje a la Argentina. Unamuno siguió en España entregado a una labor de prensa a la que le arrastraba la situación política nacional. Absorto en ella, no abandonó sus otros quehaceres literarios. Mantuvo su colaboración en *Caras y Caretas* y en *La Nación,* las dos publicaciones argentinas en las que más asiduamente escribió; ordena añejos escritos, con los que publica otro nuevo libro, *Andanzas y visiones españolas;* saca del olvido o de la ineditez las poesías que agrupó en el volumen titulado *Rimas de dentro* —las que, sin duda, iba a dar a conocer en Buenos Aires—; y teje las rimas románticas, becquerianas, de su *Teresa.* Escribiendo la «Despedida» de este libro, en Palencia, a mediados de setiembre de 1923 —«en estos días en que empiezan a amarillear las primeras hojas del otoño»— le sorprende la noticia del golpe de Estado del general Primo de Rivera, y pocos meses después, al ser desterrado por el Directorio que éste presidía a la isla atlántica de Fuerteventura, comienzan las que él mismo llamó sus bravas aventuras quijotescas.

1924. Fuerteventura. «Vox clamantis...»

La noticia del destierro de Unamuno desata una serie de movimientos de adhesión a su figura y de protesta contra la medida del Gobierno en varios países de Europa y de América. Uno de ellos, en la Argentina. Don Miguel fue sacado de su retiro salmantino el 20 de febrero de 1924, y llegó a Fuerteventura el 10 de marzo siguiente, «después de diecisiete días de haberme arrancado de mi hogar» —escribió él mismo—, «días que pasé entre Cádiz —ciudad a la que quiero olvidar—, la navegación, unas horas en Tenerife y ocho días en Las Palmas de la Gran Canaria». De por estas fechas debe ser una carta que Ricardo Rojas dirigió a don Miguel, que por entonces suscitó una curiosidad e interés unánimes en los medios intelectuales europeos y americanos. Y junto a los mensajes colectivos de adhesión que le iban llegando hubo también el cauce de la correspondencia privada, en la que sus amigos le reiteraban su sentimiento en aquella coyuntura. Uno de ellos, el propio Rojas, ya que la carta que don Miguel le dirige desde Puerto Cabras de Fuerteventura, lugar de su confinamiento, es contestación a una anterior que no conocemos.

Es la suya una carta patética y apasionada, de agradecimiento al amigo y de duros ataques a quienes le habían desterrado. Y por encima de todo, una vez más, como siempre proclamó, su fe en España. A más de treinta años de la fecha en que fue redactada es ya un texto histórico, si al leerlo prescindimos de lo que hay en él de violento ataque a las personas, más que a las instituciones. Esto es anécdota ya, muy reiterada, y con su razón, en no pocos escritos suyos,

públicos y privados, de estos años. En cambio, permanece y dura, conserva su ímpetu primigenio, todo lo que hay en estos párrafos vibrantes de treno y de esperanza, de petición de concurso para «rehacer España», y «sobre todo para que triunfe la verdad». Estos párrafos, brotados en su desierto fuerteventuroso —adjetivo que él creó entonces—, son los que a continuación reproducimos:

> Gracias, mi querido amigo Rojas —comienza—, gracias. Gracias no por mí sino en nombre de nuestra España que hoy, por decreto de nuestro Dios, represento. De nuestra España; la nuestra, la eterna. «Podríamos afirmar —decía usted— que en América se desarrolló la España genuina, la que mataron sus reyes extranjeros: los Austria, con su teocracia militarista; los Borbón, con su burocracia académica.» Y hay que libertar a esa nuestra España genuina.
>
> Esa España que usted quiere es la que también quería —sí, la quería— aquel coloso Sarmiento que la trató a zarpazos. ¡Qué español era aquel hombre! ¡Qué en español maldecía a España! A la otra, a la maldita, a la que ahoga a la nuestra, a la de nuestra raza.
>
> No volveré a España sino libertada, cuando sea nuestra España, la del Dios de justicia y de libertad. Ni podría hoy vivir allí.
>
> Volveré, y volveré a mi Universidad. A la de la Quimera, a la Universidad de la Quimera, a la de nuestro Señor don Quijote, el divino loco.
>
> Gracias a todos ustedes, hermanos y... ¿no también algunos hijos? Hijos en espíritu. Gracias a esa juventud universitaria. La manifestación de la ju-

ventud universitaria «es puramente mía; ésta no la cedo a nadie, porque me pertenece exclusivamente, porque es el resultado de mi obra de treinta años». Así digo yo como nuestro Sarmiento, el gran castellano de la lengua. Aquí treinta y tres años de profesorado, día a día —el que en ese tiempo menos faltó a su clase— y más de treinta también uniendo con mi pluma las dos Españas que separa el agua de la mar —y ¡cómo sonríe, aquí, en Fuerteventura, a nuestras trágicas flaquezas!— y junta la sangre del espíritu, la lengua. Y esa sangre me ha sangrado de las entrañas del corazón de vasco.

Mi vida aquí, en esta isla de Fuerteventura, es una vida henchida de ensueño y de esperanza. En esta isla desnuda, sedienta, esquelética, toda ella entrañas volcánicas surgidas de lo hondo de la mar, el clima es un tesoro de salud y la gente un tesoro de nobleza. Isla de verdad afortunada, pues no hay en ella ni cine, ni equipos de *football*, ni *boyscouts*.

Dejé allí, en Castilla, a mi mujer, que usted conoció, y a mis hijos. Como les enseñé a trabajar, tres de ellos —el mayor casado— pueden ya sostener a los otros cinco y a su madre.

Ayúdennos, ayúdennos a salvar a España, a nuestra España, a la de la Raza, a sacarla como en explosión volcánica, del fondo en que se ahoga; ayúdennos a hacer, a rehacer, la España civil y laica, ciudadana y popular; a libertarla de trogloditas. Y sobre todo a que triunfe la verdad. «¡La verdad ante todo y sobre todo, la verdad!»

A todos ustedes, los nuestros, los hermanos en sangre del espíritu, a todos ustedes en usted, mi óptimo Rojas, un abrazo de

Miguel de Unamuno.

[Carta autógrafa fechada en Puerto Cabras de Fuerteventura, 14-IV-1924.]

1926-1929. Ecos de Hendaya

Casi tres meses después de fechada la carta anterior —al mediar el mes de julio de 1924—, Unamuno se evadió de Fuerteventura y trasladó su residencia a París. Al finalizar agosto del año siguiente se establece en Hendaya, para estar más cerca de su España, a la que sus ojos ven todos los días y con la que sueña por las noches. El día primero de marzo de 1925 aparece en la Editorial Excelsior, de París, su nuevo rosario de sonetos, el que tituló *De Fuerteventura a París*, uno de cuyos ejemplares hace llegar a manos de Ricardo Rojas, que le acusa recibo en estos términos:

Mi querido don Miguel: Recibí su libro *De Fuerteventura a París*. Es un libro hermosamente trágico, al modo de la isla homónima y de la vida toda. No le he escrito antes porque no sé su dirección, y ésta va al azar, con mis mejores votos para la felicidad de Vd. y de España. Suyo

Ricardo Rojas.

[Tarjetón fechado en Buenos Aires, 1-I-1926.]

A fines de 1927 o comienzos de 1928 publica Rojas en su país los tres diálogos filosóficos en un volumen bajo el título

de *El Cristo invisible*, y le envía un ejemplar a Unamuno. Éste debió comentarlo en una carta que no he visto, a la que contesta el autor con la que sigue:

> Mi querido amigo Don Miguel: Recibí su carta sobre «mi» Cristo. Habría mucho que decir sobre ello, pero hoy no tengo tiempo. Lo haré otra vez. Entre tanto, le mando una hoja del suplemento de *La Nación* de hoy con un artículo sobre Vd. Después de lo que pasó con sus correspondencias, le será grato ver que se hayan atrevido a publicar lo que se dice en la última parte de ese artículo.
>
> Siempre inquiero noticias acerca de Vd. y sigo atento la política de España con la esperanza de celebrar su regreso. ¡Ya sería tiempo!
>
> Leí en *Crítica* una hermosa página suya sobre su señora, a quien recuerdo.
>
> Lo abraza
>
> *Ricardo Rojas.*
>
> [Carta sin fecha, pero de 15-IV-1928.]

Del libro a que Rojas se refiere hay un ejemplar en la biblioteca de Unamuno, pero carece de dedicatoria y está intonso, lo que me hace suponer que no fue el que utilizó para esos comentarios y observaciones que le comunicó a su autor a que la carta transcrita contesta, y que por su tono parece revelar una cierta diversidad de criterio.

El artículo de *La Nación* más arriba citado, y que me ha servido para fechar esa carta, es el titulado «Unamuno y Bilbao», de Luis Echávarri, y el párrafo final, también aludido, es éste:

Por desgracia, este porvenir «de la más aborrascada negrura» se ha cernido ya sobre el ex-rector de Salamanca. El guía intelectual de España es ahora un perseguido, un desterrado, que tiene que vivir lejos de su Bilbao y de su Salamanca. Él, de un lado del Pirineo, vale más que el resto de la España oficial del otro lado. Pero del otro lado, aunque muy cerca, está Bilbao, su Bilbao, su «madre Bilbao». Cuentan los que han acompañado su soledad en Hendaya que Unamuno, todos los días, se dirige hacia el puente internacional y, cara a cara a las montañas vascas, se detiene largo tiempo, horadando con la mirada los obstáculos de la naturaleza, menos duros que los de las envidias y los odios que le tienen alejado de su patria, y los ojos se le anegan en lágrimas, mientras revive, acaso, aquellos versos suyos:

> Vives en mí, Bilbao de mis ensueños,
> sufres en mí, mi villa tormentosa.

Lo de las otras correspondencias que Unamuno envió al mismo diario porteño no tengo datos para aclararlo. Sí me consta que desde 1925, por lo menos, dejó de colaborar en *La Nación*, aunque continuó haciéndolo en el semanario *Caras y Caretas*.

Y en cuanto al artículo que Rojas atribuye a Unamuno, creo más bien que se trata del que publicó Manuel Aznar el 7 de febrero de 1928 —dos meses anterior a su carta— con el título de «Toda una mujer», y que, efectivamente, se refiere a la de don Miguel.

En 1929, cuando éste vivía aún en Hendaya, recibió un nuevo libro de su amigo el escritor argentino, el titulado

Elelín, drama en tres actos y en verso, que ese año había publicado la editorial «La Facultad», de Buenos Aires. La dedicatoria dice así: «A Miguel de Unamuno, recuerdo afectuoso de su admirador y amigo *Ricardo Rojas*», y su destinatario tomó algunas notas según iba leyéndolo. La más curiosa es la que corresponde a la página 30, donde uno de los personajes se expresa así:

No os burléis con tanta saña
que bolearon mi caballo,
y esa no es gentil usanza
de caballeros.

Lo que glosa con esta anotación marginal: «¿Ya entonces?», que corresponde a su estado de ánimo, cuando tantas veces entonces, en público y en privado, valoró el término «caballero», diciendo humorísticamente que él lo era «de a pie».

1935. Última carta de Rojas enviando su libro «Cervantes» a Unamuno

Con un nuevo paréntesis de más de siete años acaba la historia de esta amistad entre Ricardo Rojas y Miguel de Unamuno. Y es de aquél el último eslabón de esta cadena de firme y mutuo afecto. El 10 de junio de 1935, desde Buenos Aires, en un tarjetón que encabeza un sencillo membrete —«Ricardo Rojas, Charcas 2857»—, le anuncia a Unamuno el envío de un libro suyo y le da el pésame por la muerte de su mujer. Dice así:

> Mi admirado y querido don Miguel: El envío de mi *Cervantes*, que recibirá con ésta, me da ocasión

para reanudar nuestra correspondencia. Por el prólogo y el apéndice verá en qué ingratas circunstancias lo escribí, y apreciará lo que todo ello significa [24].

Grato me fue oírlo hace días por radio y me impresionó muchísimo el reconocer su voz, como si estuviéramos cara a cara en Salamanca. Así conversamos allá hace 26 [*sic*] años, cuando también tuve el privilegio de tratar a su digna mujer. Me avisan, ahora, que la señora ha muerto. Créame que lo acompaño íntimamente en este dolor, como en todas sus horas adversas o felices.

---

[24] Reproduzco lo que Rojas escribió en el prólogo de esta obra: «Al iniciarme ha tanto tiempo en la carrera didáctica, no sólo hice voto de estudio sino de alejamiento de la política, porque creía que la Argentina hallábase encaminada, dentro de su Constitución, a la realización paulatina y pacífica de las esperanzas que le dieron origen como República independiente. Constituido el Estado, creí que a nuestra patria le restaba formar un pueblo, y ésta era una empresa de educación. Sin embargo, últimamente, vi quebrarse nuestras instituciones, y consideré deber ineludible sacrificar mi paz intelectual para defender la ciudadanía. En esa lucha he caído en poder de la arbitrariedad: sin justificación ni proceso, he sido confinado en Ushuaia, la población más austral del globo. Exilado en ese lugar, he traído, para distraer mis ocios, los borradores y notas de mi *Cervantes*, cuya elaboración empezó antes del 23 de abril de 1916, tercer centenario de la muerte de aquel maestro. Tales son las ingratas circunstancias en que he dado forma definitiva a este libro.» Este patético prólogo está firmado el mismo día del aniversario de la muerte de Cervantes, de 1934, y firmado en ese finisterre antártico donde le llegó a Rojas la adhesión de sus amigos españoles de 1908. «Unamuno especialmente había escrito para que le enviáramos el pliego —se lee en el texto de aquel mensaje— pues está en Salamanca, recién fallecida su mujer.» Por eso encomendó a uno de los promotores y firmantes de esta adhesión al escritor argentino: «Dé usted a Rojas un abrazo de mi parte, muy afectuoso.»

Escríbame, que en las actuales circunstancias de mi país, siento necesidad de ello. A Vd. lo veo cada vez más grande y con la inmortalidad asegurada por el merecido amor de sus españoles.

Lo abraza su amigo

Ricardo Rojas.

[Carta fechada el 10-VI-1935.]

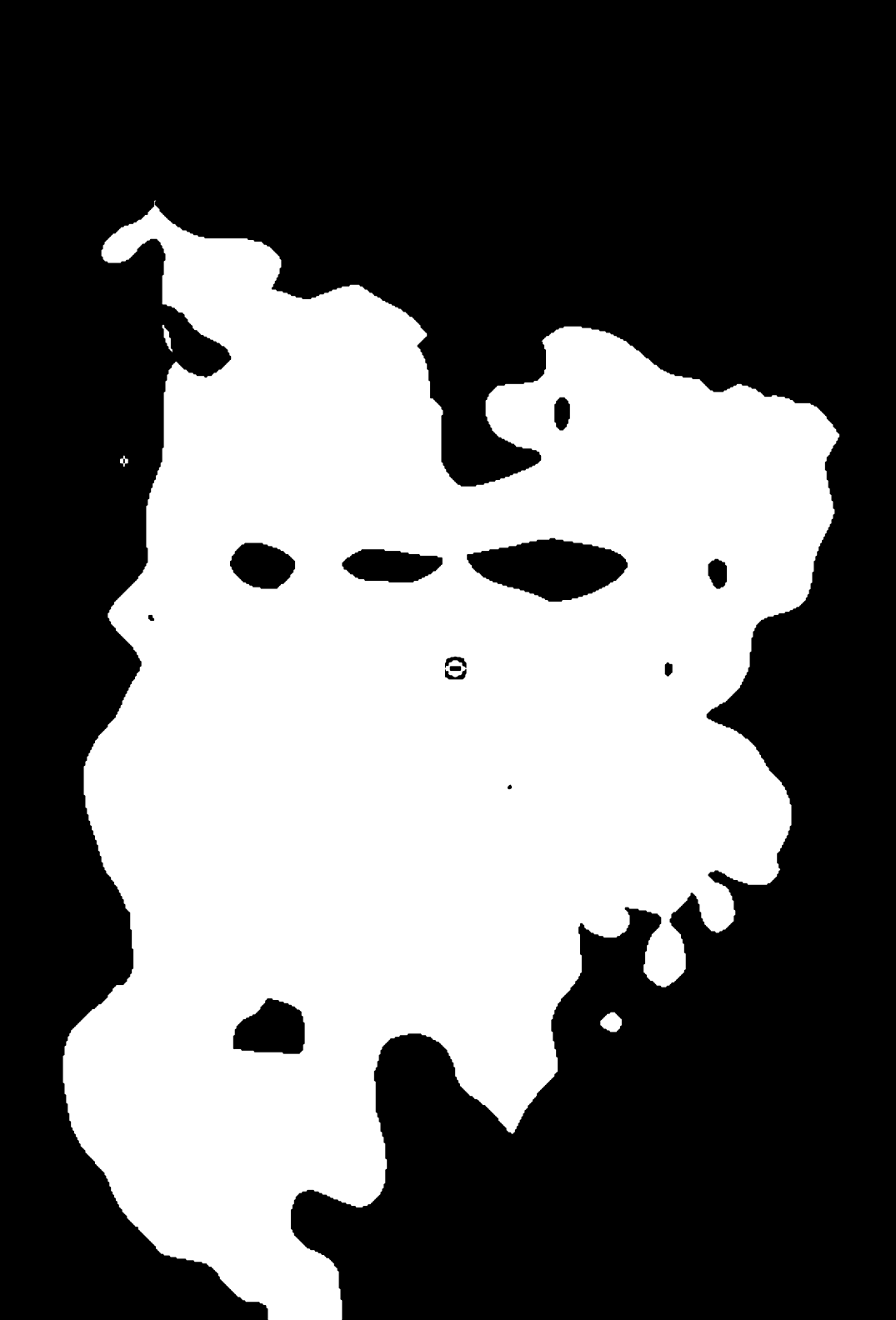
Con la carta llegó el *Cervantes. Biografía e interpretación fundadas en la obra cervantina*, Buenos Aires, Librería «La Facultad», 1935, con esta dedicatoria: «Al noble amigo y gran español don Miguel de Unamuno, siempre admirado y recordado por el autor de este libro.»

No volvieron a encontrarse ambos amigos desde aquella primavera de 1908 en que, por vez primera y única, hizo Ricardo Rojas estación en Salamanca y pudo hablar a sus anchas con Unamuno, pero como muy oportunamente hace constar, tuvo ocasión de escuchar de nuevo su voz. Ello fue con motivo de una serie de charlas radiadas simultáneamente en Madrid y en Buenos Aires ese mismo año, y que hoy pueden leerse reunidas en el volumen titulado *Diez maestros*, aparecido allí aquel mismo año. Dos de ellos son estos dos escritores cuyos recuerdos se han exhumado en las páginas precedentes. Unamuno habló de «Comunidad de la lengua hispánica»; Rojas, de «La tragedia de América». Fieles así ambos a sendos temas de hispanoamericanismo auténtico, tan eficaz, sincera y hondamente cultivado por ellos. Cinco españoles y cinco argentinos cumplieron el programa de estas retransmisiones, unidos en la lengua común que hablamos, y allí aparecen, unidos, creo que por última vez, estos dos hombres que han sido nuestro tema en esta ocasión. Am-

bos han muerto ya, pero pocos meses antes de la desaparición de Rojas pudimos brindarle las primicias de este trabajo, en el que hemos puesto una común veneración por lo que en el ancho mundo hispánico representan sus figuras.

(1958)

II.—TEMAS LITERARIOS



LA POESÍA GAUCHESCA

> Aquí podría yo, en propia apología, presentar los memoriales que me acreditan como uno de los pocos, de los poquísimos europeos que se han interesado por el conocimiento de las cosas de América [1].

Así se expresaba don Miguel de Unamuno en un escrito suyo que, con el título de *Sobre la argentinidad*, publicó en los primeros años de este siglo. Y hoy, muerto ya quien escribiera estas palabras, voy a permitirme llamar la atención sobre uno de esos memoriales concretos que en su día adujo, uno tan solo. El de la consideración que le mereció la poesía gauchesca, sobre la que llamó la atención a los distraídos contemporáneos de fin de siglo, y señalar también cómo los ecos de su entusiasmo por esta modalidad poética, tan entrañable, van surgiendo a lo largo de su propia obra. No hay tiempo para más, aunque el tema admite una consideración, necesariamente amplia y dolorosamente —ahora— poco profunda.

Y al abordar el tema propuesto, anticipemos que a lo largo de su exposición sólo va a oírse, deliberadamente sola, la voz autorizada de Unamuno, comentador entusiasta y certe-

[1] En su libro *Contra esto y aquello*, Madrid, 1912, págs. 82 y ss.

ro de la poesía gauchesca. Suyo es el dechado. A mí sólo me corresponde el bastidor en que aquél se ofrece.

Primera lectura de «Martín Fierro»

La primera obra gauchesca que llega a conocimiento de Unamuno es la de José Hernández, la que tradicionalmente se considera como suma y final del ciclo de escritores gauchescos. Y ese conocimiento data de 1892, seis años después de la muerte del poeta argentino. En una carta que el día 3 de agosto dirige desde Bilbao a su gran amigo y paisano Juan Arzadun, se leen estas palabras, hijas de un entusiasmo recién adquirido: «¿Has oído hablar de *Martín Fierro* —le escribe—, el poema gauchesco del argentino José Hernández? Si tengo el gusto de verte, te lo prestaré. Es cosa muy grande. Está escrito en *gaucho*, son décimas [sic] para ser cantadas a la guitarra. Ha tenido 58.000 ejemplares en Buenos Aires. Es el primer poeta en lengua castellana (o parecida) que viva hoy, a mi gusto. Del empuje de los primitivos; asombroso» [2].

Este testimonio no es más que un eco de la labor proselitista que el escritor vasco realizó por aquellos años entre sus amigos y conocidos, en especial en los medios literarios salmantinos. Muy pronto vendría la difusión pública de su parecer, concretados ya los trazos de esta primera reacción entusiasta. Y en el prólogo firmado en Salamanca en el mes de marzo de 1894 para el libro del escritor y catedrático salmantino Luis Maldonado, *Querellas del ciego de Robliza*, publicado en esta ciudad en dicho año, nos dice Unamuno todo esto:

---

[2] *Cartas de Miguel de Unamuno*, en la revista *Sur*, Buenos Aires, año XIV, número 119, setiembre de 1944, pág. 53.

> Andaba fuera de mí con el *Martín Fierro,* poema popular gauchesco, enamorado perdidamente de su frescura y su pujanza, del alma cándida y briosa que en él se refleja. Ejercía en su pro una especie de apostolado, empeñándome en que lo leyeran mis amigos y hasta en obligarles a que les gustara, e hice de él un estudio o cosa por el estilo, que se publicó en el primer número de la *Revista Española* [marzo de 1894] [3]. Veía, entre otras cosas, en el poema gauchesco, un arma de combate, algo que ayudara a volvernos a la poesía del pueblo; pues así como el gigante Anteo dicen que cobraba fuerzas frescas del contacto con la tierra, su madre, así también de su bautismo en el espíritu popular había de recobrarlas nuestra poesía, aquejada de dolencias tan pestíferas, atestada de neo-gongorismo, neo-culteranismo, decadentismo, parnasianismo, pseudo-realismo, y, plagada, en fin, de todas las lacerias que brotan del yo satánico e insoportable.

El tono entusiasta se mantiene. De su aludido ensayo en *Revista española* hablaré más tarde. Sigamos ahora oyendo a don Miguel:

> Cuando atravesaba lo más ardiente de este período de apostolado entre los amigos, a raíz de haberles leído mi estudio sobre *Martín Fierro,* me vino un día mi buen amigo y compañero don Luis Maldonado Ocampo, con la buena nueva de haber topado a un Martín Fierro charruno, de haber descubierto en

[3] Madrid, 1-III-1894. Se titula: «El gaucho Martín Fierro, poema popular gauchesco por don José Hernández», incluido en el tomo VIII de *Obras Completas,* pp. 47-63.

este hermoso campo de Salamanca, en plena charrería, en Robliza en fin, un ciego, autor de unos cantares que había él, Maldonado, recogido de boca de su criado. Acto seguido, me leyó el romance del ciego, sacándome de mis casillas; bien es cierto que llovía sobre mojado. Sentí el fresco del aire de la tierra en el alma, la ráfaga que primero la refresca para calentarla luego con el calor nativo: el sol del campo de Salamanca me entraba en el corazón. Sin ponerlo al igual del *Martín Fierro*, eso no, me deshice en elogios al ciego y sus querellas, emprendiendo al punto la tarea de persuadir a Maldonado de la importancia de su descubrimiento y de la excelencia del romance... ¡Aquello era fresco y vivo y lleno de alma aquello! Tosco, es verdad, como la encina que crece al aire y a los hielos y a los achicharramientos del sol en el camino de Robliza, tosco como la encina, pero como ella vivo, de hoja perenne, de cuerpo robusto. Menuda disertación la que endilgué a propósito de las querellas del ciego de Robliza. ¡Y qué de cosas barajé, santo Dios...! Cuando Maldonado me vio más exaltado, sonrió con aire de triunfador, me puso una mano en el hombro, me miró y me dijo: «Pues, mire usted, no hay tal Ciego de Robliza, es una broma que he querido darle; el ciego soy yo.» Me obstiné en un principio en negárselo, pero pronto me lo probó. La cosa había sido sencilla. Viendo mi entusiasmo por el *Martín Fierro*, él, que no lo participaba, por lo menos en el grado que yo, anunció a uno de nuestros amigos que iba a componer un *Martín Fierro* charruno para pegármela con él; se fue a casa, y de un tirón le salió del alma la

primera de las presentes querellas. He aquí como una cosa buena, más que buena, *Martín Fierro*, engendró a otra buena también. Porque lo de la broma lo cree él, Maldonado; pero sólo es verdad en parte, o, más bien, sólo es parte de la verdad; pues si él me jugó un bromazo —es cierto—, mayor es el que le jugó a él el Ciego de Robliza, el *lígrimo*, el de la tierra, el que lleva dentro. Porque ese ciego que dormía en su alma, como en la de Sócrates el demonio familiar, al oír parte del *Martín Fierro* se despertó, empezó a gargajear y templar la pandereta, a soltar hipos sin letra, a buscar forma para sus quejas, y, embromando a Maldonado, al Maldonado que le lleva, con lo de la broma, dio al viento sus querellas [4].

---

[4] LUIS MALDONADO, *Querellas del Ciego de Robliza*, Salamanca, 1894. Incluido en *Antología de las obras de D. Luis Maldonado*, Salamanca, 1928, págs. 129-149, con un estudio preliminar de Cándido R. Pinilla, poeta salmantino, gran amigo de Unamuno, que fue también testigo de su entusiasmo por el *Martín Fierro*. He aquí cómo nos lo revela en este estudio, testimonio que creo debe incorporarse al relato del propio don Miguel. Dice así: «Andaba a la sazón Unamuno, muy embebido y entusiasmado con la lectura del poema gauchesco *Martín Fierro* que nos leía diariamente a los amigos, como si quisiera hacérnoslo aprender de memoria. Sin dejar dc alabar la obra americana, no asentía Maldonado a todos los elogios admirativos del maestro, al que hubo que decirle un día quc cualquier gañán charro, de los muchos que poseen vena de copleros, sabría hacer una cosa semejante. Burlóse de la aseveración Unamuno, afirmando a su vez que, careciendo el charro de sentido expresivo, era imposiblc hallar entre ellos nadie capaz de hacer nada que sc pareciesc de cerca ni de lejos a esta semiepopeya del héroe de la pampa. Calló Maldonado, pero al día siguiente apareció con unas cuartillas en la mano y leyó ante don Miguel la primera parte del romance, que tenía por título: *Querellas del Ciego de Robliza*. Y lo gracioso del caso fue que, pcse a su agudeza y perspicacia extremadas, Unamuno, engañado sin duda por la forma popular del romance, por su casticidad c indigenismo charruno

Dejando ahora a un lado la significación, el tono enormemente humano de esta anécdota histórica que hemos evocado poniéndola en la pluma de uno de sus protagonistas, séame permitido subrayar tan sólo cómo en ella alienta, hasta ser su impulso y su motivo, el entusiasmo de Unamuno por el poema gauchesco de José Hernández.

Y vengamos ahora al estudio que por aquellos mismos días le dedicó. Lo esencial de estas páginas ha sido incorporado por Ricardo Rojas a su historia de la Literatura argentina [5], precedidas de esta observación muy justa: «En España, Miguel de Unamuno, espíritu independiente y genial, nutrido de ciencia eterna, fue de los primeros en proclamar las primicias del cantar indiano»; «llegó a la admiración del *Martín Fierro* después de haber pasado por la filología románica y la literatura de su país». El juicio unamunesco se condensa en estas palabras: «En *Martín Fierro* se compenetran y como se funden íntimamente el elemento épico y el lírico; *Martín Fierro* es, de todo lo hispanoamericano que conozco, lo más hondamente español. Cuando el payador pampero, a la sombra del ombú, en la infinita calma del desierto, o en la noche serena a la luz de las estrellas, entone, acompañado de la guitarra española, las monótonas décimas [sic] de *Martín Fierro,* y oigan los gauchos conmovidos la poesía de sus pampas, sentirán, sin saberlo ni poder de ello darse cuenta,

---

y por su aparente tosquedad, creyó inocentemente que se trataba de la obra de un genuino coplero rural, hasta que al fin Maldonado acabó por confesar que allí no había más coplero que él. Todo este curioso lance lo refirió poco tiempo después el propio Unamuno en el hermoso prólogo que puso a las *Querellas*, que fueron publicadas añadiendo a la primera parte del romance otras tres de la misma índole y contextura.» Hay una edición reciente de las *Querellas del ciego de Robliza*, Salamanca, 1960.

[5] El texto íntegro lo encontrará el lector en el tomo VIII de las *Obras Completas*, de Unamuno, pp. 47-63.

que les brotan del lecho inconciente del espíritu ecos inextinguibles de la madre España, ecos que con la sangre y el alma les legaron sus padres.» La observación del tono épico-lírico del poema es muy exacta. Piénsese en el Romancero. Y el juicio de Unamuno va a dispersarse en dos direcciones divergentes, pero a la vez siempre próximas: la dimensión humana del tipo, y la lengua en que expresa sus emociones y describe su peripecia vital. En cuanto a la primera, que será perfilada, como la otra, años más tarde, solamente esto: «*Martín Fierro* es el canto del luchador español que, después de haber plantado la cruz en Granada, se fue a América a servir de avanzada a la civilización y abrir el camino del desierto.» Y en cuanto a la lengua, esto otro: «Su canto está impregnado de españolismo; española es su lengua, españoles sus modismos, españolas sus máximas y su sabiduría, española su alma. Es un poema que apenas si tiene sentido alguno desglosado de nuestra literatura.» Y como una proyección de ella lo seguirá considerando, aunque Ricardo Rojas, en un justo medio, considere que su vinculación estricta a la tradición española sería tan erróneo como adscribirlo a una excluyente tradición argentina. «Es de toda la raza ibérica —escribió entonces— como documento filológico; pero es de nuestra raza argentina como documento literario»[6].

Nuevo acercamiento a la poesía gauchesca

Cinco años más tarde, y desde diversas tribunas en la prensa española y americana, en las que Unamuno se ocu-

[6] Ricardo Rojas, *Historia de la Literatura argentina, I. Los gauchescos*, Buenos Aires, 1917, págs. 474-475 y 528.

paba de las letras de aquel continente, recordará su entusiasmo por el gran poema gauchesco y ofrecerá nuevos ecos de otras lecturas en esta línea de la literatura argentina. Así, cuando, desde las columnas del viejo diario madrileño *La Época*, se ocupa de la novela de Francisco Grandmontagne *La Maldonada*. «No descubriremos a los hispanoamericanos —escribe— mientras ellos no nos descubran su América, dejándose de revolotear en torno a París, 'centro de toda luz'». Y como antídoto, y a la vez como norma, les propone lo que sigue: «Cuéntennos la agonía de *Tabaré*, la errabunda existencia de *Martín Fierro* o de *Santos Vega*, guapezas de Juan Moreira, espejo de gauchos, afanes del estanciero, luchas políticas, trabajos de colonización, pero no se nos vengan con sensualidades cerebrales ni pálidos reflejos del Barrio Latino...» [7]. Al final anuncia un nuevo trabajo sobre el *Martín Fierro*, el gaucho en que descubre las cualidades del vaquero castellano que se ha vuelto cimarrón, e insistiendo en la calidad humana del héroe pampero, le dirá a don Casimiro Muñoz en un periódico porteño:

> Me acuerdo el efecto que me produjo la lectura del *Martín Fierro*. Allí vi que lo mismo que nuestros caballos y toros, que llevados en domesticidad a ésa, se han hecho cimarrones, así al encontrarse el español ahí en condiciones sociales análogas a las de aquí en los siglos XII y XIII, luchando con indios como aquí con moros, rebrotó el aventurero de nuestra reconquista... Aquellos gauchos son nuestros aventureros, y el soplo que anima a ese poema her-

[7] «Letras hispano-americanas. La Maldonada. Costumbres criollas», en *La Época*, Madrid, 10-IV-1899. Este trabajo lo encontrará el lector, como otros más adelante citados, en el tomo VIII de sus *Obras Completas*, págs. 64-68.

> mosísimo [de *Martín Fierro*] en su misma monotonía es el soplo de nuestro viejo *Cantar de mió Cid*, de nuestros primitivos romanceros [8].

De alguna de estas opiniones hizo públicamente partícipe a Rubén Darío en una carta abierta aparecida en *La Nación*, motivada precisamente por un malentendido entre ambos

[8] Carta a don Casimiro Muñoz, en *El Imparcial* del Azul, 12-IV-1899, y reproducida en *El Sol*, de Buenos Aires, 23-IV-1899, precedida de una breve semblanza de Unamuno, sin firma, pero que fue redactada por Grandmontagne. En un curioso escrito desarrolla don Miguel la alusión al caballo incluida en el texto. Se titula «El caballo americano», y de él proceden estos pasajes: «Un argentino amigo mío, muy inteligente y muy agudo, me decía una vez: el caballo acabó con el indio, entronizando al gaucho y el alambrado ha acabado con el gaucho. Y esto del gaucho me recuerda lo que escribí hace trece años acerca de él y a propósito del *Martín Fierro*, que fue por entonces una de las lecturas que más me impresionaron. Impresionóme por lo profunda, ahincadamente español que encontré todo aquello. Me parecía respirar el ambiente mismo que se respira en nuestros viejos romances fronterizos, en aquellos en que se cantan las luchas de los cristianos contra los moros en las fronteras de las tierras de unos y otros. Y entonces comprendí que así como el caballo americano, lo mismo que el toro, que corre libre por montes y llanos, no es el caballo salvaje, sino el caballo cimarrón, el caballo doméstico vuelto a la vida bravía y salvaje, así también el gaucho no era hasta cierto punto nada más que el español cimarrón, que al volver a encontrarse en condiciones de vida análoga a aquellas en que se encontraron sus antepasados en los tiempos en que luchaban con el moro, volvió a sentir y a pensar como ellos pensaban y sentían, hasta volvió a hablar de una manera muy parecida a como ellos habían hablado. El gaucho fue, con las naturales diferencias que la diferencia de suelo y clima lleva consigo, un caso de atavismo. La influencia de la sangre india, del mesticismo, creo que fue muy pequeña en él, así como en su caballo no pudo haber una influencia análoga, pues no sé que en América hubiese solípedo alguno con el que pudiera cruzarse y dar híbridos nuestro caballo». «El caballo americano», en *La Nación*, Buenos Aires, 14-VII-1907. Recogido en el libro *Temas argentinos*, Institución Cultural Española, Buenos Aires, 1943, págs. 135 y ss., y en el tomo VIII de *Obras Completas*, pp. 381-384.

poetas en torno a la atracción que París ejercía entonces en los escritores hispanoamericanos. «He de recordarle —le decía— que no sólo del gaucho pedía yo que ustedes, los hispanoamericanos, nos hablasen..., sino de todo, en fin, lo que constituye la vida americana, y no de delicuescencias traducidas del francés»[9]. Donde ya se acusa el «misogalismo» de que Unamuno hizo gala a lo largo de su obra.

Y de este año 1899 es también un estudio conjunto, al que tituló *La literatura gauchesca*, «la que canta —escribe— las alegrías y las penas, las fortunas y las desgracias de la vida de un tipo social americano curiosísimo por extremo y casi desaparecido ya: el gaucho». Vio la luz en la revista madrileña *La Ilustración Española y Americana*, y de él proceden las observaciones que siguen. En primer lugar, y aun salvando la añeja preferencia por el *Martín Fierro*, el conocimien to unamunesco de esta poesía argentina se ha ensanchado notablemente, hasta abarcar todo el que alguien llamó *mester de gauchería;* desde los *Diálogos patrióticos* de Bartolomé Hidalgo hasta *Anastasio el pollo* de Estanislao del Campo, pasando por *Aniceto el gallo*, de Ascasubi, para llegar a la modalidad culta que representa el *Nastasio* de Soto y Calvo, a quien especialmente dedica estas páginas Unamuno. Y como en 1894 reaparece la doble motivación de su interés por esta poesía: el tipo humano del gaucho, y el lenguaje en que se expresa. «Precisamente porque ha desaparecido es tanto más poético —escribe del primero—. Lo es como nunca ahora que la muerte, al depurarle de las impurezas de la realidad, le abre las puertas de la leyenda. La muerte es la gran poetizadora; la muerte, que sedimenta la tradición,

[9] «Sobre la literatura hispanoamericana. A Rubén Darío», en *La Nación*, Buenos Aires, 19-V-1899, también en el tomo VIII de *Obras Completas*, pp. 76-82.

único verdadero fondo de toda poesía. Sólo es poético lo que, habiendo vivido, reposa en la eternidad.» «El gaucho es lo más genuinamente homérico —añade— que de la América española conozco, y a la vez lo más profundamente español» [10], y subraya este calificativo de homérico que un día, aplicado al gaucho, puso en circulación Soto y Calvo. Y encuentra al gaucho profunda y homéricamente poético, como todo tipo sencillo, a la vez que le seduce y atrae ese su atavismo social en el que descubre la reencarnación del desprecio español a toda ley y a toda disciplina, ese alma de forajido, que en su estricto sentido etimológico ve palpitar también en el Cid castellano. Aunque con un fondo melancólico y nostálgico muy a tono con la Pampa dilatada, en la que veía Grandmontagne un criadero de misántropos y de bohemios.

Y cuando el tipo iba a desaparecer, inspiró toda una poesía popular que, en el sentir de Estanislao del Campo, uno de sus cultivadores, tenía que eternizar su lenguaje, salvando para los que vinieren el perfil humano y, sobre todo, la expresión hablada del gaucho. Que de este modo calaría más hondo en el pueblo. Y por esta veta del lenguaje gauchesco se lanzará más adelante el agudo ingenio unamuniano, poniendo en juego sus conocimientos lingüísticos, recortando el americanismo léxico y volviéndolo, cuando no lo es de solera, al arcón sin fondo del arcaísmo castellano.

El lenguaje gauchesco

Sigámosle, utilizando sus propios textos, a partir de 1901. Reseñando en la revista madrileña *La Lectura*, la novela *Mon-*

[10] «La Literatura gauchesca», en *La Ilustración Española y Americana*, Madrid, 22-VII-1899. Incluido también en *Temas argentinos*, págs 27 y ss. Hoy en *Obras Completas*, tomo VIII, pp. 89-95.

taraz, de Martiniano Leguizamón, se detiene en el prólogo de Payró que la precede, y escribe:

> Debo hacer aquí una observación, a reserva de ampliarla algún día, y es que la jerga vulgar a que Payró alude, esa que algunos argentinos llaman *lengua nacional* (la del *Martín Fierro*, el *Fausto* [se refiere al de Estanislao del Campo], el *Santos Vega* (de Ascasubi) y otros poemas gauchescos), esa habla de que hay catalán que se figura ha de nacer un nuevo idioma distinto del castellano —ya que no pueda catalanizarse a los hispanoamericanos— es un habla llena de fonismos, cadencias, vocablos y giros corrientes y populares aquí, en Castilla y en Extremadura, aunque los argentinos y el catalán a que aludo lo ignoren, por no conocer más castellano que el literario o escrito [11].

Y en su ensayo *Sobre la lengua española*, que es del mismo año, puntualiza esta afirmación:

> Verbenean el *Martín Fierro* —escribe—, el *Santos Vega* y otras composiciones por el estilo en giros, decires y vocablos que se oye aquí al pueblo, aunque nunca se los vea escritos. Ocurre que semejante caudal de voces fluye soterrañamente, como en parte de su curso el Guadiana, y cuando salta en escritos acá o allá, al parecer aisladamente, no hace más que mostrarse a flor de tierra la oculta corriente [12].

---

[11] «De literatura hispanoamericana», en *La Lectura*, Madrid, junio, 1901. Hoy en *Obras Completas*, tomo VIII, págs. 96-104.

[12] «Sobre la lengua española», fechado en noviembre de 1901, e incluido en *Ensayos*, Madrid, 1916, III, págs. 95 y ss. Hoy en *Obras Completas*, tomo III, págs. 490-502.

Dos años más tarde, en carta abierta al doctor Adolfo Casabal, aparecida en una revista bonaerense, le dice:

> He de explicar con extensión, cuando de la literatura argentina en conjunto me ocupe, el por qué nos gusta tanto a muchos españoles —no somos sólo Núñez de Arce, Menéndez Pelayo y yo— el *género gauchesco*, y por qué pongo el *Martín Fierro*, con sus evidentes defectos, por encima de cuanta poesía americana en lengua española conozco. Ahora dejo este aspecto de la cuestión y paso al lingüístico. Cuán equivocado estuvo el señor Monner Sans al afirmar en su discurso sobre el *lenguaje gauchesco* que *-ao* por *-ado, rigular, güelta, respeuto, pa, mesmo,* sea andaluz. Son formas que se oyen en boca del pueblo en casi toda España [13].

Y en 1903 también, escribiendo «contra el purismo» académico que anquilosa el lenguaje, llegará a justificar que en las regiones bilingües de la Península escriban en sus idiomas nativos, y

> hacen bien los hispanoamericanos que reivindican los fueros de sus hablas —añade—, los que en la Argentina llaman idioma nacional al brioso español de su gran poema *Martín Fierro*. Mientras no se internacionalice el viejo castellano, hecho español

[13] «Sobre el criollismo», en la revista *Estudios*, Buenos Aires, enero-julio, 1903, págs. 28-38. Firmada en Salamanca el 11 de enero de ese año. Hoy en el tomo VI de *Obras Completas*, pp. 828-839. En el escrito «La Literatura gauchesca», de 1899, no dejó de consignar Unamuno su extrañeza ante el silencio de JUAN VALERA en sus *Cartas americanas* y del Sr. BERISSO en *El pensamiento de América* respecto a este género poético y en especial en cuanto al *Martín Fierro*.

—concluye— no podremos vituperarlos a los hispanoamericanos [14].

Pero es sólo un desfallecimiento circunstancial en una línea que para Unamuno estuvo siempre clara: la unidad del idioma en la que se refleje, por derecho propio, el espíritu de sus hablantes. Y a ella vuelve, en 1908, al tratar del problema americano de los idiomas nacionales.

> Entonces dije y hoy repito —escribe— que el castellano y el argentino no se diferencian tanto en el fondo popular, hablado y vivo, cuanto en la espuma literaria, escrita, y en cierto modo muerta. He leído el *Martín Fierro*, el *Fausto* (argentino), el *Santos Vega* y otros poemas gauchescos y os aseguro que cuanto más un escritor argentino trata de acercarse al modo de decir de su pueblo, tanto más español me resulta. No es eso lo que más nos choca, no; lo que más nos choca son los desatinados neologismos que forjan ciertos escritores [15].

Cuando Leguizamón publica su libro *De raza criolla*, Unamuno se ocupa ampliamente de él en un escrito del mismo título. Pero no transige con sus afirmaciones, refiriéndose al lenguaje de Hidalgo, sobre la oposición diametral y las divergencias lingüísticas que cree encontrar entre las tendencias del criollo y del peninsular.

---

[14] «Contra el purismo», fechado en enero de 1903 e incluido en *Ensayos*, Madrid, 1917, IV, págs. 9 y ss. Una primera redacción de este ensayo se publicó en *El Sol*, Buenos Aires, 1-XI-1899. *Obras Completas*, tomo III, págs. 582-598.

[15] «El idioma nacional», en *La Nación*, Buenos Aires, 1-III-1908. Hoy en el tomo VI de sus *Obras Completas*, tomo VIII, pp. 844-853.

> ¿Diametralmente diversas? —le dice—. Pero ¿es que acaso Leguizamón conoce bien al campesino peninsular? Es que ha estado alguna vez en España —y no sólo en Madrid— y ha estudiado el pueblo de que procede el pueblo criollo? Pues yo le digo que quien quiera encontrar en la literatura criolla algo profundo y netamente español debe ir a buscarlo, como yo lo he hecho, en Hidalgo mismo, en Ascasubi, en Estanislao del Campo, en José Hernández. Todo ello es profunda e intensamente español, incluso el lenguaje... Créame, Leguizamón: cuanto más leo a los escritores americanos que critican el criollismo, más me convenzo de que en ese criollismo entra lo español andaluz, extremeño y castellano casi por todo, y casi por nada lo guaraní, quichua o araucano [16].

Y muchos años más tarde, en 1920, refiriéndose al que algunos llaman dialecto criollo argentino, se vuelve a oir la voz de Unamuno pregonando su disidencia sin abandonar la ortodoxia lingüística que es la realidad histórica.

> En la Argentina se habla y escribe —decía por entonces— la que allí llaman lengua nacional, que no es ni más ni menos que el español. Y saben perfectamente los argentinos doctos que casi todos los idiotismos y modismos allí populares, los de *Martín Fierro*, v. gr., son de origen español. Todavía hoy

[16] «De cepa criolla», en *La Nación*, Buenos Aires, 9-III-1909, incorporado más tarde al libro *Contra esto y aquello*, Madrid, 1912, págs. 59 y ss., y en *Temas argentinos*, Buenos Aires, 1943, págs. 37 y ss. Hoy en *Obras Completas*, tomo IV, págs. 792-800.

mismo acabo de leer en *El Criticón*, de Baltasar Gracián, la palabra *zonzo* [17].

La última referencia unamuniana al lenguaje gauchesco es del año anterior a su muerte, de 1935, y está en una conferencia que fue radiada a América sobre el tema «Comunidad de la lengua hispánica». A ella pertenece este pasaje:

> Lo que en la Argentina se ha llamado idioma nacional, cuando siente la necesidad —los idiomas, como seres vivos que son, sienten necesidades— de hacerse popular, ha de acudir a su raigambre viva. A ella bajó el habla popular gauchesca de *Martín Fierro*, que es en sustancia la misma que vive en el pueblo extremeño, de donde salieron los grandes conquistadores y pobladores de la América española [18].

Ese mismo año 1935, en que Unamuno se despedía del tema gauchesco, aparece en Madrid el importante libro de Amado Alonso titulado *El problema de la lengua en América*, apreciado en sus líneas esenciales desde el país que fue su segunda patria, la Argentina.

Sus afirmaciones y sus puntos de vista son, naturalmente, más amplios, y al referirse a los poemas gauchescos, señala el no escaso caudal de literatismos «que en el *Martín Fierro* —precisa— pasan inadvertidos, precisamente por su perfecta naturalidad, quiero decir su legitimidad». No se olvide que, en fin de cuentas, los poetas que cultivan esta

---

[17] «El dialecto criollo argentino y otras cosas», en *El Liberal*, Madrid, 29-VI-1920. Incluido en *Obras Completas*, tomo VI, pp. 925-944.

[18] En el libro *Diez maestros*, Buenos Aires, 1935, págs. 23-39, y luego en *Temas argentinos*, Buenos Aires, págs. 159-172. Hoy en el tomo VI de *Obras Completas*, pp. 948-957.

modalidad no son gauchos, sino hombres urbanos, más o menos influidos por la retórica del ambiente de su tiempo. Pero junto a esto, y aquí tiene plena eficacia la postura unamunesca, las preferencias mentales en el habla del gaucho, por ejemplo en los pelajes del caballo, están nutridas de un fondo tradicional «antiguo y peninsular de la lengua», o por creaciones «que se hicieron por lo común con palabras de la misma lengua española».

La proyección literaria

Pero el interés de Unamuno por la poesía gauchesca trasciende de estos dos temas que hemos analizado. Y si por un lado fue uno de los primeros críticos españoles, si no el primero, que en España habló de este género poético, por otro fue un lector asiduo de literatura hispanoamericana. En tales circunstancias, era lógico que pudiese apreciar su importancia en el campo literario, acertando a valorar su proyección, viva también, como veremos, en su propia obra. Su información le llegaba, como él dijo, por dos corrientes: la del cosmopolitismo y la del criollismo. Y en cuanto a ésta, escribía en 1906:

> Desde las obras del género que podemos llamar gauchesco, el *Martín Fierro*, el *Fausto*, el *Santos Vega*, pasando por las novelas de Gutiérrez, y hasta llegar a los últimos cultivadores del criollismo, ya refinado y depurado, creo que conozco lo principal que ahí se ha escrito pintando un mundo que se fue y que acaso no fue nunca tal y como nos lo pintan [19].

[19] «El resorte moral», fechado en setiembre de 1906, e incluido en el libro *Mi religión y otros ensayos*, Madrid, 1910.

Y reincidiendo en una postura que un día fue causa de alguna diferencia personal con Darío, la de su enemiga al sometimiento de los literatos hispanoamericanos al canon de Francia, le escribe así al uruguayo Nin y Frías, en 1907, contestando a ciertas apreciaciones sobre las letras de su país:

> Veo que no cita el *Martín Fierro*. Para mi gusto es lo más intenso que hay en esas riberas del Plata; con algo de poda ganaría, a las veces se estira el argumento, pero aquello es grande, más grande que cuanto han producido los seguidores de Hugo, Quintana, Heredia, Leconte de Lisle, Verlaine, etc., etc.... No lo creerán así ellos, pero si se lo dijera el Remigio de Gourmont (¡vaya un timo!) u otro pontífice de bohemios o de *boulevard* lo creerían y se postrarían ante él. Es un dolor que no se sepa ver lo que nace al lado de uno cuando no se parece a lo que nos han enseñado a admirar [20].

Aun suprimiendo de este pasaje, como de la actitud unamuniana toda, el fuerte tono dialéctico con que apura el argumento, es innegable que pervive en él su ya añejo entusiasmo por la poesía gauchesca.

A este respecto, me parecen reveladores algunos párratos de los escritos que Unamuno reunió en su libro *Contra esto y aquello*, aparecido en 1912. Y no debe cegarnos el tono violento de este título, pues su propio autor, muchos años más tarde, le despojó del sentido en que generalmente era

[20] Carta fechada en Salamanca el 19-VI-1907, y publicada en el libro de PEDRO BADANELLI, *Trece cartas inéditas del muy vascongado don Miguel Unamuno*, Santa Fe, 1944, todas ellas dirigidas al escritor uruguayo Nin y Frías. Reeditadas en Buenos Aires, La Mandrágora 1962

considerado. Así, por ejemplo, el titulado «Prosa aceitada», nos ofrece un pasaje que, corroborando el anterior, cobra una clara significación más desapasionada. Oigámosle:

> Y al hablar de literario y de literatura con un cierto desdén —escribe— no vaya a creer el lector que desdeño la belleza, la hermosura y la poesía, no. Es que son cosas muy diversas y hay excelentes, excelentísimos literatos, tanto en prosa como en verso, y hasta artistas que tienen muy poco o nada de poetas. Y, en cambio, en no pocas de las más rudas e incorrectas décimas [sic] del *Martín Fierro* —para poner un ejemplo de esa tierra— hay mucha más poesía, muchísima más que en tantas composiciones de eso que llaman rima rica y llenas de garambainas artificiosas y de musiquilla de bandolín.

Pero la preferencia sigue siendo la misma, en parte por el mérito innegable e intrínseco de la poesía en que aquélla se basa, e igualmente, creo que conviene no olvidarlo, como oposición a la otra, digna de admiración también, aunque condicionada, más alejada de lo autóctono e insobornable de la entraña americana, y por ello a su vez española. Por eso, en el ensayo al que titula «Sobre la argentinidad», y a continuación del párrafo que he puesto como lema de este trabajo, se expresa Unamuno, ahora en tono más generalizador, en estos términos:

> Y así de los escritores y pensadores argentinos he buscado, no a esos sociólogos traducidos, o a esos poetas un tiempo modernistas, y hoy no sé qué, que me dicen mejor o peor —generalmente peor—, lo mismo que estoy harto de oir aquí, sino a aquellos

> más de la tierra, más verdaderamente nativos, pero nativos de verdad, y no tampoco por moda de criollismo literario y macaneante, a aquellos que me revelan la argentinidad latente. Y he aquí por qué he sido tan devoto lector y tan entusiasta panegirista de Sarmiento.

Esa repugnancia unamuniana a lo que no es literariamente hijo del propio medio cultural e histórico, que se empareja con su desdén por la moda, tan pasajera también en las letras, es la que alienta en este párrafo de otro de sus escritos de este libro siempre polémico. Lleva por título «Arte y cosmopolitismo», y allí se lee esto:

> Soy uno de tantos españoles que al coger una obra americana queremos nos traiga soplo de la vida de la tierra y de la gente en que brotó, intensa y verdadera poesía, y no literatura envuelta en tiquis-miquis decadentistas y exóticas flores de trapo.

Y esto que sigue, que nos revela cómo llegó al conocimiento de gran parte de la poesía gauchesca, tras haber gustado del gran poema de Hernández. Dice así:

> Hace años que leí el hermosísimo *Martín Fierro*, al que dediqué un estudio, y Carmelo Uriarte, mi paisano y entrañable amigo de la infancia, me proveyó de no pocas silvestres flores de la literatura gauchesca. Remitióme últimamente las populares novelas de Eduardo Gutiérrez, tan ricas en primera materia poética, sin desbastar apenas, y leyendo *Juan Moreira*, me decía: ¡qué cantera! Mi buen amigo, el autor del hermoso *Nastasio*, Soto y Calvo, me rega-

ló, por su parte, sus obras y dióme a la vez a conocer las de otros escritores criollos, *Fray Mocho* entre ellos. (¡Qué buenos ratos debo a *Un viaje al país de los matreros!)* Y de todo ello nació en mí el deseo de dedicar una obra a la actual literatura genuinamente argentina.

El proyecto, otras veces anunciado, no llegó a realizarse, y más adelante insiste:

> Y en laboratorio, por síntesis químico-orgánica literaria, con reactivos cosmopolitas quieren hacernos ilíadas. Más cerca de ellas está el *Martín Fierro.*

Terminaré este capítulo citando un pasaje unamuniano muy posterior a estos años de principio de siglo (data de 1919), y no porque pruebe su fidelidad a un empeño, sino porque en él se aborda otro tema que también mereció su repulsa: el del iberoamericanismo huero y sin arraigo. Es éste:

> Hablando Rojas de las ediciones de *Martín Fierro* —poema sobre el que llevo veinticinco años, desde 1894, llamando la atención de mis compatriotas sin muy grande resultado—, dice poder asegurar que pasan de cien mil los ejemplares hasta ahora impresos, sin contar sus ediciones en diarios y revistas, éxito no alcanzado ni por la *María* de Jorge Isaacs, ni por el *Facundo* de Sarmiento, ni por el *Ariel* de Rodó, ni por libro alguno en América. Y añade en su nota: «No dudamos que el éxito será mayor cuando el comercio editorial lleve este poema al continente y a España.» ¿No lo duda Ricardo Rojas? Pues nosotros sí que lo dudamos. Y por lo menos cree-

mos que para que ese poema y otras obras hispanoamericanas, como ella henchidas de alma popular, prendan aquí en España hay que escardar aquí primero la grama y broza del iberoamericanismo oficial y oficioso [21].

Ecos de la poesía gauchesca en la obra de Unamuno

Pero es forzoso poner un fin a estas páginas. Si en las anteriores hemos procurado reconstruir los trazos del entusiasmo unamuniano por la poesía gauchesca, nada mejor ahora, según creo, que ofrecer alguna muestra de la asimilación de ese fervor por el tema, que se traduce en insertar pasajes de alguna de aquellas poesías en la propia obra de creación de nuestro escritor vasco. Serán breves, pero reveladoras. Y de épocas diferentes y distantes.

La primera de ellas, con dos ejemplos concretos, nos la ofrecen las páginas de uno de sus libros más representativos y caracterizadores: *La vida de Don Quijote y Sancho*, aparecido en 1905, es decir, cuando, diez años después de su campaña proselitista del *Martín Fierro*, se mantiene vivo su interés por este poema. Comentando el capítulo XI de la primera parte del *Quijote*, aquel que nos cuenta lo que le ocurrió al héroe con unos cabreros, dice Unamuno:

> ¡Mal hayan los remedios de ocasión! A cuantos van y vienen y se asenderean llevando y trayendo remedios específicos para los males de éstos o de aqué-

[21] «La fiesta de la raza», en *La Nación*, Buenos Aires 29-XI-1919. Figura en el tomo VIII de *Obras Completas*, págs. 591-597.

llos, cabe encajarles lo que decía el gaucho Martín Fierro:

> De los males que sufrimos
> hablan mucho los puebleros,
> pero hacen como los teros
> para esconder sus niditos,
> que en un *lao* pegan los gritos
> y en otro ponen los *güevos*.

Cuando os hablen, cándidos cabreros, de la cuestión cabreril, es que están pegando gritos para alejaros del sitio en que guardan sus huevos [22].

Con lo que la sabiduría popular del gaucho es utilizada por Unamuno como aviso y lección para sus compatriotas desorientados de entonces.

El otro pasaje aparece al comentar el capítulo LX de la segunda parte del que Unamuno llamaba «mi libro», donde el autor nos cuenta lo que le sucedió a Don Quijote yendo a Barcelona, su encuentro con el famoso bandolero catalán Roque Guinart. Y como es éste también, en su sentido etimológico, un forajido, nada mejor que emparejarle con el héroe de Hernández. Y escribe así:

> Reconocía el buen Roque la insolencia de su oficio, pero se sentía atado a él como a un sino fatal. Era su estrella. Y podía haber dicho con el gaucho Martín Fierro lo de
>
> Vamos, suerte, vamos juntos,
> puesto que juntos nacimos,
> y ya que juntos vivimos,

[22] *Vida de Don Quijote y Sancho*. Madrid, 1905, pág. 71.

sin podernos dividir,
yo abriré con mi cuchillo
el camino *pa seguir* [23].

La segunda muestra data de 1921, y no está en uno de los libros de Unamuno, sino en uno de sus escritos volanderos, del tipo de los que él llamó ensayos erráticos o a lo que salga, dedicado a comparar y oponer la cítara a la flauta. Y al hilo de sus consideraciones surge este pasaje:

> Martín Fierro se sentaba en el plan de un bajo a cantar un argumento y, como si soplara un viento, hacía tiritar los pastos, pero era que no se acompañaba de flauta, sino de guitarra:
>
> Con la guitarra en la mano,
> ni las moscas se me arriman,
> *naides* me pone el pie encima,
> y cuando el pecho se entona,
> hago gemir a la prima
> y llorar a la bordona.
>
> Y cuando el diablo venció a Santos Vega —el de la *Elegía* de Mitre y el poema de Ascasubi—, creemos que se acompañaba de flauta, de una flauta que tocaba un sátiro escondido entre las ramas del ombú, mientras él, el diablo, fingía tocar en su guitarra. Fue la flauta oratoria del progreso la que derrotó a la cítara popular [24].

* * *

[23] *Ibidem.*, págs. 350- 351.

[24] «Cítara y flauta», julio de 1921, recogido en *De esto y de aquello*, Buenos Aires, 1951, II, págs. 276-280, y hoy en *Obras Completas*, tomo V, pp. 1.050-1.054.

Hace ahora veinte años que Jorge Luis Borges se refería a la crítica que, con gran dispendio de inutilidad, ha suscitado el *Martín Fierro*. Y señalaba las tres profusiones conseguidas: la admiración condescendiente, la digresión histórica o filológica y la de los ilimitados elogios, a veces rayanos en la grosería. No creo que lo que la lectura de este poema y la de la poesía gauchesca en general suscitó en el espíritu inquieto de Unamuno corresponda a ninguna de estas directrices, ni deba ser incluido en el epígrafe general de lo inútil. Y ello por varias razones, dejando a un lado la talla intelectual de quien formuló tan reiteradamente su entusiasmo por este género poético. Las que me parecen más importantes son estas dos: la prioridad cronológica al escribir sobre el *Martín Fierro,* descubriéndoselo a los españoles, y la precisión con que supo aislar el tipo biológico del gaucho y analizar sus medios de expresión, su lenguaje.

(1956)

WALT WHITMAN

Se cumple en este año 1955 el primer centenario de la publicación de *Leaves of Grass*, el extraordinario libro de poemas de Walt Whitman, que en ediciones posteriores fue sucesivamente ampliado por su autor. Como un pórtico de dicha celebración, dos excelentes libros, uno en inglés y en español el segundo, han visto la luz recientemente. Uno de ellos, el que más puede y debe afectarnos, es el de Fernando Alegría, titulado *Walt Whitman en Hispanoamérica* [1], y el otro, *Walt Whitman Abroad*, del que es autor Guy Wilson Allen [2], que en una serie de ensayos analiza la difusión lograda por la obra del poeta en Europa y América, en el Oriente próximo y en el más remoto. Una parte de él, como es lógico, también nos afecta. La dedicada a rastrear aquélla en España y en los países americanos de lengua española, en la que proclama su dependencia del libro de Alegría, más vasto en el desarrollo del tema y anterior en fecha al del profesor norteamericano.

Ambos autores coinciden en señalar, mucho más pormenorizadamente Alegría que Allen, las etapas de esa difusión

---

[1] FERNANDO ALEGRÍA, *Walt Whitman en Hispanoamérica*, México, 1954. Colección Studium, 5.

[2] GUY WILSON ALLEN, *Walt Whitman Abroad*, Syracuse University Press, 1955.

de la poesía de Walt Whitman en los medios hispánicos. La primera de ellas está a cargo del poeta cubano José Martí, que ya en 1887, y con ocasión de haber oído el anual discurso de Whitman a la memoria del Presidente Lincoln, reveló a sus lectores la gran impresión que el hombre y su obra le causaron. De ellos tuvo ocasión de hablar a Rubén Darío, que en la segunda edición de su libro *Azul* le dedicó un soneto. Aquel largo escrito de Martí fue como la carta de presentación de Whitman a los lectores hispánicos. Y en cuanto a España, aparte de la traducción de *Leaves of Grass* al catalán, empresa que lleva a cabo Cebriá Montoliú en 1909, a la que siguió un libro suyo dedicado al poeta [3], se ha aducido el nombre del periodista que firmaba «Ángel Guerra», quien por aquellos años dedicó dos estudios a la obra de Whitman [4]. Tales escritos han sido calificados como los de la iniciación de un culto al poeta norteamericano en los medios españoles.

En las rutas de esta difusión, peninsular y americana, hoy puntualmente reconstruidas por Fernando Alegría, nos encontramos con el nombre de Miguel de Unamuno, cuyo relato «El canto adámico», incluido en su libro *El espejo de la muerte,* pasa por ser una feliz interpretación de los más abultados rasgos de la persona y la obra de Walt Whitman. Según esto, el interés de Unamuno por el poeta norteamericano habría que situarlo en 1913, fecha en que aparece la citada colección de relatos breves; pero como esa primera

[3] CEBRIÁ MONTOLIÚ, *Walt Whitman, l'home i sa tasca,* Barcelona, 1913. Su traducción *Walt Whitman. Fulles d'herbe,* Barcelona, 1909, Biblioteca de L'Avenc.

[4] «Angel Guerra», «La lírica de Walt Whitman», en *La Ilustración Española y Americana,* Madrid, 8-IV-1910, pp. 207-210; y «La Literatura Contemporánea. Walt Whitman», en *La España Moderna,* Madrid, junio, 1911. pp. 5-27.

edición está agotadísima y ha circulado más la que la Compañía Ibero Americana de Publicaciones hizo, con escaso primor tipográfico, en 1930, no es infrecuente ver señalada esta segunda fecha en una ordenación cronológica de los ecos hispánicos suscitados por la obra poética de Whitman.

A puntualizar ese acercamiento unamuniano a aquél, y a restablecer ciertos extremos del mismo, olvidados o desconocidos, aspiran las páginas que siguen. Y no nos mueve a ello un simple rigor bibliográfico, sino la circunstancia de que alguna de las frases más caracterizadas del propio Unamuno, ya convertida en tópica por él mismo, y no digamos por sus coetáneos, es de cuño whitmaniano. Hasta tal punto impresionaron al rector salmantino los versos del poeta norteamericano.

1906. Primera lectura de Whitman *

En el otoño de 1905 llegó a Salamanca un profesor norteamericano que entonces enseñaba en la Universidad de Cornell, en Ithaca, Mr. Everett Ward Olmsted, que, acompañado de su familia, trabó gran amistad con Unamuno y con la suya. Su nombre iba a quedar ligado a la poesía unamuniana, y sus lectores lo encontrarán en la dedicatoria que encabeza los «Salmos», de su primer libro poético, el titulado *Poesías*, aparecido en 1907. (A los detalles conocidos de esa amistad y a su reflejo en la obra de Unamuno me he referido en otra ocasión)[5].

---

* No es improbable que antes de esa fecha conociese Unamuno la obra del poeta norteamericano. Si como creo la V de sus «Poesías sueltas» (*Obras Completas*, XIV, pp. 690-692), que lleva como lema un verso del poema *Poets to come*, es de 1899 ó 1900, habría que adelantar a dichos años tal conocimiento. (Nota de 1963.)

[5] Manuel García Blanco, *Don Miguel de Unamuno y sus poesías*, Salamanca, Acta Salmanticensia, Universidad, 1954, págs. 73-74.

Ya de regreso en su casa de Ithaca, el profesor Olmsted escribe a su huésped salmantino en estos términos:

> *Will you, please, tell me in your answer to this letter wether you have the poems of Stephen Phillips or of Walt Whitman. I have forgotten. And if you do not have them, please do not get them, as I wish to send them to you.*
>
> [Carta de 13-V-1906.]

Poco tiempo después cumplió su promesa Mr. Olmsted, según nos aclara esta carta suya:

> *Some time ago I sent you the poems of Walt Whitman and marked a few that I particularly liked. Tell me what you think of him as a poet. I also enclose a little booklet by Minot Savage, the Unitarian clergyman, who has examined somewhat into the phenomena of Spiritualism.*
>
> [Carta de 2-VI-1906.]

La edición de *Leaves of Grass* que Olmsted envió a su amigo Unamuno se conserva hoy en la biblioteca de éste, y su ficha bibliográfica es la siguiente: *Leaves of Grass, by Walt Whitman.* Including a Fac-simile autobiography, variorum readings of the poems and a department of Gathered Leaves. Philadelphia, David McKay, Washington Square, 1900. Al frente de ella figura la siguiente dedicatoria autógrafa de Olmsted: «*To his esteemed friend, Miguel de Unamuno, with cordial greeting from* Everett W. Olmsted. *Ithaca, N. Y., April,30, 1906*». Y como el donante advirtió en una de sus cartas, algunos de estos poemas llevan indicaciones suyas. La más característica, la del titulado *Song of the open*

road (págs. 169-179), junto a cuyo título se lee esto: *This must be understood to have a spiritual meaning.* Al margen del primer verso, esto: *The way of life that is free and unfeltered by conventionality,* a propósito de la expresión «open road». Y al pie de la misma página en que el poema se inicia, esta otra advertencia: *Walt Whitman's «I» must everywhere be understood to mean the universal «ego», the absolute man,* tomada de Corson, de quien procede también esta otra, frente a la estrofa séptima del poema: *This is spiritual responsiveness.*

No sabemos si atraído por tales anotaciones fue éste el primer poema de Whitman que Unamuno leyó, ni el detalle ofrece gran interés. Lo que sí sabemos es que la lectura del libro debió ser rápida e intensa, aunque sobre él volviese en otras muchas ocasiones. Nos lo acredita una carta del propio Olmsted a Unamuno, en la que se refiere a otra de éste en la que le enviaba su juicio sobre el poeta norteamericano.

> *Your appreciation of Walt Whitman* —le escribe aquél— *was also very interesting to me, and particularly your comparison.* El primer canto fue el de Adán dando nombre a cada bestia del campo y ave de los cielos que Dios le trajo. ¡Bravo! *That whole page of your letter has a fine literary flavor.*
>
> [Carta de 13-VIII-1906.]

No he podido dar con el paradero de la carta de Unamuno a la que su amigo se refiere, ponderándola, aunque he logrado copia de otras suyas al mismo destinatario [6], pero basándonos en algunas frases de ésta, las que del propio Unamuno se reproducen, nos encontramos, creo, en el cami-

[6] *Ibidem.*, págs. 73-74.

no que iba a llevar la pluma de aquél hacia la consideración de Whitman.

1906. «El canto adámico»

Que va a ser un breve relato en prosa así titulado, cuyo germen está ya en la frase que reproduce Olmsted en su carta citada. Y aunque incorporado por Unamuno a su libro *El espejo de la muerte*, aparecido en 1913, es anterior a él en varios años, y muy próximo a la vez a esta primera lectura de Whitman. Tanto, que vio la luz en el diario madrileño *Los Lunes de El Imparcial*, el 6 de agosto de 1906. Lo que devuelve al rector de Salamanca la primacía entre los escritores que se ocuparon de Walt Whitman en España.

Imagina en este relato el autor algo que posiblemente fue real. Cómo en una tarde a la que califica de bíblica, teniendo por fondo el perfil de las torres de Salamanca —«que reposaban sobre el cielo como doradas espigas gigantescas, surgiendo de la verdura que viste y borda al río»—, tradujo algunas de las poesías de *Leaves of Grass* a un amigo suyo, con el que luego departe acerca del gran poeta. Asombrado, o al menos sorprendido, éste por las enumeraciones, a veces caóticas, de que Whitman hace gala en numerosos poemas suyos, le pregunta a don Miguel si eso es realmente poesía. A lo que éste le replica:

> —Cuando la lírica se sublima y espiritualiza acaba en meras enumeraciones, en suspirar nombres queridos. (Pág. 210 de la primera edición.)

Y departiendo Unamuno con su amigo, real o imaginario, acerca de los orígenes de la poesía lírica, le cita dos pasajes, también bíblicos, uno del Génesis y otro del Sal-

mo VIII, entre los que intercala la versión española en prosa de unos versos de Whitman. Ambos pasajes figuran escritos en lápiz, de puño y letra de Unamuno, en las guardas de la edición de Whitman que le regaló Olmsted. Y como ofrecen leves diferencias con lo que luego transcribió en «El canto adámico», voy a reproducirlos en su anotación primera:

> Formó, pues, Dios de la tierra toda bestia del campo, y toda ave de los cielos, y trájolas a Adán para que viese cómo las había de llamar; y todo lo que Adán llamó a los animales vivientes, ese es su nombre.
>
> Y puso Adán nombre a toda bestia y ave de los cielos, y a todo animal del campo, mas para Adán no halló ayuda que estuviese delante de él. [Luego —añade— creación de la mujer que no intervino.] (Génesis, II, 19 y 20.)

El segundo es como sigue:

> En dándoles nombre se enseñoreó de ellas. Hicístete enseñorear de las obras de tus manos y todo lo pusiste debajo de sus pies. Oveja y bueyes y todo ello así como las bestias del campo, las aves de los cielos y los peces de la mar, todo cuanto pasa por los senderos de la mar. ¡Oh, Jahvé, Señor Nuestro, cuán grande es tu nombre en toda la tierra! (Salmo VIII.)

Incluso la misma cita que hace al principio de este relato, tomada de Robert Louis Stevenson, cuando juzga a Whitman, se halla anotada en la misma hoja de la guarda del libro. Es ésta:

Like a shaggy dog, just enchained, scouring the beaches of the world and baying at the moon.

que Unamuno traduce.

«El canto adámico» tiene como punto de partida el libro de Whitman tal como aparece en estos párrafos:

> Fue esto en una tarde bíblica, ante la gloria de las torres de la ciudad, que reposaban sobre el cielo como doradas espigas gigantescas, surgiendo de la verdura que viste y borda al río. Tomé las *Hojas de yerba— Leaves of grass—*, de Walt Whitman, este hombre americano, enorme embrión de un poeta secular, de quien Roberto Luis Stevenson dice que, como un perro lanudo recién desencadenado, recorría las playas del mundo ladrando a la luna; tomé esas hojas y traduje algunas a mi amigo, ante el esplendor silencioso de la ciudad dorada.
>
> Y mi amigo me dijo: —¡Qué efecto tan extraño causan esas enumeraciones de nombres y de tierras, de naciones, de cosas, de plantas...! ¿Es eso poesía?
>
> Y yo le dije: —Cuando la lírica se sublima y espiritualiza acaba en meras enumeraciones, en suspirar nombres queridos.

Luego da paso en el relato a los pasajes del *Génesis* antes anotados, para destacar cómo el primer canto humano fue el de Adán al poner nombre a las cosas.

> ¡Poner nombre! Poner nombre a una cosa es en cierto modo adueñarse de ella. Este mismo Walt Whitman, cuyas *Hojas de yerba* aquí tenemos, al decir en su «Canto a la puesta del sol», estas pala-

> bras: «Respirar el aire, ¡qué delicioso! ¡Hablar!, ¡pasear! ¡Coger algo con la mano!», pudo añadir: Dar nombre a las cosas, ¡qué milagro portentoso!

Que son los versos 25-26 del poema titulado: «Song at sunset». Tras esta cita vuelve el relato al tema de Adán e intercala un diálogo en que el autor vuelve a la defensa de las enumeraciones del poeta norteamericano. Y el texto unamuniano acaba así:

> Y recogiendo las *Hojas de yerba*, de Walt Whitman, dejamos el esplendor de la ciudad cuando se derretía en el atardecer.

Whitman en otros escritos unamunianos de 1906

Don Miguel de Unamuno, que, como él mismo dijo muchas veces, no leía para escribir, sino que escribía después de haber leído, pone en práctica su aforismo, y es natural que sus escritos de esta época nos revelen la huella que le causó la lectura del poeta americano. Pero hay uno que, por su fecha, no sé si deriva de la lectura del libro que el profesor Olmsted le regaló. Se encuentra en un artículo titulado «Programa», que apareció también en *Los Lunes de El Imparcial*. La alusión es breve, pero se ciñe asimismo a unos versos de Whitman:

> He aquí —escribe— por qué afirmo y no doy pruebas. La prueba íntima, sentimental, de una afirmación está en el calor cordial de la afirmación misma. Digamos con Walt Whitman: no pienso convencer

por argumentos, símiles, rimas; nosotros convencemos por nuestra presencia [7].

En setiembre de 1906 está firmado uno de los escritos que luego pasaron a la edición de los *Ensayos* que publicó la Residencia de Estudiantes, de Madrid. Lleva por título «Sobre la consecuencia, la sinceridad», y en él trata su autor de salir al paso de quienes no tienen capacidad para la contradicción. Nada mejor que apostillar su propio sentimiento con estos versos de Whitman:

Do I contradict myself?
Very well, then, I contradict myself.
(I am large. I contain multitudes).

(«Walt Whitman», v. 1321-1323.)

Veamos cómo lo incorpora a su pensamiento:

Walt Whitman, el poeta yanqui cuyo desdén a la consecuencia es conocido, decía: «¿Que me contradigo? Pues bien: ¡me contradigo! Soy amplio, contengo muchedumbres.» Y no cabe duda: las almas de los que no se contradicen deben de andar muy cerca de ser simples con la simplicidad de los elementos químicos, o, a lo sumo, no más complejas que un compuesto orgánico. Cuanto más simple un cuerpo, más inalterable es. (*Ensayos*, VII, pág. 83.)

---

[7] MIGUEL DE UNAMUNO, «Programa», en *Los Lunes de El Imparcial*, Madrid, 28-V-1906. *Obras Completas*, XI, págs. 137-142.

NOTAS PARA UN PRÓLOGO

El primer libro de versos que publicó Unamuno, el que tituló *Poesías*, aparece en 1907. Carece de prólogo, pero su autor proyectó dotarle de uno. Y para él señaló unos cuantos versos del poema de Whitman titulado *To a certain civilian*. Son éstos:

Did you ask dulcet rhymes from me?
Did you seek the civilian's peaceful and languishing rhymes?
Did you find what I sang erewhile so hard to follow?
Why, I was not singing erewhile for you to follow, to understand —nor am I now;
—What to such as you, anyhow, such a poet as I? —therefore leave my works,
And go lull yourself with what you can understand —and with piano—tunes;
For I lull nobody —and you will never understand me.

(*Leaves of Grass*, pág. 365.)

Si leemos la poesía de Unamuno a la que dio por título «Credo poético», que es una de las primeras del libro *Poesías*, parece descubrirse alguna resonancia de lo que Whitman entiende por poesía. Don Miguel rehuyó el halago musical del verso y pregonó la dificultad que brindaba a sus lectores, porque él no cantaba, como aquél, para que le siguiesen, ni buscaba la comprensión ajena. Lo cual no quita un ápice de autenticidad a su mensaje poético.

Años más adelante proyectó Unamuno otro volumen de sus versos, limitado a reunir las que más tarde llamó sus

«visiones rítmicas», con las que acaba su libro *Andanzas y visiones españolas*. Cuatro de ellas las presenta bajo la forma tipográfica de prosa, entre cuyas líneas iguales palpita el ritmo del verso, lo que se creyó obligado, no sólo a justificar, sino a defender. Pero aquel libro aparece en 1922, y unos siete u ocho años antes, hacia 1914 ó 1915, para presentarlas, redactó un prólogo, inacabado e inédito, en el que reaparece la concepción de Whitman sobre la forma poética. En estos términos:

> Y Robert Louis Stevenson *(Familiar studies of men and books)* en un estudio sobre Walt Whitman, este «perrazo hirsuto, recién desencadenado, que recorre las playas del mundo ladrando a la luna», habla de cómo escogió un verso rudo, no rimado, lírico, y dice: «*I believe myself that it was selected principally because it was easy to write.*» Según el mismo Whitman era romper las barreras entre la prosa y la poesía. (Más bien volver a la unidad de que se diferenciaron.) No quería tomarse la molestia de escribir prosa; son como notas, como cosas dichas a sí mismo, sin acabar, son soliloquios. De aquí su fuerza; y su flaqueza.

Sin embargo, y ya lo veremos en el lugar oportuno, ese gusto de Whitman por el verso libre, como el del poeta cubano Martí, fueron decisivos en la elección de forma para el gran poema unamuniano *El Cristo de Velázquez*, como en otro lugar he señalado.

Por todo ello, creo de interés recoger un par de notas que tomó Unamuno en las guardas del ejemplar de *Hojas de yerba*, que leyó y que se refieren a la poesía de Whitman. Van precedidas de esta mención escueta: «Su poesía». La

primera corresponde a la página 263, se refiere al verso 10 de la titulada *Give me the splendid silent Sun*, y dice así:

> *Give me to warble spontaneous songs, reliev'd, recluse by myself, for my own ears only.*

La otra anotación se encuentra en la página 13 de la misma edición; pero lo señalado en ella no es un verso determinado, sino los títulos de dos poemas: *To foreign lands* y *To a historian.*

1908-1913. Nuevas menciones de Whitman

En julio del primero de estos años firma don Miguel en Salamanca un largo escrito sobre el poeta colombiano José Asunción Silva. Lo incluyó en su libro *Contra esto y aquello*, y es diferente del prólogo que hizo para la edición que se imprimió en Barcelona de las poesías de aquél. Ya al final hace esta afirmación:

> Es muy fácil que de Browning o de Walt Whitman, pongo por caso, no conociera ni el nombre —no andaban, ni anda aún más que en parte uno de ellos, traducido al francés— y de Carducci acaso poco más que el nombre [8].

Lo que no deja de sorprendernos si recordamos que el descubrimiento del poeta norteamericano que Martí hace público en 1887, es casi nueve años anterior a la muerte de Silva.

También en 1908 aparece en París el libro de León Bazalgette *Walt Whitman, L'Homme et son oeuvre*, y Unamuno

[8] Miguel de Unamuno, «José Asunción Silva», julio 1908, en el libro *Contra esto y aquello*, Madrid, Renacimiento, 1912, p. 44.

debió de leerlo, pues aunque hoy no figure entre los de su biblioteca, sí está la traducción francesa de *Feuilles d'herbe*, publicada en 1919. Su mención de aquella obra es coetánea casi de su aparición, y la emplea en uno de sus escritos dedicado al maestro de griego de Ganivet en Granada —González Garbín— y al suyo en Madrid —Lázaro Bardón—, que también lo fue del filipino Rizal. Dice así:

> Leyendo hace poco el excelente libro que sobre Walt Whitman ha publicado León Bazalgette, me detenía a reflexionar sobre lo que nos dice acerca del efecto de presencia que el noble maestro de Camden producía sobre todos los que se le acercaban, de aquella especie de magnética influencia que irradiaba su persona. He conocido hombres así, aunque tal vez no he tenido la dicha de conocerlos en el grado de Walt Whitman, y uno de esos hombres era Bardón. Creo saber el secreto de aquella su autoridad, y es el secreto mismo de la autoridad íntima de Walt Whitman. Estriba en que estos hombres, aunque no faltos de un cierto dulce y humano humorismo, son serios, fundamentalmente serios, profundamente serios. Lo toman todo en serio, hasta la broma misma, y si saben jugar es seriamente. Son todo lo contrario de los necios señoritos, más o menos estetas, enamorados de superficialidades y aficionados al «titeo» [9].

Aquellas notas y subrayados que Unamuno había hecho en su ejemplar de *Leaves of Grass*, pasan a sus escritos públicos. Ahora se trata de su libro *Del sentimiento trágico de*

[9] MIGUEL DE UNAMUNO, «Sobre la carta de un maestro», sin fecha, en el mismo libro, pp. 226-227.

la vida, aparecido en 1913. En el capítulo VI, al que titula «En el fondo del abismo», se puede leer esto:

> Lo que va a seguir no me ha salido de la razón, sino de la vida, aunque para trasmitíroslo tengo en cierto modo que raciocinarlo. Lo más de ello no puede reducirse a teoría o sistema lógico; pero como Walt Whitman, el enorme poeta yanqui, os encargo que no se funde escuela o teoría sin mí,
>
> *I charge that there be no theory or school founded out of me;*
>
> («*Myself and Mine*», v. 28.)
>
> Ni son las fantasías que han de seguir mías, ¡no! [10].

Este poema despertó un vivo interés en su lector español, que subrayó en su ejemplar, no sólo el verso que nos transcribe, sino estos otros, que son otros tantos aspectos, o si queremos gritos de un alma poética de la que se siente afín:

> *Not for an embroiderer;*
> *(There will always be plenty of embroiderers —I welcome them also;)*
> *But for the fiber of things, and for inherent men and women.* [Versos 5-7.]
>
> *Let me have my own way;*
> *Let others promulge the laws —I will make no account of the laws;*
> *Let others praise eminent men and hold up peace —I hold up agitation and conflict;*

[10] *Del sentimiento trágico...*, Madrid, 1912, p. 127.

I praise no eminent man —I rebuke to his face the one that was thought most worthy.

[Versos 10-13.]

¿Verdad que el primero de estos versos recuerda el «deja decir y sigue tu camino» del Unamuno de principios de siglo?

Y finalmente, éstos:

Let other finish specimens —I never finish specimens;
I shower them by exhaustless laws, as Nature does, fresh and modern continually. [Versos 18-19.]

que también nos evocan aquella afirmación de Unamuno en una carta de por entonces a su amigo Bernardo G. Candamo: «Para mí, la poesía es una traducción de la naturaleza en espíritu... Acaso consista en que a mí la Naturaleza me parece cristiana y no pagana.»

Todavía en 1913, muy a comienzos, refiriéndose al escritor español Pérez de Ayala —que por lo que de él toma Unamuno habrá que incluir entre los entusiastas del poeta norteamericano—, nos brinda una nueva mención de éste:

> Y Ramón Pérez de Ayala, en su última y dolorosísima novela, de que algún día he de hablaros: *Troteras y danzaderas,* después de citar aquellos versos de Walt Whitman, que empiezan: «*I am an acme of things accomplished*», etc. [verso 1145, del poema titulado *Walt Whitman*], «soy la cima de todas las cosas realizadas y el compendio de cuantas se han de realizar... a cada paso que doy piso haces de si-

glos, y entre paso y paso, más nutridos haces... [verso 1147], allá a lo lejos, en lo pasado, entre la enorme primera Nada, ya estaba yo allí... [verso 1156], inmensas han sido las preparaciones para mí... [verso 1154] centurias y centurias condujeron mi cuna a través del tiempo, remando y remando como alegres boteros... [verso 1156], todas las fuerzas han sido empleadas abundosamente para completarme y placerme; y heme aquí en el centro del mundo con mi alma robusta [versos 1165-66]»; después de citar estas sentencias apocalípticas de Walt Whitman, el vate de la democracia, agregó Pérez de Ayala, por boca de uno de los personajes de su última y dolorosísima novela, estas palabras: «Estos versos debieran titularse: "Nací en la Mancha"» [11].

El primero de dichos versos:

I am an acme of things accomplished, and I am encloser of things to be... lo ha subrayado también Unamuno en su ejemplar de Whitman, pero no los restantes que cita Pérez de Ayala en su novela.

(Sin tiempo para insistir en la filiación whitmaniana de éste, me limitaré a señalar en su poesía dos casos que me parecen evidentes. Ambos se dan en su obra *El sendero innumerable*, fechada como es sabido en 1915, aunque publicada después. El primero es una enumeración que puede parangonarse con las que Whitman gustaba hacer, si bien la del español sometida a un rigor métrico que no hay en aquél.

---

[11] MIGUEL DE UNAMUNO, «Sobre un libro de memorias», fechado en Salamanca en febrero de 1913, lo incluí en mi edición *De esto y de aquello*, Buenos Aires, Sudamericana, tomo I, pág. 275, y en el tomo V de sus *Obras Completas*, pp. 377-393.

Se lee en el poema titulado «El pensieroso», donde se nos habla de una especie de canto adámico, el del «estupefacto adanida», como le llama el poeta. El segundo caso es indiscutible y pertenece al poema «La última novia», que lleva por lema los tres primeros versos del poema *Walt Whitman*, que también le gustaban a Unamuno. La nota que el autor puso a esta composición nos detalla su intención y su logro: «Contiene —escribe— varias frases literalmente traducidas de Walt Whitman, y otras de este mismo autor, transformadas en el sentido de la idea central de la composición, cuya paternidad me pertenece propiamente.» Sígase esta pista. Por ahora es suficiente.)

1914. Entusiasmo de Unamuno por el verso no rimado y lírico de Whitman

En un libro mío reciente me he referido a la entusiasta defensa que hace Unamuno, cuando está dedicado a componer su gran poema *El Cristo de Velázquez*, del verso libre de José Martí y del no rimado y lírico de Whitman [12]. Recuérdese que aquél está en endecasílabos libres. Ahora he de limitarme a destacar la presencia de la técnica del poeta yanqui, porque es ahora cuando ven la luz pública aquellas apreciaciones que, inicialmente, dedicaba don Miguel a un prólogo para un libro de poesías propias. Y llegada esta coyuntura, altera la primitiva redacción que antes anticipamos.

Efectivamente, en un escrito suyo, que lleva por título «Los versos libres de Martí», que publicó en el *Heraldo de Cuba*, en 1914, dice lo siguiente:

[12] Cfr. mi libro citado en la nota 35, págs. 232-234. En él puede verse también el texto unamuniano que inserto más abajo. Véase *Obras Completas*, VIII, págs. 578-579.

En el ensayo que en sus *Familiar Studies of Men and Books* dedicó Roberto Luis Stevenson a Walt Whitman, nos dice hablando del estilo de este formidable profeta de la democracia norteamericana: «Ha escogido un verso rudo, no rimado, lírico; a las veces tocado de un bello movimiento procesional; a menudo tan abrupto y descuidado, que sólo puede describirse diciendo que no se ha tomado la molestia de escribir prosa.» Y este último concepto fue para mí una revelación.

En efecto, si es como algunos enseñan que ni lo orgánico brotó de lo inorgánico ni esto es una reducción de aquello, sino ambos diferenciaciones de un estado primitivo de la materia, estado inestable y caótico, es muy difícil que ni el verso sea una sistematización de cierta prosa ritmoide, ni la prosa una reducción del verso —pues hay quienes sostienen que el verso fue anterior a la prosa, porque, a falta de escritura, se confiaban mejor a la memoria con el ritmo, las fábulas, consejas y leyendas—, sino que prosa y verso sean diferenciaciones sistematizadas de una forma primitiva de expresión protoplasmática, por decirlo así. Es la forma que representan los salmos hebraicos, la de Walt Whitman, y también la de los versos libres de Martí. No hay en ellos más freno que el ritmo del endecasílabo, el más suelto, el más libre, el más variado y proteico que hay en nuestra lengua. Y más que un freno, es una espuela ese ritmo; una espuela para un pensamiento ya de suyo desbocado.

Prescindo de subrayar lo esencial de este pasaje para una recta comprensión del credo poético de Unamuno, basado en

la libre expresión de un pensamiento libre, que en la forma elegida para darle cauce encontró el más adecuado complemento expresivo. Como me parece muy aguda la comparación de ciertas formas de la poesía de Whitman con la de los salmos hebraicos. Y no sólo por ella, sino por el aire inconfundible de treno que en ella palpita. No deja de ser curioso cómo en el quehacer de don Miguel se funden y relacionan los nombres y las técnicas de dos poetas un día también relacionados en vida, descubierto el de lengua inglesa por el cubano a sus coetáneos de América y de España.

Un tópico unamuniano relacionado con Whitman

Es éste uno de los aspectos más vivaces de esta relación entre dos poetas que estamos reconstruyendo. Todos sabemos que don Miguel fue un hombre de frases rotundas, que, al reiterarlas él o repetirlas sus lectores, se convirtieron, no pocas veces, en paradojas. Y empleo el término en su recto sentido, ya que no es el momento de reproducir algo de lo mucho que él escribió contra los que sólo vieron en él un hombre de paradojas. Hombre de contradicción sí lo fue, y lo tuvo a gala; pero no es ese el plano por el que vamos a deslizarnos, teniendo bien presente su odio a los lugares comunes que tanto le irritaban. Que este que ahora nos detiene haya llegado a serlo, no es culpa suya. Aunque le gustase, y ya veremos cómo, insistir en lo que estimaba feliz y certero.

Es el caso de su preferencia por los libros que hablan como hombres y su desdén por lo contrario, que es lo común: los hombres que hablan como libros. En un escrito suyo que vio la luz en un diario catalán, *El Día Gráfico*, a fines de 1915, se lee esto:

> Muchas veces he dicho que en vez de que alguna vez se diga de mí «habla como un libro», prefiero que de alguno de mis libros, y a poder ser de todos, se diga: «habla como un hombre». Y comprendo aquella arrogancia de Walt Whitman cuando al publicar uno de sus libros decía: «el que toca esto, no toca un libro: toca un hombre». Pero aún más quisiera que al leer algo mío se dijere: «¡se le siente pensar!» [13].

La frase de Whitman que Unamuno toma como punto de partida pertenece al poema *So long!*, que en su primera versión de 1860, dice así:

> *This is no book;*
> *Who touches this, touches a man;* [versos 55-56],

y la corrección que propone —que se sienta pensar— estaba ya en uno de sus poemas del libro *Poesías*, el titulado, precisamente, «Credo poético», cuyo verso inicial es éste:

> *Piensa el sentimiento, siente el pensamiento...*

Si don Miguel nos asegura haber empleado muchas veces la frase whitmaniana con anterioridad a este escrito suyo de 1915, no es necesario que apuremos la fecha en que la incorporó a su expresión dándole la vigencia que hoy conserva y que él le aseguró [14]. Pero sí puede tener interés que nos

---

[13] MIGUEL DE UNAMUNO, «Pensar con la pluma», *El Día Gráfico*, Barcelona, 2-XI-1915. En mi *De esto y de aquello*, tomo IV, p. 527. *Obras Completas*, tomo XI, págs. 766-771.

[14] La hasta ahora más antigua mención de esta frase que he encontrado dice así: «Tengo tanta aversión a los personajes de teatro como a los hombres que hablan como un libro, pues el hombre que

detengamos en señalar algunas ocasiones en que le gustó acudir a ella.

Por ejemplo, cuando, en 1921, en un escrito ocasional titulado «Sintaxis mecánica», reproduce con bastante aproximación la cita anterior:

> «Esto que tocas no es un libro, es un hombre», dijo, en estas o parecidas palabras, una vez, Walt Whitman. Dice y no escribe. Y otras veces, al tocar a un hombre, y aún al oírle, nos hemos dicho: «Esto no es un hombre; es un libro.» O no más que la página de un libro [15].

Y en términos muy semejantes, fiel siempre a su preferencia por lo humano sobre lo libresco, que otras veces apoyó en textos paulinos, como el de «la letra mata y el espíritu vivifica», que en su pluma fue también tópico, dirá de nuevo en 1922:

> En alguna parte dice Walt Whitman: «No tocas aquí un libro, tocas un hombre. Y quien deja un libro deja un hombre; se deja a sí mismo» [16].

Y varios años más tarde, estando desterrado en Hendaya, verterá la misma frase en un cauce poético:

---

habla como un libro es incapaz de hacer un libro que hable como un hombre», «Vida y Arte», Carta a Antonio Machado, en *Helios*, Madrid, agosto, 1903, número 5, págs. 46-50.

[15] MIGUEL DE UNAMUNO, «Sintaxis mecánica», en *Nuevo Mundo*, Madrid, 1-VII-1921. Hoy en *De esto...*, tomo IV, pág. 536. *Obras Completas*, tomo XI, págs. 778-781.

[16] MIGUEL DE UNAMUNO, «El hombre del libro», en *ibid.*; 22-IX-1922, *De esto...*, II, pág. 322. *Obras Completas*, tomo V, págs. 1.099-1.102.

Walt Whitman, tú que dijiste:
esto no es libro, es un hombre;
esto no es hombre, es el mundo
de Dios a que pongo nombre.

(«Cancionero», núm. 682.)

Pero creo que de todos los textos que junto a los ya aducidos pudieran espigarse en la obra unamuniana, el más patético, el que mejor pregona la perfecta asimilación del sentir de Whitman, nos lo ofrece otra poesía compuesta en los días, también, de su destierro. Es un a modo de testamento, escrito pocas semanas después que la canción anterior, y que ha gozado de una amplia difusión antes de la publicación de su *Cancionero*.

Me destierro a la memoria,
voy a vivir del recuerdo.
Buscadme, si me os pierdo,
en el yermo de la historia,
que es enfermedad la vida
y muero viviendo enfermo.
Me voy, pues, me voy al yermo
donde la muerte me olvida.
Y os llevo conmigo, hermanos,
para poblar mi desierto.
Cuando me creáis más muerto
retemblaré en vuestras manos.
Aquí os dejo mi alma —libro,
hombre—, mundo verdadero.
Cuando vibres todo entero
soy yo, lector, que en ti vibro.

(«Cancionero», núm. 828.)

Donde «libro, hombre» son la síntesis definitiva de los versos de Whitman aplicados a su propia circunstancia.

1918-1919. WHITMAN, CANTOR DE SÍ MISMO

El gran poema autobiográfico al que el poeta norteamericano puso por título su propio nombre y apellido, fue uno de los preferidos de Unamuno. Varias veces utilizó sus versos, pero en una ocasión meditó en voz alta, y por escrito, sobre el sentido que en él creía encontrar. El título de esta página es muy revelador, «El contra-mismo», aunque debe advertirse que no cobija tan sólo a nuestro poeta, sino que ampara otros nombres como los del irlandés W. B. Yeats o el de Renan. Lo referente a Whitman dice así:

> El lírico más cínicamente lírico, de menos pudoroso o más impudente lirismo —tal, v. gr., Walt Whitman, el bardo con el alma en cueros—, no se canta al que es, sino al que quiere ser. Y el que uno quiera ser no es el que es, como no se trate de un mentecato o de un loco. Y el poeta jamás es loco. Más aún: el poeta es el anti-loco, el cuerdo por excelencia.
>
> Así cuando Walt Whitman, en el poema que lleva su propio nombre, empieza diciendo que se celebra a sí mismo y que lo que él asume debemos de asumir todos, pero que cada átomo que le pertenece nos pertenece tanto a nosotros,
>
> *I celebrate myself;*
> *And what I assume you shall assume;*
> *For every atom belonging to me, as good belongs to you,* [versos 1-3]

> y luego nos convida con su alma, es claro que no cantaba al Walt Whitman que a su pesar era, sino al que quería ser, al modelo que en sí mismo se forjaba, a su yo ideal. Y de hecho nadie, poeta o no, se salvará por el que es, sino por el que quiera ser. La maldición o la bendición de cada uno es el que quiere ser. Y acaso la más pura justicia divina consistiría en hacerle a cada uno que sea por toda la eternidad, después de su muerte, aquel que quiso ser, aquello a que aspiró como a suprema meta. ¡Cuántos condenados entonces! ¡Y qué infierno la eternidad! Confiemos, sin embargo, en la misericordia de Dios.

La consecuencia que Unamuno saca del ejemplo de Whitman la resume más adelante en estas líneas:

> Decimos, pues, que la más ruda pelea de un hombre es consigo mismo y luego con la profesión que le ha sido impuesta. Porque todas las profesiones nos han sido impuestas, aun aquellas que creemos haber más libremente abrazado y ejercido más libremente. Toda profesión es una esclavitud. Y el que no busque al hombre bajo el profesional y lo rescate de éste, se encuentra perdido...[17].

«Abraham Lincoln y Walt Whitman»

Así tituló Unamuno un escrito suyo de 1918, el más extenso que dedicó al poeta norteamericano, y que prácticamente

[17] Id., «El contra-mismo», en *El Sol*, Madrid, 10-III-1918. *De esto...*, III, págs. 469-470. *Obras Completas*, IX, 76-80.

ha permanecido inédito hasta hace poco. La asociación de ambos nombres está ya en la propia obra de Whitman, que fue un sincero admirador del Presidente de los Estados Unidos. Y también los dos estuvieron juntos en la noche del 18 de abril de 1887, cuando Martí escuchó en Nueva York al poeta el discurso conmemorativo que tanto le impresionó. Muchos años después reaparecen en las lecturas que Unamuno hizo en Salamanca del libro de Whitman.

El primer poema de éste que se comenta en el escrito unamuniano que analizamos es el titulado *Walt Whitman.* En estos términos:

> En aquella tan pintoresca y viva enumeración poética, homérica, que, como acostumbraba, nos da de un montón de sucesos el enorme poeta —y profeta— yanqui Walt Whitman en su poema *Walt Whitman,* después de presentarnos otros muchos, dice entre ellos: «el comedor de opio se reclina con la cabeza rígida y los labios entreabiertos; la prostituta arrastra su chal, su gorra se bambolea sobre su nuca borracha y abuhonada; la turba se ríe de sus soeces juramentos; los hombres se burlan y se hacen guiños unos a otros —¡miserables!, yo no me río de vuestros juramentos, ni vosotros tampoco—; el presidente, celebrando Consejo del Gabinete está rodeado por los ministros; en la plaza se pasean tres matronas solemnes y amistosamente del bracete; la tripulación del balandro pesquero, estiba repetidas capas de "halibut" (un gran pescado plano de los mares del Norte) en la cala...» [versos 297-303]. Y así sigue.

¿No es así, lector, como mejor se comprende, pues que se la comprende poéticamente, la celebración de un Consejo de ministros, o grandes secretarios —«*great secretaries*»—, que es como les llama Walt Whitman? Sí, así, entre una ramera borracha que arrastra su chal y bambolea su cofia, y tres jamonas que se pasean por la plaza —¿la de Oriente?— del bracete, así es como mejor se comprende una sesión de Consejo de Ministros.

Walt Whitman, el que vio así un Consejo de ministros, entre un carpintero que cepilla una tabla; un diácono que se ordena con las manos cruzadas ante el altar; un maquinista que se remanga la camisa; una hermana que tiene la madeja mientras la mayor hace el ovillo y se detiene a ratos por los nudos; una esposa reponiéndose y feliz a la semana de haber parido su primer hijo; etc., etc. [versos 256, 261, 271, 284, 285]; Walt Whitman, que vio así un Consejo de ministros, no fue un político en el sentido específico de la palabra —mucho menos un *politician*—, pero contribuyó a formar el alma civil de la gran Democracia norteamericana más, mucho más que la inmensa mayoría de los políticos norteamericanos contemporáneos de él.

La segunda poesía de Whitman, una de las más patéticas, es la titulada *O Captain!, My Captain!*, que forma parte del que llamó *President Lincoln's Burial Hymn*, y Unamuno sigue así:

A Lincoln dedicó Walt Whitman uno de sus más sentidos cantos —y de los más regulares—, el titulado *O Captain!, My Captain!*, «¡Oh, capitán!, ¡mi

capitán!». O mejor, caudillo. Aquel hombre —todo un hombre—, que era todo él un poeta —todo un poeta—; aquel hombre que se cantó a sí mismo —«lo que hay de más común, de más barato, de más cercano, de más fácil, es yo»—; aquel hombre, que al darse a todos se reservó más que nadie, el prototipo del indisciplinado, llamó a Lincoln su caudillo: *my Captain.*

Y a continuación nos brinda la versión en prosa de los veinticuatro versos que componen esta poesía:

¡Oh, capitán!, ¡mi capitán!, se ha acabado nuestro terrible viaje; el barco tiene estropeada cada cuaderna; se ha ganado el precio que buscábamos; el puerto está cerca, oigo las campanas, el pueblo todo gritando, mientras sigue con sus ojos a la firme quilla, al barco severo y osado; pero, ¡oh, corazón, corazón, corazón!, ¡oh, sangrientas gotas de rojo!, allá en la cubierta yace mi capitán, caído, frío y muerto.

¡Oh, capitán!, ¡mi capitán!, levántate y oye las campanadas; levántate —para ti flamea la bandera, para ti resuenan los clarines, para ti ramilletes y guirnaldas—; para ti se llenan de gente las playas; a ti te llama, la agitada masa, volviendo sus caras áridas; aquí, capitán, ¡querido padre!, este brazo bajo tu cabeza; es un sueño el que hayas caído sobre cubierta frío y muerto.

Mi capitán no responde, sus labios, pálidos, y quietos; mi padre no siente mi brazo, no tiene pulso ni voluntad; el barco está anclado, seguro y sano, su viaje terminado y hecho; de la terrible excursión

vencedora la nave entra con su objeto ganado; regocijáos, costas, y resonad, campanas; pero yo con paso triste, paseo la cubierta en que mi capitán yace, caído, frío y muerto.

El tercer poema whitmaniano que forma parte también de su gran elegía a Lincoln y que Unamuno utiliza en este escrito es el titulado *When lilacs last in the door-yard bloom'd*, por su primer verso, cuya primera estrofa traduce:

Al presidente Lincoln dedicó, además, Walt Whitman aquel largo himno de entierro —*burial hymn*— que comienza: «Cuando últimamente florecieron las lilas en mi jardín y el lucero se hundió temprano en el cielo poniente en la noche, yo me dolí y he de dolerme con cada primavera que vuelva. ¡Oh, primavera, que siempre vuelves!, me traes de seguro una trinidad: las lilas floreciendo perennes, la estrella hundiéndose en el poniente y el pensamiento de aquel a quien más quiero.»

Y estos cuatro versos aún, los que componen el final de la elegía, cuyo título, también por el primero de aquéllos, es *This dust was once then a man.*

Y además de esos dos poemas, estas líneas: «Este polvo fue un tiempo el hombre, dulce, sencillo, justo y resuelto, bajo cuya cautelosa mano, contra el más torpe crimen conocido en la Historia en tierra y edad algunas, se salvó la Unión de estos Estados.»

El objetivo de esta evocación conjunta de un gran político hecha por un gran poeta se perfila al final del escrito

unamuniano, redactado en tiempos que ya se anunciaban de inquietud política en España.

> Walt Whitman dio al mundo sus poemas para definir a América, su atlética Democracia —nos lo dice él mismo—; nos dejó un libro que es un hombre, un espejo de la más desbordante vida colectiva —este espejo es su alma, es su libro y es él mismo—, y al morir, mano en el timón durante la tormenta, el capitán, el presidente que celebraba Consejos con sus grandes secretarios mientras la ramera borracha arrastraba su chal y las dos hermanas devanaban su madeja, descubrió al hombre. Pero es que aquellos Consejos que presidía Lincoln, y en que se decidía continuar la lucha contra el esclavismo y la secesión, eran muy otra cosa que esos Consejos que se creen de prudencia, y en que los consejeros, avestruces de páramo que no vuelan ni a un jeme del suelo pedregoso y yermo, agachan las cabezas bajo las alas [18].

«CREO EN TI, ¡ALMA MÍA!»

Uno de tantos versos subrayados por Unamuno en su ejemplar de *Leaves of Grass* es el 74 del poema *Walt Whitman*, tan presente siempre en su recuerdo, con el que se inicia la estrofa quinta de aquél: *I believe in you, my Soul —the other I am must not abase itself to you.* Y en 1918, en un nuevo escrito suyo se acordará de él. Lleva por título «Fecundidad del aislamiento», y después de recordar al poeta italia-

[18] Id., «Abraham Lincoln y Walt Whitman», en *Nuevo Mundo*, Madrid, 23-VIII-1918. *De esto...*, III, pp. 448-451, y en el tomo VIII de *Obras Completas*, pp. 1.161-1.164.

no Pascoli, se detiene precisamente en este verso de Whitman. Aunque todo el artículo está presidido por un lema que es otro verso de éste:

«*I and this mistery, here we stand*».
(*Walt Whitman*, v. 43.)

¿Y cuál es la más íntima y fecunda verdad que un solitario puede descubrir? —nos dice—. La más íntima y fecunda verdad que puede descubrir un solitario es su propia alma. «¡Creo en ti, mi alma!» —*I believe in you, my Soul*— exclama Walt Whitman, el enorme poeta —un profeta— yanqui. Y creyendo en su alma, creía en las de todos los demás; pues sólo quien descubre la propia, descubre y ve en ella reflejadas, como en un espejo, las demás almas. Y con ellas la Historia, que es un cinematógrafo que sólo en la pantalla del alma propia civil se desarrolla. A un médico que me decía no haber encontrado el alma con el escalpelo, le repliqué: «Sólo encuentra el alma, y no en muertos, el que la tiene, es decir, el que la ha encontrado en sí.» Si no nos doliera, no sabríamos que le duele al que se queja de dolor.

Walt Whitman, en su poema *Walt Whitman*, se celebraba a sí mismo asumiendo lo que debemos asumir todos, pues que cada átomo perteneciente a él nos pertenece a todos [versos 1-3], y se iba a la ribera, en el bosque, a desenmascararse y desnudarse, porque enloquecía por estar en contacto consigo mismo:

I am mad for it to be in contact with me. [Ibid. v. 12.]

> Se ponía en contacto consigo mismo, se abrazaba a sí mismo, y así descubría su alma y, en ella, la de todos los demás y la Historia, hasta en el ajetreo de las calles —*in the rush of the streets*—, pero mejor en la material soledad [19].

En otro escrito unamuniano de 1919, pocos meses posterior a éste, titulado «¡Hila tus entrañas!», establece un parangón entre las interpretaciones que de un mismo tema llevaron a cabo el danés Kierkegaard —tan favorito suyo— y Walt Whitman: el de la araña que, suspendida sobre el abismo, tantea el vacío de su alrededor, transfiriéndolo a la inquietud humana por lo que ha de venir. Y tras reproducir lo que el primero escribió en 1843, traduce lo que el poeta norteamericano escribió casi treinta años más tarde:

> Decía Walt Whitman en 1870 —leemos—: «Observé una silenciosa y paciente araña que estaba aislada en un pequeño promontorio; observé cómo, para explorar el vasto vacío ámbito, lanzaba, sacándolo de sí misma, filamento, filamento, devanándolo sin cesar, hilándolo con incansable presteza. Y tú, ¡oh, mi Alma!, donde tú estás, rodeada, rodeada en inmensos océanos de espacio, incesantemente meditando, aventurando, lanzando —buscando las esferas para anudarlas; hasta que se forme el puente que has de necesitar— hasta que prenda la flexible ancla; hasta que el hilo que lanzas coja en alguna parte, ¡oh, mi Alma!»

[19] Id., «Fecundidad del aislamiento», *ibid.*, 4-X-1918. *De esto...*, III. pág. 473, y *Obras Completas*, tomo IX, págs. 81-85.

Lo que es una versión del poema titulado *A noiseless, patient Spider*, a la que sigue esta consideración conjunta de lo que ambos autores escribieron sobre el tema:

> Lo más trágico de la araña de Kierkegaard y de la de Walt Whitman, no era que tuviesen en torno a sí el vacío, sin un punto en que sentar pie, sino que era que el hilo de que pendían se formaba en sus propias entrañas, y que era parte de estas entrañas y no una soga que hubiese cogido fuera de sí [20].

La gran preocupación de Whitman por su alma, en la que Unamuno coincidía también, y por eso, sin duda, subrayó en su ejemplar de *Hojas de yerba* este verso del poema *Assurances —I am a man who is preoccupied, of his own Soul—* puede documentarse hojeando otras anotaciones unamunescas en las que pudo descubrir un eco de su propio sentir. Limitaré mi pesquisa a uno de los más discutidos poemas de Whitman, el titulado *I sing the body electric*, en el que el atento lector español señaló este verso, el último de su primera estrofa:

> *And if the body were not the Soul, what is the Soul?*

Ansia de inmortalidad

He aquí otro de los angustiosos temas que caracterizan la actitud de Unamuno ante la vida. Definirla me llevaría muy lejos, y bien puntualizada está en los espíritus que a su

[20] Id., «¡Hila tus entrañas!», *ibid.*, 11-IV-1919. *De esto...*, III, páginas 477-478, y en *Obras Completas*, tomo IX, págs. 86-89.

obra se han acercado con un puro y recto deseo de comprensión. Lo que pretendo señalar ahora es cómo convergieron en su mente las trayectorias de dos poetas muy diversos, pero en los que él vio una dimensión común: la de haber sido en su patria respectiva decididos campeones de la civilidad. Me refiero a Carducci y a Whitman. En 1906, al morir aquél, vuelve don Miguel a releerlo, pues no en balde fue uno de sus favoritos, y en ese mismo año se acerca a la obra de Whitman. Del primero gustaba citar aquellos dos versos impresionantes de su *Idilio maremmano*, en que la consideración del misterio del universo se resuelve en la acción:

> *Meglio oprando obliar, senza indagarlo*
> *questo enorme mister dell'universo,*

y del segundo subraya un largo pasaje del poema ***Who learns my lesson complete?***, en que el poeta va puntualizando lo maravilloso de sentirse inmortal, desde su nacimiento, su niñez, en su alma, en su pensamiento, hasta en el espectáculo de la luna en torno a la tierra, moviéndose ambas, junto al sol y las estrellas en el universo.

Los versos que subrayó don Miguel fueron éstos:

> *Is it wonderful that I should be immortal? as every one is immortal;*
> *I know it is wonderful, but my eyesight is equally wonderful, and how I was conceived in my mother's womb is equally wonderful;*
> *And pass'd from a babe, in the creeping trance of a couple of summers and winters, to articulate and walk— all this is equally wonderful.*
> *And that my Soul embraces you this hour, and we affect each other without ever seeing each other,*

and never perhaps to see each other, is every bit as wonderful.
And that I can think such thoughts as these, is just as wonderful;
And that I can remind you, and you think them, and know them to be true, is just as wonderful.
And that the moon spins round the earth, and on with the earth, is equally wonderful.
And that they balance themselves with the sun and stars, is equally wonderful. [Versos 19-26.]

El poder de la palabra

Bien notorio es, a lo largo de la obra unamuniana, su entusiasmo por la palabra. En 1928, estando desterrado en Hendaya, compuso este decir para el *Cancionero*, que por entonces, sin cesar, tramaba:

Al principio, la Palabra;
antes del principio, el Fin;
no acabará la Palabra,
y así el Fin no tendrá fin.
(«Cancionero», núm. 117.)

Textos semejantes pueden espigarse en su obra impresa, y en las frases que improvisó en la grabación de un disco para el Archivo de la Palabra, del Centro de Estudios Históricos, en 1931, vuelve a referirse a este poder mágico de aquélla, pero creo que el reproducido es bastante para suscitar el recuerdo de una preocupación insistente sobre un tema que llenó su vida. Sus últimos años, y el *Cancionero* es buen ejemplo de ello, estuvieron cuajados de un intenso cultivo del ju-

gueteo con las palabras, de una logomaquia a la que iban a desembocar no pocas de sus preocupaciones del momento. Por eso no debe extrañarnos que, al leer a Whitman, le chocasen aquellos aspectos de su poesía en que un tema para él tan querido afloraba seduciéndole.

Y al leer el titulado *Carol of words*, anotó este verso:

Human bodies are words, myriads of words.

[Verso 9.]

Y los once que integran la estrofa undécima del poema en que el poeta exalta la personalidad insustituible y la inmortalidad de la palabra, pues aunque se proyecte hacia el exterior, como todo el obrar humano, la mayor parte vuelve a quien la dijo, como la acción vuelve a su actor:

Each man to himself, and each woman to herself, such is the word of the past and present, and the word of immortality;
No one can acquire for another —not one!
Not one can grow for another —not one!
The song is to the singer, and comes back most to him;
The teaching is to the teacher, and comes back most to him;
The murder is to the murderer, and comes back most to him;
The theft is to the thief, and comes back most to him;
The love is to the lover, and comes back most to him;
The gift is to the giver, and comes back most to him —it cannot fail;

The oration is to the orator, the acting is to the actor and actress, not to the audience;
And no man understands any greatness or goodness but his own, or the indication of his own.

[Versos 81-91.]

Más anotaciones y subrayados hay en el ejemplar que leyó Unamuno de *Leaves of Grass*, que en 1906 le regalara el profesor norteamericano Olmsted, pero lo aducido creo que es suficiente a nuestro objeto. Tampoco he creído preciso agotar las alusiones que en sus escritos hizo del poeta yanqui, porque esto no es una antología de citas, sino el trazado de una impresión causada a su ánimo por esta lectura. Y para terminarlo, incorporaré algo que ya he dicho en otro lugar.

1930. Traducción parcial de «Salut au monde» [21]

En la primavera de este año, a poco de regresar don Miguel a España, y cuando ya tenía dispuesto para su publicación en *La Gaceta Literaria*, de Madrid, la versión española de un ensayo de mi maestro, el profesor Karl Vossler, le pedí que me tradujese la estrofa undécima del poema de Whitman *Salut au monde*, que en el texto alemán se insertaba según la versión del poeta Hans Reisiger. Unamuno accedió a mi ruego, y su traducción apareció en el ensayo citado. Lo que no supe cuando di a conocer la noticia de esta olvidada versión unamuniana de Whitman, y hoy lo he descubierto al

[21] Cfr. el libro citado en la nota 5, pág. 312, y el texto íntegro de esta versión en la pág. 423, así como en *Obras Completas*, tomo XIV, págs. 931-933.

manejar su ejemplar de *Hojas de yerba,* es que el largo poema a que me refiero es uno de los pocos del libro que no ofrecen anotaciones ni subrayados. Posiblemente lo saltó en su lectura y volvió a él en 1930, accediendo, amablemente, al requerimiento que me atreví a hacerle.

(1956)

TRES POETAS NORTEAMERICANOS MÁS

Todos sabíamos que la poesía en lengua inglesa es una de las vetas más acusadas de la del propio Unamuno. En ella corresponde una no escasa parcela a dos poetas norteamericanos: Poe y Whitman. Más éste —como señalé en estas mismas páginas— que el primero. Pero lo que no sabíamos, hasta que se publicó su *Cancionero,* o diario poético de los últimos años de su vida, era que junto a estos nombres deben figurar los de otros poetas cuya lectura acompañó las horas de su destierro en Hendaya. A puntualizar esta noticia van dedicadas estas páginas.

SIDNEY LANIER (1842-1881)

Efectivamente, en el poema 1.616 del *Cancionero,* fechado en Salamanca el 16 de enero de 1933, se lee esto:

> Recordando al Dante al leer el *Sunrise* (*Hymns of the Marshes*), de S. Lanier.
>
> *En la orilla celeste*
> *del río de los muertos*
> *arrebujé una envuelza*
> *de estrellas y de sueños;*

vi boquear sombrío
al mítico barquero
sin oírle palabra
pues su voz es silencio.

La nada se vestía
de cosas de deseo
y pasaban sus sombras
llameando reflejos.

Recojido en un punto
quedóse el firmamento;
la eternidad caía
en un solo momento,
y escuché en las tinieblas
—Dios yacía en el centro—
al pasado, la huesa
del porvenir entero.

Inquirí entonces en la biblioteca de don Miguel, y pude comprobar que en ella se encuentra un ejemplar de la edición de los *Poems of Sidney Lanier*, New York, 1929, hecha por su viuda. El primero de ellos es justamente el que nuestro poeta cita al frente del romance antes transcrito. Y aunque proclama que esta lectura le ha llevado a recordar a Dante, pude comprobar que en el texto español hay no pocas resonancias de los versos del poeta norteamericano.

Compárense si no los dos primeros: «En la orilla celeste — del río de los muertos» con éste: *From the heaven-side bank of the river of death*, que el poeta español subraya en su ejemplar. Igualmente los dos siguientes: «Arrebujé una envuelza — de estrellas y de sueños», con este otro: *With your lapfulls of stars and dreams*, asimismo subrayados. El

eco de la lectura del poema de Lanier constituye, sin duda, el punto de partida del romance unamuniano, tal como él mismo lo hace constar en la rúbrica que le precede, pero luego se interpone el recuerdo de Dante y de su mítico barquero, y los rumbos son divergentes, incluso al instalar a Dios —«Dios yacía en el centro»— en sustitución del Sol, como había hecho el poeta americano.

Como no es éste de los más leídos en España, en cuyas letras no conozco muchos ecos de su obra, mi pesquisa me reveló más. En primer término, que la lectura unamuniana de estos poemas había sido intensa, hasta el punto que casi todos los reunidos en este volumen, salvo los seis *Dialect Poems,* y es natural, tienen esas anotaciones que don Miguel les iba haciendo a medida que leía. E incluso en las guardas de su ejemplar señala en lápiz los pasajes que le interesaron y cuyo pormenor no es ocasión de precisar ahora.

Igualmente averigüé, porque en el libro está la tarjeta de su remitente, que el envío procede de uno de sus amigos norteamericanos, Mr. Charles Langley Crow, quien debió de visitarle alguna vez. Seguramente en la conversación saldrían a relucir los conocimientos que Unamuno solía aducir de escritores en lengua inglesa, y la tarea a la que entonces se hallaba entregado de ir formando, día a día, su *Cancionero.* A esta circunstancia no es improbable atribuir su acercamiento al poeta sureño, que, como es sabido, mantiene la antorcha del Romanticismo en los años áureos del Realismo. Pudo atraerle también el fervoroso entusiasmo que Lanier sentía por la naturaleza, e incluso lo melodioso de sus medios expresivos, que suelen ser puestos en relación con su entusiasmo por la música. Y si don Miguel proclamó siempre su insensibilidad por ésta, no incluyó en ella la de la pa-

labra, a cuya magia, aunque más desde el ángulo del filólogo, nunca fue ajeno.

WILLIAM VAUGHN MOODY (1869-1910)

El caso de este poeta es distinto. Y aunque más riguroso contemporáneo de Unamuno que Lanier, lo cierto es que hasta los últimos años de su vida no parece haber conocido su obra. Al menos no lo menciona hasta entonces. Y lo hace, precisamente también, en su *Cancionero*. En estos términos, y al frente del poema 1.295 de su citado diario poético, fechado en Hendaya el 16 de octubre de 1929:

Errand-goers who forget?
WILLIAM VAUGHN MOODY

Recaderos olvidados
del recado; las estrellas
nada nos dicen, sus huellas
no sabemos distinguir.

Por el día se nos pierden,
se funden de noche en sueño;
nos aguarda en tanto el Dueño
y se nos pasa el vivir.

Recaderos sin recado
—es un no ser el olvido—
se nos va el vivir perdido,
con el vivir por venir.

El verso de Moody que preside este poemita procede de *Road-Hymn for the Start*, aunque no lo subraya el lector en el ejemplar que hoy se guarda en su biblioteca, que es el de

la edición de *Poems and Plays*, en dos volúmenes, hecha en Boston en 1912. Pero a diferencia del poema inspirado por Lanier, ahora Unamuno se limita a tomar un lema ajeno para encabezar éste.

No debo detenerme ahora en precisar las anotaciones unamunianas a los poemas y dramas poéticos de Moody según los iba leyendo, y que son muy abundantes; pero sí debo reproducir una de ellas, porque nos revela hasta qué punto conocía al poeta norteamericano. Es desusadamente extensa y parece el embrión de algo que acaso pensase escribir sobre él. Dice así:

> Influencias en Moody. Y todas ellas —él era *ship of souls*— su pueblo, sus yos, acaban por con-versar y no dia-logar. Todos los poetas son uno, un poeta colectivo. Conciudadanos de los santos. Dialogar es di-versar. Auto-diálogo. Pero hay auto-conversación. O si se quiere auto-sílogo *(sylloge)*. El silogismo es lo contrario de la dialéctica pero se va por ella. (Véase lo que canta Pandora en el acto I de *The Fire-Bringer*, pág. 208.) Y lo que se juntó en Moody a todos esos espíritus fue Dios hecho campo y aún más la mar. Vio el todo. (Véase la segunda estrofa de *Road-Hymn for the Start*.) Lengua que ha de ser. (Véase *I am the Woman*, pág. 129.) Llegar a los arrabales del sueño de Dios. (Véase lo que dice Raphael en *The Masque of Judgment*, acto I, pág. 306.) La paz de la lucha en que los sueños se hacen verdad.

Lo expresivo y revelador de esta anotación creo que nos precisa lo que a don Miguel le atrajo en la obra poética de Moody. En primer término, su gusto por lo que él llamó

monodiálogo, modalidad muy del gusto unamuniano, como es sabido. Su sentido de la naturaleza: Dios hecho campo y hecho mar. Y, sobre todo, esa interpretación de los sueños que se hacen reales en la paz de la guerra, y de la que tan abundantes huellas hay en su propia obra, adscrita, por lo general, a dos grandes figuras: una española, la de Calderón; otra inglesa, la de Shakespeare. De ellas y de su propio sentir debió encontrar resonancias en la poesía y en el teatro de Moody.

Hasta las dos obras dramáticas que de él cita parecen nacer al conjuro de anteriores lecturas suyas, al abrigo de temas que le eran muy queridos. Porque *The Masque of Judgment,* tiene mucho, como es sabido, de miltoniano; y *The Fire-Bringer* es una reinterpretación del mito de Prometeo, viejo tema poético para Unamuno, que lo había cantado en su dos primeros libros de versos.

Por otra parte, la formación universitaria de Moody, el poeta de Indiana, alumno en Harvard y profesor en Chicago, y sus actividades de crítico y publicista, le sitúan en un plano muy próximo al del poeta español.

Carl Sandburg, poeta de Chicago

Nacido en 1878, es el más joven de los tres autores americanos que confortaron los días del destierro de Unamuno, que también le menciona en su *Cancionero,* al frente, por cierto, de una de sus más conocidas poesías, la señalada con el número 1.347, fechada en los útlimos días de noviembre de 1929, en Hendaya. Su rúbrica, bastante extensa, dice así:

> Esta mañana, 24-XI, leía en «Haze», de Carl Sandburg, el poeta de Chicago, ésto: «*Why do the cradles of the sky rock new babies?*».
> Hoy, 24 nov. 1929, bautizan a mi primer nieto, Miguel Quiroga.

Y la poesía es ésta:

La media luna es una cuna,
¿y quién la briza?
Y el niño de la media luna,
¿qué sueños riza?

La media luna es una cuna,
¿y quién la mece?
Y el niño de la media luna,
¿para quién crece?

La media luna es una cuna,
va a luna nueva;
y el niño de la media luna,
¿quién me lo lleva?

El pasaje citado es el final del poema de Sandburg, cuyos dos primeros versos tradujo Unamuno: «Guarda un rojo corazón de memorias — bajo grises chaparrones del cielo.» Y pertenece al libro *Smoke and Steel,* publicado en 1920. La edición que maneja nuestro autor es la de poemas selectos, aparecida en Nueva York en 1926. Se conservan en su ejemplar las señales que don Miguel iba haciendo al tiempo de leerlos, y éste lo fue en su totalidad. Y aún relegó a las guardas finales copiosas anotaciones de los pasajes que merecieron su atención.

No he de detenerme en su detalle, pero sí creo oportuno precisar, hasta donde nos sea posible, las razones en que pudo basar su interés por Sandburg, aparte de las circunstancias personales de su vida, que, sin duda conocía, tales como su ascendencia sueca y el haber sido voluntario en el Ejército. Dos creo que debieron ser los aspectos de la obra de este poeta que le atrajeron. De uno, hay constancia en

sus anotaciones. Me refiero al del lenguaje, del que entresaca no pocos términos cuya traducción debió inquietarle. Porque, como sabemos, fue Sandburg uno de los más sorprendentes cultivadores del *slang* del medio oeste americano; concretamente, del de Chicago, al que logra dar categoría estética. El otro es fácil presumir que fuese las resonancias que en su verso anidan del de otro poeta, Walt Whitman, al que Unamuno admiró. Es curioso observar, por ejemplo, cómo subraya aquellos pasajes en que los versos se encabezan con un *Yo* anafórico y obsesivo. Así, en el titulado *Prairie* o en *Chicago Poet*. O aquellos otros en que se alinean en prolijas enumeraciones, como tantas veces hizo Whitman, tiradas de versos que comienzan con la conjunción *y*.

Y no se olvide —el anotador también nos lo revela— que si Sandburg es el cantor de la gran ciudad ribereña del lago Michigan, «el poeta de Chicago», como él le llama, el vocero que va registrando sus complejas teorías industriales de chimeneas y de grúas, lo es también de su pradera nativa de Illinois, uno de los graneros de la Unión. Sí, fue, sin duda, el tono original y humano con que se expresa este nuevo místico de la vida americana, lo que le atrajo a Unamuno, que allí, en su reposo hendayés, junto al Bidasoa, al que se fue huyendo de París, él, tan poco entusiasta siempre de la gran ciudad, podía gustar ahora, humanizada y aséptica, poblada por un yo poético auténtico, el de Sandburg, la gran sinfonía americana del humo y del acero.

(1959).

ÍNDICES

ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS

A

Abeille, Lucien, 26.
«Abul-Bagi», 275.
Acebal, Francisco, 15, 277.
Adam, Paul, 170.
Aguilar, Fray Bernardino de, 156.
Aguirre Ibáñez, Rufino, 31 n.
Alberdi, Juan Bautista, 275, 306.
Alberich Sotomayor, José, 196 n.
Alcan, Félix, 173, 307.
Alegría, Fernando, 368 y n.
Allen, Guy Wilson, 368 y n.
Allende-Salazar, Juan, 133.
Alomar, Gabriel, 41.
Alonso, Amado, 358.
Altamira, Rafael, 295.
Altolaguirre, Manuel, 162.
Álvarez, José S. («Fray Mocho»).
Alvear, Marcelo T. de, 11, 321, 325.
Amiel, H. F., 170, 177.
Andrade, Olegario V., 261, 276, 281.
«Ángel Guerra», 369 y n.
Arana y Goiri, Sabino, 132-133.
Argerich, J. A., 275.
Aristóteles, 141.
Arnold, Matthew, 104.
Artigas, José G., 94, 98, 101-105, 107-111, 113, 114, 119.
Arzadun, Juan, 344.
Asbaje, (Sor Juana Inés de la Cruz), 139.
Ascasubi, Hilario, 275, 316, 352, 354, 357, 366.
Aub, Max, 156.
Avellaneda, Nicolás, 306.
Ayala, Francisco, 156.
Ayarragaray, Lucas, 275.
Azaña, Manuel, 156.
Aznar, Manuel, 336.
«Azorín», 156.

B

Bacarisse, Mauricio, 156.
Badanelli, Pedro, 360 n.
Bagaría, Luis, 147, 151, 159.
Bagot, Richard, 32 y n. 33.
Baquílides, 172.
Barco Centenera, M. del, 298.
Bardón, Lázaro, 381.
Baroja, Pío, 155.
Barrès, Maurice, 170, 176.
Bataillon, Marcel, 148.
Battistesa, Ángel, 51.
Beccari, Gilberto, 33 n., 226.
Belgrano, Manuel, 281.
Benítez, Hernán, 101 n.
Ben Sudaili, 172.
Berisso, Luis, 355 n.

Bernaldo de Quirós, C., 288 n.
Bernárdez, Manuel, 275.
Berra, F. A., 195.
Bertrand, Louis, 32.
Blanco de Zorrilla, Elvira, 115.
Blanco Fombona, Rufino, 151, 190-191.
Blasco Ibáñez, Vicente, 257.
Bolívar, 151, 173 y n.
Borges, Jorge Luis, 49, 367.
Bourget, Paul, 170.
Bóveda, Xavier, 46, 47, 51.
Bretón de los Herreros, 273.
Browning, Robert, 380.
Bunge, Carlos Octavio, 249 y n., 256.

C

Caine, Hall, 170.
Calderón de la Barca, P., 187, 411.
Campión, Arturo, 132.
Campo, Estanislao del, 316, 352-354, 357.
Candamo, Bernardo G. de, 383.
Cánovas del Castillo, Antonio, 118.
Carducci, Giosué, 380, 401.
Carlyle, 52, 84, 85, 103, 113, 172, 176, 177, 219.
Carner, José, 301, 302.
Casabal, Adolfo, 355.
Casal, Julián del, 176.
Casalduero, Joaquín, 51.
Castelar, Emilio, 253.
Castro, Eugenio de, 173, 207.
Castro Leal, A., 148.
Cejador, Julio, 311, 314, 315.
Cervantes, 11, 27, 28, 73, 84, 85, 237, 258, 308, 337, 338 n., 339.
Clavería, Carlos, 45 y n.
Clavijero, P. Fco. J., 9.
Coll, Pedro-Emilio, 56, 151, 152, 167-181.
Cooper, 104.
Corominas, Pedro, 26.
Corson, H., 372.
Cortejoso, Leopoldo, 150.
Cossío, José María de, 161.
Crow, Charles Lankley, 408.
Cruz, Sor Juana Inés de la, 139, 140, 141.
Cuervo, Rufino José, 25.

CH

Chacón y Calvo, José M.ª, 126 n. 151, 153.
Chamisso, 142.
Chaves, Julio César, 7, 21.
Chesterton, 129.

D

Dante, 406, 407, 408.
Danvila, Alfonso, 257.
Darío, Rubén, 18, 21, 22, 28, 53-74, 120, 166 y n., 167, 177, 182 y n., 202, 249, 267, 269, 272, 277, 280, 307 y n., 317, 351, 352 n., 360.
Darwin, 100.
Daudet, A., 170, 176.
Díaz Bárcenas, J. L., 187 n.
Díaz Mirón, Salvador, 224.
Díaz Rodríguez, Manuel, 151, 152, 179, 181-188.
Dicenta, Joaquín, 257.
Diderot, 235.
Diego, Gerardo, 156.
Díez-Canedo, Enrique, 13, 154, 155, 158, 160, 165.
Donnay, M. C., 170.
D'Ors, Eugenio, 156.

E

Echávarri, Luis, 51, 335.
Echegaray, José, 257.
Echevarría, Raimundo, 44.

Echeverría, Aquiles, 68, 69.
Echeverría, Esteban, 275, 306, 318.
Emerson, R. W., 24, 171.
Epicteto, 232.
Espina, Antonio, 156.
Estrada, Genaro, 165.

F

Farré, Luis, 196 n.
Faure, Elie, 156.
Fernández, Pelayo H., 196 n.
Fernández Medina, Benjamín, 117.
Ferrero, Guglielmo, 261.
Feuerbach, 171.
Fichte, 199.
Fite, Warner, 48.
Flaubert, G., 183.
France, Anatole, 176.
«Fray Mocho» (José S. Alvarez), 275, 363.

G

Gabriel y Galán, J. M.ª, 136, 150.
Gallegos, Rómulo, 188-189.
Gálvez, Manuel, 31-52, 211.
Ganivet, Ángel, 176, 257, 258, 259, 381.
García, Juan A., 275.
García Calderón, Francisco, 128.
García Maroto, Gabriel, 144, 145, 146.
Garzón, Tomás, 293.
Gener, Pompeyo, 251, 257, 281.
Georges, 85.
Ghiraldo, Alberto, 54, 62.
Gil Fortoul, 191.
Giménez Caballero, Ernesto, 156.
Giner de los Ríos, F., 278.
Gómez de Baquero, E., 156.
Gómez de la Serna, R., 156.
Goethe, 85, 176, 198.
Goncourt, E. y J., 176.
Góngora, Luis de, 122 n., 141.
González, Fray Zeferino, 47.
González, Joaquín V., 275.
González Blanco, P., 124.
González Garbin, 381.
González de Mendoza, J. M., 120.
González Simón, Luis, 330.
Gorki, Máximo, 176.
Gorriti, Juana Manuela, 306.
Gourmont, R. de, 176, 177, 360.
Gracián, Baltasar, 176, 321, 358.
Grandmontagne, F., 54, 56, 176, 262, 264, 277, 350, 351 n., 353.
Grillo, Max, 192.
Guérin, 104.
Guerra Junqueiro, 77, 207, 216.
«Guerrini Orlando» (L. Stecchetti), 261.
Guimerá, Ángel, 207.
Gutiérrez, Avelino, 303.
Gutiérrez, Juan María, 275, 359, 362.
Gutiérrez Coll, 176.
Gutiérrez Solana, José, 156.

H

Havet, Louis, 205.
Hegel, 51, 171.
Heine, 176.
Henríquez Ureña, P., 121, 134, 137, 138.
Heredia, José María, 170, 360.
Hernández, José, 14, 344, 345 n., 348, 357, 362, 365.
Herrera Irigoyen, 167.
Hidalgo, Bartolomé, 352, 356, 357.
Hirner, 171.
Holmes, Oliver Wendell, 24, 236 y nota.
Homero, 65, 171.
Horacio, 257.
Hugo, Víctor, 17, 176, 180, 207, 215, 216, 223, 253, 360.

«Hugo Wast» (Martínez Zuviría, G.), 40, 315.
Hume, Martin S., 261.
Huysmans, J. K., 170.

I

Ibsen, H., 176.
Icaza, Francisco A. de, 147, 148, 151, 153.
Iglesias, Pablo, 281.
Ingenieros, José, 306.
Isaacs, Jorge, 363.

J

James, William, 24, 195, 196 n., 222.
Jarnés, Benjamín, 156.
Jiménez, Guillermo, 120.
Jiménez, Juan Ramón, 191, 192 n.
Juárez, Benito, 9, 28.

K

Kant, 218.
Kempis, 176.
Kierkegaard, S., 17, 104, 180, 196 n., 399, 400.
Kleist, 104.

L

Lamadrid, General, 275, 315.
Lanier, Sidney, 25, *406-409*.
Lanson, G., 207.
Larra, M. J. de, 176.
Lavalleja, Juan A., 79.
Lavedan, H., 170.
Lázaro, José, 103.
Leconte de Lisle, 360.
Le Dantec, F., 215.
Leguizamón, M., 354, 356, 357.
Lemaître, Jules, 176.
León, Fray Luis de, 34 n., 174, 279, 280.
Leopardi, G., 52, 90, 101, 104.
Levillier, Roberto, 11, 151, 153, 294, *319-325*.
Lincoln, Abraham, 9, 369, *392-397 y n.*
Lizarraga, Fray Reginaldo, 306.
Loera y Chávez, A., 123.
López, Vicente F., 110, 111.
López García, Bernardo, 245.
Loti, Pierre, 170.
Luciano, 176.
Lugones, Leopoldo, 39, 40.
Luna, Carlos, 67.
Luna Terreros, Inés, 67 n.

M

Mabilleau, L., 295.
Machado, Antonio, 389 n.
Maeterlinck, M., 117, 235, 238.
Maeztu, Ramiro de, 7, 262, 264.
Maldonado Bomati, Luis, 150.
Maldonado Ocampo, Luis, 150, 151, *344-348 y n.*
Maragall, Juan, 93, 207, 281.
Marco Avellaneda, 266, 269.
Marías, Julián, 19.
Marinetti, F. T., 32, 33 n.
Maritain, Jacques, 47, 52.
Mark Twain, 24.
Mármol, José, 275.
Marni, 170.
Martí, José, 23, 369, 379, 380, 385, 386, 393.
Martínez Zuviría, G. («Hugo Wast»), 40, 315.
Martín Robles, Pedro, 267, 268.
Melville, Herman, 24.
Menéndez Pelayo, M., 161, 223, 228, 278, 355.
Menéndez Pidal, R., 11, 155, 228, 277, 303, 314.
Merejowski, 176.
Merimée, P., 207.
Meyer-Lübke, W., 123, 148.

Michelet, J., 103.
Mier, Fr. Servando Teresa de, 164.
Milton, J., 103.
Mistral, Gabriela, 165.
Mitre, Bartolomé, 110, 275, 315, 366.
Monner Sans, R., 355.
Montaigne, M., 176.
Monteagudo, B., 306.
Montero Bustamante, R., 80, 81, 115, 119, 224.
Montoliú, Cebriá, 369 y n.
Moody, William Vaughn, 25, *409-411.*
Moreno, E. B., 306.
Moreno Villa, José, 154, 155, 158, 160, 162.
Morón, Guillermo, 189.
Muñoz, Casimiro, 56, 350, 351 n.

N

Nelken, Margarita, 156.
Nervo, Amado, 126, *136-140,* 152.
Nietzsche, 48, 49, 171, 176, 237.
Nin y Frías, Alberto, 96, 208, 209 y n., 360 y n.
Nion, François de, 58.
Noel, Martin S., 47, 51.
Nombela y Campos, Julio, 280.
Nordau, Max, 282.
Novia de Salcedo, 132.
Núñez de Arce, G., 117, 252, 257, 355.

O

Obligado, Rafael, 275.
Oliver Belmás, Antonio, 68 n.
Olmsted, Everett Ward, *370-374,* 376.
Onís, Federico de, 194 n.
Orígenes, 172.
Ortega y Gasset, J., 22.
Otaegui, Tomás, 132.

P

Pairó, 275.
Palomero, A., 277.
Pardo Bazán, Emilia, 55 n., 273, 277.
Pariente, 39.
Parra, Teresa de la, 191.
Pascal, B., 104, 170, 238.
Pascoli, G., 398.
Payró, Roberto J., 315, 354.
Paz, General, 275.
Pérez de Ayala, Ramón, *383-385.*
Pérez Galdós, B., 257.
Phillips, Stephen, 371.
Pinto, Octavio, 309.
Platón, 171, *222-224,* 282.
Plutarco, 279.
Poe, E. A., 406.
Prilutzky, 301.
Primo de Rivera, General, 19, 43, 241, 244, 330.
Puccini, Mario, 140.

Q

Quental, Antero de, 101, 104, 106.
Quintana, M. J., 103.
Quiroga, Facundo, 103.
Quiroga de Unamuno, Miguel, 411.

R

Rahola, Pedro, 91.
Ramón y Cajal, 11, 92 y n., 155, 228, 303 y n., 307.
Regoyos, Darío de, 155.
Reisiger, Hans, 404.
Renan, E., 17, 176, 180, 391.
Revilla Marcos, Ángel, 135, 136.
Reyes, Alfonso, 22, 28, *120-165.*
Reyles, Carlos, 181.
Richepin, 172.
Richet, 152.
Riva Agüero, J. de la, 77, 121, 134, 137, 138.

Rizal, José, 28.
Rodó, J. E., 62, 104, 112, 114 181, 208, 209 y n., 226, 227, 363.
Rodríguez Francia, J. G., 103, 111.
Rodríguez Lozano, Manuel, 162.
Rodríguez Pinilla, Cándido, 316, 318, 347 n.
Rohde, Erwin, 49.
Rojas, Ricardo, 10, 11, 22, 23, 44, 68, 126, 229, *247-340*, 349 n., 363.
Roldán, Juan, 309, 310.
Romanones, Conde de, *325-327*.
Rosas, Juan M. de, 103, 298.
Ross Mújica, Luis, 22, 126, 274, 275, 281, *284-288*.
Rovira i Virgili, 133.
Rueda, Salvador, 273.
Ruiz Castillo, 137.
Ruskin, 177.

S

Sagarmínaga, Fidel de, 132.
Salaverría, José M.ª, 209 n.
Saldías, Adolfo, 275.
Salillas, R., 228.
Sánchez, Francisca, 68 n.
Sánchez-Barbudo, A., 101 n.
Sánchez Guerra, José, 326.
Sandburg, Carl, 25, *411-413*.
Sarmiento, D. F., 23, 103, 110, 253, 261, *274-276*, 294, 298, 299, 304 n., 306, 318, 332, 333, 362, 363.
Savage, Minot, 371.
Sbarbi, José M.ª, 312.
Scheimberg, Simon, 42.
Schopenhauer, 171.
Sequeira, Diego Manuel, 64 n., 66 n.
Shakespeare, 172, 411.
Silva, José Asunción, 173 y n., 176, 266 y n., 282, 380 y n.
Smith, 261.
Sócrates, 347.
Sófocles 171.
Sogueiro, 135, 136.
Soto y Calvo, F., 352, 353, 362.
Spencer, H., 38, 49, 52, 176, 195, 196 y n., 199, 215, 223.
Stendhal, 176.
Stevenson, Robert L., 374, 375, 379, 386.

T

Taine, H., 170, 223, 260.
Tenreiro, Ramón M.ª, 164.
Teresa de Jesús, 150.
Tertuliano, 240.
Thamin, Raymond, 149.
Thierry, A., 103.
Thomson, 104.
Tolstoy, 176.
Torre, Guillermo de, 164.
Torres Lazo Agustín, 63 n.
Trigo, Felipe, 128.
Tucídides, 171.

U

Unamuno, Felisa de, 21.
Unamuno, Ramón de, 152.
Unamuno y Larraza, Félix de, 8, 9, 10.
Urabayen, Félix, 156.
Urales, Federico, 51, 52 n.
Uriarte, Carmelo, 362.
Urien, Carlos M.ª, 315.

V

Valera, Juan, 14, 176, 355 n.
Valle, Rafael Heliodoro, 166.
Valle-Arizpe, Artemio de, 121, 134, 137, 138, 140, 166.
Valle-Inclán, R., 7, 277.
Varela, J. C., 275, 306.
Vaz Ferreira, Carlos, 38, 99 y n., 112, 114, *193-246*, 316 n.

Vaz Ferreira, Manuel, 225.
Vaz Ferreira, M.ª Eugenia, 224 y n.
Vela, Fernando, 156.
Verdaguer, Jacinto, 207.
Verlaine, P., 17, 63, 176, 177, 180. 360.
Verne, Julio, 306, 314.
Vidal y Planas, Alfonso, 157.
Vigny, A. de, 107, 319 n.
Virgilio, 164.
Vossler, Karl, 404.

W

Wagner, R., 206.
Ward, Humphrey, 170.
Whitman W., 24, 176, 237 y n., *368-405*, 413.
Wordsworth, 17, 170, 180.

Y

Yeats, W. B., 391.
Yndurain, Francisco, 236 n.

Z

Zabala, Ángel, 132.
Zinny, Antonio, 209.
Zola, E., 170.
Zorrilla, José, 206.
Zorrilla de San Martín, J., *75-119*, 208, 209 y n., 226 y n.
Zubiaur, J. B., 39.
Zubillaga, Cecilio, *189-190*.
Zubizarreta, Armando, 101 n.
Zulueta, Luis de, 91.

ÍNDICE DE OBRAS CITADAS *

A

ABEL SÁNCHEZ, 44, 45, 232, 233.
ABISAG, LA SUNAMITA, 143, 145, 328.
¡ADENTRO!, 57.
AMOR Y PEDAGOGÍA, 35, 38, 143, 174, 258.
A musa em ferias, 216.
Anastasio el pollo, 352.
ANDANZAS Y VISIONES ESPAÑOLAS, 33, 34 n., 156, 330.
Aniceto el gallo, 352.
Antología de Luis Maldonado, 347n.
Ariel. 181, 363.
Atenea política, 163.
Atlántida, 261, 276.
Azul, 55, 63, 369.

B

Bibliografía de Sarmiento, 294.
Biblioteca Argentina, 303, 306.
Bizkaia por su independencia, 132.
Blasón de plata, 295, 297, 298.

C

CANCIONERO, 25, 52, 390, 402, 406, 408, 409, 411.
Cantaclaro, 188.
Cantos de vida y esperanza, 68 n.
Carácter de la Literatura del Perú independiente, 77.
Cartas americanas, 14, 355 n.
Cartas de Europa, 263.
Cervantes, 308, 337, 338 n., *339*.
Cinco casi sonetos, *162*.
CINCUENTA POESÍAS INÉDITAS, 208 n.
Conferencias y discursos, 75, 76, 79, 81, 91, 98, 102, 114, *117*, 226.
CONTRA ESTO Y AQUELLO, 19, 104, 173 n., 191, 215 n., 266 n., 291, 343 n., 357 n., 360, 380, 381 n.
Cours élémentaire de metrique grecque et latine, 205.
Cuentos de color, 182.
Cuestiones estéticas, 125, 127, 128, 165.

D

DE ESTO Y DE AQUELLO, 32 n., 33 n., 138 n., 187 n., 319 n., 366 n., 384 n., 388 n., 389 n., 392 n., 397 n., 399 n., 400 n.
DE FUERTEVENTURA A PARÍS, 246, 334.
Dégénérescence, 282.
De las leyes en general, 196 n.
De los nombres de Cristo, 280.

* Las de Unamuno van en versalitas.

DEL SENTIMIENTO TRÁGICO DE LA VIDA, 50, 99, 112, 230, 232, 233, *235-240*, 300, 301, 323, 328, 381, 382 n.
DE MI PAÍS, 252, 258.
De mis romerías, 182.
De raza criolla, 356.
Derecho foral. Bizkaya, 132.
Detalles de la Historia rioplatense, *118*.
Diálogos patrióticos, 352.
Diez maestros, 339.
Discurso del monumento, *119*.
Discurso por Virgilio, *162*, 164.
Don Miguel de Unamuno y sus poesías, 92 n., 208 n., 316 n. 370 n., 385 n.
Doña Bárbara, 188.

E

El alma española, 259.
El archivo de Rubén Darío, 54.
El autócrata de la mesa redonda, 24.
El castillo de Elsinor, 152.
EL CRISTO DE VELÁZQUEZ, 23, 323, 379, 385.
El Cristo invisible, 335.
El Criticón, 358.
Elegía (Mitre), 366.
Elelín, 377.
EL ESPEJO DE LA MUERTE, 45, 369, 373.
El hombre de oro, 191.
El imperio jesuítico, 266.
El país de la selva, 261, 263, *264-270*, *283-284*.
El Parnaso oriental, 80, 81, *119*, 224.
El pensamiento de América, 355 n.
El plano oblicuo, 142, 143, 153.
El Pragmatismo, 225.
El progreso: su ley y su causa, 196 n.
El problema de la lengua en América, 358.
El sendero innumerable, 384.
El solar de la raza, 31, 32, 33, **36**, 46.
El suicida, 127, 128.
El testimonio de Juan Peña, *162*, 164.
El viaje al país de los matreros, 363.
Emilio, 196.
ENSAYOS, 55 n., 76, 78 n., 95 n., 249 n., 356 n., 377.
EN TORNO AL CASTICISMO, 174, 258, 270.
En voz baja, 137.
Epistolario (Ganivet), 259.
Epistolario, I (Rubén Darío), 54, 62, 64.
Escritos póstumos (Alberdi), 306.
España y algunos españoles, 45.
España contemporánea, 55 n., 57, 182 n.
Estudios pedagógicos, 241.
Estudios sobre Unamuno y Machado, 101 n.
Ética de las prisiones, 196 n.
Exceso de legislación, 196 n.

F

Facundo, 261, 274, 276, 306, 363.
Familiar Studies of men and books, 379, 386.
Fausto, 198.
Fausto (argentino), 316, 354, 356, 359.
FEDRA, 175.
Flor de durazno, 40.
Fuente sellada, 40.

G

Grata compañía, 126 n., 141 n., 143, 152.

H

Histoire de la littérature française, 207.
Historia constitucional de Venezuela, 191.
Historia de la Literatura argentina, 301, *309-318*, 322.
Historia dels moviments nacionalistes, 133.
Historia de la Orden de San Jerónimo, 158.
Historia de la Revolución francesa, 103.
Horas de Burgos, *163*.
Huerto cerrado, 80, 81, *116*.
Hymns of the Marshes, 349 n., 406.

I

Idearium español, 258.
Ideas y observaciones, 38, 193, 195, 201, 210, 212, 222.
Idolos rotos, 152, 181, *182-184*.
Imitación de Cristo, 84, 10.
INQUIETUDES Y MEDITACIONES, 266 n.

J

Juan Moreira, 362.

L

LA AGONÍA DEL CRISTIANISMO, 47, 143 n., 324, 328, 329.
L'Athéisme, 215 n.
La Australia Argentina, 315.
La Beneficencia, 196 n.
La ciudad indiana, 275.
La conquista, 261.
La Educación, 249 n.
La epopeya de Artigas, 101, 102, 104, 105, 107, 109, 110, *118*.
La escondida senda, 174.
La evolución de la Filosofía en España, 52 n.
La isla de los cánticos, 224 n.
La maestra normal, 34, 36, 39, 41, 46, 211.
La Maldonada, 54, 350.
La raza de Caín, 181.
La restauración nacionalista, *289-293*, 298.
La Saeta, *162*, 164.
La Salamanca, 261.
LA TÍA TULA, 142 n., 156.
La Universidad de Tucumán, 302.
La victoria del hombre, 249, 252, 254, 255, 259.
La vida es sueño, 130.
La voz del común, 189.
Leaves of Grass, *362-405*.
Lecciones sobre pedagogía, 234.
L'Experience religieuse, 222.
Leyenda patria, 80, 81.
Los Caracteres, 141.
Los datos de la Sociología, 196 n.
Los dos caminos, 166 n.
Los italianos de hoy, 32.
Los jardines interiores, 137.
Los Lises del Blasón, 294, 297.
Los miserables, 253.
Los problemas de la libertad, 219, 221.
Los trabajos de Pío Cid, 258, 259.

M

Marginalia, 126 n.
María, 363.
Martín Fierro, 14, 306, 310, 316, *344-367*.
Más allá del Atlántico, 22, 288.

Memorias de Fray Servanto Teresa de Mier, 163.
Memorias (General Paz), 275.
Memorias (Lamadrid), 275.
Miguel de Unamuno y William James, 196 n.
MI RELIGIÓN Y OTROS ENSAYOS, 19, 95, 359 n.
Mio Cid, 310, 351.
Moby Dick, 24.
Montaraz, 353.
Moral para intelectuales, 225, 226.

N

Nacha Regules, 41.
NADA MENOS QUE TODO UN HOMBRE, 157.
Nastasio, 352, 362.
NIEBLA, 44, 45, 48.
Nuestra Señora de París, 253.
Nueva Biblioteca de Autores Españoles, 306.

O

Obermann, 106, 170.
Ortodoxia, 129.
Os simples, 216.

P

Palabras, 176, 177.
Pausa, 161.
PAZ EN LA GUERRA, 156, 169, 258.
Poems and Plays (W. V. Moody), 410.
Poems of Sidney Lanier, 407.
Poesías (J. A. Silva), 266 n., 282.
POESÍAS, 58, 63, 81, 93, 96, 170, 202, 206, 208, 217, 370, 378.
Poesías de Cervantes 308.
POR TIERRAS DE PORTUGAL Y DE ESPAÑA, 173 n.
Prosas profanas, 58, 63.
Psyche, 49.

Q

Querellas del ciego de Robliza, 344, 347 n., 348 n.
Quijote, 84, 85, 232.

R

RAQUEL, 145, 146, 324.
RECUERDOS DE NIÑEZ Y DE MOCEDAD, 68, 96, 97, 101, 174, 220, 263, 264, 266, 270, 271.
Recuerdos de provincia, 274, 306.
Reloj de sol, 126 n., *162*, 164, 165.
Resonancias del camino, 80, 81 *116*.
Retablo español, *277-281*.
Retratos reales e imaginarios, 143, 166.
RIMAS DE DENTRO, 33 n., 150, 324, 330.
ROSARIO DE SONETOS LÍRICOS, 99, 104, 112, 114, 245.

S

Salamanca vista por los extranjeros, 31 n.
Sangre patricia, 152, *184-187*.
Santos Vega, 350, 354, 356, 359.
Simpatías y diferencias, 126 n., 153.
Smoke and Steel, 412.
Sobre los problemas sociales, 240.
Sobre la propiedad de la tierra, 230, 234.
SOLEDAD, 145, 146, 156, 324.

SOLILOQUIOS Y CONVERSACIONES, 19, 173 n., 225.

T

Tabaré, 75-78, 80, 81, 86 n., 91, 98, *115*, 350.
TEMAS ARGENTINOS, 351 n., 357 n.
Temas de Unamuno, 45 n.
TERESA, 70, 153, 156, 158, 159, 161.
Tertulia de Madrid, 166 n.
Tras las huellas de Unamuno, 101 n.
TRATADO DEL AMOR DE DIOS, 99, 100, 106.
Trece cartas de Unamuno, 360 n.
Tren de ondas, *163*, 164.
TRES NOVELAS EJEMPLARES Y UN PRÓLOGO, 236 n.
Troteras y danzaderas, 383.

U

Unamuno en su «nivola», 191 n.

V

Viajes por Europa, África y América, 274, 306.
VIDA DE DON QUIJOTE Y SANCHO, 44, 50, *81-90*, 106, 237, 258, 364, 365 n.
Visión de Anáhuac, 148, 151.

W

Walt Whitman Abroad, 368.
Walt Whitman. Fulles d'herbe, 369 n.
Walt Whitman. Feuilles d'Herbe, 381.
Walt Whitman en Hispanoamérica, 368.
Walt Whitman i sa tasca, 369 n.
Walt Whitman. L'Homme et son oeuvre, 380 n.

ÍNDICE GENERAL

Págs.

ENSAYO PRELIMINAR 7

1. «Mi visión primera de Méjico», 9.—2. Viajes proyectados, 10.—3. La crítica literaria, 14.—4. Colaboraciones americana, 18.—5. Las correspondencias epistolares, 20. 6. Las amistades personales, 21.—7. Las lecturas, 23.—También la América anglosajona, 24.—La lengua española en América, 25.

I. CORRESPONDENCIAS EPISTOLARES

El novelista argentino Manuel Gálvez 31

Rubén Darío, y Unamuno 53

«¡Hay que ser justo y bueno, Rubén!», 71.

El poeta uruguayo Juan Zorrilla de San Martín 75

Comienzos de una amistad, 75.—Zorrilla, crítico de Unamuno, 83.—Paréntesis de un año. Se reanuda la comunicación epistolar, 93.—Un cruce de cartas en 1908, 96.—Otro paréntesis. Unamuno, crítico de Zorrilla de San Martín, 100.—Pérdida de dos correspondencias unamunianas sobre el *Artigas*, de Zorrilla de San Martín, 107. Libros de Zorrilla de San Martín en la biblioteca de Unamuno, 115.

El escritor mejicano Alfonso Reyes, y Unamuno 120

Nota preliminar de Alfonso Reyes, 120.—Segunda comunicación epistolar de Alfonso Reyes con Unamuno,

Págs.

127.—1918. Una información de Unamuno sobre los orígenes del nacionalismo vasco, 131.—1920. Visita de Alfonso Reyes a Salamanca, 134.—Unamuno, dibujante, 142.—Las cartas de 1922, 144.—1923. Ultimas cartas de este epistolario. La fundación de *Cuadernos Literarios*. Anticipos del libro *Teresa*, de Unamuno, 153.—1926-1933. Alfonso Reyes prosigue el envío de sus libros a Unamuno, 161.—Apéndice, 166.

Escritores venezolanos amigos de Unamuno 167

Pedro-Emilio Coll (1872-1947), 167.—*El castillo de Elsinor*, de Coll, 178.—El novelista Manuel Díaz Rodríguez (1868-1927), 181.—Rómulo Gallegos, 188.—Cecilio Zubillaga, 189.—Algunos nombres más, 190.

El pensador uruguayo Carlos Vaz Ferreira 193

1906. Primera carta de Vaz Ferreira, 193.—De pedagogía infantil, 197.—Sobre la enseñanza del niño, 198.—Cuestiones de métrica, 202.—Origen del verso endecasílabo, 203.—Verso francés y métrica clásica, 204.—La poesía de Víctor Hugo, 206.—Poetas portugueses y catalanes, 207.—1907. Unamuno juzga un libro de Vaz Ferreira, 209.—1907-1908. Otras dos cartas de Vaz Ferreira a Unamuno, 213.—De Víctor Hugo y Guerra Junqueiro, poetas, 215.—Un juicio sobre la poesía de Unamuno, 217.—*Recuerdos de niñez y de mocedad*, juzgados por Vaz Ferreira, 219.—Envío de otro libro a Unamuno, 221.—1908. La respuesta de Unamuno, 222.—El problema del libre albedrío, 223.—1910. Unamuno escribe sobre otro libro de Vaz Ferreira, 225.—1919. Nueva carta de Unamuno, 230.—Un propósito no cumplido, 230.—*Abel Sánchez*, novela unamuniana, 232.—Correspondencia sobre las *Lecciones de Pedagogía*, de Vaz Ferreira, 234.—A propósito de *Del sentimiento trágico de la vida*, unamuniano, 235.—La réplica de Unamuno, 236.—El quijotismo de la razón, 237.—1924. Destierro de Unamuno. Telegrama de Vaz Ferreira, 241.

El argentino Ricardo Rojas 247

Introducción, 247.—1903. Rojas envía a Unamuno su primer libro, 249.—La contestación de Unamuno, 252.—

Págs.

Reseña de *La victoria del hombre*, 254.—Nueva correspondencia de 1904, 255.—1908. Viaje de Rojas a España, 260.—*El país de la selva*, juzgado por Unamuno, 264.—Rojas comenta *Recuerdos de niñez y de mocedad*, 270.—Conferencias de Rojas en el Ateneo de Madrid, 273.—La visita de Rojas a Salamanca, 277.—De nuevo *El país de la selva*, de Rojas, 283.—La amistad de Ross Mujica y de Unamuno, 285.—1909. *La restauración nacionalista*, de Rojas, y las dos correspondencias unamunianas sobre esta obra, 289.—1912. Cruce de cartas. Proyecto de visita de Unamuno a la Argentina. Sus comentarios a dos libros de Rojas, 294.—Carta de presentación a Rojas del poeta catalán José Carner, 301.—1916. Otro cruce de cartas. Nueva posibilidad de un viaje de Unamuno al Plata. La *Biblioteca argentina*, de Rojas, 303.—1919. La *Historia de la Literatura argentina*, de Rojas, y un largo soliloquio lingüístico de Unamuno, 309.—1922. Otro proyectado viaje de Unamuno a la Argentina. Intervención de Levillier, 318.—1924. Fuerteventura. *Vox clamantis...*, 331.—1926-1929. Ecos de Hendaya, 334.—1935. Ultima carta de Rojas enviando su libro *Cervantes* a Unamuno, 337.

II. TEMAS LITERARIOS

La poesía gauchesca 343

Primera lectura de *Martín Fierro*, 344.—Nuevo acercamiento a la poesía gauchesca, 349.—El lenguaje gauchesco, 353.—La proyección literaria, 359.—Ecos de la poesía gauchesca en la obra de Unamuno, 364.

Walt Whitman 368

1906. Primera lectura de Whitman, 370.—1906. «El canto adámico», 373.—Whitman en otros escritos unamunianos de 1906, 376.—Notas para un prólogo, 378.—1908-1913. Nuevas menciones de Whitman, 380.—1914. Entusiasmo de Unamuno por el verso no rimado y lírico de Whitman, 385.—Un tópico unamuniano relacionado con Whitman, 387.—1918-1919. Whitman, cantor de sí

Págs.

mismo, 391.—«Abraham Lincoln y Walt Whitman», 392.—«¡Creo en ti, alma mía!», 397.—Ansia de inmortalidad, 400.—El poder de la palabra, 402.—1930. Traducción de «Salut au monde», 404.

Tres poetas norteamericanos 406

Sidney Lanier (1842-1881), 406.—William Vaughn Moody (1869-1910), 409.—Carl Sandburg, poeta de Chicago, 411.

ÍNDICE ONOMÁSTICO DE PERSONAS 417

ÍNDICE DE OBRAS CITADAS 425